



365 cuentos clásicos,

rimas y
otras historias



PARRAGON

San Francisco • Chicago • Melbourne • Delhi
Hong Kong • Shenzhen • Singapore

Índice

El homrecito de jengibre	10	Cada durazno, pera y ciruela	52
El príncipe sapo	12	Viejo rey Ramón	52
Siete cuervos	16	Ip dip	53
La princesa triste	18	Jero, Jero, el hijo del gaitero	53
Un roque dorado	19	El lobo y los siete cabritos	54
La sirenita	20	Los tres homrecitos	56
Jack y Angelina	24	Pulgarcito	58
Señora García	24	El granjero en la hondonada	60
Zapatero, zapatero	24	La casa que Jack construyó	61
Señorita Miñón	25	Los zapatos de baile gastados	62
Sube y baja, María Pía	25	Caminando por el bosque	64
El viejo Gran Duque de York	25	Caballeros armados	65
Hermanita y hermanito	26	Café y té	66
La princesa y la sal	28	Había una niñita	66
La paja, el carbón y el frijol	29	Azul lavanda	66
Aladino	30	Polly, pon el agua a hervir	67
Jack y los frijoles mágicos	32	Lucy Portillo	67
Doctor Branagh	36	María, María, tan divertida	67
Una mañana húmeda y neblinosa	36	El sastrecito valiente	68
Lluvia, lluvia, debes parar	36	Los tres cerditos	70
Fruta, frotadera	37	El flautista de Hamelín	72
Héctor Protector	37	El árbol cantante	73
Jugando	37	La boda de la señora Zorro	73
Pulgarcita	38	El rey gallo	73
Madre Hulda	42	Los seis cisnes	73
El pescador y su esposa	44	La serpiente blanca	80
La Reina de la Nieve	48	La pera mágica	81
Había una anciana	52	El genio	81
El niño del lunes	52	De tin-marin	81

Índice

Solomon Grundy	84	El príncipe bromista	107
Dos pajaritos	84	Un príncipe disfrazado	108
Cinco guisantes gordos	85	La vieja mendiga	109
Uno, dos, tres, cuatro, cinco	85	El final del arco iris	110
Una papa, dos papas	85	La princesa y el burro	111
El sol y el viento	86	Ricitos de Oro y los tres osos	112
Los tres deseos	87	El pozo mágico	116
La princesa y el tonto	88	El pastor tonto	117
El juglar viajero	89	El manzano encantado	118
Los revoltijos	90	El manto mágico	119
La princesa que no hablaba	92	Un día especial en la escuela de las hadas	120
El príncipe y el campesino	93	El copo de nieve perfecta	122
El río	94	La bailarina Bella y el medallón de la suerte	124
Amase la torta	96	Pequeño Jack Tintinero	126
Soy una teterita	96	Harry Parry	126
Gira, dama	96	Pequeño Tommy Pocita	126
Alrededor del jardín	97	El pequeño Rogelio	127
Montando un caballo	97	Jack, Jack, el pan se quema	127
Al mercado, al mercado	97	Fabiola saltarina	127
La princesa y la luna	98	Caperucita Roja	128
El príncipe holgazán	99	El Rey Canuto y el océano	130
El príncipe afortunado	100	La princesa vanidosa y su sirvienta	131
Hagamos una ronda	102	El príncipe y el unicornio	132
Rema, rema, rema el bote	102	El príncipe testarudo	133
El hombre en la Luna	103	El broche de amatista	134
Tres jóvenes ratas	103	El dragón tímido	136
Osito de peluche	104	Las princesas mellizas	137
Un elefante camina	104	La princesa de largo cabello	138
Este cerdito	105	La varita perdida de la Reina de las Hadas	139
Witzy Witzy araña	105		
El espejo mágico	106		

365 cuentos clásicos, rimas y otras historias

La Bella y la Bestia	140	¡Quiquiriquí!	175
Panecillos de Cuaresma	142	El niño triste	175
Arrápalo velozmente	142	Ganso que hace gansadas	175
Simón el simple	142	El patito feo	176
Georgie Porgie	143	Blanca Nieves	180
Willie Martillo	143	Sueños de sirena	184
Jack Sprasa	143	El pastel mágico	185
La Bella Durmiente	144	Galli gollí	186
Rumpelstiltskin	148	Marcando el tiempo	186
La princesa poco femenina	150	Hickory, dickory, doj	186
El hadita de la primavera	152	Tengo una gallinita	187
El árbol con la hoja dorada	153	Tres ratones ciegos	187
El emperador tonto	154	Garito, garito	187
El viejo cerdo sabio	155	Los duendes y el zapatero	188
El pequeño Juan Tuñón	156	El hada Margarita	190
Pequeño Tommy Morena	156	Veo la luna	192
Fermín, Fermín	156	Ve a dormir	193
Tarta de guisantes caliente	157	La anciana en bata	194
Desaparece la comadreja	157	Una vez vi un pajarito	194
Avena, frijoles y cebada crecen	157	Tonto desafío	194
Cenicienta	158	Yo tenía un caballito	195
¡Que nieve!	162	¡Higglety, pigglety, poba!	195
La reina mala	164	Caballito, caballito	195
Este anciano	166	Un marino fue al mar	196
Mi silla favorita	167	De esta forma	197
Un cumpleaños mágico	168	El pueblerino	198
A de «amasar» un pastel	170	Princesa en peligro	200
El ganso dorado	172	Glub, glub	204
La pastorcita	174	Uvas, granos	204
María tiene un corderito	174	Está lloviendo	204
Bee, bee, oveja negra	174	Había un hombre encorvado	205

Índice

Miguel Zapote	205	Mi amigo por correspondencia	237
Dido, dido, da	205	Un hombre fue a sembrar	238
Rosita y Campanillo	206	Rapunzel	240
Los páramos iluminados por la luna	207	Jack, sé ágil	242
La princesa cantante	208	La caracola mágica	243
Libre como un pájaro	209	Ratón de biblioteca	244
Aiken Drum	210	¡Ups!	245
Cinco salchichas gordas	211	El león y el unicornio	246
Los músicos de Bremen	212	Juan Rayito	246
¿De qué están hechos los niños?	216	Yo tenía un cachorrito	246
Twidlidim y Twidlidum	216	Cuando iba a Santa Rosa	247
Robin y Richard	216	Aves con las mismas plumas	247
¿De qué están hechas las niñas?	217	Ey, piolín, piolín	247
Señorita María Piegro	217	La sorpresa de Neptuno	248
Una dama muy delgada	217	Gelatina en el plato	250
El ángel Lily	218	Jack y Luis	250
El príncipe y el dragón	220	El hada	251
Mi deseo de cumpleaños	222	Un maní	251
A navegar	223	Dibity, dibity, dibity, de	251
Elfos ocupados	224	Diez botellas verdes	251
La princesa tímida	225	Un día de viento	252
La princesa encantada	226	El gran tren rojo	253
El hada rosa	228	Las nuevas ropas del emperador	254
El espantapájaros	229	El chico de al lado	256
Dulces sueños	230	Las mejores amigas	258
La Reina de corazones	232	La campana de Jingle	260
Canta una canción de seis peniques	232	Pide un deseo a la estrella	262
Naranjas y limones	233	Volando alto	264
El que poco coco come	233	Plumas	264
El naufragio hechizado	234	Corta cardos	264
Un viaje	236	Gorrión	265

365 cuentos clásicos, rimas y otras historias

Gatito colonado	265	Ana María	294
Corran, ratoncitos	265	Señor Punchinello	295
A dormir con la abuela	266	Soy una bonita holandesa	295
Un día de nieve	267	La niña bonita con sombrero	295
Horrible Troll	268	Campos de oro	296
La semilla mágica	269	Dormilones	297
La rana especial	270	Humpty Dumpty	298
Un agitado día de peces	272	Estrellita	299
La cebolla gigante	274	La princesa y el guisante	300
Puedo ver más allá de las colinas	276	Los nuevos amigos de Benji	302
Pajarito	276	Pájaros sobre la roca	306
El viejo granjero Mansilla	276	Había una vez un cuervo	306
Medias rojas	277	Bajo juramento	306
Quédate quieto	277	Cielo rojo	306
Palomita	277	Roberto Glotón	307
Cosas favoritas	278	El avestruz	307
El cofre de mi abuelo	279	Chicken Licken	308
El hallazgo de Serena	280	El gran barco navega	310
Duerme, bebé, duerme	282	Vamos a rodear	311
Arrotró, mi niño	283	La cabeza en las nubes	312
Luna creciente	284	La pequeña Bonnie	313
Dama luna	284	Uno, dos	314
Ding dong, hace la campana	284	Nuestro hogar es un castillo	316
El hombre pastelito	285	La sogá de la ropa	317
Moliendo maíz	285	Visitar a una amiga	318
El molinero del Colorado	285	¡A bostezar!	319
La noche más larga	286	La gata marrón	320
Gracias por ser mi amiga	288	Cordero juguetero	320
El baile de la mariposa	292	En las orillas	320
Ricitos de Oro, Ricitos de Oro	294	La gata junto al fuego	321
Juana Boba Zúñiga	294	Tiggy Tocomadera	321

Índice

Señora Gallina	321	Si ves un alfiler	354
Que Dios te bendiga	322	Señor Noddy	355
Una rata	322	Oliver Twist	355
Ordeñando	322	La anciana de los pasteles	355
Puntualidad	323	Juguemos, bebé	356
Los soldados del parlamento	323	Buenas noches, bebé	357
Cabalgando	323	Diez en la cama	358
Los zapatos de la suerte	324	Hansel y Gretel	360
Los tres cabritos	328	Wee Willie Winkie	364
Manos y pies	330	Los niños y las niñas salen a jugar	365
Mi perro Azul	331	Ve a la cama primero	366
El búho y la gata	332	Ve a la cama tarde	366
Jack Escarcha	334	Ve a la cama, Tom	366
La joven de los gansos	335	Adiós, manta de bebé	367
A la cama en verano	336	Ahora el día terminó	367
Hora de dormir	336	«Ven a la cama», dice Noni Nana	367
El búho	336	Dulces sueños	368
El viejo búho sabio	336	Luz brillante	368
Canción de cuna de Brahms	337	Shh, mi pequeña	369
Pequeño Tomás	337	¿Cuántas millas hay hasta Babilonia?	369
La tortuga y la liebre	338	Duérmete, pequeño	369
Las cosas que uso	342	Cinco patitos	370
Solitaria	343	El Gato con botas	372
Hora de festejar en la ciudad de Twinkle	344	Aquí está la iglesia	376
Uno por pena	346	El cucú	376
Hojalatero, sastre, soldado, marinero	347	Pájaro	376
Rescate en el bosque	348	Oigo truenos	377
Deseo	350	Urracas	377
La princesa Mía y la gran sonrisa	352	Las ruedas del autobús	378
La pequeña alondra	354	Cinco monitos	380
Guau, guau	354	Índice alfabético	382

El hombrecito de jengibre

Había una vez una viejecita y un viejecito. Una mañana, la anciana decidió hornear una galleta de jengibre. Desplegó la masa y cortó la forma de un pequeño hombrecito. Hizo sus ojos, boca y nariz de glaseado, y le colocó tres botones de pasas de uva. Lo metió en el horno y lo cocinó hasta que estuvo dorado y crujiente. Pero cuando la viejecita abrió la puerta del horno, el hombrecito de jengibre saltó hacia afuera y salió corriendo.



«¡Detente!», gritaron los ancianos mientras corrían tras él. Pero el hombrecito de jengibre era demasiado rápido para ellos.

«Corran, corran tan rápido como puedan hoy.

No podrán atraparme, ¡el hombre de jengibre soy!» cantó.

El hombrecito de jengibre pasó corriendo junto a un cerdo.

«¡Detente!», bufó el cerdo. Pero el hombrecito de jengibre siguió corriendo.

«Corran, corran tan rápido como puedan hoy.

No podrán atraparme, ¡el hombre de jengibre soy!» cantó.

Después, el hombrecito pasó corriendo junto a una vaca.

«¡Detente!», mugió la vaca. Pero el hombrecito de jengibre siguió corriendo.

«Corran, corran tan rápido como puedan hoy.

No podrán atraparme, ¡el hombre de jengibre soy!» cantó.

El hombrecito de jengibre

Poco después pasó cerca de un caballo. «¡Detente!», resopló el caballo. Pero el hombrecito de jengibre siguió corriendo.

«Corran, corran tan rápido como puedan hoy.

No podrán atraparme, ¡el hombre de jengibre soy!» cantó.

Después de un tiempo, el hombrecito de jengibre llegó a un río y tuvo que detenerse.

«¡Oh, no sé nadar! —exclamó.— ¿Cómo voy a cruzar?».

Un zorro astuto y hambriento estaba acechando en las cercanías.

Vio al hombrecito de jengibre y se relamió.

«Salta a mi cola y te llevaré al otro lado del río», le dijo al hombrecito de jengibre.

Entonces el hombrecito saltó a la cola del zorro y este comenzó a nadar hacia el otro lado del río.

«Eres demasiado pesado para mi cola, salta a mi espalda», le dijo el zorro.

Entonces el hombrecito de jengibre saltó a su espalda.

Después de un tiempo, el zorro exclamó: «Eres demasiado pesado para mi espalda. Salta a mi hocico». Entonces el hombrecito de jengibre volvió a saltar.

Pero tan pronto como llegaron a la orilla, el zorro lanzó al hombrecito por los aires, abrió su hocico y se lo tragó. ¡Y ese fue el fin del hombrecito de jengibre!



El príncipe sapo

Érase una vez una princesa que brillaba con tanta belleza que la luz del sol se veía débil a su lado.

Cuando hacía calor, la princesa salía a caminar por el bosque y se sentaba a la sombra junto a un arroyo. Se llevaba una bola dorada para jugar, y sentada junto al agua, la tiraba por los aires y la atrapaba. Pero un día, la bola dorada se resbaló de sus manos y cayó en el agua haciendo ¡splash!

La princesa lloró y lloró, cada vez más fuerte. Parecía que su corazón se iba a romper en cualquier momento. Después de un tiempo, un sapo verrugoso se asomó por el agua.

«¿Por qué lloras de esta manera?», le preguntó.

«Porque dejé caer mi bola dorada en el arroyo y no puedo recuperarla», sollozó la princesa.

«¿Qué me darás si recupero tu bola?», croó el sapo.



El príncipe sapo

«Te daré joyas, oro, y perlas. Si recuperas mi bola dorada, te daré cualquier cosa que desees», suspiró la princesa entre lágrimas.

«Si me amas y cuidas, eres mi amiga y juegas conmigo, me dejas comer de tu plato y dormir sobre tu almohada, entonces recuperaré tu bola», dijo el sapo.

«Sí. Prometo hacer todas esas cosas», dijo la princesa. Pero en realidad, ella no lo decía en serio.

«No es más que un sapo repugnante –pensó–. Una vez me haya dado la bola me olvidaré de esta promesa».

El sapo le devolvió la bola a la princesa. Ella la agarró rápidamente y volvió corriendo al palacio.

Esa noche, mientras la familia real se sentaba a comer, alguien tocó a la puerta. La princesa fue a ver quién era y se horrorizó al ver al sapo, quien dijo estas palabras:

*«Déjame pasar, oh, dulce princesa,
no olvides tu promesa.*

*Déjame ser tu querido amor,
me inclino ante tu corazón».*

Pero la Princesa le cerró la puerta al sapo en la cara y volvió corriendo a la mesa.



«¿Quién era?», preguntó su padre.
«Oh, tan solo un **sapo viscoso** –respondió la princesa–. Me dijo que solo recuperaría mi pelota si le prometía mi amor. ¡Qué cosa más ridícula pensar que yo podría amar a ese sapo viejo y verrugoso!».

«**Una promesa es una promesa** –dijo el rey, que era un hombre justo–. Debes dejarlo entrar y cumplir tu promesa».

Y entonces, para desgracia de la princesa, dejaron entrar al sapo. El rey le ordenó a su hija que cumpliera su promesa y, aunque ella encontraba al sapo bastante desagradable, no tuvo otra opción que obedecer a su padre. La princesa dejó que el sapo comiera de su plato y durmiera sobre su almohada, e incluso jugó con él. Pero no podía cuidarlo o amarlo.

El sapo le recordó la promesa que ella le había hecho, diciendo estas palabras:



El príncipe sapo



*«Ámame de verdad, oh, dulce princesa,
no olvides tu promesa.
Déjame ser tu querido amor,
debes besarme ahora con ardor».*

Pero la princesa se negó a besarlo.

El sapo la seguía a dondequiera que iba hasta que ella se enfadó con él.

«**¡Vete de aquí, bestia horrible!**», gritó, pero el sapo permaneció a su lado noche y día.

Un día en que la princesa estaba especialmente de mal humor, tomó al sapo y lo lanzó a través de la habitación. Él chocó contra la pared y cayó al piso haciendo **¡bump!** Yació allí, aturdido, con una expresión tan triste en su rostro que la princesa se arrepintió de lo que había hecho. Se acercó a él, lo levantó y lo besó con verdadera compasión.

Entonces, hubo un resplandor de luz y la asombrada princesa observó cómo el sapo se transformaba en un apuesto príncipe.

«Mi querida princesa» –dijo el príncipe, dejándose caer sobre sus rodillas–. Por favor, sé mi esposa».

La princesa estaba segura de que amaba al príncipe y de que finalmente había cumplido su promesa. El príncipe y la princesa se casaron en una espectacular ceremonia, y la novia resplandeció con más brillo que el sol. Vivieron felices por siempre.



Siete cuervos

Había una vez una mujer y un hombre que tenían siete hijos, pero deseaban una hija. Al fin, su octavo bebé fue una niña y se pusieron muy felices. Su deseo se había hecho realidad.

La hermosa beba tenía mucha sed, así que los siete hijos fueron enviados a buscar agua.

«Tomen esta copa plateada y llénela para la beba», dijo su madre. Pero la copa plateada se cayó al pozo haciendo **¡splash!** Los niños estaban muy asustados para volver a casa.

Al ver que no regresaban su padre los maldijo. «¡Que esos inútiles se conviertan en cuervos!», gritó. Tan pronto como esas palabras salieron de su boca, vio siete cuervos volando a lo lejos. A pesar de arrepentirse de sus palabras, era ya tarde para deshacer su maldición.

Cuando la pequeña creció, su triste madre le contó todo sobre sus siete hermanos perdidos. La valiente jovencita se comprometió a encontrarlos y traerlos a casa.

Partió entonces, llevando el anillo de su madre como amuleto, y buscó por todo el mundo.

«¿Dónde están mis siete hermanos?», clamó a los cielos. Las estrellas notaron que la pobre niña estaba desesperada y sintieron compasión de ella.



Siete cuervos

Enviaron una llave mágica a la tierra y, en cuanto la niña la levantó, oyó estas palabras:

«*Sigue nuestra luz hasta una montaña de cristal. Allí, a tus hermanos cuervos encontrarás al final.*»

Tras caminar muchos días, la jovencita llegó a la montaña de cristal. Usó la llave para entrar a la cueva de cristal y, aunque allí no había nadie, vio una mesa llena de comida y bebida, preparada con siete pequeños platos y copas. Como tenía mucha hambre, comió un poco de cada plato y bebió un sorbo de cada copa. Su anillo cayó dentro de la última copa pero, antes de que pudiera recogerlo, escuchó el **revoloteo** de unas alas. Se ocultó tras una puerta y observó a siete cuervos descender.

Cada cuervo se dio cuenta de que le faltaba algo de comida y bebida. Asimismo, el último cuervo encontró el anillo en su copa y reconoció que era el de su madre.

«Si tan solo nuestra hermanita hubiese venido a buscarnos —exclamó—, podríamos por fin volver a casa con ella».

Al oír esto, la valiente hermana menor salió de detrás de la puerta. Tan pronto como la vieron, los cuervos recuperaron su forma humana. Todos juntos regresaron a casa, donde les esperaba una gran celebración y vivieron felices por siempre.



La princesa triste

Érase una vez una princesa que nunca reía. «¡Quienquiera que haga reír a mi hija podrá casarse con ella!», dijo el rey, quien no sabía qué más hacer. Muchos jóvenes llenos de esperanza hicieron cola para intentar hacer reír a la infeliz princesa.



Primero fue un cómico. «¿Cómo saber cuál lado de la lombriz es la cabeza? ¡Hazle cosquillas en el medio y fijate qué lado se ríe!», dijo. Pero eso no hizo reír a la princesa. Muchísima gente lo intentó, pero nadie consiguió que la princesa riera.

El rey estaba a punto de perder toda esperanza cuando oyó un sonido muy extraño e inusual: «¡Ja, ja! ¡ji, ji! ¡jo, jo!».

No lo había escuchado antes, así que le tomó un tiempo darse cuenta de que era su hija quien **se estaba riendo!**

La princesa miraba por la ventana cómo un hombre intentaba hacer que su burro caminara. Tiraba del animal lo más fuerte que podía, pero el terco asno no se movía en absoluto. Mientras más se negaba el burro a moverse, más se reía la princesa.

Y así la princesa y el dueño del burro se casaron y vivieron felices por siempre, riendo a carcajadas.



Un toque dorado

Había una vez un rey que deseaba que todo lo que tocase se convirtiese en oro.

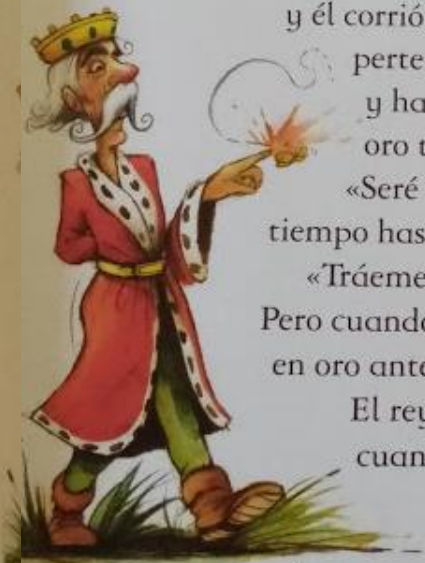
Su deseo fue concedido por un hada que pasaba por allí, y él corrió por el palacio convirtiendo todas sus pertenencias en oro. Vasijas, estatuas, platos y hasta almohadones fueron convertidos en oro tan pronto como los tocó.

«Seré tan **rico...**», pensó. No pasó mucho tiempo hasta que el rey comenzó a sentir hambre. «Tráeme alguna fruta», le ordenó a su sirviente. Pero cuando el rey tomó una manzana, se convirtió en oro antes de llegar a sus labios.

El rey comenzó a sentirse muy triste, pero cuando su esposa intentó reconfortarlo con un abrazo, hasta ella se convirtió en oro.

«No quiero ver oro **nunca más**», sollozó el rey, y deseó con todo su corazón que las cosas volvieran a la normalidad.

Por suerte, el hada, quien lo había estado observando todo ese tiempo, se compadeció de él. Y todo volvió a su forma original. El rey aprendió su lección y entendió que hay muchas cosas comunes que eran más valiosas que el oro.



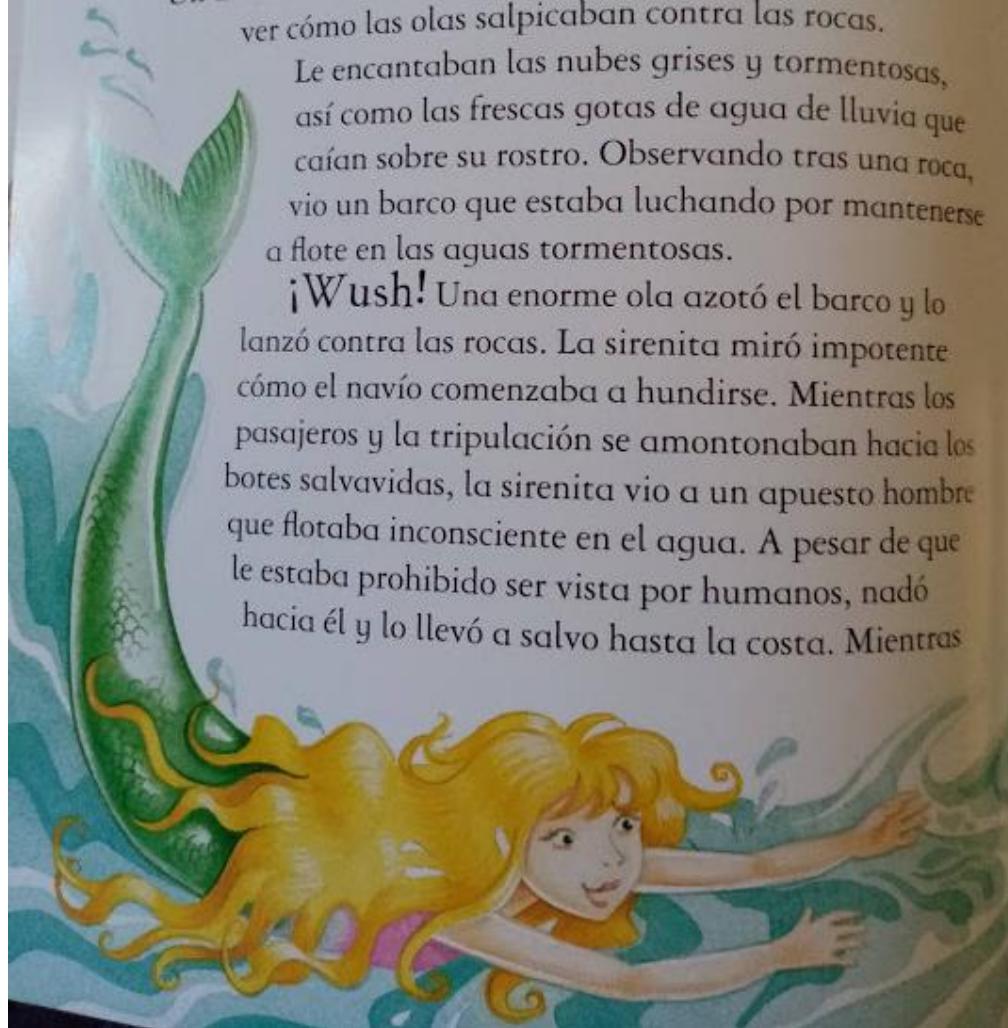
La sirenita

Muy profundo en el océano, en un mundo mágico y acuático, vivía una pequeña sirenita. A pesar de ser muy feliz bajo el mar, la sirenita adoraba explorar y nadaba hasta la superficie muy a menudo, a pesar de que su padre le decía que no lo hiciese.

Un día de tormenta, la sirenita nadó a la superficie para ver cómo las olas salpicaban contra las rocas.

Le encantaban las nubes grises y tormentosas, así como las frescas gotas de agua de lluvia que caían sobre su rostro. Observando tras una roca, vio un barco que estaba luchando por mantenerse a flote en las aguas tormentosas.

¡Wush! Una enorme ola azotó el barco y lo lanzó contra las rocas. La sirenita miró impotente cómo el navío comenzaba a hundirse. Mientras los pasajeros y la tripulación se amontonaban hacia los botes salvavidas, la sirenita vio a un apuesto hombre que flotaba inconsciente en el agua. A pesar de que le estaba prohibido ser vista por humanos, nadó hacia él y lo llevó a salvo hasta la costa. Mientras



la sirenita esperaba que el joven se recuperase, le cantó una hermosa melodía. No pasó mucho hasta que él comenzó a despertar, y tan pronto como sus miradas se encontraron, se enamoraron. Cuando la sirenita escuchó el sonido de voces humanas acercándose, se ocultó tras una roca y observó a unos hombres que corrían hacia el joven.

«Su majestad, gracias al cielo está a salvo», dijeron. Y fue entonces cuando la sirenita descubrió que su apuesto joven era un príncipe.

De regreso a la seguridad del fondo del mar, la sirenita no podía dejar de pensar en el príncipe y en la manera de volverlo a ver.

En las tenebrosas profundidades, entre las cuevas más oscuras, vivía la bruja del mar. La sirenita sabía perfectamente que la bruja era malvada, pero tenía tantas ganas de volver a ver al príncipe que decidió visitarla.

«Pobre sirenita de corazón roto –carcajeó la bruja–. Te daré piernas humanas para que puedas ver a tu precioso príncipe, pero a cambio, deberás darme tu adorable voz! ¡Ja, ja, ja, ja!».

La sirenita aceptó. Daría lo que fuera por estar con su verdadero amor. Estaba segura de que él la reconocería, a pesar de que ella no podría hablarle y decirle quién era.



Y así la sirenita nadó hasta la superficie, dejando atrás su hermosa voz. Luego se desplomó exhausta, en la misma playa donde había visto al príncipe por última vez. Y quiso la suerte que este estuviera caminando por la playa y la hallara. Pero a pesar de que le parecía familiar, el príncipe no reconoció a la misteriosa chica que había salvado su vida.

«¿Quién eres?», le preguntó. Pero la sirenita no tenía voz para responderle.

El príncipe se apiadó de la extraña y pensó que tal vez era una sobreviviente de un naufragio. A pesar de no poder hablar, descubrió que era una maravillosa compañía, y se encariñó más con ella día a día.

La sirenita era feliz estando junto al príncipe y estaba segura de que él la recordaría algún día; solo era cuestión de tiempo.

Pero la malvada bruja del mar estaba espiando a la sirenita y le dieron muchos celos. Poseer la hermosa voz de la sirenita no era suficiente para ella; quería al príncipe también. Así que se transformó en una hermosa mujer y partió a ver al joven.

«Soy la mujer que salvó tu vida», le dijo al Príncipe. Y lo hipnotizó con la sensual y hermosa voz de la sirenita que guardaba en una botella de vidrio, colgando de su cuello.

El príncipe creyó que la bruja era la muchacha que lo había salvado y le pidió que se casara con él.



Mientras el palacio se preparaba para la boda real, la sirenita lloraba lágrimas amargas.

«¡Mi corazón se romperá!», pensó para sí mientras sollozaba.

Finalmente, llegó el día de la boda, y la sirenita miraba impotente a la bruja disfrazada caminar hacia el altar.

Al pasar junto a la sirenita, la bruja le sonrió con desprecio; estaba tan distraída en su burla que se olvidó de mirar por dónde iba. Y así fue como la bruja tropezó con su vestido de bodas y cayó. Aterrizó sobre la botella, haciéndola añicos. La voz de la sirenita se liberó y volvió a ella.

Entonces, la sirenita comenzó a cantar la misma melodía que había entonado el día del rescate del príncipe. El hechizo mágico de la bruja del mar se rompió y el príncipe recuperó su cordura. La bruja se desvaneció en una nube de humo y el príncipe fue libre para casarse con su verdadero amor.





Jack y Angelina

Jack y Angelina subieron la colina
para buscar un poco de agua fría.
Jack cayó y su cabeza rompió,
y Angelina tras él venía.
Jack se levantó y a su casa trotó
tan rápido como pudo.
Se fue a la cama para curar su cabeza
con vinagre, agua y engrudo.

Señora García

La señora García un gran susto sufría
en la noche mientras dormía.
Un fantasma llegó a ver, comiendo con placer,
arriba de un farol ¡y a punto de caer!

Zapatero, zapatero

Zapatero, zapatero, arregle mi zapato.
Téngalo listo para las cuatro.
¡Las cuatro será tarde para mis pobres pies!
Mejor téngalo listo para las tres.



Señorita Miñón

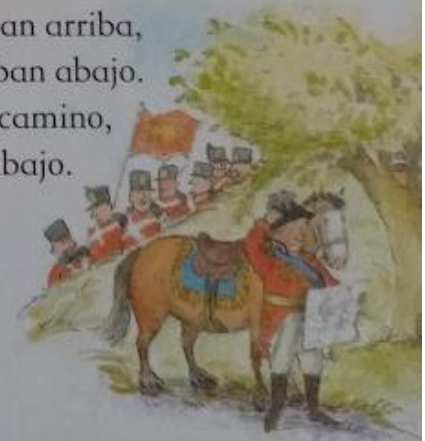
La pequeña señorita Miñón
se sentó en un sillón
a comer los dulces que compró.
Justo llegó una araña,
que a su lado se sentó,
y la señorita Miñón se asustó.

Sube y baja, María Pía

Sube y baja, María Pía.
Un nuevo empleo Juan va a comenzar;
no ganará más de un centavo al día,
porque él no es rápido para trabajar.

El viejo Gran Duque de York

El viejo Gran Duque de York
tenía diez mil hombres.
Los hizo marchar a la cima de la colina,
y luego bajar otra vez.
Cuando estaban arriba, estaban arriba,
y cuando estaban abajo, estaban abajo.
Y cuando estaban a medio camino,
no estaban ni arriba ni abajo.



Hermanita y hermanito

Había una vez una hermanita y un hermanito que vivían con su madrastra, quien era cruel con ellos. Una noche, los hermanitos decidieron escapar. Los dos niños corrieron hacia el bosque, se acurrucaron en el hueco de un árbol y se quedaron dormidos.

Su madrastra, que en realidad era una bruja malvada, siguió a los niños. Cuando los halló dormidos, conjuró una maldición en un arroyo cercano sabiendo que ellos beberían de aquella agua.

A la mañana siguiente, los niños se inclinaron a beber del arroyo. Pero el arroyo les susurró una advertencia:

«Hermana y hermano, aunque mi agua sea cristalina, no la tomen, o se convertirán en venados».

La hermanita escuchó la advertencia, pero su hermano no pudo resistirse a beber un poco. Y de pronto se transformó en un venado.

«No te preocupes, yo cuidaré de ti», le dijo la amable hermana, y guió al pequeño venado por el bosque.

Encontraron una cabaña de madera en un claro y, como



estaba vacía, vivieron allí por un largo tiempo.

Pero una primavera, un rey estaba cazando en el bosque. ¡Zac! Le disparó al venado con una flecha. El venado herido cojeó de regreso hasta su hermana, convertida ahora en una mujer hermosa. El rey lo siguió y, cuando vio a la joven, se enamoró de ella y le pidió casamiento. El venado fue tratado hasta sanar y vivió con su hermana y el rey. Después

de todo este tiempo, los dos hermanos casi se habían olvidado de su malvada madrastra, pero ella no se había olvidado de ellos. La malvada mujer sabía dónde estaban y aún quería hacerles daño.

Cuando nació el primer hijo de los reyes, la madrastra se escabulló en el palacio para intentar robarlo. Los perros de caza del rey olieron a la malvada mujer y la espantaron. Eran tan feroces que la malvada bruja no paró de correr hasta salir del reino para no regresar. Una vez que la hechicera partió, el hechizo se rompió y el hermano volvió a su forma humana. Y la bruja no los molestó nunca más.



La princesa y la sal

Una vez, un rico y poderoso rey mandó llamar a sus tres hijas ante su trono para su cumpleaños. La primera hija le dio oro y la segunda le trajo plata. El rey estaba muy complacido con estos regalos.

«Te he traído sal», dijo la tercera.

«Sal –gritó el rey–. ¿Cómo te atreves a insultarme?». Y desterró a su hija del reino.

Al irse la princesa, toda la sal del reino se desvaneció. Al principio, el rey se quejó de que su comida no tenía sabor, y luego se hartó de la falta de sal.

El monarca se dio cuenta de lo torpe que había sido y mandó a buscar a su hija. Cuando ella regresó al reino, la sal reapareció de nuevo.

«Perdóname –dijo el rey–. Tu regalo de sal era más valioso que la plata o el oro, pues la sal es necesaria para vivir». Desde ese día en adelante, el rey aprendió a valorar otras cosas además de sus riquezas.



La paja, el carbón y el frijol

Una mujer estaba cocinando frijoles. Encendió el fuego con algo de paja y un poco cayó al piso. Luego vació los frijoles en la olla. ¡Plop! Uno de ellos cayó al piso junto a la paja. Un trozo ardiente de carbón cayó del fuego y se les unió haciendo ¡crac!

La paja, el frijol y el trozo de carbón se felicitaron entre sí por haber escapado del fuego que los hubiera destruido. Salieron corriendo por la puerta abierta y no pararon hasta llegar a un pequeño arroyo. Pero no había ningún puente sobre el agua, así que la paja se dejó caer sobre el agua e invitó a los otros a cruzar. El carbón dio el primer paso, pero a mitad de camino, se asustó y no pudo moverse.

Como todavía estaba caliente por el fuego, quemó la paja e hizo que ambos cayeran al agua haciendo ¡hiss!

«Ja, ja, ja!» El frijol se rió tan fuerte que se partió por la mitad, y ese hubiera sido su fin, también, si un sastre no hubiera pasado por allí. El sastre cosió amablemente el frijol. Y es por eso que, hasta el día de hoy, algunos frijoles tienen una unión negra!



Aladino

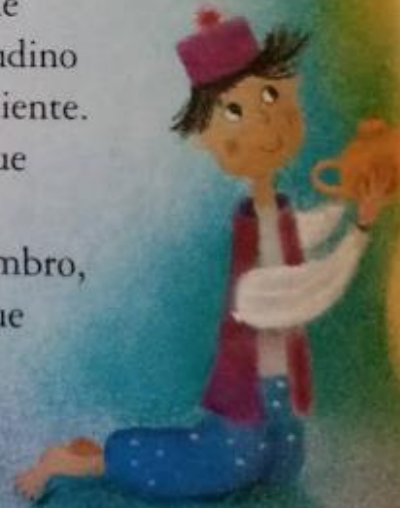
Érase una vez un jovencito llamado Aladino que vivía con su pobre y viuda madre. Una noche, un hombre extraño fue a visitarlos.

«Soy Abanazar, tu tío perdido desde hace mucho tiempo», le dijo a Aladino. En realidad, no era el tío de Aladino, sino un codicioso hombre que sabía de la existencia de una lámpara mágica. Esta estaba oculta en una cueva y solo un joven inocente podía entrar allí. Abanazar había escogido a Aladino para hacer ese trabajo.

Le ofreció a Aladino un precioso anillo y le dio comida a su madre, así que el joven aceptó ayudarlo.

Abanazar llevó a Aladino a la cueva y le dijo las palabras mágicas que la abrirían.

«¡Ábrete sésamo!», gritó Aladino. La cueva se abrió y al joven no le tomó mucho tiempo encontrar la lámpara. Pero cuando intentó salir de la cueva, se vio atrapado en ella. Aladino frotó sus manos para mantenerse caliente. Al hacerlo, frotó también el anillo que Abanazar le había dado. Hubo una nube de humo y, para su gran asombro, un genio apareció frente a él. Y es que el anillo era mágico.



«¿Cuál es tu deseo, oh, amo?», preguntó el genio, con una voz profunda y **atronadora**.

«Llévame a casa», dijo Aladino, quien todavía sostenía la vieja lámpara. Cuando llegó a su casa, pulió la lámpara y se asombró al ver aparecer un genio aún más poderoso.

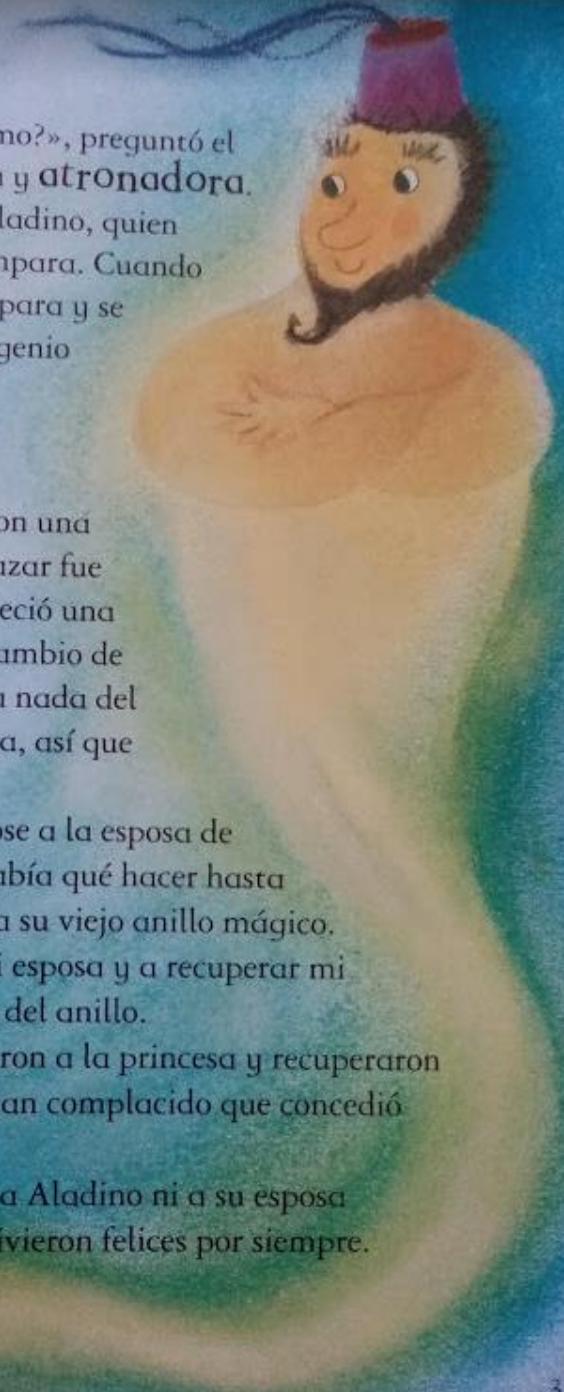
Con la ayuda del genio, Aladino se volvió tan rico y poderoso que pudo casarse con una princesa. Pero un día, Abanazar fue a visitar a la princesa. Le ofreció una brillante lámpara nueva a cambio de la vieja. La princesa no sabía nada del genio que vivía en la lámpara, así que aceptó el cambio.

Abanazar escapó llevándose a la esposa de Aladino con él. El joven no sabía qué hacer hasta que recordó que todavía tenía su viejo anillo mágico.

«Ayúdame a rescatar a mi esposa y a recuperar mi lámpara», le ordenó al genio del anillo.

El genio y Aladino rescataron a la princesa y recuperaron la lámpara. Aladino estaba tan complacido que concedió la libertad a ambos genios.

Abanazar no molestó a Aladino ni a su esposa nunca más, y estos vivieron felices por siempre.



Jack y los frijoles mágicos

Había una vez un jovencito haragán llamado Jack que vivía con su madre. Eran pobres de verdad. Ni siquiera tenían dinero para comer.

«No nos queda otra opción que vender nuestra vieja vaca» –dijo la madre de Jack–. Llévala al mercado y véndela por el mejor precio que consigas».

Jack partió y, poco después, se encontró con un anciano.

«¿A dónde vas, jovencito?», le preguntó el hombre.

«Estoy llevando nuestra vieja vaca al mercado» –respondió Jack–. Si no la vendo, nos moriremos de hambre».

El anciano le ofreció comprar la vaca en ese mismo momento.

«¿Con qué me pagarás?», preguntó Jack.

«Te daré estos frijoles», dijo el anciano. «¡Frijoles!» –dijo Jack–. ¿Qué se piensa que soy? ¡No soy tan tonto!».

Pero el anciano le explicó a Jack que los frijoles eran mágicos. El joven pensó que su madre estaría complacida, así que tomó los frijoles y le entregó la vaca.



Pero su madre no se mostró nada complacida.

«¡Niño estúpido!» –gritó. ¡No podemos vivir de un puñado de frijoles!». Muy enfadada, tomó los frijoles, los tiró por la ventana y envió a Jack a la cama.

A la mañana siguiente, cuando Jack despertó notó que su habitación se veía más oscura que de costumbre.

Miró por la ventana y creyó que sus ojos lo engañaban: vio un enorme tallo que había crecido de los frijoles, se estiraba hasta el cielo y superaba las nubes. Jack tenía que saber qué había arriba de todo. Comenzó a trepar el enorme tallo, subiendo de a poco.

Era un trabajo difícil, pero Jack no paró y no miró abajo. Trepó a través de las nubes durante un buen rato. Le tomó mucho tiempo llegar a la cima, hasta que por fin se encontró en una tierra desconocida.

Había un camino frente a él y lo siguió. Después de un tiempo, llegó a un castillo gigante y tocó a la puerta. Una mujer le respondió. Jack le rogó que le diese comida y un lugar para descansar.

Había un camino frente a él y lo siguió. Después de un tiempo, llegó a un castillo gigante y tocó a la puerta. Una mujer le respondió. Jack le rogó que le diese comida y un lugar para descansar.



«Quedarse aquí es peligroso –le advirtió la mujer–. ¡Este castillo pertenece al gigante que come niños!».

Pero Jack no podía dar un paso más, así que la mujer lo hizo pasar y lo alimentó. Jack acababa de terminar de comer cuando la mujer y él oyeron el retumbar de unos pasos muy fuertes.

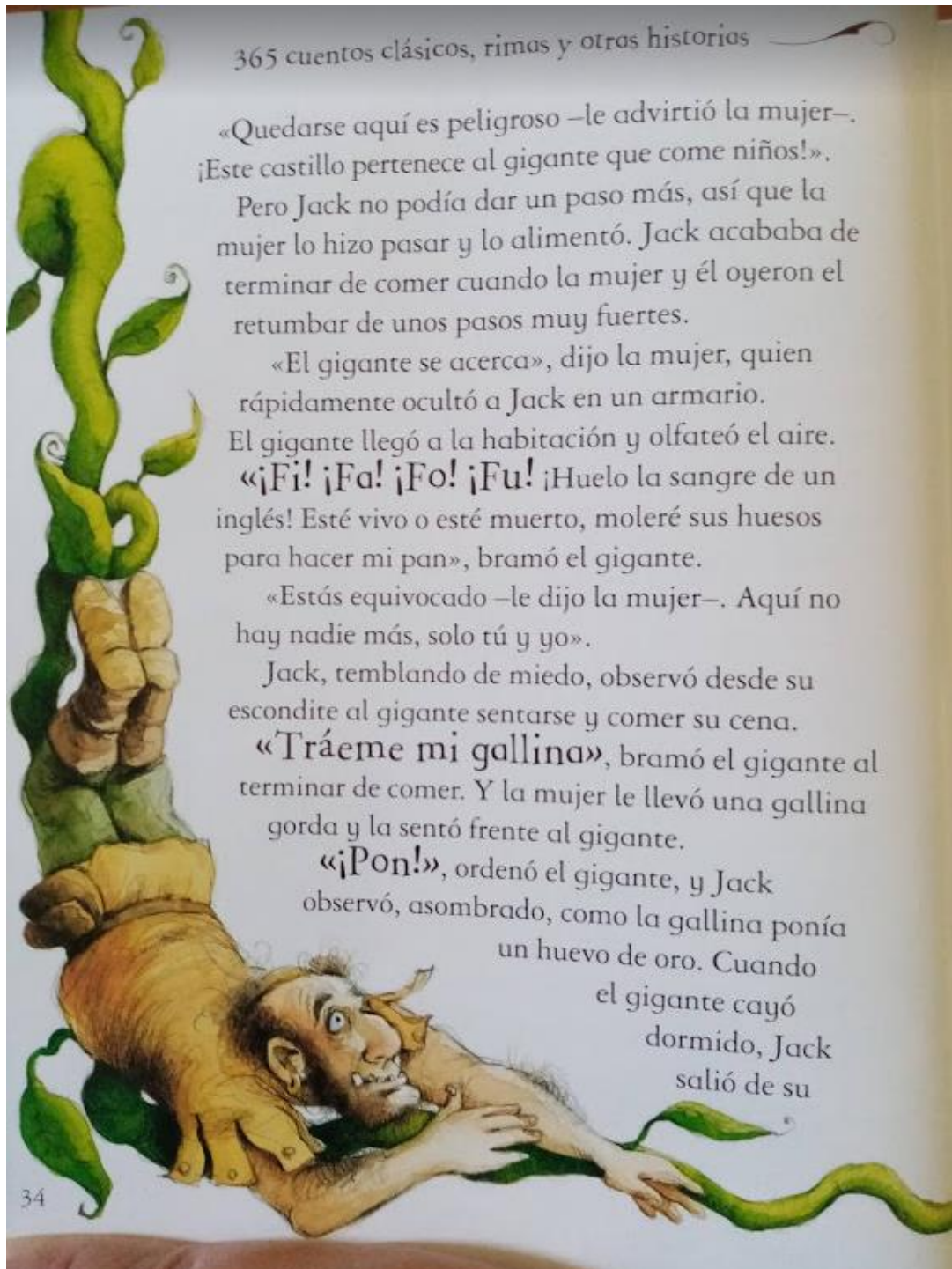
«El gigante se acerca», dijo la mujer, quien rápidamente ocultó a Jack en un armario. El gigante llegó a la habitación y olfateó el aire. «¡Fi! ¡Fa! ¡Fo! ¡Fu! ¡Fu! ¡Fu!» Huelo la sangre de un inglés! Esté vivo o esté muerto, molere sus huesos para hacer mi pan», bramó el gigante.

«Estás equivocado –le dijo la mujer–. Aquí no hay nadie más, solo tú y yo».

Jack, temblando de miedo, observó desde su escondite al gigante sentarse y comer su cena.

«**Tráeme mi gallina**», bramó el gigante al terminar de comer. Y la mujer le llevó una gallina gorda y la sentó frente al gigante.

«**¡Pon!**», ordenó el gigante, y Jack observó, asombrado, como la gallina ponía un huevo de oro. Cuando el gigante cayó dormido, Jack salió de su



escondite en puntas de pie, tomó la gallina y corrió tan rápido como pudo hasta descender por el tallo.

Jack le mostró a su madre cómo la gallina ponía huevos de oro puro, y ella estaba encantada.

«Nunca más tendremos hambre», dijo.

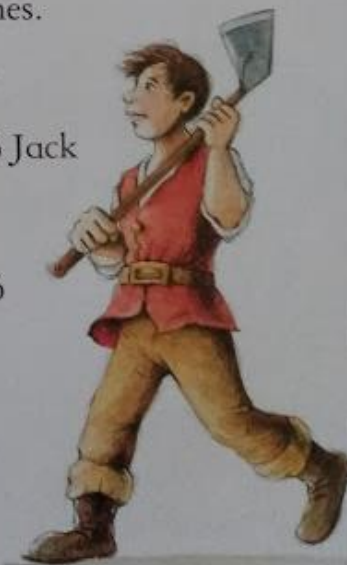
Pero Jack quería más aventuras y volvió a subir por el tallo de frijoles hasta el castillo. Iba muy bien disfrazado, así que la mujer lo dejó pasar una vez más. Jack volvió a escuchar cómo se acercaba el gigante y la mujer lo escondió mientras el gigante se sentaba a comer.

«**Tráeme mi arpa**», rugió el gigante al terminar de comer. La mujer le trajo un arpa dorada que cantaba y al rato el gigante se quedó dormido. Jack se asomó sigilosamente de su escondite y tomó el arpa. Pero cuando salió corriendo, el arpa llamó a su amo y el gigante despertó. Jack corrió por su vida con el gigante pisándole los talones. Volvió a descender por el tallo de frijoles con el gigante tras él.

«**¡Madre, busca el hacha!**», gritó Jack al llegar a casa.

Jack taló el tallo de la planta de frijoles con el hacha y aquel enorme brote se estrelló contra el suelo llevándose al gigante con él.

El gigante murió al **chocar** contra las piedras. Jack y su madre fueron ricos y felices desde ese día.



Doctor Branagh

El doctor Branagh
se fue a Montana
un día que llovía sin parar.
Se detuvo en una laguna,
con el agua por la cintura,
¡y nunca volvió a ese lugar!



Una mañana húmeda y neblinosa

Una mañana húmeda y neblinosa,
cuando las nubes cubrían el cielo,
conocí a un anciano
todo vestido de cuero.
Él comenzó a quejarse
y yo comencé a sonreír.
¿Cómo está?
¿Y cómo está?
¿Y cómo está? ¿Me lo puede decir?



Lluvia, lluvia, debes parar

Lluvia, lluvia, debes parar,
otro día volverás.
Juancito hoy quiere jugar.

Frota, frotadera

Frota, frotadera,
tres hombres en la bañera.
¿Cómo llegaron a ese lugar?
El carnicero, el panadero,
el fabricante de sombreros.
Todos salieron de una papa podrida,
algo que nadie puede dejar de mirar.



Héctor Protector

Héctor Protector de verde se vistió;
Héctor Protector a la reina llegó.
La reina no lo quiso,
al rey no satisfizo,
y Héctor Protector a su hogar volvió.

Jugando

Jugando, jugando,
la cesta voy llenando.
Escribí una carta a mi amor
y en el camino cayó.
Cayó, cayó,
en el camino cayó.
Un niño la recogió
y luego la guardó.



Pulgarcita

Érase una vez una anciana cuyo mayor deseo era tener una hija.

Fue a ver a una bruja que le dio una semilla para que la plantase. La semilla creció y se convirtió en una hermosa flor, y cuando la flor se abrió con un ¡pop!, apareció una niña diminuta sentada entre los pétalos. La niña no era más grande que el pulgar de la mujer, por lo que la llamó Pulgarcita, y la amó como a una hija. La mujer le dio a Pulgarcita una cáscara de nuez para que durmiera en ella y se aseguró de que tuviese todo lo que quisiese.

Pulgarcita era muy feliz viviendo con su madre.

Una noche, una vieja mujer-sapo pasó junto a la casa. ¡Hop, hopiti, hop! Vio a Pulgarcita yacer dormida en su cáscara de nuez.

«Qué niña más diminuta –pensó para sí–. Sería una adorable esposa para mi hijo». Y la mujer-sapo se llevó a Pulgarcita.

La pobre niña estaba horrorizada al despertarse y ver una enorme y verrugosa cara mirándola.

«¿Quién eres tú?», gritó con ahogo.

«Yo soy Sapo, y tú serás mi esposa», dijo la fea criatura. Y se fue saltando, dejando a la pobre Pulgarcita varada en un nenúfar, mientras él y su madre preparaban la boda.



Pulgarcita no podía pensar en nada peor que casarse con un sapo. Lloró lágrimas amargas, que cayeron en el río haciendo ¡splash! Algunos peces nadaron a la superficie, pensando que las lágrimas eran insectos que podrían comer. Cuando vieron a la niña diminuta llorando desconsoladamente, se apiadaron de ella.

«¡Snif! Si no puedo escapar de este lugar, tendré que casarme con un sapo», sollozó Pulgarcita. Los serviciales peces mordisquearon el tallo del nenúfar y Pulgarcita flotó río abajo.

El nenúfar se detuvo en el lecho de un río, cerca de un campo de maíz, y Pulgarcita se bajó del nenúfar. Se sentía completamente sola en el mundo y comenzó a llorar una vez más. Un ratón de campo correteaba por allí y se detuvo para ver cuál era el problema.

«Estoy lejos de mi casa –sollozó Pulgarcita–. No tengo a nadie para que cuide de mí».

El ratón de campo sintió lástima por Pulgarcita. No podía dejar a una criatura tan bonita llorando sola.

«Ven a vivir conmigo, yo te cuidaré», le ofreció.

Entonces Pulgarcita vivió bajo tierra, donde estaba cálida



y a salvo. El ratón de campo era muy amable con ella, y juntos pasaron muchos días felices.

El mejor amigo del ratón de campo era un topo, quien se encariñó tanto con Pulgarcita que quiso casarse con ella. Pero tan solo pensar en vivir bajo tierra el resto de su vida hacía a Pulgarcita muy infeliz. Extrañaba estar al aire libre y la luz del sol. Un día, mientras Pulgarcita estaba caminando por un pasaje subterráneo, vio una golondrina. La pobre criatura parecía estar sin vida y, pensando que había muerto de frío, Pulgarcita la abrigó.

Pero el ave no estaba muerta. Al calentarse, comenzó a agitar las alas, ¡a aletear y aletear! La golondrina estaba muy agradecida a Pulgarcita y quería ayudarla.

«Ven conmigo —dijo la golondrina—. Podemos volar a una tierra más cálida».

Pulgarcita subió a la espalda de la golondrina y juntas volaron sobre el sombrío paisaje invernal hasta que notaron que el aire se estaba volviendo más cálido y las tierras más verdes. La golondrina sobrevoló por una pradera llena de flores. Pulgarcita pensó que era el lugar más hermoso que hubiera visto jamás. El suelo estaba repleto de flores coloridas y



el aire inundado por el canto de los pájaros. El sol brillaba todo el día y Pulgarcita se sentía cálida y feliz.

«Quisiera quedarme aquí», dijo. Entonces la golondrina descendió y Pulgarcita brincó de su espalda. Pulgarcita trepó por una adorable flor rosada y respiró su embriagante aroma. Al mirar a su alrededor, notó que cada una de las flores acogía en sus pétalos a un pequeño duende. Eran iguales a Pulgarcita, que al fin se sintió en su verdadero hogar.

El rey de las flores voló hasta Pulgarcita y le dio la bienvenida. Cuando vio el rostro alegre de la pequeña, se enamoró y le pidió que se casase con él. Pulgarcita aceptó y tuvieron una hermosa boda, llena de flores y rayos de sol.

Pulgarcita se convirtió en la Reina de las flores, y vivieron felices por siempre.

Madre Hulda

Había una vez una mujer con dos hijas. Su hijastra era trabajadora y hermosa mientras que su propia hija era fea y haragana. La mujer prefería a su propia hija, y hacía que su hijastra hiciera todo el trabajo de la casa.

Un día, la mujer le dio a su hijastra una enorme canasta de lana. «Llévate esta lana e hílala toda. No vuelvas hasta que hayas terminado», le dijo.

Entonces la hijastra se sentó e hiló hasta que sus dedos sangraron. Fue a lavarse los dedos en el pozo, pero dejó caer el huso en el agua por accidente. ¡Plop!

Descendió para poder recuperarlo, pero cuando llegó al fondo del pozo, apareció en una tierra extraña. Después de caminar un tiempo llegó a una pequeña casita. Una amable mujer llamada Madre Hulda vivía allí, y le dio a la joven comida y refugio. A cambio, ella ayudó a Madre Hulda con todas sus tareas.

Pero después de un tiempo, a pesar de que la mujer era mucho más amable que su madrastra, la joven comenzó a extrañar su casa.



Madre Hulda

«Quisiera volver a mi hogar», le dijo la joven a Madre Hulda.

Entonces Madre Hulda le regresó a la joven su huso. Al dejar esas extrañas tierras, una **lluvia de oro** cayó encima de la muchacha y se quedó pegada a ella.

Cuando la joven volvió a su casa, su madrastra quiso que le pasara lo mismo a su hija haragana.

«Haz lo mismo que hizo tu hermana», le dijo a la joven holgazana.

Pero que la joven haragana se sentase e hilase era mucho pedir, así que metió sus manos en un arbusto lleno de espinas para hacerlas sangrar. Luego dejó caer el huso por el pozo y bajó a buscarlo.

La holgazana joven tocó a la puerta de Madre Hulda y le pidió comida y refugio. Comió hasta saciarse y luego se quedó dormida, **ironcando** como un cerdo!

«Devuélveme mi huso. Quiero volver a mi casa», le dijo la grosera joven a Madre Hulda al despertar.

Madre Hulda la llevó de regreso al fondo del pozo. Pero en vez de oro, le cayó alquitrán. La holgazana volvió junto a su madre, quien intentó limpiarla. Pero el alquitrán se había pegado con rapidez, de manera que así se quedó por el resto de su vida.



El pescador y su esposa

Un día, cuando el mar estaba calmo y azul, un pobre pescador salió a trabajar. Al principio no atrapó nada, pero cuando estaba a punto de regresar sintió algo que picaba el anzuelo. Su presa tiraba muy fuerte mientras él luchaba por sacarla del agua. «Debe de ser un pez muy grande», pensó. El pez era enorme y el pescador estaba muy complacido. Pero su alegría se convirtió en asombro cuando el pez le habló.

«Por favor, devuélveme al agua –le rogó el pez–. En realidad no soy un pez, sino un **príncipe encantado**».

El sorprendido pescador devolvió el pez al agua y regresó a su casa.

El pescador y su esposa eran tan pobres que vivían en una pocilga. Cuando él le contó a su esposa lo del pez parlante, ella se enojó con él.

«¡Eres un tonto!» –le dijo.

No hay duda de por qué somos tan pobres si no puedes ver algo bueno cuando se muestra ante tus narices».



El pescador y su esposa

La esposa del pescador le dijo que si el pez era un príncipe encantado, él le debería haber pedido algo a cambio de su libertad.

«Vuelve al mismo lugar mañana, atrapa de nuevo al pez y pídele una pequeña casa de campo para que tengamos una vida mejor», dijo la esposa del pescador.

La mañana siguiente, cuando el mar estaba verde y picado, el pescador salió nuevamente. Remó hasta el mismo lugar que el día anterior, esperando ver al pez mágico.

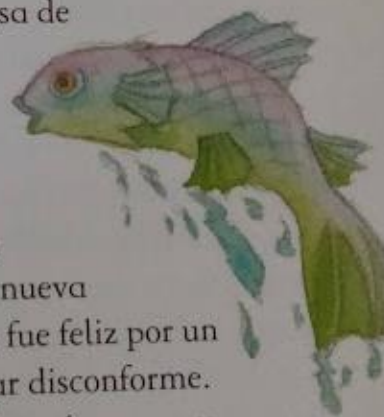
«*Príncipe encantado, por favor, escucha mi plegaria, salta desde el agua y dirígeme la palabra*», clamó el pescador.

El pez apareció y le preguntó al pescador por qué lo había llamado. El hombre le explicó que era muy pobre y que le gustaría vivir en una pequeña casa de campo en vez de una pocilga.

«Vuelve a casa –dijo el pez–. Tu deseo ha sido concedido». Y se fue haciendo **¡splash!**

El pescador volvió junto a su esposa, quien lo saludó desde la ventana de su nueva casa de campo. La esposa del pescador fue feliz por un tiempo, pero poco después volvió a estar disconforme.

«Creo que le podríamos haber pedido más a ese pez mágico –le dijo a su esposo una noche–. En vez de esta pequeña casa, estaría mucho mejor vivir en un castillo».



Y le rogó a su esposa que encontrara al pez mágico y le pidiera este nuevo deseo.

A la mañana siguiente, cuando el mar estaba morado y embravecido, el pescador salió y remó hasta el mismo lugar que antes.

«Príncipe encantado, por favor, escucha mi plegaria, salta desde el agua y dirígeme la palabra», clamó el pescador.

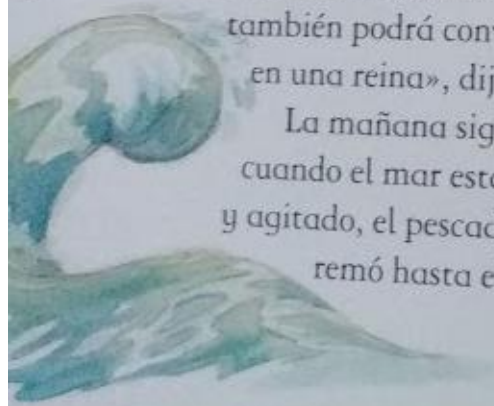
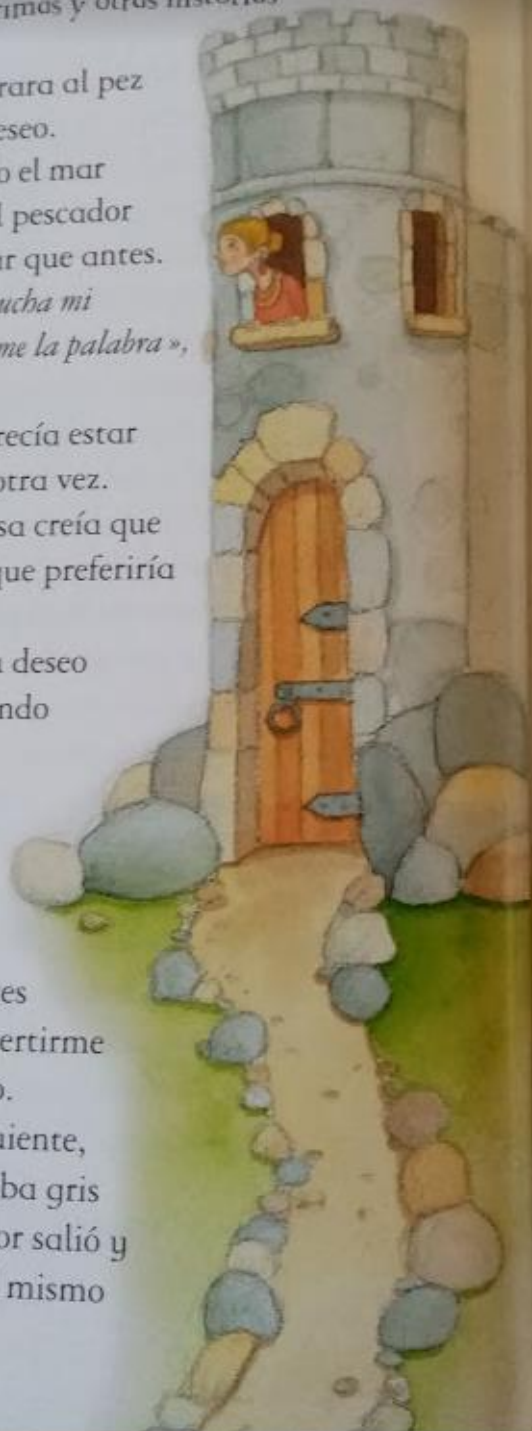
El pez apareció, aunque no parecía estar muy feliz de haber sido llamado otra vez. El pescador le explicó que su esposa creía que la casa de campo era pequeña y que preferiría vivir en un castillo.

«Vuelve a casa —dijo el pez—. Tu deseo ha sido concedido». Y se fue haciendo ¡splash!

El pescador volvió junto a su esposa, quien lo saludó desde la ventana de un enorme castillo.

Pero ella quería aún más. «Si ese pez nos ha dado un castillo, entonces también podrá convertirme en una reina», dijo.

La mañana siguiente, cuando el mar estaba gris y agitado, el pescador salió y remó hasta el mismo



lugar que antes. «Príncipe encantado, por favor, escucha mi plegaria, salta desde el agua y dirígeme la palabra», clamó el pescador.

El pez apareció muy enfadado por haber sido llamado otra vez. El pescador le dijo que su esposa quería ser una reina.

«Vuelve a casa —dijo el pez—. Tu deseo ha sido concedido». Y se fue haciendo ¡splosh!

El pescador volvió junto a su esposa, quien ahora lucía como una reina. «Si ese pez me ha convertido en reina, ¡entonces podrá hacerme la dueña del mundo entero!», dijo la esposa del pescador.

La mañana siguiente, cuando el mar estaba negro y tormentoso, el pescador salió y remó hasta el mismo lugar de antes. «Príncipe encantado, por favor, escucha mi plegaria, salta desde el agua y dirígeme la palabra», clamó el pescador.

El pez apareció, y esta vez estaba realmente furioso. El pescador le explicó que su esposa quería ser la dueña del mundo. «Vuelve a casa —dijo el pez—. Tu esposa tiene lo que se merece». Y se fue haciendo ¡splish, splash, splosh!

El pescador volvió junto a su esposa... ¡quien se hallaba viviendo en la pocilga otra vez!



La Reina de la Nieve

Había una vez un elfo malvado que creó un espejo mágico que mostraba el lado malo de todas las cosas. Cuando el espejo se rompió haciendo ¡crack!, cientos de trozos de vidrio salieron volando por el mundo.

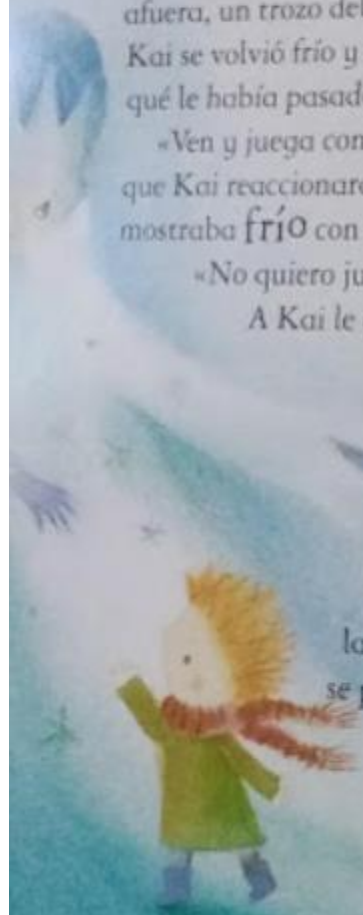
Kai y Gerda eran dos niños que habían crecido juntos, casi como hermanos. Un día, mientras estaban jugando afuera, un trozo del espejo roto se metió en el ojo de Kai. Kai se volvió frío y distante, y la pobre Gerda no sabía qué le había pasado.

«Ven y juega conmigo, Kai», le rogaba Gerda. Esperaba que Kai reaccionara y volviera a ser amigable, pero Kai se mostraba frío con ella y con todos los que lo rodeaban.

«No quiero jugar más contigo. Déjame en paz», dijo.

A Kai le gustaban el frío y el hielo. Lo que más le gustaba eran los copos de nieve.

Se pasaba todo el día mirando los copos de nieve y las bonitas formas que hacían. Poco tiempo después, la mismísima Reina de la Nieve se percató de Kai y decidió visitarlo.



«Puedo llevarte a un lugar donde siempre hace frío y nieve», le dijo a Kai, y este aceptó encantado.

Nadie sabía adónde había ido Kai, y la mayoría pensaba que estaba muerto. Pero Gerda sabía en su corazón que él aún vivía. Nunca perdió la fe en su viejo amigo y se prometió encontrarlo.

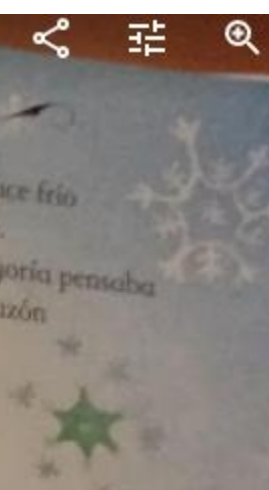
Gerda se puso unos zapatos rojos nuevos y partió en busca de Kai. Después de un tiempo se encontró con un río. «Río, ¿has visto a mi amigo Kai?», le preguntó. Pero el río no podía responder. Entonces Gerda se quitó sus preciosos zapatos rojos y se los ofreció al río.

«Te daré estos nuevos zapatos rojos si me ayudas a encontrar a mi amigo», le dijo al río, y lanzó los zapatos al agua haciendo ¡splash! A continuación, el río respondió:

«En mis muy oscuras profundidades guardo muchos secretos, pero ningún niño descansó su cabeza sobre mi húmedo lecho».

Gerda estaba aliviada al enterarse de que Kai no se había ahogado, y siguió su marcha. Caminó muchos kilómetros hasta encontrarse con un hermoso jardín en el que paró a descansar. Gerda se recostó entre las fragantes flores y se quedó dormida.

Soñó con flores que crecían en el suelo. Y luego, cuando despertó, creyó oír el susurro de las flores en sus oídos. Escuchó con cuidado y, efectivamente, una hermosa rosa le estaba hablando:



«Bajo el suelo de donde las raíces suelen salir, no veo a tu amigo dormir».

Gerda estaba feliz, pues esto significaba que Kai no estaba muerto. Así que partió una vez más para buscar a su querido amigo.

Mientras Gerda caminaba por el bosque, se encontró con un venado.

«Venado, ¿has visto a mi amigo Kai?», le preguntó.

«¿Es el niño al que le gustan los copos de nieve?», respondió el venado.

«Sí, son lo que más le gusta», dijo Gerda.

El amable venado le dijo a Gerda que había visto a Kai en el palacio de la Reina de la Nieve. «Súbete a mi espalda y te llevaré hasta allí», le dijo. Gerda creyó que su corazón explotaría de felicidad. Estaba segura de que

pronto hallaría a Kai y lo llevaría de vuelta a casa.

Pero cuando el venado y ella llegaron a las tierras de la Reina de la Nieve, vieron que estaban protegidas por copos de nieve.

«¿Cómo lograremos superar este obstáculo?», pensó Gerda. Pero al caminar a través de ellos, observaron que los copos de nieve se derretían por la calidez de su corazón.



Gerda y el venado caminaron por la tierra helada buscando a Kai por todas partes.

«¡Allí está!», dijo Gerda de pronto, al ver a su viejo amigo sentado en medio de un lago helado. Se apresuró a ir a saludarlo, pero cuando lo rodeó con sus brazos, se le rompió el corazón al darse cuenta de que Kai no recordaba quién era.

«¿Quién eres? —dijo Kai—. Déjame en paz». Pero Gerda no lo soltó. Lloró tanto que el corazón helado de Kai comenzó a derretirse. Kai también comenzó a llorar y sus propias lágrimas removieron el trozo de espejo roto de su ojo.

«Gerda, ¿en verdad eres tú?», preguntó Kai.

«Sí. He venido para llevarte a casa», dijo Gerda.

Pero Kai vio que la Reina de la Nieve se acercaba cabalgando hacia ellos.

«Debemos irnos rápido —advirtió Kai—. La Reina de la Nieve congelará nuestros corazones y hará que nos quedemos aquí». Entonces Kai y Gerda se montaron al venado y cabalgaron lejos de la tierra helada. No se separaron nunca más y vivieron felices por siempre.



Había una anciana

Había una anciana que en un zapato vivía,
¡Tenía tantos niños que criarlos no podía!
Así que les dio caldo, sin nada de pan.
Les dio unas palmadas y les dijo:
¡A la cama ya se van!



El niño del lunes

El niño del lunes tiene un rostro amoroso.
El niño del martes es muy gracioso.
El niño del miércoles siempre está apenado.
El niño del jueves llegará a algún lado.
El niño del viernes tiene un corazón puro.
El niño del sábado trabaja muy duro.
Y el niño que un día domingo nace
es alegre, hermoso y mucho bien hace.



Cada durazno, pera y ciruela

Cada durazno, pera y ciruela son para la abuela.
Si la abuela no los quiere, los comerá Lulú.
Y si Lulú no los quiere, te los comerás tú.



Viejo rey Ramón

El viejo rey Ramón tenía
un alegre corazón,
un alegre corazón tenía.
Él pedía su pipa y pedía su tazón,
y a sus tres violinistas oía.
Cada violinista tenía un violín fino,
un muy fino violín tenía;
Oh, no hay nada tan raro como para compararlo,
con el rey Ramón y sus tres violinistas.

Ip dip

Ip dip, cielo azul.
¿Quién es? No eres tú.
Y no es porque estés sucia,
ni porque estés lavada.
Mi madre dice que eres la Reina de las Hadas.



Jero, Jero, el hijo del gaitero

Jero, Jero, el hijo del gaitero,
un cerdo robó y rápido huyó.
El cerdo fue devorado, Jero fue regañado.
Y Jero corrió por la calle, asustado.



El lobo y los siete cabritos

Una vieja madre cabra vivía con sus siete pequeños hijos. Un día salió y los dejó solos, advirtiéndoles que si venía el lobo no lo debían dejar pasar.

«No dejen que ese bribón los engañe –les dijo–. Tiene una cascada y áspera voz y sus patas son negras como el carbón. Así lo reconocerán».

Efectivamente, poco después de que la madre cabra se hubiera ido, alguien llamó a la puerta: ¡**TOC, TOC, TOC!**

«Déjame pasar», dijo una vieja y áspera voz.

«Sabemos que eres tú, lobo –dijeron los pequeños–. Reconocemos tu voz cascada y áspera».

Entonces el lobo se fue y comió tiza para suavizar su voz. Luego volvió a la casa de la cabra y tocó a la puerta.

«Déjenme pasar», dijo con su voz suave como la tiza. Pero los siete pequeños notaron sus patas negras asomándose por una rendija bajo la puerta. «Sabemos que eres tú, lobo –dijeron los pequeños–. Tus patas son negras como el carbón».

Entonces el lobo se fue y cubrió sus patas con harina blanca. Luego regresó a la casa de la cabra y tocó a la puerta.



El lobo y los siete cabritos

«Déjenme pasar», dijo. Su voz no era áspera y sus patas no eran negras, de forma que los siete pequeños le abrieron la puerta y lo dejaron pasar.

¡**Gulp!** El lobo se comió a seis de los pequeños, pero el séptimo se ocultó en el armario.

Cuando la madre cabra volvió a casa, el hijo salió corriendo del armario y le contó todo sobre el lobo.

«¡Oh, mis pobres bebés! –sollozó la madre cabra–. Debemos encontrar a ese malvado lobo». Entonces salieron a buscarlo.

Encontraron al viejo bribón durmiendo bajo un árbol. La madre cabra cortó y abrió el enorme y gordo estómago del lobo cuidadosamente, ¡**snip, snip!**

¡Y los seis pequeños saltaron hacia afuera sanos y salvos!

Luego tomó seis piedras y las colocó en el estómago del lobo antes de volver a coserlo. Todos se ocultaron detrás de un árbol y observaron. El lobo se levantó con mucha sed y fue a tomar agua del pozo. Pero el peso de las piedras lo hizo caer por el pozo y aterrizó en el agua haciendo ¡**splash!** Desde entonces, nadie lo volvió a ver jamás.

¡La madre cabra y sus hijos bailaron todo el camino de regreso a casa!



Los tres hombrecitos

Había una vez una niña llamada Helena que vivía con su padre, su madrastra y su hermanastra Demona. Helena era amable y hermosa, mientras que Demona era desagradable y fea.

Su madrastra era una mujer malvada y se prometió deshacerse de Helena. «Ve a buscar fresas, y **no vuelvas sin ellas**», le dijo a Helena un día muy frío.

La malvada madrastra envió a Helena vistiendo tan solo un vestido de papel y con nada más que unas cortezas de pan. La niña buscó por muchas horas, pero hacía mucho frío para que creciera fresa alguna. Luego de un tiempo, llegó a una pequeña casa de campo. Sintiendo mucho frío, tocó a la puerta. Tres pequeños hombrecitos vivían ahí, y la dejaron sentarse junto al fuego.

«¿Por qué estás afuera con este frío usando tan solo un vestido de papel?», le preguntaron los hombres.

«Mi madrastra así me lo ordenó. Me envió a buscar fresas silvestres», respondió ella.

Helena compartió sus pequeñas cortezas de pan con los tres hombrecitos, aunque era todo lo que tenía. Después, ellos le pidieron que barriera las hojas del sendero. Mientras Helena barría,



Los tres hombrecitos

los tres hombrecitos decidieron darle obsequios mágicos, en recompensa por su ayuda.

«Se hará más **hermosa** cada día», dijo el primer hombrecito.

«De su boca saldrán **monedas de oro** cuando hable», dijo el segundo hombrecito.

«Se casará con un **rey**», dijo el tercero.

Mientras barría, Helena vio unas fresas silvestres. Llenó la canasta y volvió a su casa.

Cuando la madrastra vio la buena suerte de Helena, envió a Demona a la casa de los hombrecitos. Pero en vez de un vestido de papel, le puso un abrigo de piel. Y en vez de cortezas de pan, le dio un buen almuerzo.

Una vez en la cabaña de los hombrecitos, Demona se sentó junto al fuego y comió su almuerzo, sin compartir nada.

Cuando los tres hombrecitos le pidieron a Demona que barriese el sendero, se negó. Una vez la grosera niña se había ido, los tres hombrecitos decidieron darle algunos obsequios mágicos.

«Se volverá más **fea** cada día», dijo el primer hombrecito.

«De su boca saltarán **ranas** cada vez que hable», dijo el segundo hombrecito.

«Vivirá una vida **infeliz**», dijo el tercero. Todos los obsequios mágicos se hicieron realidad. Helena se casó con un rey y vivieron felices por siempre. Demona, no.



Pulgarcito

Había una vez una pareja pobre que anhelaba tener un hijo propio.

Un día, un anciano mendigo pasó por su casa. Aunque la pobre pareja apenas tenía lo suficiente para ellos, lo invitaron a comer y descansar.

«¿Dónde están sus hijos?», preguntó el mendigo.

«No tenemos ninguno –suspiró el hombre–. Nos encantaría tener un hijo, aunque fuese tan pequeño como mi pulgar».

La infeliz pareja no se percató de que su huésped tenía poderes mágicos. En recompensa por su bondad, les concedió el deseo de tener un hijo, aunque fuera diminuto.

La mañana siguiente, cuando bajaron las escaleras y se disponían a desayunar, encontraron a un niño diminuto esperándolos en la mesa. No era más grande que el pulgar del hombre, así que sus felices padres lo nombraron Pulgarcito.

Pulgarcito tenía un sentido de la aventura imparable. «Eres muy pequeño y el mundo es un lugar peligroso», le advirtió su madre. Pero Pulgarcito estaba muy ocupado divirtiéndose como para escucharla.



Pulgarcito

Un día, Pulgarcito estaba jugando cerca del río. Se cayó y se lo tragó un pez, el cual fue atrapado y llevado al chef real. Pulgarcito, que era pequeño pero muy astuto, se las arregló para salir gateando del pez. ¡El chef no podía creer lo que estaba viendo: un niño diminuto salía de la cena del rey!

Pensando que el chef podría lastimarlo, Pulgarcito huyó corriendo. Se escondió en la cueva de unos roedores y pronto se hizo amigo de uno de los ratones que vivían allí.

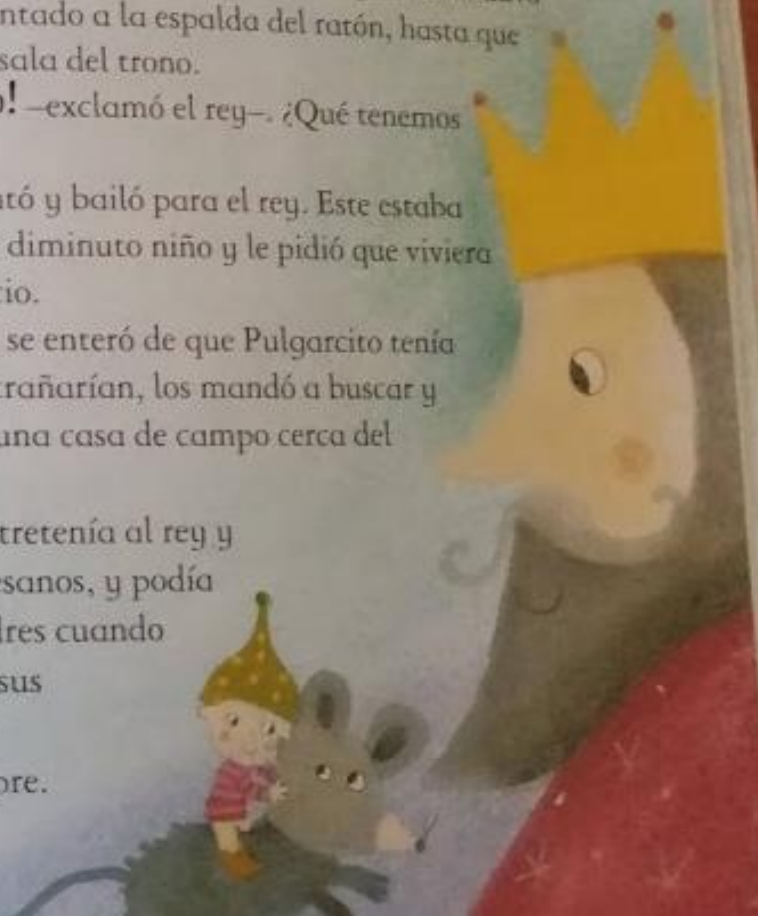
«Sube a mi espalda», dijo el ratón. Y Pulgarcito anduvo por el palacio montado a la espalda del ratón, hasta que se encontró en la sala del trono.

«¡Dios mío!» –exclamó el rey–. ¿Qué tenemos aquí?».

Pulgarcito cantó y bailó para el rey. Este estaba encantado con el diminuto niño y le pidió que viviera con él en el palacio.

Cuando el rey se enteró de que Pulgarcito tenía padres que lo extrañarían, los mandó a buscar y los dejó vivir en una casa de campo cerca del palacio real.

Pulgarcito entretenía al rey y a todos sus cortesanos, y podía visitar a sus padres cuando quería. Así él y sus padres vivieron felices por siempre.



El granjero en la hondonada

El granjero en la hondonada,
el granjero en la hondonada.

¡Vaya, vaya!

El granjero en la hondonada.

El granjero se casó,
el granjero se casó.

¡Vaya, vaya!

El granjero se casó.

Su mujer tuvo un niño,
su mujer tuvo un niño.

¡Vaya, vaya!

Su mujer tuvo un niño.



La casa que Jack construyó

Esta es la casa que Jack construyó.



Esta es la malta
que estaba en la casa que Jack construyó.

Esta es la rata que comió la malta que estaba
en la casa que Jack construyó.

Este es el gato
que mató a la rata, que comió la malta
que estaba en la casa que Jack construyó.



Este es el perro
que preocupa al gato,
que mató a la rata,
que comió la malta
que estaba en la casa
que Jack construyó.



Esta es la vaca con cuernos torcidos
que embiste al perro, que preocupa al gato,
que mató a la rata, que comió la malta
que estaba en la casa que Jack construyó.



Los zapatos de baile gastados

Había una vez un rey y sus doce hermosas hijas. Cada mañana, los zapatos de baile de las princesas lucían gastados por completo y el rey no sabía por qué. Entonces prometió que daría en matrimonio a una de sus hijas al joven que pudiera resolver el misterio. Muchos hombres lo intentaron y fallaron.

Un día, un soldado herido estaba caminando por el reino. Se encontró con una anciana que le contó sobre las princesas y lo que debía intentar para resolver el acertijo.

«Cuando las princesas te den las buenas noches, te traerán una copa de vino. Es una **poción para dormir** y no debes beberla», le advirtió la anciana. También le dio una capa que lo podía hacer invisible.

El soldado llegó al palacio, donde se le concedió una habitación contigua a la de las doce princesas. Cuando las princesas fueron a decirle buenas noches, le dieron una copa de vino, pero él no la bebió. Se puso su capa y se volvió invisible, justo a tiempo para ver cómo las princesas desaparecían por debajo del piso hacia un pasaje secreto.



Los zapatos de baile gastados

El soldado las siguió hasta un lago; allí había doce príncipes, cada uno esperando en un bote de remos. Las princesas se subieron a bordo y el soldado saltó junto a la menor.

«El bote se siente pesado hoy», remarcó el príncipe.

Al otro lado del lago había una tierra hermosa. Los árboles estaban hechos de plata y joyas. El soldado tomó una rama para llevársela al rey.

Al arrancarla, hizo un **chasquido**.

«¿Qué fue ese ruido?», preguntó un príncipe. Pero nadie más lo había oído.

Poco después, las princesas y los príncipes llegaron a un salón donde sonaba música y comenzaron a bailar. El soldado se les unió, pero era tan torpe que pisó a una de las princesas.

«¡Ay! Qué torpe que estás esta noche», le dijo ella a su príncipe.

El baile continuó hasta el amanecer, momento en el que las princesas regresaron a su casa.

El soldado observó que los zapatos de baile de las jóvenes estaban completamente gastados.

Al desayunar, el soldado le mostró al rey la ramita de plata y le explicó lo que había sucedido. Las princesas no pudieron negar la verdad y entonces el misterio se resolvió. El soldado se casó con la princesa mayor, que de todas formas se había cansado de bailar, y vivieron felices por siempre.





Caminando por el bosque

Si al caminar por el bosque escuchas a alguien gruñir,
puede ser el señor Lobo, buscando algo que engullir.
Así que no te detengas, vamos, sigue, ¡haz un esfuerzo!
Si no sigues avanzando, acabarás siendo su... ¡almuerzo!

El bosque es un buen sitio para pasear en un día hermoso.
Pero si encuentras un lobo, ¡no te resultará gracioso!
Sus dientes son muy grandes y afilados como un bisturí,
solo tiene que ocultarse tras un árbol y saltar sobre... ¡tí!

Caballeros armados

Hace muchos años, o eso me contaron,
los caballeros eran **valientes** y bravos.
Galopaban por valles y colinas lodosas,
y rescataban doncellas pálidas y hermosas.
Vivían peligrosas situaciones,
¡eran los **héroes** de sus naciones!



Salían a la búsqueda vistiendo armaduras
(eran los más fuertes, sus almas eran puras)
y luchaban en batallas muy lejanas
todas las noches, tardes y mañanas.
Y cuando cada caballero terminaba victorioso,
¡su regreso a casa era siempre **glorioso!**

Café y té

Molly –mi hermana– y yo nos peleamos,
¿Y tú por qué piensas que nos distanciamos?
Ella ama el café y yo amo el té,
por eso un acuerdo nunca podrá haber.



Había una niñita

Había una niñita,
con un rizo sobre su carita.
Le caía graciosamente
en el medio de la frente.

Cuando ella era buena,
era muy, muy buena.
Pero cuando ella era mala,
era **ESPANTOSA**.

Azul lavanda

El azul de la lavanda, tarán, tarán,
el verde de la lavanda;
Cuando yo sea rey, tarán, tarán,
tú serás la reina, quien manda.



Polly, pon el agua a hervir

Polly, pon el agua a hervir,
Polly, pon el agua a hervir,
Polly, pon el agua a hervir.
Todos tomaremos té.

Sukey, sácala otra vez
Sukey, sácala otra vez
Sukey, sácala otra vez
Ya todos se han ido.



Lucy Portillo

Lucy Portillo perdió su bolsillo,
Kitty Fisher lo encontró,
ni un centavo ella halló,
solo la cinta con que lo rodeó.

María, María, tan divertida

María, María, tan divertida,
¿cómo tienes un jardín así?
Con campanillas y clavelinas
y bonitas doncellas sentadas en fila.



El sastrecito valiente

Un pequeño sastre estaba tomándose un descanso de su trabajo para comer algo de pan con jalea cuando notó algunas moscas zumbando a su alrededor. Enfurecido, aplastó las moscas y contó siete insectos muertos. Sintiéndose complacido consigo mismo, cosió con mucho cuidado en su cinturón las palabras «siete de un golpe» y salió a alardear.

El sastre puso algo de queso en su bolsillo y, mientras caminaba por ahí, vio a un pajarito, a quien también guardó en su bolsillo. Más tarde, se encontró con un gigante. Sintiéndose valiente e intrépido, fue y habló con él. «Hola», le dijo.

«¿Qué quieres de mí, pequeño **debilucho?**», rugió el gigante. El sastre le mostró su cinturón al gigante, quien pensó que se refería a que había matado a siete hombres de un golpe.

El gigante levantó una roca y la estrujó hasta que comenzó a gotear agua. «Apuesto a que no puedes hacer eso», dijo.

«No hay ningún problema», respondió el pequeño sastre, y sacó el queso de su bolsillo y lo estrujó hasta que comenzó a gotear agua.

El gigante no se dio cuenta de que había sido engañado y tomó otra roca, y esta vez **la lanzó** muy alto por los aires. «Apuesto a que no puedes arrojar una roca tan alto», le dijo.

El sastre tomó al pájaro de su bolsillo y lo lanzó por los aires. El pájaro, feliz de recuperar su libertad,



El sastrecito valiente

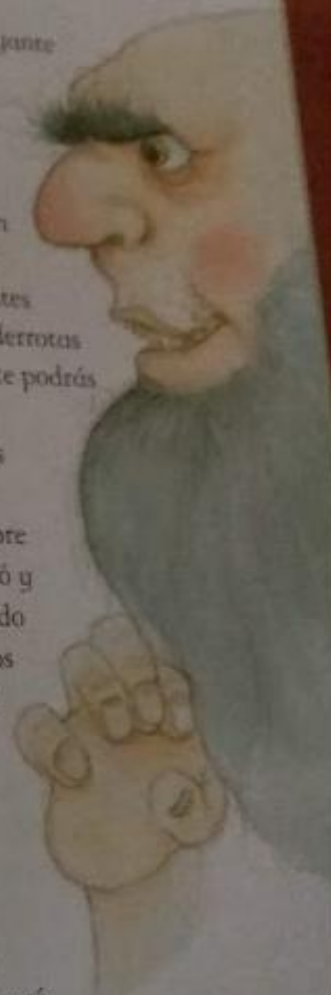
voló muy alto por los cielos y no regresó. El gigante volvió a ser engañado sin darse cuenta.

Se comenzaron a esparcir los rumores de que el pequeño sastre era **increíblemente fuerte**. Los rumores llegaron a los oídos del rey, quien mandó llamar al sastrecito. Le contó entonces sobre dos gigantes que vivían en sus bosques. «Si derrotas a los dos monstruosos gigantes, te podrás casar con mi hija», le dijo el rey.



El sastrecito valiente encontró a los dos gigantes durmiendo bajo un árbol. Se subió a este y comenzó a arrojar rocas sobre uno de ellos. El primer gigante se despertó y acusó al otro de arrojarle rocas. El segundo gigante dijo que no había sido él y los dos volvieron a dormirse. Entonces, el sastre lanzó rocas al segundo gigante, quien se despertó lleno de furia. Los dos gigantes lucharon entre sí hasta que ambos cayeron muertos.

Todos creyeron que el sastre había matado a los gigantes con sus manos, por lo que se convirtió en un héroe. Se casó con la hija del rey y vivieron felices por siempre. ¡Y nadie volvió a dudar de las palabras que había en su cinturón!



Los tres cerditos

Había una vez tres cerditos que partieron a construir sus propias casas. Después de un tiempo, los cerditos pasaron junto a un granjero que acarreaba algo de paja.

«¿Podría darme un poco de su paja, por favor?», preguntó el primer cerdito. El granjero aceptó, y entonces el primer cerdito construyó su casa de paja.



Mientras tanto, los otros dos cerditos siguieron caminando y encontraron algunas varas de madera. «Construiré mi casa con **Varas**», dijo el segundo cerdito.

El tercer cerdito, que era el más inteligente de los tres, decidió hacer su casa de ladrillos. Pero no pasó mucho hasta que un gran lobo malo los **olfateó**.

El gran lobo malo fue a la casa de paja y tocó a la puerta. «Cerdito, cerdito, déjame pasar», dijo.

«No, ni lo sueñes», respondió el primer cerdito. Entonces el lobo **sopló y resopló**, ¡y la casa salió volando!

El primer cerdito salió corriendo hacia la casa de ramas de su hermano. Pero el lobo lo siguió y tocó a la puerta.

«Cerditos, cerditos, déjenme pasar», dijo.

«No, ni lo sueñes», respondieron los cerditos. Entonces el lobo **sopló y resopló**, ¡y la casa salió volando! Entonces los cerditos corrieron a la casa del tercer cerdito, que estaba hecha de ladrillos.

Pero el lobo los siguió y tocó a la puerta. «Cerditos, cerditos, déjenme pasar», dijo.

«No, ni lo sueñes», respondieron ellos.

Entonces el lobo **sopló y resopló**, y **sopló y resopló**, pero no pudo volar la casa.

«¡Ja, ja! —dijo el tercer cerdito—. ¡Mi casa es demasiado fuerte para que la hagas volar!».

Pero el lobo no estaba dispuesto a rendirse y subió al techo. Los cerditos imaginaron que su intención era bajar por la chimenea, así que pusieron una enorme cacerola de agua a hervir en el hogar. Cuando el lobo bajó, cayó haciendo **¡splash!** ¡Y ese fue el fin del gran lobo malo!



El flautista de Hamelín

La ciudad de Hamelín estaba invadida por las ratas.

Un día, un extraño individuo fue a ver al alcalde. «Os libraré de las ratas si me pagas cien monedas de oro», le dijo.

El alcalde accedió y el hombre comenzó a tocar una extraña melodía con su flauta. Las ratas siguieron al flautista, quien las guió hasta un río para que se ahogaran. Cuando el flautista fue a reclamar su dinero, el alcalde no quiso pagarle. Al día siguiente, el flautista volvió a tocar su melodía. Esta vez no lo siguieron las ratas, sino los niños.

«Cuando me pagues lo que debes, te devolveré a los niños», le dijo al alcalde.

El pueblo de Hamelín estaba **furioso**. Todos marcharon hacia el ayuntamiento para ver al alcalde.

«¡Págueme al flautista lo que se le debe!», le gritaron.

El alcalde le pagó al flautista y los niños regresaron con sus padres.

Los habitantes de Hamelín escogieron a un nuevo alcalde y, desde

entonces,
Hamelín
prosperó.



El árbol cantante

Un príncipe se sentó a descansar bajo un cerezo que estaba cubierto de flores blancas y se quedó dormido.

El príncipe soñó que el árbol cantaba:

«A través del oscuro bosque, tras los árboles azules, sigue un pasaje que te lleva hacia el mar, bajo las nubes. Camina por la playa de arena roja cuando haya baja marea y ballarás el amor en tu esposa verdadera.»

Cuando el príncipe despertó, se hallaba cubierto de flores blancas.

Recordando las palabras que el árbol le había cantado, partió hacia el oscuro bosque. Tras caminar día y noche, halló unos árboles azules y después un pasaje que llevaba a una playa.

Vio cómo bajaba la marea y aparecía arena roja. Caminó por ella y se percató de unas pisadas, las cuales siguió. Al finalizar el rastro, se encontró en los alrededores de un enorme palacio. Y allí, sentada sobre la hierba, estaba su verdadero amor.

Se casaron bajo el árbol de cerezos y usaron sus flores como confeti.



La boda de la señora Zorro

La señora Zorro se sentía muy triste por la muerte de su esposo.

«No esté tan triste –le dijo su criada, que era una gata–. Pronto encontrará a alguien para casarse de nuevo». Pero la señora Zorro no estaba tan segura.

«Nunca encontraré a alguien tan bueno como el señor Zorro –suspiró–. Tenía unas **medias rojas** tan elegantes y un **hocico** puntiagudo tan adorable».

Un día, la criada tocó a la puerta de la señora Zorro: «Aquí está el señor Tejón para verla», dijo. Y entró el señor Tejón. La señora Zorro no podía negar que tenía unas adorables rayas negras y blancas, pero no usaba elegantes medias rojas ni poseía un adorable hocico puntiagudo. Entonces, cuando él le pidió que fuese su esposa, ella lo rechazó.

Un día, la criada tocó a la puerta de la señora Zorro otra vez: «Aquí está el señor Ardilla para verla», le dijo. Y entró el señor Ardilla. La señora Zorro admiraba la adorable y espesa cola del señor Ardilla, pero él no tenía elegantes medias rojas ni



La boda de la señora Zorro

un adorable hocico puntiagudo. Cuando le rogó que se casase con él, la señora Zorro le contestó que no.

Un día, la criada tocó a la puerta de la señora Zorro una vez más: «Aquí está el señor Ratón para verla», le dijo. Y entró el señor Ratón. La señora Zorro tuvo que admitir que tenía un hocico puntiagudo bastante atractivo, pero no lucía elegantes medias rojas. Así que cuando le hizo la propuesta, y sintiéndose ella halagada, lo rechazó.

Un día, la criada tocó a la puerta de la señora Zorro una vez más: «Hay un joven que quiere verla», dijo. Y entró un apuesto zorro. Tenía un hermoso hocico puntiagudo y elegantísimas medias rojas. El apuesto zorro fue a visitar a la señora Zorro todos los días y se enamoraron.

«Señora Zorro, ¿serías mi esposa?», le preguntó el apuesto zorro.

«¡Sí!», le respondió ella. Y vivieron felices por siempre.



El rey gallo

Había una vez un jactancioso rey que alardeaba apenas tenía oportunidad de hacerlo. Si lucía un nuevo manto, se pavoneaba por el palacio exhibiéndolo. «Miren mi hermoso manto nuevo. Está hecho de la más fina seda y la más elegante piel», decía. «Mírate, pavoneando por ahí como un gallo», pensaba su esposa. Un día, un vendedor ambulante fue al palacio a vender sus mercaderías.

«Tengo algo ideal para un señor tan fino como usted», le dijo el vendedor al rey, y le mostró un espejo tallado en madera. El rey compró el espejo y se sentó en su trono a admirarse. Pronto descubrió que el espejo era mágico. Cuando se miró en él, vio a un orgulloso gallo que lo observaba con atención. «¿Qué es tan mandaloso –pensó el rey para sí–. ¡Exijo un espejo más grande!» Pero cuando trató de bajarse del trono, se dio

cuenta de que se había convertido en un gallo de finas plumas.

Justo en ese momento, su mayordomo entró y vio al gallo contoneándose por ahí, así que lo echó. El rey intentó protestar, pero sus palabras sonaban como un fuerte **¡COCOROCO!**

Afuera del palacio, el rey gallo comenzó a cacarear y no paró hasta que su esposa se asomó por la ventana.



«Haz silencio, gallo viejo –le regañó–. ¿Acaso no es suficiente tener que escuchar a mi jactancioso marido pavoneándose todo el día?».

El rey gallo hizo silencio por primera vez. No se había dado cuenta de lo que la reina pensaba de él hasta ese momento.

«Supongo que sí soy un fanfarrón –pensó tristemente para sí–. Cambiaría mi personalidad si tan solo pudiera ser un hombre otra vez».

De pronto, hubo un **resplandor** y el rey volvió a ser él mismo. Regresó al salón del trono, tomó el espejo con cuidado sin mirarse en él y lo escondió bajo llave en un lugar seguro. Desde entonces, el rey cambió su personalidad y procuró no fanfarronear ni alardear demasiado, y nunca más se atrevió a mirarse en aquel espejo mágico, ¡por si acaso!

Los seis cisnes

Había una vez un rey con seis hijos y una hija.

El rey acababa de casarse, pero su nueva esposa era una mujer malvada y estaba muy celosa de los hijos. Un día, en un ataque de celos, convirtió a los seis hijos del rey en cisnes. Los seis cisnes salieron volando, dejando a la hija detrás.

La hija estaba muy disgustada y prometió encontrar a sus hermanos. Partió y los buscó por muchos días por el reino, hasta que por fin los encontró viviendo en una casa en el bosque.

Los seis cisnes le contaron a su hermana que, para que ellos fueran liberados del hechizo, ella debería estar **completamente callada** durante seis años y usar ese tiempo para coserle a cada uno una camisa hecha de primulas.

No era nada fácil hacer camisas de flores, así que la niña se quedó en el bosque cosiéndolas por un largo, largo tiempo. Luego de unos años, un rey pasó cabalgando por el bosque y vio a la jovencita sentada trabajando. A pesar de no haber oído su voz en ningún momento,

él se enamoró de su naturaleza gentil y su dulce sonrisa, y se casaron.

La madre del rey estaba celosa del bonito rostro de la nueva reina.



Consumida por el odio, planeó una manera de deshacerse de ella.

Poco después, la joven tuvo un bebé. La madre del rey tomó al bebé, lo ocultó y acusó a la reina de haberlo matado. Pero esta estaba decidida a cumplir la promesa hecha a sus hermanos y se mantuvo sin hablar, ni siquiera para defenderse. Entonces su esposo ordenó que la apresaran. El día en que la llevaban a prisión se cumplían exactamente seis años desde que la jovencita había iniciado su voto de silencio. En camino hacia la cárcel, ella llevaba las seis camisas. Había logrado terminarlas todas excepto la última, a la que le faltaba una manga.

La chica oyó el **aletear** de alas. Seis cisnes bajaron volando hacia ella y supo que eran sus hermanos. Le arrojó una camisa a cada uno y, al hacerlo, cada cisne recobró por completo su forma humana, excepto el último hermano, quien conservó una de sus alas.

La joven por fin podía hablar y le dijo a su esposo todo lo que había pasado. El bebé fue hallado a salvo y el rey **desterró** a su madre para siempre.

Desde ese día en adelante, la joven pareja y su hijo vivieron muy felices.



La serpiente blanca

Había una vez un rey que cada día comía un plato secreto. Un día, el sirviente del rey levantó la tapa del plato para ver qué ocultaba. Se sorprendió al ver que era una serpiente blanca, pero aún así probó un poco. Comer serpiente blanca le dio el poder mágico de entender a los animales.

El sirviente salió a probar suerte y escuchar lo que los animales tenían para decirle.

Un día, estando sentado al lado de un río, vio a tres peces que se habían quedado enredados en unas algas marinas.

«¡Ayúdanos! Si no podemos liberarnos moriremos», dijo uno de ellos. El sirviente los oyó y los puso en libertad.

Al ir caminando, vio a tres cuervos bebés que se habían caído de su nido.

«¿Y ahora quién nos ayudará a conseguir comida?», dijeron. Pero el sirviente los oyó hablar y compartió su comida con ellos.



La serpiente blanca

Un día, el sirviente llegó a un reino donde el rey había prometido que el hombre que pudiese completar una tarea difícil se podría casar con su hija. Muchos habían muerto intentándolo, pero el sirviente creyó que podría probar su suerte.



El rey arrojó un anillo dorado en lo profundo de un mar tormentoso y le dijo al sirviente que lo recuperase. El sirviente comenzó a nadar a través de las olas. Al poco rato, los tres peces nadaron hacia él con el anillo.

«Una buena acción merece otra», dijo uno de los peces. Tras cumplir la misión, el sirviente recibió el permiso del rey para casarse con su hija.

La hija, sin embargo, quiso poner a prueba de nuevo al sirviente. «Encuentra la manzana dorada del árbol de la vida y tráemela. Entonces me casaré contigo», le dijo.

El sirviente caminó por muchos días pero no pudo encontrar la fruta de la vida. Los tres cuervos, ya crecidos, salieron volando en su ayuda. Poco después regresaban con la manzana dorada.

El sirviente le llevó la manzana a su princesa. Compartieron la deliciosa fruta y tras dar un mordisco cada uno, se enamoraron.

Se casaron esa primavera, y el sirviente escuchaba a los animales hablar: «¡Qué adorable pareja!», decían todos.



La pera mágica

Érase una vez la hija de un granjero que al observar un viejo peral notó que una pera era diferente a las demás. Era más grande y tenía un toque dorado. Quería comerla pero estaba muy alta para alcanzarla.

Mientras miraba con hambre a la inusual pera, una ráfaga de viento la bajó del árbol hacia ella. Le dio un mordisco a la fruta dorada y comprobó que sabía más deliciosa que ninguna otra pera que hubiera probado jamás.

Al tragar el primer bocado, **algo extraño** sucedió. La chica tuvo una visión de sí misma, y estaba vestida como una reina. Se rió ante una idea tan ridícula. ¿Cómo podría la hija de un granjero convertirse en **reina**?

Al día siguiente, un apuesto joven estaba cabalgando cerca de su granja cuando se cayó del caballo. La hija del granjero lo cuidó hasta que estuvo completamente recuperado. Durante el tiempo en que ella lo cuidó, se enamoraron.

«Vuelve conmigo a mi palacio y sé mi reina», le dijo el apuesto muchacho, quien en todo el tiempo que había estado allí no le había contado a la joven que en realidad era un rey.

Pocos días más tarde, la hija del granjero se convirtió en reina y vivieron felices por siempre.



El genio

Una vez, una perezosa sirvienta estaba puliendo una jarra de plata cuando, para su sorpresa, un genio se le apareció. «Te concederé tres deseos», le dijo.

«Desearía que toda esta plata estuviese limpia», dijo la sirvienta. Volvió a mirar la plata y vio que estaba **resplandeciente** y limpia.

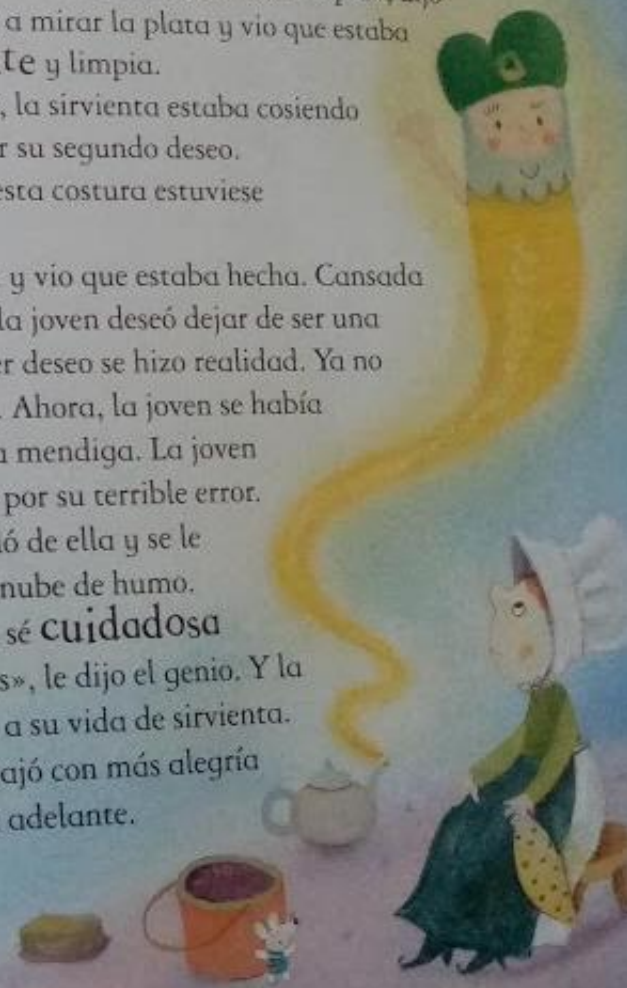
Al día siguiente, la sirvienta estaba cosiendo ropa y decidió usar su segundo deseo.

«Desearía que esta costura estuviese terminada», dijo.

Miró la costura y vio que estaba hecha. Cansada del trabajo duro, la joven deseó dejar de ser una sirvienta. Su tercer deseo se hizo realidad. Ya no era una sirvienta. Ahora, la joven se había convertido en una mendiga. La joven comenzó a llorar por su terrible error. El genio se apiadó de ella y se le apareció en una nube de humo.

«En el futuro, sé **cuidadosa** con lo que desees», le dijo el genio. Y la envió de regreso a su vida de sirvienta.

La joven trabajó con más alegría desde ese día en adelante.





De tin-marin

De tin-marin, De do pingüé,
cucara macara, tigre fue,
yo no fui, fue teté,
pégale, pégale,
que ella fue.

Solomon Grundy

Solomon Grundy
nació un lunes.
Fue bautizado un martes.
Se casó un miércoles.
Se enfermó un jueves.
Empeoró un viernes.
Murió un sábado.
Fue enterrado un domingo.
Y ese fue el fin de
Solomon Grundy.

Dos pajaritos

Dos pajaritos se hallan sobre una pared.
Uno se llama Pedro y el otro José.
Vuela Pedro, vuela José.
¡Regresa Pedro, regresa José!



Cinco guisantes gordos

Cinco guisantes gordos en una vaina apretados
fueron creciendo y creciendo bien desarrollados.
Crecieron y crecieron y no se detuvieron,
hasta que un día ¡la vaina abrieron!



Uno, dos, tres, cuatro, cinco

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
atrapé un pez y di un brinco.
Seis, siete, ocho, nueve, diez,
lo dejé ir otra vez.
¿Por qué lo dejaste ir de nuevo?
Porque él mordió mi dedo.
¿Cuál dedo te mordió él?
El de la izquierda, mordió aquel.



Una papa, dos papas

Una papa, dos papas, tres,
cuatro papas,
cinco papas,
seis papas,
siete papas.
¿Ves?

El sol y el viento

Un día, el sol y el viento estaban peleando.

«Yo soy más fuerte que tú», dijo el sol.

«Qué disparate –dijo el viento–. Yo soy mucho más fuerte que tú».

«¿Ves a ese hombre ahí abajo? –preguntó el sol–.

Soy tan fuerte que podría quitarle su abrigo de encima».

«Tú no eres lo suficientemente fuerte para hacer eso –dijo el viento–. Yo sí podría hacerlo fácilmente».

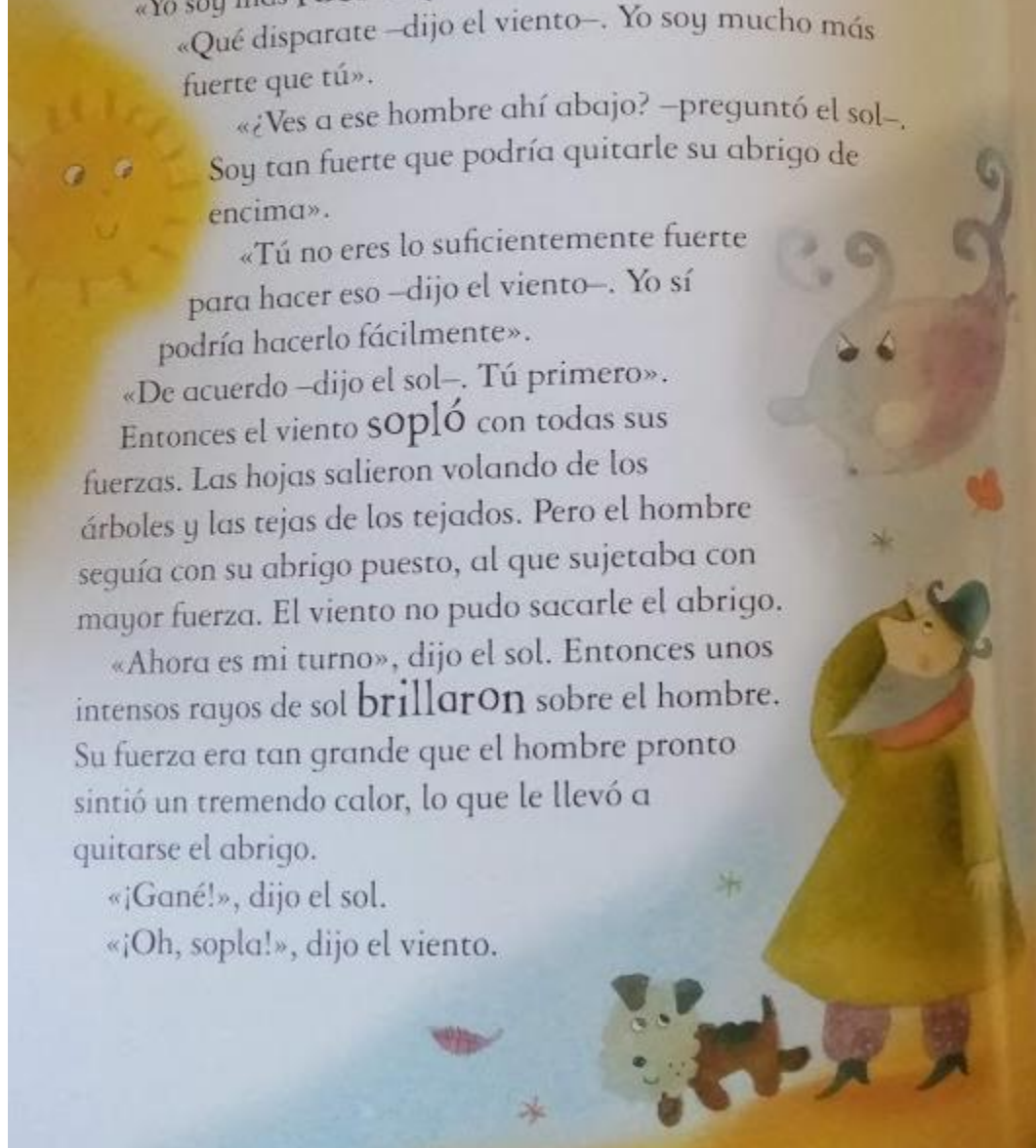
«De acuerdo –dijo el sol–. Tú primero».

Entonces el viento **sopló** con todas sus fuerzas. Las hojas salieron volando de los árboles y las tejas de los tejados. Pero el hombre seguía con su abrigo puesto, al que sujetaba con mayor fuerza. El viento no pudo sacarle el abrigo.

«Ahora es mi turno», dijo el sol. Entonces unos intensos rayos de sol **brillaron** sobre el hombre. Su fuerza era tan grande que el hombre pronto sintió un tremendo calor, lo que le llevó a quitarse el abrigo.

«¡Gané!», dijo el sol.

«¡Oh, sopla!», dijo el viento.



Los tres deseos

Era el cumpleaños de la princesa Felicidad, y el mago real le concedería tres deseos.

Ella supo desde el principio cual sería su primer deseo.

«Tener el cabello largo y dorado», dijo. Justo entonces su cabello comenzó a crecer... y crecer... y **CRECER**. ¡No paraba!

«Desearía tener un par de tijeras», dijo. Y en un parpadeo, apareció un par de tijeras. La princesa Felicidad se cortó el cabello, pero mientras más lo cortaba, más crecía.

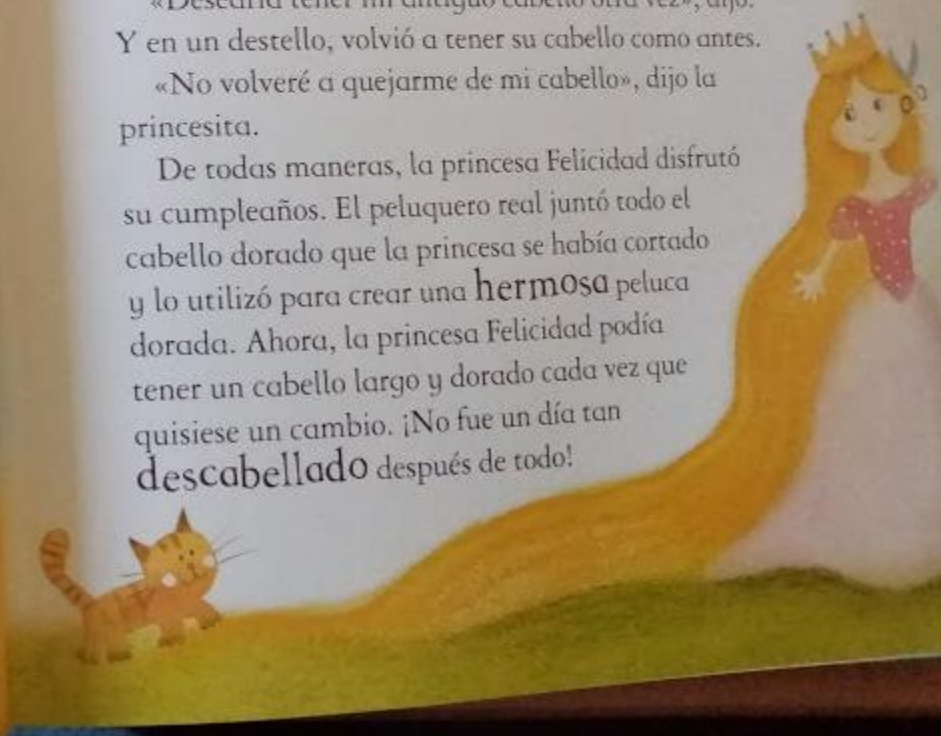
El cabello de la princesa Felicidad estaba fuera de control. Poco después, la habitación estaba llena de cabello dorado. Algo debía hacerse, pronto.

«Desearía tener mi antiguo cabello otra vez», dijo.

Y en un destello, volvió a tener su cabello como antes.

«No volveré a quejarme de mi cabello», dijo la princesita.

De todas maneras, la princesa Felicidad disfrutó su cumpleaños. El peluquero real juntó todo el cabello dorado que la princesa se había cortado y lo utilizó para crear una hermosa peluca dorada. Ahora, la princesa Felicidad podía tener un cabello largo y dorado cada vez que quisiese un cambio. ¡No fue un día tan descabellado después de todo!



La princesa y el tonto

Había una vez un tonto muy rico que tenía un sirviente muy listo. El rico tonto escuchó hablar de una princesa que se quería casar con un hombre listo. Pensando que él era inteligente, fue a verla.

La princesa decidió ver qué tan **listo** era el rico tonto.

«Si un gallo pone un huevo sobre la cima de una colina, ¿hacia qué lado caerá rodando?», preguntó.

El tonto salió y, luego de un día entero haciendo rodar huevos por una colina, estuvo seguro de su respuesta.

Mientras el rico tonto le daba sus explicaciones a la princesa, su sirviente comenzó a **reír**. Se rió tanto que no podía parar.

«¿Qué es tan gracioso?», preguntó el tonto, perplejo.

«El huevo no rodaría hacia ningún lado de la colina.

Los gallos no ponen huevos, son las **gallinas las que lo hacen**».

La princesa vio que el sirviente era listo y divertido, así que no dudó ni un instante y se casó con él! Y vivieron una vida llena de risas.



El juglar viajero

Un día, un juglar viajero se aventuró en un reino, cantando acerca de un tesoro dorado que estaba buscando.

«*Cuando encuentre el tesoro dorado, será como siempre lo he soñado*», cantaba el juglar.

Una por una, todas las personas comenzaron a seguirlo.

«Si sabe donde hay **ORO**, entonces yo también voy», dijo una mujer. Pronto el juglar tenía una multitud tras él, todos hablando de cómo gastarían el tesoro.

«Yo me compraré un caballo nuevo», dijo un granjero.

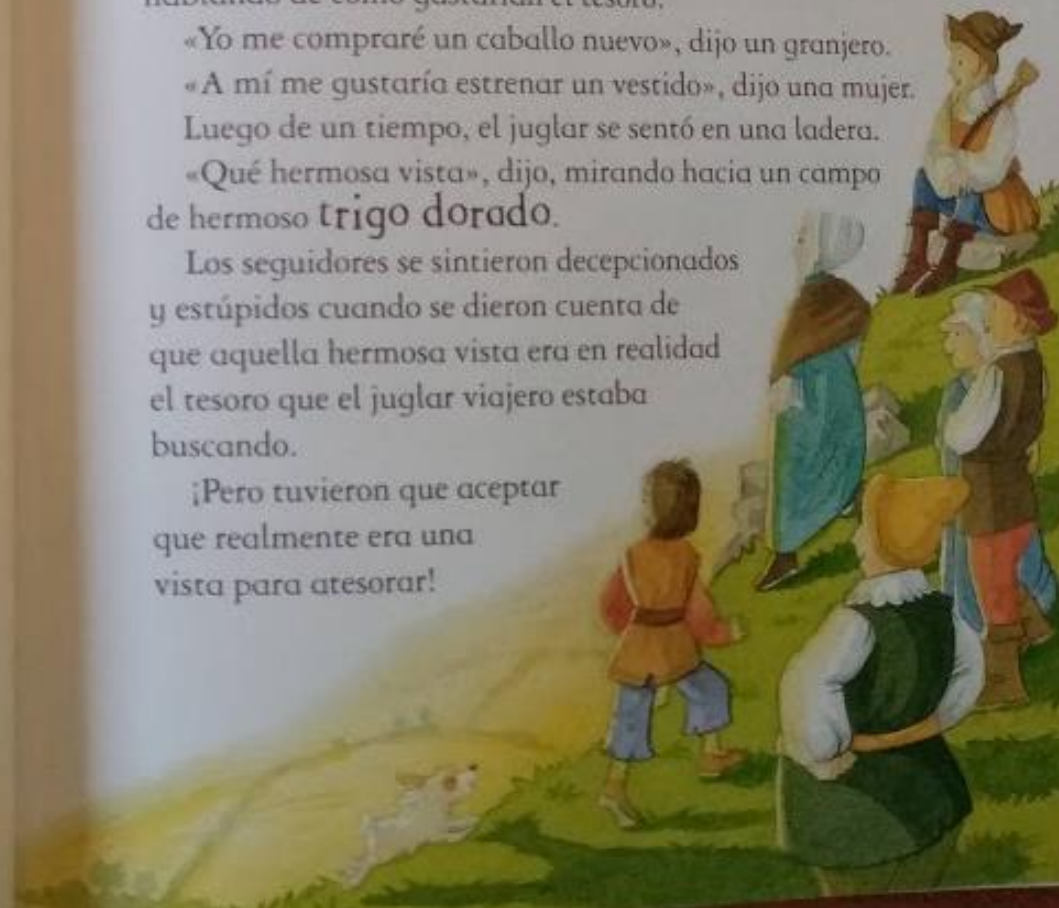
«A mí me gustaría estrenar un vestido», dijo una mujer.

Luego de un tiempo, el juglar se sentó en una ladera.

«Qué hermosa vista», dijo, mirando hacia un campo de hermoso **trigo dorado**.

Los seguidores se sintieron decepcionados y estúpidos cuando se dieron cuenta de que aquella hermosa vista era en realidad el tesoro que el juglar viajero estaba buscando.

¡Pero tuvieron que aceptar que realmente era una vista para atesorar!



Los revoltijos

Ellos fueron al mar sobre un colador, a navegar.
Sobre un colador ellos fueron al mar.
A pesar de lo que sus amigos decían,
salieron de mañana un tormentoso día.
¡Sobre un colador ellos fueron al mar!
Y cuando el colador comenzó a girar,
todos gritaron: «¡Pronto se ahogarán!».
Y ellos respondieron: «¡El colador es chico,
pero eso no nos importa ni un poquito!



Los revoltijos

¡Sobre un colador iremos al mar!».
Muy lejos, muy lejos,
donde viven los revoltijos irán a dar.
Sus cabezas son verdes, sus manos azules son,
y ellos fueron al mar sobre un colador.

Y en veinte años, ellos regresarán.
En veinte años o más.

Y a cada uno dirán: «¡Qué alto que estás!
Habrás estado en los Lagos, y en la Zona Ispantosa,
¡y en las Colinas Aventurosas!».
Brindarán a su salud y les harán un festín apropiado.
De pastas hechas con trigo y harina de salvado.

Y todos dirán: «Si tuviera valor,
también iría al mar sobre un colador,
a las Colinas Aventurosas».

Muy lejos, muy lejos,
están las tierras donde viven los revoltijos.
Sus cabezas son verdes, sus manos azules son,
y ellos fueron al mar sobre un colador.

La princesa que no hablaba

Había una vez una princesa que no hablaba. Su madre le ofrecía **maravillosos** obsequios para tratar de convencerla de que hablara, pero ella no pronunciaba ni una palabra.

Un día, el rey ofreció una bolsa de monedas de oro a la persona que pudiera hacer hablar a su hija. La gente hizo fila para probar suerte, pero nadie lo consiguió.

Una anciana campesina escuchó acerca de la recompensa. Se puso una **gallina** en la cabeza y salió hacia el palacio, recibiendo miradas extrañadas en su camino.

Cuando la anciana se encontró con la princesa, le dijo unas palabras, pero nunca mencionó la gallina en su cabeza. Después de un tiempo, la gallina hizo **scuac** y puso un huevo, que cayó al suelo haciendo **isplat!** La anciana siguió hablando de esto y aquello como si nada hubiese pasado.

La princesa no pudo contenerse. «¿Sabes que tienes una **gallina** en la cabeza?», le preguntó. El rey estaba encantado y le pagó a la anciana con una bolsa de oro. La gallina y ella regresaron a su casa, felices como nunca.



El príncipe y el campesino

Había una vez un joven príncipe que quería salir a explorar. De pura suerte, se encontró con un campesino que lucía exactamente como él. Se dio cuenta de que, si cambiaban de ropa, podría cumplir su deseo. El campesino estuvo de acuerdo

y, tan pronto como cambiaron de ropa, el príncipe sintió una mano sobre su hombro. «Allí estás, muchacho», dijo una voz **áspera**.

El príncipe fue llevado a trabajar en un campo. Era una tarea muy dura y cuando hubo terminado tenía mucha **hambre**. Pero todo lo que tuvo para cenar fue una sopa aguada y una corteza de pan.

Al día siguiente, el príncipe y el muchacho cambiaron de ropas nuevamente. «Cuando sea rey, prometo asegurarme de que nadie pase hambre», le dijo al muchacho.

El príncipe creció y cuando fue rey no olvidó su promesa.



El río

Tempestuoso río, corres veloz,
profundo y espumoso en tu paso atroz.
La lluvia ha hecho que el agua crezca,
y que los remolinos aparezcan.

Lleno de furia, te sacudes agitado,
los juncos se tuercen hacia todos lados.
Bajo sus alas se esconden los patos,
todos buscan refugio, no se escuchan cantos.



El río



Hasta los torrentes suspiran aliviados
y las nubes el cielo han abandonado.
La calma descende, la tormenta se fue,
las aguas se aquietan, el sol brilla otra vez.

El tranquilo río al fin está claro,
las aguas destellantes encuentran amparo.
Y hallan felizmente su camino
a través de campos, al mar llega el río.

Verde y viva está la orilla,
el agua fresca brota y brilla.
Los peces pueden saltar y los patos nadar,
y yo muy pronto saldré a remar.

Amase la torta

Amase la torta, señor panadero,
hornee una torta, eso es lo que quiero.
Amásela y marque sobre ella una B,
¡y póngala al horno para mí y el bebé!
Para mí y el bebé, para mí y el bebé.
Póngala al horno para mí y el bebé.



Soy una teterita

Soy una teterita, fuerte y baja,
este es mi pico y esta es mi asa.
Cuando el vapor suba me oirás gritar,
vuélcame, sírveme ¡y a disfrutar!



Gira, dama

Gira, dama, a girar,
tu pan debes ganar.
Enrosca el hilo sin romperlo,
gira, dama, a girar.

Alrededor del jardín

Alrededor del jardín,
como un oso a hurtadillas;
un paso, dos pasos,
¡y ahora te haré cosquillas!



Montando un caballo

Montando un caballo hacia el Cruce de Gallo,
para ver a una dama sobre un blanco caballo.
Con anillos en sus dedos y campanas en sus pies,
ella tendrá música dondequiera que esté.

Al mercado, al mercado

Al mercado, al mercado a comprar un cerdo gordo,
a casa otra vez, a casa otra vez, pipeti-ordo
Al mercado, al mercado a comprar un chanco gordo,
a casa otra vez, a casa otra vez, pipeti-ordo.
Al mercado, al mercado a comprar un pastel morado,
a casa otra vez, a casa otra vez, el mercado está retrasado.
Al mercado, al mercado a comprar un bollo de ciruela asado,
a casa otra vez, a casa otra vez, el mercado está cerrado.



La princesa y la luna

Había una vez una princesa que obtenía todo lo que quería al instante. Pero un día, pidió a su padre algo **imposible**.

«Papi, ¿puedo tener la luna?», le preguntó.

Su padre hizo todo lo posible por bajarle la luna, pero nada funcionó. «Me temo que no puedes tener la luna, ya que es demasiado **grande** para hacer que descienda del cielo», le dijo el rey a su hija.

«Pero cuando la miro, no es más que una pequeña bola plateada del tamaño de la uña de mi pulgar», le respondió la princesa, perpleja. Entonces, el rey le pidió a su platero que le hiciera una pequeña luna de plata para obsequiar a su hija.

«Gracias, papi, es tan hermosa», le dijo ella.

Cuando la luna apareció esa noche en el cielo, el rey se preocupó al pensar que ella se daría cuenta que su luna no era la verdadera. Pero a la princesa no le importó.

«La luna volvió a crecer, por supuesto», dijo. «¡No deja de agrandarse y achicarse!».



El príncipe holgazán

Había una vez un príncipe que era extremadamente holgazán. Así que su madre lo puso a trabajar en los establos para enseñarle una lección.

Un día, una princesa pasó por allí y, pensando que el príncipe era el mozo de cuadra, le pidió agua para su caballo.

«El agua está justo frente a ti», le dijo el príncipe perezoso. «¿Por qué no lo haces tú misma?».

«¿Hacerlo **yo misma**?» dijo la princesa, que era aún más perezosa que el príncipe—. Es demasiado para mí».

Al príncipe le gustaba como lucía la princesa. Los dos hablaron por un tiempo y, cuando lo creyó oportuno, le contó a la princesa que en realidad era un príncipe. El príncipe y la princesa holgazanes llegaron a conocerse bastante bien y finalmente (les tomó un tiempo llegar a esto) se casaron.



El príncipe afortunado

Había una vez un apuesto príncipe llamado Alejandro que partió en busca de su fortuna. «Cuando vuelva seré más viejo y más sabio», le dijo a su familia.

Adonde quiera que fuese, la gente era muy amable con él. La personas hacían un esfuerzo especial para alimentarlo y entretenerlo. El príncipe pensó que esa era su manera habitual de comportarse.

Un día, tras pasar varias semanas viajando, el príncipe se adentró con su caballo en un espeso bosque, donde acabó perdiéndose. Después de un largo tiempo, el príncipe Alejandro llegó a ver las torres de un enorme castillo en la distancia. «Qué buena suerte» –pensó–. La gente que vive ahí seguro que me cuidará».

El príncipe cabalgó por el frondoso bosque, que estaba cubierto de zarzas. Al llegar al castillo, no vio a nadie, pero oyó una hermosa voz que entonaba una triste canción. Siguió el sonido, como si estuviera encantado, y pronto se encontró en una pequeña habitación en lo alto de una torre. ¡Cantando al lado de la ventana estaba la joven más hermosa que hubiera visto!



«¿Qué haces aquí sola? –preguntó el príncipe–. ¿Y por qué cantas esta canción tan triste?».

«Soy la princesa Sofía –le explicó la misteriosa joven–. Vivía en este lugar con mi familia y mis sirvientes, pero fui tan malagradecida, mimada y mandona que me dejaron aquí sola para que aprendiese a cuidarme por mí misma».

La princesa había aprendido a cultivar vegetales, cocinar y coser. Podía cuidarse por sí misma, pero estaba muy sola.

El príncipe partió de regreso, llevándose a Sofía con él. Volvieron por el mismo camino, pero sus ropas habían sido rasgadas por las espinas y ya no parecían de la realeza. La pareja fue tratada como todos los demás. La gente trabajaba duro, pero de todas formas compartía su comida, aunque tuviera poco para dar.

Cuando el príncipe llegó a su hogar, era un poco más viejo, pero **mucho** más sabio.

Ahora sabía lo diferente que eran las cosas tras los muros de su castillo, y lo afortunado que era al ser un príncipe.

El príncipe y la princesa se casaron en una hermosa ceremonia, preparada por ellos mismos. Invitaron a todo el mundo, incluida la familia de la princesa Sofía, ¡que estaba encantada de ver que su hija había cambiado para mejor!



Hagamos una ronda

Hagamos una ronda
alrededor de la cubeta,
de ramilletes repleta.
¡Cenizas! ¡Cenizas!
Todos nos caemos.

Rema, rema, rema el bote

Rema, rema, rema el bote
con el agua a tus pies.
¡Qué alegría, qué alegría,
la vida un sueño es!

Rema, rema, rema el bote
a través de la corriente.
Y si ves un cocodrilo
¡pide ayuda **urgente!**

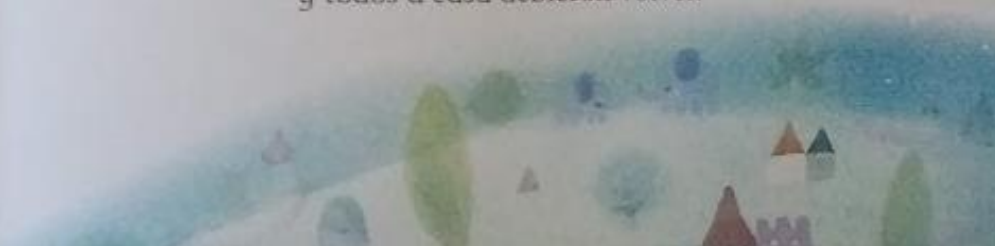


El hombre en la Luna

El hombre en la Luna,
se asoma de la Luna,
se asoma de la Luna y llama:
«Es hora de que todos los niños de la Tierra
piensen en ir a la cama».

Tres jóvenes ratas

Tres jóvenes ratas con negras patas,
tres jóvenes patos con blancos zapatos,
tres jóvenes perros con colas enroscadas,
tres jóvenes gatos con uñas pintadas,
salieron a caminar con dos jóvenes chanchos,
vestidos de seda y con sombreros anchos.
Pero muy pronto comenzó a llover
y todos a casa debieron volver.



Osito de peluche

Osito, osito de peluche
toca el piso.

Osito, osito de peluche
da la vuelta.

Osito, osito de peluche
sube la escalera.

Osito, osito de peluche
di tus oraciones.

Osito, osito de peluche
apaga la luz.

Osito, osito de peluche
di «buenas noches».



Un elefante camina

Un elefante camina por donde uno mande;
es terriblemente alto y terriblemente grande.

No tiene dedos,
no lleva carga,
pero, qué gracioso,
¡qué nariz más larga!

Este cerdito

Este cerdito fue al mercado.

Este cerdito se quedó en casa.

Este cerdito comió algo rico.

Este cerdito no comió nada.

Y este cerdito lloró:

«¡Gua, gua, gua, gua!»
todo el camino a casa.



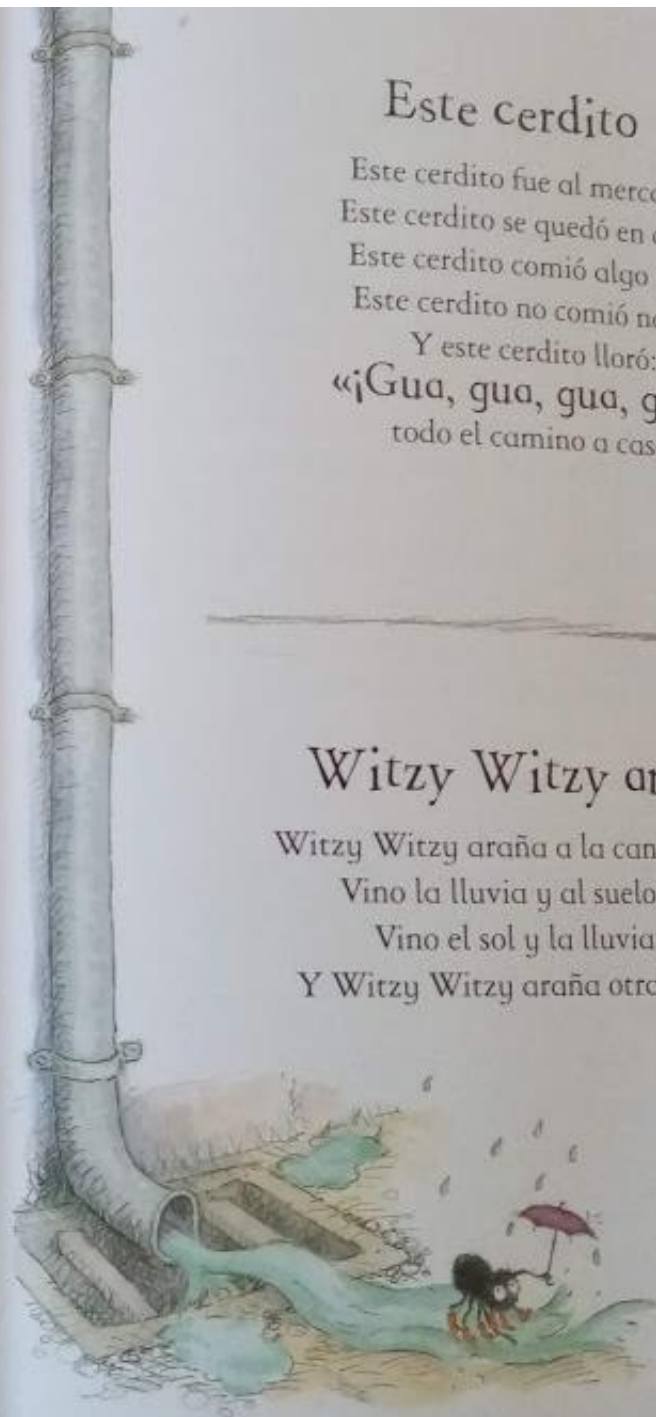
Witzy Witzy araña

Witzy Witzy araña a la canaleta subió.

Vino la lluvia y al suelo la tiró.

Vino el sol y la lluvia secó.

Y Witzy Witzy araña otra vez subió.



El espejo mágico

Había una vez un espejo mágico que mostraba el futuro.

Un día, un sirviente del príncipe miró en el espejo mágico y se **horrorizó** al ver que el príncipe era robado. Había visto la cara del ladrón claramente, así que el sirviente decidió estar atento a este bribón.

Unos pocos días después, el sirviente estaba caminando por el bosque junto al príncipe, cuando vio al ladrón del espejo acercándose a ellos.

«¡Tenga cuidado, su majestad!», gritó mientras el hombre corría hacia ellos.

El hombre del espejo llegó junto al príncipe y lo empujó hacia un lado. Pocos segundos después un árbol cayó muy cerca de ellos.

Todo lo que el sirviente había visto en el espejo se hizo realidad, pero no de la manera que esperaba. El hombre no era un ladrón. Había empujado al príncipe para evitar que este fuese alcanzado por el árbol caído. Le había salvado la vida.

Desde ese momento en adelante, el sirviente valoró las cosas con más cautela y dejó de sacar conclusiones apresuradas.



El príncipe bromista

Había una vez un príncipe que siempre estaba haciéndole bromas a la gente. Una vez, colocó un balde de agua sobre la puerta de la cocina y este cayó y **empapó** al cocinero. Todos estaban cansados de las bromas del príncipe.

Un día, al joven le salió una rival. Una princesa que visitaba el palacio fue víctima de una de las bromas del príncipe: este colocó un cojín de chasco en la silla de la joven durante el desayuno. La princesa, muy molesta, decidió devolverle la jugarreta.

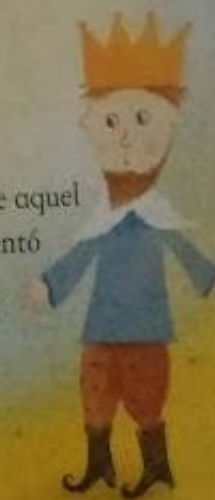
La princesa tenía la habilidad de manipular su voz para engañar a la gente. Esa tarde, cuando el príncipe estaba jugando con su perro, ella se ocultó y empezó a hablar como si fuese el animal quien lo hiciese. «Supongo que piensas que tus **bromas** son graciosas», parecía decir el perro.

«¿Q-q-q-qué?», tartamudeó el príncipe. No podía creer lo que oía.

«Deja de ser **tan fastidioso** –dijo la voz–.

A nadie le gustan tus bromas».

El príncipe estaba tan sorprendido que desde aquel día dejó de hacerle jugarretas a la gente. Intentó muchas veces que su perro hablara otra vez, ¡pero nunca lo logró!



Un príncipe disfrazado

Había una vez un príncipe que se aburría mucho, a pesar de que podía hacer lo que quisiese. «Estoy aburrido de ser príncipe, así que intentaré ser otro, para variar», pensó. Entonces se **disfrazó** de ayudante de cocina.

El príncipe disfrazado se escabulló en la cocina y se mezcló entre sus sirvientes, que estaban todos muy ocupados y a las corridas. «Su majestad quiere sus uvas peladas –dijo el mayordomo, arrojando una bandeja plateada cubierta de uvas hacia el príncipe disfrazado–. Anímate y comienza a trabajar, o todos estaremos en **problemas** a la hora del almuerzo».

«Y después de eso quita todas las pasas de este cereal –añadió el cocinero–. A su majestad le parecen demasiado gomosas».

El príncipe disfrazado se sentó y peló las uvas, quitó las pasas del cereal y hasta planchó sus propias medias. Se dio cuenta de lo duro que trabajaban todos para cuidar de él.

Para la hora del almuerzo, el príncipe estaba vestido con sus propias ropas otra vez. Se sentía **agotado** y un poco tonto.

Desde ese día en adelante, los sirvientes notaron un cambio en el príncipe. Dejó de ser caprichoso y se ocupó de varias tareas. Tanto más que ¡ya ni tenía tiempo para estar aburrido!



La vieja mendiga

Una vez, un carruaje en el que iban varios miembros de la familia real pasó por un pueblo. Una anciana mendiga les pidió algo de comida, pero ellos se la negaron y siguieron su camino, **salpicando** a la anciana.

Desde aquel día, la comida de la familia real tuvo siempre un sabor tan amargo que era imposible de comer. Pronto todos en el palacio tuvieron mucha **hambre**.



«Así debe de ser como la anciana mendiga se siente todos los días», dijo la princesa.

Pocos días después, el chofer real pasó de nuevo por el pueblo, pero esta vez se detuvo a darle comida a la mendiga. A partir de entonces, la comida en el palacio volvió a ser **deliciosa**. Todos saborearon cada bocado y nunca más fueron egoístas.

El final del arco iris

¿Cómo llegó ahí, tan brillante y agraciado?
Debe ser una mágica luz de hada.
Colores destellantes que cobran vuelo,
¡un hermoso arco iris pintado en el cielo!
¿Es un tobogán de magia y fantasía,
donde los duendes y hadas se deslizan con alegría?
¡Me gustaría seguirlo, pues me contaron
que al final del arco iris una olla con oro dejaron!



La princesa y el burro

Érase una vez una princesa mandona que siempre obtenía todo lo que deseaba, y si no podía, **gritaba** hasta lograrlo.

Un día, estaba caminando en su jardín de rosas cuando se encontró con un burro que se había desviado hacia allí.

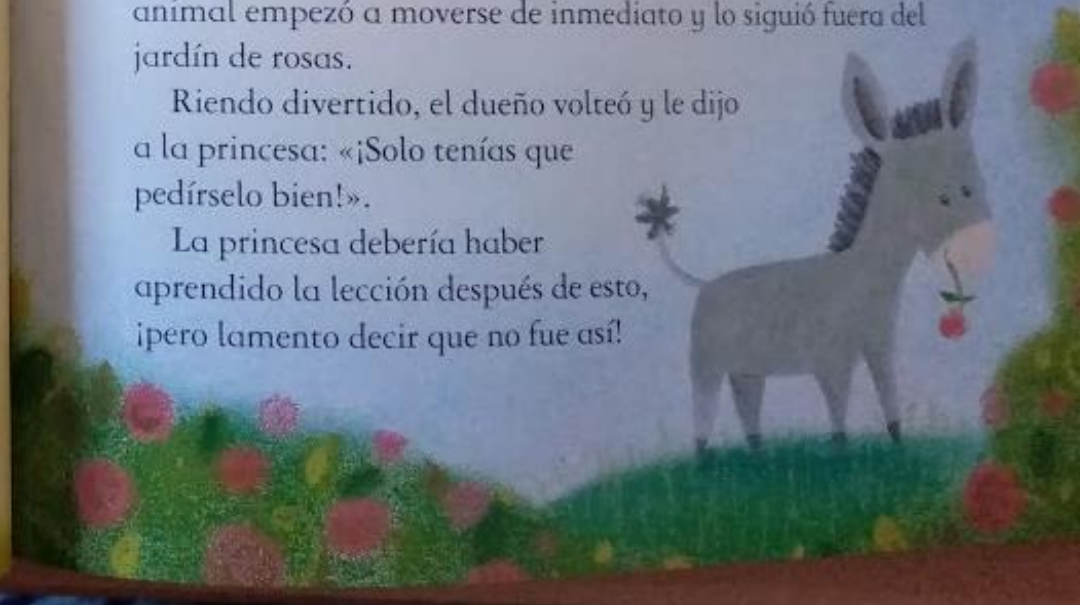
«¡Sal de mi jardín!», le gritó al burro. Pero el animal no se movió. La princesa comenzó a gritar, pero el burro se mantuvo firme, tan solo movió sus orejas.

La princesa estaba **furiosa** y lo intentó todo para hacer que el burro saliese de su jardín, pero este no se iba. Para el momento en el que llegó el dueño del burro, la cara de la princesa estaba roja de furia. El hombre acarició la cabeza del animal suavemente.

«Vamos, pequeño», le dijo con cariño a su burro. El travieso animal empezó a moverse de inmediato y lo siguió fuera del jardín de rosas.

Riendo divertido, el dueño volteó y le dijo a la princesa: «¡Solo tenías que pedirselo bien!».

La princesa debería haber aprendido la lección después de esto, ¡pero lamento decir que no fue así!



Ricitos de Oro y los tres osos

Una vez, Ricitos de Oro estaba jugando en el bosque cerca de su casa. Sus largos y rubios rizos caían por su espalda mientras brincaba por el camino. Ricitos de Oro se detuvo y olfateó... ¡algo olía muy sabroso!

Hambrienta, Ricitos de Oro siguió el aroma y poco después se encontró frente a una pequeña casita.

«Qué linda –exclamó, aplaudiendo encantada–. Me pregunto quién vivirá aquí...».

Ricitos de Oro tocó a la puerta con fuerza. No había nadie en casa, pero la puerta no tenía cerrojo, así que Ricitos entró. Vio una mesa de cocina con tres tazones. «Seguro que a nadie le molestará que pruebe un poco de esta avena», dijo para sí.

Ricitos de Oro tomó una cuchara y comenzó a comer del tazón más grande de avena.

«¡Eww!»
–exclamó, agitando su cabello dorado–.
¡Esta avena está fría!».

Ricitos de Oro probó el tazón mediano.



«¡Auch!» –gritó–. ¡Esta avena está demasiado caliente!».
Todavía quedaba el pequeño tazón. Ricitos de Oro le dio una pequeña probada. «¡Mmm!» –suspiró, relamiéndose–.
¡Esta avena está perfecta!». Y se la comió toda.

«¡Ahuum!», bostezó Ricitos de Oro, que comenzaba a tener sueño. En la sala de estar vio tres sillones individuales. Había un sillón grande, un sillón mediano y uno pequeño.

Ricitos subió al sillón más grande. «¡Este sillón es demasiado grande!», suspiró. Luego, trepó al sillón mediano. «¡Este sillón todavía es un poco grande!», se lamentó. Después, probó el sillón pequeño.

«¡Este sillón es perfecto!», exclamó con alegría. Se meneó y meció para acomodarse más cuando de repente... ¡Crack!
El sillón se rompió en pequeños pedacitos.

«¡Oh, no!» –exclamó Ricitos de Oro–. Mejor busco un lugar donde pueda recostarme». Y se dispuso a subir las escaleras con confianza.

Una vez arriba, Ricitos de Oro se encontró con tres camas. Había una cama grande, una mediana y una pequeña.





Ricitos de Oro dio saltos encima de cada cama. La cama grande era muy dura, la cama mediana era muy blanda y la camita chica era... «¡Perfecta!», suspiró la pequeña con alegría. Y la niña se acurrucó bajo las cobijas y se quedó profundamente dormida.

Mientras tanto, tres osos hambrientos regresaban a su casa en el bosque. Habían salido a caminar mientras su avena caliente se enfriaba. Al llegar, la puerta estaba abierta de par en par, y había huellas de lodo en el interior. Los osos siguieron las huellas hasta la cocina, y vieron que alguien había estado ahí.

«¿Quién ha estado comiendo mi avena?», gruñó Papá Oso.

«¿Quién ha estado comiendo mi avena?», gritó Mamá Osa preocupada.

«¿Quién ha estado comiendo mi avena... –chilló Bebé Osito– ... y se la ha terminado?».

Sorprendidos y confundidos, los tres osos caminaron sigilosamente hacia la sala de estar y vieron que alguien había estado allí también.

«¿Quién ha estado sentado en mi sillón?», rugió Papá Oso.

«¿Quién ha estado sentado en mi sillón?», gruñó Mamá Osa.

«¿Quién ha estado sentado en mi sillón... –aulló Bebé Osito–, ... y lo ha roto?».

De pronto, los tres osos escucharon unos ronquidos que provenían del piso de arriba. Papá Oso, Mamá Osa y Bebé Osito se apuraron a subir las escaleras y entrar al dormitorio.

«¿Quién ha dormido en mi cama?», rugió Papá Oso.

«¿Quién ha dormido en mi cama?», gruñó Mamá Osa.

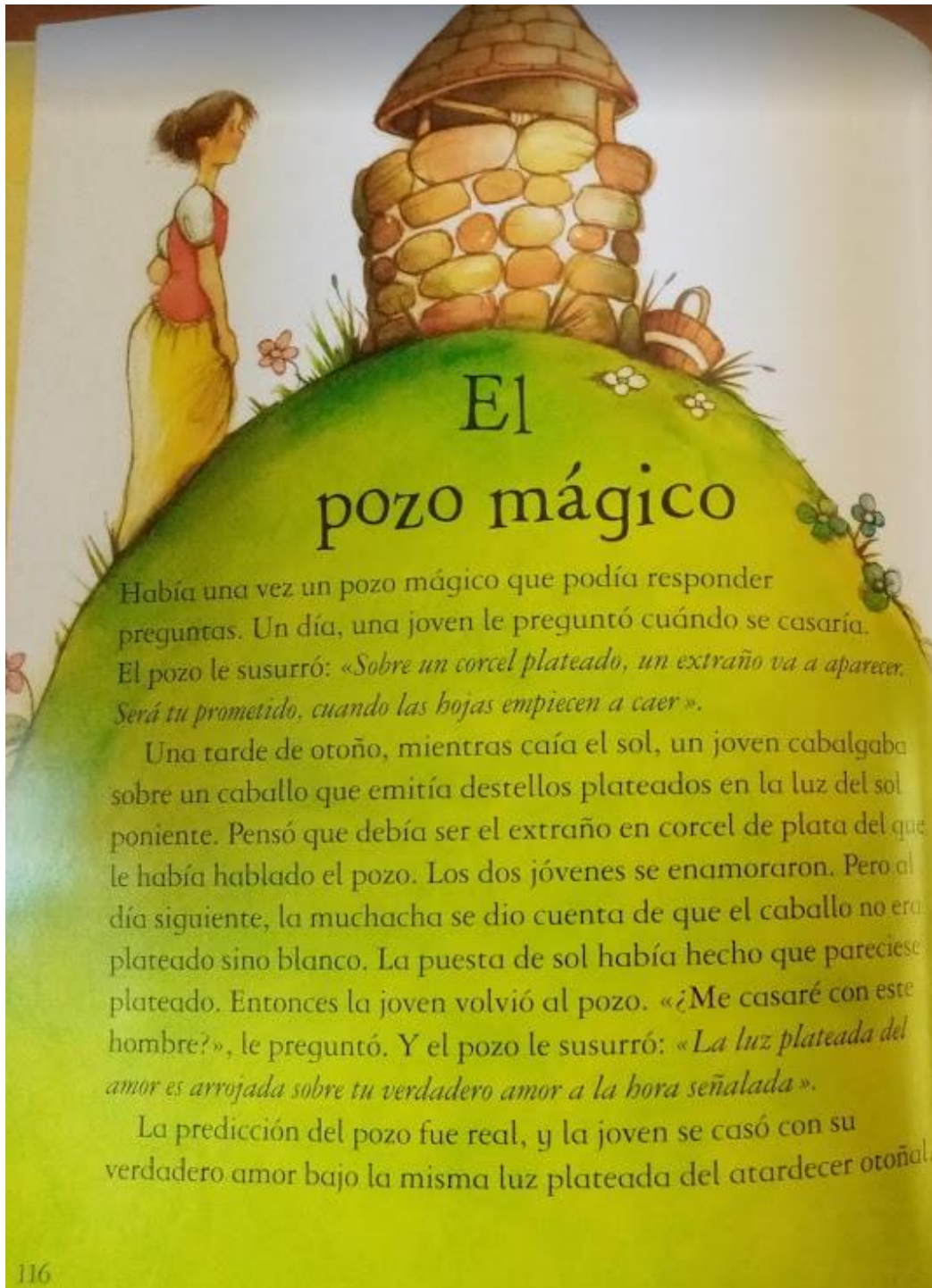
«¿Quién está durmiendo en mi cama?», chilló Bebé Osito, señalando a Ricitos de Oro.

La niña se despertó de un sobresalto y vio cómo los tres osos la observaban con atención.

Saltó de la cama, salió corriendo de la casa, y huyó por el bosque tan rápido como pudo.

Los tres osos jamás volvieron a ver a Ricitos de Oro.





El pozo mágico

Había una vez un pozo mágico que podía responder preguntas. Un día, una joven le preguntó cuándo se casaría. El pozo le susurró: *«Sobre un corcel plateado, un extraño va a aparecer. Será tu prometido, cuando las hojas empiecen a caer»*.

Una tarde de otoño, mientras caía el sol, un joven cabalgaba sobre un caballo que emitía destellos plateados en la luz del sol poniente. Pensó que debía ser el extraño en corcel de plata del que le había hablado el pozo. Los dos jóvenes se enamoraron. Pero al día siguiente, la muchacha se dio cuenta de que el caballo no era plateado sino blanco. La puesta de sol había hecho que pareciese plateado. Entonces la joven volvió al pozo. «¿Me casaré con este hombre?», le preguntó. Y el pozo le susurró: *«La luz plateada del amor es arrojada sobre tu verdadero amor a la hora señalada»*.

La predicción del pozo fue real, y la joven se casó con su verdadero amor bajo la misma luz plateada del atardecer otoñal.

El pastor tonto

Un día un pastor estaba cantando cuando oyó que alguien cantaba la misma melodía que él. Estaba perplejo.

«¿Quién está ahí?», preguntó.

«¿Quién está ahí?», oyó de respuesta.

«Mi nombre es Paul», dijo el pastor.

«Mi nombre es Paul», oyó de respuesta.

«Soy un pastor de ovejas», dijo el pastor.

«Soy un pastor de ovejas», oyó de respuesta.

El pastor estaba asombrado. Él era el único pastor de ovejas en esas colinas.

«Si eres un pastor de ovejas, pruébalo», gritó el pastor.

«Si eres un pastor de ovejas, pruébalo», oyó de respuesta.

«Puedo hacer a mis ovejas balar», gritó. Luego persiguió a sus ovejas hasta que balaron y se detuvo a escuchar.

«Puedo hacer a mis ovejas balar», oyó de respuesta entre muchos balidos. El pastor estaba desconcertado y no sabía qué pensar. ¿Quién era este otro pastor?

Mientras el pastor conducía a sus ovejas colina abajo, le pareció que estas se reían de él. ¡Tal vez, a diferencia del pastor, ellas sí sabían lo que era el eco!

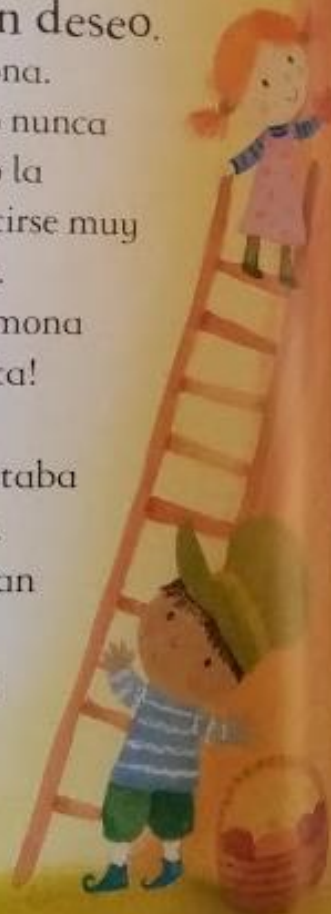


El manzano encantado

Había una vez un manzano encantado que solo daba frutos cada diez años. Cuando esto ocurría, los lugareños iban a recoger sus deliciosas manzanas y **pedían un deseo**.

Había una niña en el pueblo llamada Pomona. Lo había escuchado todo acerca del árbol, pero nunca había probado su deliciosa fruta. Cuando llegó la primavera y vio al árbol florecer, empezó a sentirse muy emocionada y a preguntarse qué podría desear.

Cuando las manzanas estuvieron listas, Pomona escogió una y le dio un mordisco. ¡Era exquisita! Sus padres le preguntaron qué había deseado y ella les dijo que nada, que todo lo que necesitaba ya lo tenía. Sus padres se alegraron al oír esto. Le explicaron a Pomona que el deseo que habían pedido diez años atrás había sido tener una hija que fuese tan feliz con lo que tenía que no deseara nada más. ¡Su deseo se había hecho realidad!

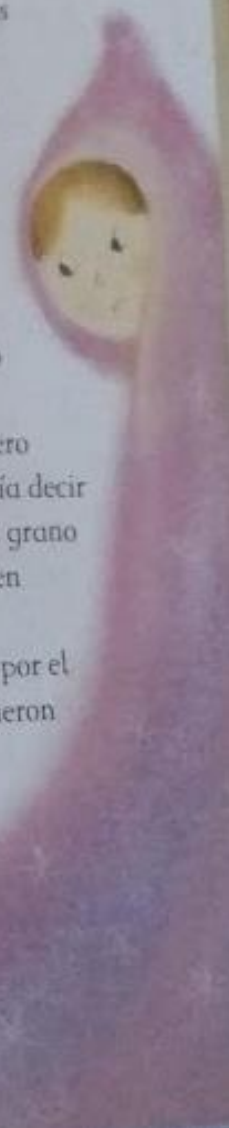


El manto mágico

Había una vez una mujer que tenía un manto mágico. Cuando lo usaba, la gente creía cualquier cosa que dijera, fuera verdad o no. Ella utilizaba el manto mágico para hacer que las personas hiciesen lo que ella quería. Le dijo a un pobre granjero que sus granos no valían más que un centavo por saco, así que compró sus granos muy baratos, y el granjero se hizo más pobre.

Esta malvada mujer tenía una sirvienta que descubrió el manto mágico y se enfadó mucho con ella por tratar así a la gente. La sirvienta, quien era muy lista, desarrolló un plan: ¡tomó el manto y lo dio vuelta de adentro **hacia afuera**! Su ama se puso el manto y partió dispuesta a conseguir más cosas. Pero cuando la mujer habló, se dio cuenta de que solo podía decir la **Verdad**. Al hablar con el granjero, le dijo que su grano era el más fino del condado y que debería pagarle cien veces más de lo que hizo.

Se esparcieron los rumores de su comportamiento por el pueblo. Todos aquellos a quienes había engañado fueron a verla y ella no tuvo más remedio que decirles la verdad. Todo lo que había hecho mal se revirtió. La mujer estaba perpleja y no volvió a usar el manto nunca más.



Un día especial en la escuela de las hadas

Era el Día del Bosque en el Reino de las Hadas, un día especial en el que estas usaban su magia para ayudar a las criaturas del bosque. Todos los estudiantes de la escuela de las hadas estaban muy emocionados porque este año se les permitiría participar y utilizar sus hechizos mágicos. Isabella y Chloe, las hadas más jóvenes, habían estado esperando este día durante mucho tiempo.



El gran día había llegado y todas las hadas estaban ocupadas ayudando a las criaturas del bosque. Aiden usó su magia para reparar la red rota de una araña. Holly ayudó a una abeja a encontrar néctar. Su profesora, la señorita Duendecy, estaba muy feliz. Pero Isabella y Chloe estaban tristes porque su magia no funcionaba. Habían intentado ayudar a una oruga a transformarse en mariposa pero nada había pasado.

«Buen intento», dijo la señorita. Chloe e Isabella suspiraron tan profundamente al pasar junto a un árbol, que llamaron la atención de dos pajaritos.



Un día especial en la escuela de las hadas

«¡Pío! ¡Pío! ¿Por qué están tan tristes?», les preguntaron. «Queríamos practicar nuestra magia, pero no encontramos a nadie que necesite nuestra ayuda», dijo Isabella.

«¡Pueden ayudarnos a nosotros!», piaron los pequeños polluelos. Les explicaron que aún no habían aprendido a volar y que querían dejar el nido y unirse a la diversión del Día del Bosque. Isabella y Chloe agitaron sus varitas sobre los dos pájaros y estos de pronto comenzaron a elevarse del nido.

«Ahora, comiencen a aletear», exclamó Chloe. ¡El hechizo había funcionado! Isabella y Chloe volaron alrededor de las copas de los árboles con sus nuevos amigos emplumados.

«¡Excelente trabajo!», dijo la señorita Duendecy, mientras Isabella y Chloe brillaban de orgullo. ¡Ambas decidieron que ese había sido el mejor Día del Bosque de todos!



El copo de nieve perfecto

Una mañana, Emma se despertó y vio a través de la ventana que algo mágico ocurría en el exterior.

«¡Está nevando!», exclamó emocionada, impregnando el cristal con su cálido aliento.

Afuera, los copos de nieve giraban y se arremolinaban en el aire antes de descender flotando hasta el piso.

Emma nunca había visto algo tan hermoso.

«¡Si tan solo pudiese tener a mi propio copo de nieve, para quedármelo!», pensó.

En el jardín, Emma atrapó muchísimos copos de nieve, pero todos desaparecían cuando intentaba mostrárselos a su madre.

«Los copos de nieve se derriten al calentarse», le explicó mamá.

«¡Pero yo quiero conservar uno!», suspiró Emma.



El copo de nieve perfecto

Más tarde ese mismo día, el sol brilló tras caer los últimos copos de nieve.

Destellaron en la luz como diamantes resplandecientes, antes de desvanecerse en el suelo.

Esa tarde, mamá le mostró a Emma cómo hacer un copo de nieve de papel.

«No es lo mismo que tener un copo de nieve real», suspiró Emma. Y recordó lo que era jugar en la nieve:

Los copos de nieve reales bailan en el cielo.

Los copos de nieve reales brillan a la luz del sol.

¡Los copos de nieve reales deslumbran como diamantes en la nieve!

Emma no podía esperar a volver a jugar con copos de nieve reales otra vez. Pero a la mañana siguiente, cuando la niña salió, toda la nieve se había derretido. Justo en ese momento, el copo de nieve más perfecto que Emma hubiera visto jamás apareció en el cielo.

Este copo de nieve bailaba en el cielo... brillaba a la luz del sol, y... **deslumbraba como un diamante.**

Pero este copo de nieve no era real. Estaba hecho de papel, con lentejuelas brillantes y purpurina espolvoreada por encima. Emma abrazó a mamá. «Este copo de nieve sí lo podré conservar», sonrió.



La bailarina Bella y el medallón de la suerte

Bella esperaba ansiosa su clase de ballet después de la escuela.

«Espero que prestes atención», le dijo mamá, quien sabía que a Bella a veces le costaba concentrarse.

«Por supuesto que lo haré», dijo Bella.

Pero eso no era tan fácil. Cada clase de ballet sucedía lo mismo. Justo cuando Bella tenía que prestar atención, algo interesante pasaba y ella se distraía.

Ese día, en su clase de ballet, su profesora, la señorita Ross, les dijo a las alumnas que harían un espectáculo. Todas estaban muy emocionadas.

«Ahora deberás prestar **mucha atención**, Bella –le dijo la señorita Ross–. Pronto tendrás que bailar frente al público».

Pero cuando las niñas comenzaron a bailar, Bella vio que la señorita Ross parecía distraída. No dejaba de observar la habitación, como si estuviese buscando algo.

Mientras Bella y sus amigas comenzaron el ensayo, la niña vio algo que se asomaba por debajo de una cortina.

Las otras chicas comenzaron a bailar por el escenario, pero Bella desapareció.



La bailarina Bella y el medallón de la suerte

«¡Bella! –exclamó la señorita Ross–. ¡Esto realmente es demasiado!».

«¿Qué es esto?», preguntó Bella, corriendo hacia el escenario con algo brillante entre sus manos.

«¡Lo has encontrado!» –sonrió la maestra, quitándole el collar a Bella y sosteniéndolo frente a su clase para que todas lo vieran–. Este es el premio que mi profesora de ballet me dio cuando fui la mejor bailarina del primer espectáculo. Es mi medallón de la suerte. Se lo quería regalar a la mejor bailarina de nuestro espectáculo, pero creí haberlo perdido. Gracias, Bella. ¿Dónde lo encontraste?».

Pero Bella no respondió. Tenía los ojos cerrados y se estaba imaginando en el escenario, con el medallón. Se vio a sí misma bailando mejor de lo que había bailado en toda su vida.

Bella conservó esa imagen en su mente. Cuando comenzó el espectáculo, se **imaginó** bailando sin cometer un solo error. Pero ahora no se trataba de un sueño.

La noche del espectáculo, Bella bailó de forma fantástica. Y cuando avanzó en el escenario para saludar al público como la mejor bailarina, el medallón de la suerte **brillaba** alrededor de su cuello.



Pequeño Jack Tintinero

El pequeño Jack Tintinero
vivía como un soltero.
Cansado de este tipo de vida
buscó esposa como salida.

Harry Parry

Harry Parry, eres raro.
¿Cuándo te veré casado?
Cuando las manzanas y peras estén maduras
a tu boda iré,
no discutiré,
y bailaré hasta que la noche se ponga oscura.

Pequeño Tommy Pocita

Pequeño Tommy Pocita
vivía en una casita.
Atrapaba peces blanquecinos
en las zanjas de otros vecinos.



El pequeño Rogelio

El pequeño Rogelio llega repiqueteando
a la ventana de Dolly.

¡Tipiti, tipiti, ton!

Él pidió que le abran y ella dijo: «¡No!».

¡Tipiti, tipiti, ton!

«No, no, Rogelio, ¡sal de aquí! ¡Así como has venido
vas a partir!»

¡Tipiti, tipiti, ton!

Jack, Jack, el pan se quema

Jack, Jack, el pan se quema
y se convierte en carbón.
Si no vienes a sacarlo
te arrojo por el balcón.

Fabiola saltarina

Aquí estoy yo, la saltarina Fabiola.
Cuando nadie está conmigo
estoy entonces sola.



Caperucita Roja

Había una vez una niñita que siempre usaba una capa roja con capucha. Todos la llamaban Caperucita Roja.

«Tu abuela no se siente muy bien hoy» —le dijo su madre a Caperucita una mañana—. Llévale esta canasta llena de comida, pero no te desvíes del camino y sobre todo **NO** hables con extraños».

Caperucita Roja salió brincando hacia el bosque a visitar a su abuela. En el camino, vio unas bonitas flores azules que crecían no muy lejos del sendero. «Solo tomaré algunas para llevarle a la abuela y luego seguiré mi camino», pensó.

Pero Caperucita Roja no estaba sola.

«Hola, pequeñita», dijo una voz profunda y **gruñona**.

Caperucita Roja miró hacia arriba y vio a un lobo.

«¿A dónde vas?», le preguntó el lobo.

«Voy a visitar a mi abuelita», le respondió Caperucita Roja, quien ya había olvidado las advertencias de su madre.



Caperucita Roja

Mientras Caperucita Roja seguía su camino, el lobo corrió tan rápido como pudo hasta llegar a la casa de su abuela. Cuando llegó allí, se comió a la abuela de un solo bocado, haciendo **ig lup!** Luego se disfrazó, se metió en la cama y esperó.

Poco después, llegó Caperucita Roja.

«Abuela, qué **OJOS** tan grandes tienes», le dijo.

«Son para verte mejor», respondió el lobo.

«Qué **Orejas** tan grandes tienes», continuó asombrándose la pequeña.

«Son para oírte mejor», respondió el malvado lobo.

«Y qué **dientes** tan grandes tienes», le dijo.

«¡Son para comerte mejor!», dijo el lobo, mientras se abalanzaba sobre la pequeña. Al poco rato, se la tragó haciendo **ig lup!**

Tras la comilona, el lobo se quedó profundamente dormido. Por suerte, un leñador que pasaba por allí escuchó los fuertes **ronquidos** del lobo. Entró en la casita, agarró a la bestia y lo sostuvo de cabeza. Luego lo sacudió hasta que... ¡de su interior salieron Caperucita Roja y su abuela! A continuación, echaron al lobo de allí y nadie lo ha vuelto a ver nunca más.



El Rey Canuto y el océano

El Rey Canuto era un rey muy poderoso. Sus cortesanos siempre lo estaban **adulando** para gozar de sus favores.

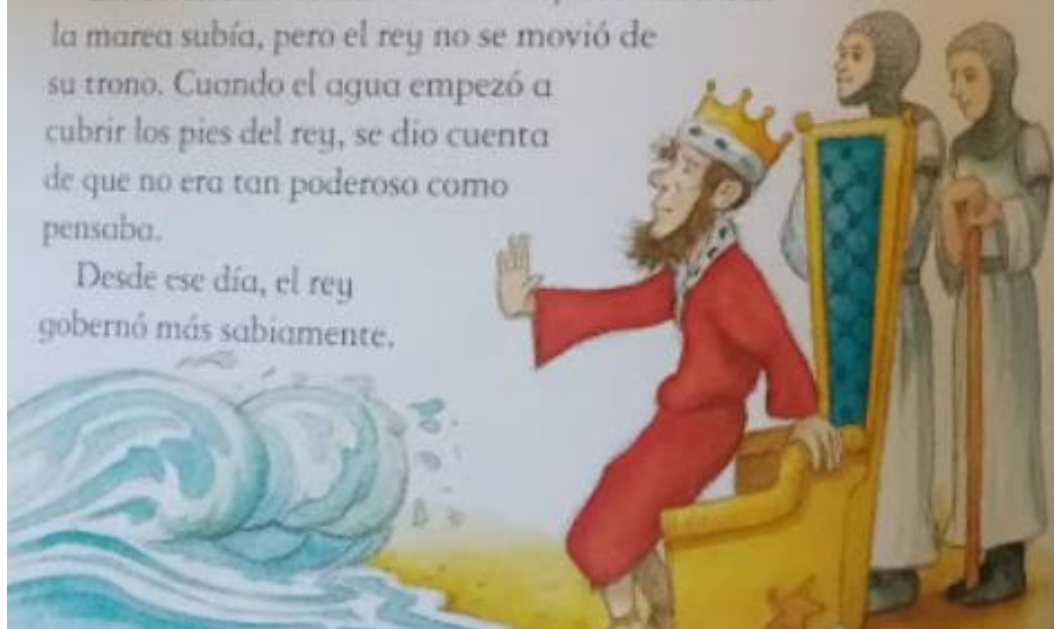
Un día, los cortesanos del rey lo convencieron de que era tan poderoso que podría **parar** la marea.

El Rey Canuto, creyendo en sus palabras halagüeñas, fue a la playa y se sentó en su trono esperando a que la marea se acercara para ordenarle que se detuviese.

«Te ordeno que te detengas», bramó al ver venir el océano. Pero la marea no se detuvo. El Rey Canuto se sentó firmemente en su trono. «Te ordeno que te detengas», le gritó otra vez, pero el océano no le prestó atención.

Los cortesanos comenzaron a alejarse mientras la marea subía, pero el rey no se movió de su trono. Cuando el agua empezó a cubrir los pies del rey, se dio cuenta de que no era tan poderoso como pensaba.

Desde ese día, el rey gobernó más sabiamente.



La princesa vanidosa y su sirvienta

Había una vez una princesa muy vanidosa que siempre estaba mirándose en el espejo. Su sirvienta, en cambio, era mucho más bonita, aunque ni siquiera tenía un espejo. La sirvienta se complacía con la naturaleza que la envolvía, y su **felicidad** la hacía muy bonita.

La princesa debía casarse, y muchos príncipes fueron a su encuentro. Al principio, estaba muy emocionada, pero ninguno de los príncipes pidió su mano en matrimonio. La vanidosa princesa estaba tan disgustada que salió corriendo al jardín, donde escuchó una hermosa melodía. Era su sirvienta que **cantaba** alegremente y lucía muy hermosa.

La princesa se unió a su sirvienta y pronto se olvidó de sus preocupaciones. Comenzó a disfrutar de lo que la rodeaba y dejó de mirarse al espejo. Cada vez era más alegre y más **bello**. Las noticias de su belleza se esparcieron a lo largo y a lo ancho del reino. Los príncipes hicieron fila para pedir su mano, pero ella estaba muy ocupada disfrutando de las maravillas del mundo como para casarse, así que tuvieron que esperar.



El príncipe y el unicornio

Hace mucho tiempo vivía un príncipe que sabía el paradero del único **unicornio** que quedaba en el mundo. Los cuernos de los unicornios eran mágicos, de forma que mucha gente mala quería matar al unicornio y así poseer esa magia. Por esta razón, el príncipe le había prometido al unicornio no revelar jamás su escondite.

Un día, el viejo rey falleció, por lo que el príncipe fue nombrado rey y se casó. La nueva reina era una mujer hermosa, pero no era buena. Una noche, escuchó al flamante rey hablar en sus sueños:

«Unicornio, unicornio, jamás revelaré que cruzando el lago está tu guarida. En una cueva oculta, pasando el valle frío, allí estarás, muy bien escondido».

Al día siguiente, la reina envió a su cazador con las instrucciones oportunas para encontrar y matar al unicornio y obtener su cuerno **mágico**. El unicornio oyó los pasos de un humano acercándose y al no reconocer el singular andar de su amigo, huyó a lo profundo de las cuevas. Nunca más se lo volvió a ver. Tal vez todavía esté allí.



El príncipe testarudo

Había una vez un príncipe testarudo que **nunca** hacía lo que le pedían. Sus padres estaban desesperados, pues algún día ese joven testarudo sería rey.

Un día de viento, llegó la nueva institutriz del príncipe. Llegó tan repentinamente que era como si el viento la hubiese soplado hasta allí. La institutriz se veía normal, pero era más de lo que aparentaba. Las lecciones comenzaron de inmediato, pero el príncipe se cruzó de brazos y apretó los labios.

La institutriz apenas se alteró. «Sé cómo lidiar con jóvenes testarudos», pensó. Entonces, hubo un **destello** de luces mágicas y una ráfaga de viento entró en la estancia, levantando al príncipe por los aires hasta el techo. Al principio, el joven estaba asustado, pero luego comenzó a divertirse.

«¡Ja, ja! ¡Esto es divertido! –rió–. ¡Hazlo otra vez!», gritó, al ir bajando.

«No hasta que hayas terminado tu trabajo», le respondió la institutriz. Entonces el príncipe comenzó a trabajar, y cada vez que hacía algo bien, volaba por los aires. Pronto comprendió que participar era divertido, y no volvió a ser testarudo nunca más.



El broche de amatista

De todos los tesoros del mundo, el que más le gustaba a Edna era el broche de amatista de su abuela. Era de un hermoso color púrpura y **brillaba** a la luz cuando lo sostenía contra la ventana. Cada vez que iba a visitar a su abuela, le pedía ver el broche especial, y a veces ella le permitía usarlo por un tiempo, lo cual era el mejor obsequio.

«Cuéntame cómo conseguiste el broche –preguntó Edna un día mientras estaba de visita–. ¿Te lo dio el abuelo?».

La abuela de Edna le hizo una seña con la cabeza para que se acercase a ella, y Edna entendió que estaba a punto de oír una historia interesante.

«Hace mucho tiempo –comenzó la abuela de Edna–, cuando era tan solo una niña, trabajaba para una familia en una casa muy grande. Yo limpiaba y cuidaba de los niños pequeños. Me encariñé mucho con la familia y ellos se encariñaron conmigo, así que me quedé con ellos por muchos años. La señora de la casa tenía un hermoso broche púrpura y yo solía admirarlo cuando la ayudaba a vestirse para una fiesta.

Un día, entró en el servicio un chófer para conducir el auto nuevo de la familia. Era muy apuesto y me enamoré de él enseguida. Ese hombre



El broche de amatista

era tu abuelo. Por suerte, él sentía lo mismo por mi y me pidió que me casara con él.

La noche anterior al día de mi boda, me estaba poniendo mi chal y ya casi lista para salir cuando noté algo que destellaba. ¡Era el hermoso **broche de amatista!**

La mujer para la que trabajaba lo había colocado en mi chal como regalo, porque ella sabía cuánto me gustaba. Y lo he atesorado desde entonces».

¡Rrrring! El timbre de la puerta rompió el hechizo de la historia. Edna corrió a abrir la puerta. Sabía que sería su madre porque hoy era su cumpleaños y debían irse a casa para dar una fiesta. Ella corrió a darle un beso de despedida a su abuela y creyó notar un **brillo** especial en sus ojos.

Cuando Edna se puso su abrigo y estaba lista para marcharse, notó un destello púrpura cerca de su cuello. ¡Era el broche de amatista de su abuela!

«¡Feliz cumpleaños, Edna! –le dijo su abuela–. El broche es tuyo, ahora».

«¡Gracias, Abuela!– dijo la joven–. ¡Lo guardaré por siempre!».

Y así lo hizo.



El dragón tímido

Había una vez un pueblo que vivía atemorizado por un dragón.

Un día, una niña llamada Ana salió al bosque en busca de flores silvestres y descubrió las flores **más bonitas** que hubiera visto jamás. Al ir a recogerlas tropezó y se torció el tobillo. No podía levantarse y empezó a llorar.

Miró hacia arriba y vio el hocico del feroz dragón que asomaba por detrás de una roca. Ana **gritó**, el hocico desapareció y ella comenzó a llorar más fuerte. Poco más tarde, oyó un suave y cavernoso sonido y se dio cuenta de que era el dragón, que estaba cantando. Su canción era tan relajante que la niña se tranquilizó. El dragón se asomó de nuevo.

«¿Está bien que salga ahora?», preguntó.

«No me comerás, ¿verdad?», dijo Ana.

«Estaba **preocupado** porque pensé que me lastimarías –susurró el tímido dragón–. Sube a mi espalda y te llevaré a tu casa».

Al verlos llegar, los lugareños se asustaron, pero Ana le dijo al dragón que cantara su canción tranquilizadora otra vez. Pronto todos se dieron cuenta de que no tenían nada que temer. Desde ese día, los lugareños y el dragón vivieron felices por siempre.



Las princesas mellizas

Había una vez unas princesas mellizas llamadas Violeta y Rosa. Eran idénticas. Cada una usaba un listón en su cabello; uno **violeta** y uno **rosa**, para que todos supieran cuál princesa era cuál.

Un día las princesas se sentían traviesas y decidieron jugarle una **broma** a su madre. Rosa se colocó un listón violeta en su cabello para que ambas gemelas se vieran como Violeta. Las dos princesas juguetonas pusieron un marco vacío en el jardín.

«Madre –gritó Violeta–, ¡Ven a ver nuestro nuevo espejo!».

La reina fue al jardín y vio a Violeta bailando frente al espejo y a su reflejo bailando con ella.

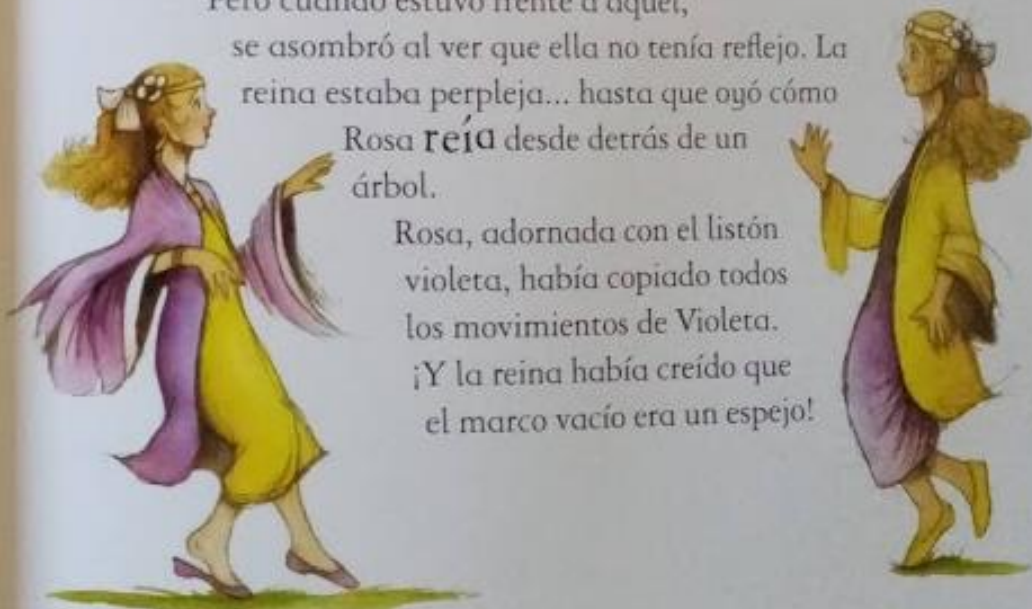
«¡Qué espejo tan **maravilloso!**», exclamó la reina, mientras se acercaba para verse en el espejo.

Pero cuando estuvo frente a aquel,

se asombró al ver que ella no tenía reflejo. La reina estaba perpleja... hasta que oyó cómo

Rosa **reía** desde detrás de un árbol.

Rosa, adornada con el listón violeta, había copiado todos los movimientos de Violeta. ¡Y la reina había creído que el marco vacío era un espejo!



La princesa de largo cabello

La princesa de largo cabello se sentó junto a la ventana y estiró su cuello; vio cómo el jardín florecía y el bonito estanque de lirios refulgía.

Al sentarse, ella dijo en un resuello:
«Por culpa de mi largo cabello,
no me atrevo a salir a un lugar bello.
De seguro **me caeré**,
sobre los tréboles aterrizaré.
¡Esto, nada justo es!».

Entonces al barbero hicieron una llamada:
¡Snip! ¡Snip! ¡Ahora, ella está pelada!
Pero ella lo pasa bien,
saliendo afuera a correr.
¡Y su madre está por **desfallecer!**



La varita perdida de la Reina de las Hadas

Un frío día de nieve, Ema estaba jugando en su jardín. Había sido un largo invierno y **deseaba** que fuera primavera.

Justo en ese entonces, Ema oyó que alguien lloraba.
«¿Quién está ahí?», dijo ella.

«Soy yo –sollozó una vocecita–. Mira detrás del viejo tronco del árbol y verás».

«Estoy en grandes **problemas** –sollozó una pequeña hada, sentada sobre un guijarro–. He **perdido** la varita de la reina, y sin ella no puede comenzar la primavera».

Es por eso que el invierno había durado tanto. De pronto, Ema recordó una vara que había hallado jugando en la nieve. Le había llamado la atención pues **brillaba** de una manera singular.

«Espera», le dijo al hada, y corrió a buscarla.

El hada estaba tan feliz de ver la varita otra vez que brilló con alegría antes de **desvanecerse** en una pequeña nube de humo.

A la mañana siguiente, cuando Ema miró por su ventana, vio que la nieve se estaba derritiendo y crecían los pequeños brotes para convertirse en árboles. ¡Por fin se acercaba la primavera!



La Bella y la Bestia

Hace mucho tiempo, una joven llamada Bella vivía junto a su padre y sus hermanas. Un día el padre estaba por partir a la ciudad y les preguntó a sus hijas qué les gustaría que les trajera.

«Yo quiero un vestido nuevo», dijo la primera hermana.

«Yo quiero un sombrero nuevo», dijo la segunda hermana.

«A mí me gustaría una **rosa roja**», dijo Bella.

El padre compró el vestido y el sombrero, pero no encontró ninguna rosa roja. De regreso, pasó por un hermoso jardín en el que había un rosal de rosas rojas y cortó una de ellas.

De pronto, se oyó un terrible rugido y una horrible bestia se le apareció. «¿Por qué has robado mi rosa?», dijo.

«Es para mi hija», contestó el padre.

«Llévate la rosa –dijo la Bestia–. Pero tráeme a tu hija a cambio, o morirás».

El padre regresó a su casa y les contó a sus hijas sobre la fea Bestia.

«Iré con la Bestia», dijo Bella valientemente.

El castillo de la Bestia era cálido y había buena comida, así que Bella estaba cómoda allí, a pesar de que extrañaba a su familia.



Todas las noches, la fea Bestia aparecía ante la joven. Era muy **amable** con Bella, así que ella llegó a quererlo mucho.

Una noche, la Bestia le dio a Bella un espejo mágico. Cuando la joven lo miró, vio que su padre estaba enfermo.

«Debo ir con mi padre», dijo Bella.

«Prométeme que volverás conmigo», dijo la Bestia.

Bella asintió y volvió a su casa a cuidar de su padre. Poco después este se repuso, pero ella **olvidó** su promesa.

Un día, Bella miró el espejo mágico y vio que la Bestia estaba enferma. Entonces recordó su promesa.

«Debo volver con la Bestia», dijo Bella, y corrió de regreso al castillo. La Bestia yacía junto a un arbusto de rosas rojas.

«Por favor no te mueras, Bestia –dijo Bella–. **Te amo**».

Como por arte de magia, la Bestia se transformó en un apuesto príncipe.

«Estaba bajo un **hechizo** –dijo el príncipe–. Pero

tus palabras de amor, dichas desde el corazón, rompieron el encantamiento».

Poco después, la Bella y el príncipe se casaron y vivieron felices por siempre.



¡Panecillos de Cuaresma!

¡Panecillos de Cuaresma calientes!
¡Panecillos de Cuaresma calientes!
Uno: un centavo, dos: un centavo
¡Panecillos de Cuaresma calientes!

Si no tienes hijos,
dáselos a otros parientes.

Uno: un centavo, dos: un centavo.
¡Panecillos de Cuaresma calientes!

Atrápalo velozmente

Mezcla un panqueque, bate un panqueque,
ponlo en una sartén caliente.
Cocina un panqueque, arroja un panqueque,
¡Atrápalo velozmente!

Simón el simple

Simón el simple vio al pastelero camino al mercado;
Simón, el simple le dijo al pastelero:
«Déjeme dar un bocado».
El pastelero le dijo a Simón:
«Muéstrame primero tu dinero».
Y Simón le dijo al pastelero:
«¡No traje el monedero!».



Georgie Porgie

Georgie Porgie, pastel y manjar,
besa a las niñas y las hace llorar.
Cuando los niños salen a jugar,
Georgie Porgie huye del lugar.



Willie Martillo

Yo, Willie Martillo,
me paro en mi castillo.
Y ni todos los perros de tu ciudad,
con Willie Martillo acabarán.



Jack Sprasa

Sin grasa, comía Jack Sprasa.
Con grasa, comía su esposa.
Por eso, entre los dos,
no dejaban ni una cosa.

La Bella Durmiente

Érase una vez un Rey y una Reina que tuvieron una hermosa beba. «Hagamos una fiesta para celebrarlo», propuso el Rey.

«¡Oh, sí! –acordó la Reina–. Tú envía las invitaciones, querido. ¡Yo estoy muy ocupada cuidando a la beba!».

Llegó el día de la fiesta. Las mesas estaban cargadas de deliciosos platillos, y había música y baile en el gran salón. Uno por uno, los invitados colocaron sus obsequios junto a la cuna de la princesa. Por último, las cuatro hadas buenas presentaron sus regalos en una lluvia de polvo de hada.

«Serás increíblemente inteligente», dijo Whim.

«Serás una estupenda bailarina», dijo Whirl.

«Serás una fabulosa cantante», dijo Whiny.

Pero antes de que Wisp, la cuarta hada buena, pudiese hablar, hubo un resplandor de luz seguido de una malévola carcajada. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Se hizo silencio en el gran salón. Era Wheedle, el hada malvada. El Rey se había olvidado de invitarla ¡y estaba muy furiosa!



«Este es mi obsequio –dijo–. Un día, la princesa se pinchará el dedo con un huso y **morirá**». Luego desapareció en una nube de humo.

Todos dieron un grito ahogado. La Reina sollozó y el Rey ordenó a los guardias que quemasen todas las ruecas y husos del reino.

Entonces Wisp tuvo una idea. «No puedo romper el hechizo –dijo–, pero puedo cambiarlo. Si la princesa se pincha el dedo, no morirá. Caerá en un sueño profundo del que podrá despertar con un **beso de amor verdadero**».

Los años pasaron y la princesa creció siendo todo lo que las hadas habían prometido. Pero un día, mientras exploraba el castillo, descubrió una puerta secreta que llevaba a una torre que ella jamás había visto. Subió las empinadas escaleras y entró a un pequeño cuarto. Allí, en la esquina, había una vieja rueca abandonada. La princesa jamás había visto algo así. Acercó la mano para sacudir las telarañas de aquel extraño objeto y se pinchó el dedo. De repente, la muchacha y todos los habitantes del castillo cayeron en un sueño profundo.

Pasaron cien años y un enorme seto de espinos había crecido alrededor del castillo. Muchos trataron de abrirse paso por las espinas, pero todos fallaron. Entonces, un día, un apuesto



príncipe cabalgaba por allí. Cuando vio la torre que sobresalía de aquel extraño bosque de espinos, sintió mucha curiosidad.

Desenvainó su espada para abrirse paso, pero al instante un camino apareció **mágicamente** frente a él.

Por fin, el príncipe llegó al castillo. Pasó junto a los guardias que roncaban en la puerta y se detuvo a admirar a los hermosos caballos somnolientos en los establos. Casi tropezó con la cocinera desplomada al lado de su cacerola. Se inclinó ante el Rey y la Reina que dormían en sus tronos. Luego, como si estuviese en un trance, fue atraído escaleras arriba hacia la torre.

Tan pronto como el príncipe vio a la princesa, su corazón dio un **brinco**. Nunca había visto a alguien tan



adorable en su vida. Se agachó y la besó suavemente en los labios.

La princesa abrió los ojos y sonrió. «¡Qué bien he dormido!», suspiró. Al decir esas palabras, los habitantes del castillo despertaron como si nada hubiese pasado. Los guardias se mantuvieron en posición de firmes, los mozos de cuadras siguieron cepillando a los caballos y la cocinera prosiguió con su comida.

El Rey y la Reina estaban encantados. El apuesto príncipe no solo había roto el hechizo malvado, sino que también se había enamorado de su hermosa hija.

«¡Excelente!» —exclamó el Rey—. ¡Vamos a celebrar una boda real!».

La princesa y el príncipe se casaron poco después y el Rey organizó una fabulosa fiesta. Invitó a todos, excepto al hada malvada. Por suerte, esta vez las hadas buenas pusieron un hechizo para asegurarse de que todo saliera a la perfección.

Después de la boda, la joven pareja cabalgó en el hermoso caballo del príncipe y vivió feliz por siempre.



Rumpelstiltskin

Había una vez un molinero que tenía una hija. Un día, el rey pasó por allí. «Mi hija puede hilar la paja y convertirla en oro», afirmó el molinero, que, al estar muy **nervioso**, dijo al rey la primera cosa que pasó por su cabeza.

Pero el rey creyó al imprudente hombre y se llevó a su hija, a la que encerró en una habitación llena de paja.

«Hila esta paja y conviértela **en oro**», dijo el rey. Pero era mentira que la hija del molinero pudiese transformar la paja en oro, así que la joven se puso a llorar. Al cabo de un rato, se le apareció un pequeño hombrecito.

«Sé como convertir la paja en oro –le dijo–. ¿Qué me darás a cambio si te ayudo?».

«Te daré mi collar», le dijo la joven. El hombrecito hiló la paja hasta convertirla en oro y se fue.

Cuando el rey vio todo aquel oro, se sintió complacido.

Llevó a la hija del molinero a una habitación aún más **grande**, llena de paja. «Si conviertes esta paja en oro, me casaré contigo», dijo el rey.

Cuando la joven rompió en llanto nuevamente, el hombrecito volvió a visitarla.



Rumpelstiltskin

«Necesito tu ayuda, pero no tengo nada para darte», sollozó ella.

«Te ayudaré otra vez –dijo el hombrecito–, pero a cambio deberás darme a tu primer **bebé**».

La joven aceptó reacia.

El hombrecito convirtió la paja en montones de oro y se fue.

El rey cumplió su **promesa** y se casó con la hija del molinero. Poco después, nació un bebé. Cuando el hombrecito vino a llevarse al bebé, la reina comenzó a llorar desconsoladamente.

«No me llevaré a tu bebé si eres capaz de **adivinar** mi nombre –dijo el hombrecito–. Tienes tiempo hasta mañana para adivinarlo». Esa noche, la reina salió a pasear por el bosque y por casualidad vio cómo el hombrecito bailaba alrededor del fuego mientras cantaba: «*Mi nombre es Rumpelstiltskin. Rumpelstiltskin es mi nombre*».

Por la mañana, el hombrecito fue a ver a la reina.

«¿Es tu nombre Don o Ron?», preguntó ella.

«**¡No! ¡No!**», respondió él.

«¿Es Bill?», insistió la reina.

«**¡No! ¡No!**», contestó el

hombrecito. Entonces la reina preguntó:

«¿Es tu nombre Rumpelstiltskin?».

«**¡Sí! ¡Sí!**», dijo el hombrecito. Luego se fue corriendo y nadie lo volvió a ver jamás.



La princesa poco femenina

A la Princesa Lily no le gustaba llevar vestidos.

«Los pantalones son mejores –insistía–. ¿Cómo se supone que puedo trepar árboles con un vestido grande e inflado?»

«No se supone que las princesas deban trepar a los árboles», se quejaban sus padres.

Pero eso no detenía a Lily. Amaba jugar afuera y siempre se metía en problemas nada acordes con una princesa.

«Jovencita –le advirtió su padre un día–, ya es hora que dejes de comportarte como un mozo de cuadra y actúes como una princesa».

El rey decidió organizar un baile para su hija, así ella tendría que **ponerse** un vestido y comportarse como una dama.

El día del baile, la princesa Lily estaba de mal humor. Era un día soleado y ella quería andar a caballo en vez de estar encerrada, preparándose para un tonto baile.

El peluquero real fue llamado para peinar a Lily.

«¡Vamos! ¡Vamos!» murmuraba al intentar hacer de los desaliñados mechones de Lily algo más sofisticado.

Cuando la reina llegó con un enorme vestido rosado, la princesa Lily no tuvo otra opción más que ponérselo.



«Me veo tan tonta –se quejó–. ¡Esta no soy yo!».

Pero la reina le dijo que se veía perfecta. Cuando entró al salón de baile, los invitados hicieron un silencio de admiración; ¡lucía tan **bonita**!

Un joven y apuesto príncipe se acercó a ella y le preguntó:

«¿Me permite este baile?».

«Supongo», respondió la Princesa Lily groseramente.

Al bailar, la princesa no podía evitar **suspirar**, y el príncipe le preguntó qué le pasaba. Cuando ella le explicó que lo único que deseaba era estar afuera, al aire libre, el príncipe se mostró encantado.

«A mí también me aburren estos bailes», confesó el joven. El príncipe y la princesa esperaron a que nadie los viera y se escaparon al jardín. Se treparon a los árboles, corrieron al aire libre y se divertieron mucho.

«Este es el mejor baile de todos –dijo el príncipe con gran alegría–. ¡Pero no quisiera ser tú cuando tu **madre** vea cómo te ha quedado el vestido!».

El hadita de la primavera

Con alas suaves y piernas ligeras,
flota el hadita de la primavera.
Ella revolotea por aquí y por allá,
su toque de hada va donde tú vas.

¿Ves los narcisos amarillos y perfumados,
por los verdes campos desparramados?
El hada de la primavera es quien los anima;
sus pimpollos amarillos avisan que se aproxima.

Las flores de los manzanos, todas,
atraen a las abejas zumbonas.
Los árboles tienen hojas, los pájaros cantan sin pena,
para agradecer al hada de la primavera.



El árbol con la hoja dorada

Había una vez un granjero que salió a cortar un viejo castaño que ya no daba fruto. Estaba a punto de comenzar cuando en una rama del árbol vio una brillante hoja dorada.

Creía que estaba soñando, así pues se dirigió a un arroyo cercano y se lavó la cara para despertarse.

Para su asombro, el arroyo le habló.
«Lávate los ojos y el castaño vuelve a mirar. Aunque no tenga fruta su tesoro te va a asombrar».

El granjero le echó otra buena mirada al árbol y vio pájaros bebés, ardillas e insectos. Ahora había muchas cosas más que antes no había visto, pero la hoja dorada ya no estaba.

El granjero tomó su hacha y se marchó. Al pasar junto al arroyo le pareció que le hablaba otra vez:

«No todo lo que brilla es oro».



El emperador tonto

Había una vez un emperador que tenía más **Oro** que **Criterio**. Sus súbditos, en cambio, trabajaban duro y eran muy pobres, ya que debían pagar grandes impuestos al emperador.

Un día, una terrible enfermedad se extendió por aquellas tierras y los cultivos se pudrieron en los campos, pues los trabajadores estaban muy enfermos para cosecharlos.

El emperador estaba muy molesto de que no hubiera trigo para su pan ni avena para sus desayunos.

«Los granjeros son egoístas», dijo, y ordenó que los arrestaran a todos. Sus soldados fueron enviados a buscar a los granjeros y apresarlos. Poco después, las cárceles estaban llenas.

El emperador visitó los calabozos para ordenar a los granjeros que regresaran a trabajar, pero cuando vio lo enfermos que estaban, se dio cuenta de su propia torpeza.

«He sido tan ciego», dijo el emperador. Envío a todos sus soldados a recoger la cosecha y ordenó a sus sirvientes que cuidasen de los granjeros. Poco después, la cosecha estaba recogida y los granjeros estaban listos para volver a trabajar.

Desde entonces, el emperador tomó decisiones mucho más sabias. Su gente pagó menos impuestos y nunca más sufrieron hambre.



El viejo cerdo sabio

Había una vez una princesa que tenía un viejo cerdo sabio que le resolvía todos sus problemas. Cuando la joven se casó, quiso conservar al cerdo, pero su esposo, el rey, se negó. Entonces la princesa construyó una pequeña casa en el bosque para su amigo sabio. Al principio lo visitaba muy a menudo, pero poco a poco se fue olvidando de él.

Un día, el rey fue **herido** y los hombres más sabios del reino no podían curarlo. Parecía que nadie podía hacer nada. Esa noche, la reina tuvo un sueño extraño sobre una pequeña casa en el bosque y, cuando despertó, recordó a su viejo y sabio amigo. De inmediato, partió en su busca.

«Querido y viejo cerdo —le dijo la reina—, siento haberme olvidado de ti, pero ahora necesito tu ayuda». El cerdo accedió a acompañar a la reina, y de camino por el bosque eligió varias hierbas silvestres con su viejo y sabio **hocico**. La reina hizo un cataplasma con las hierbas y las heridas del rey sanaron.

El rey estaba tan agradecido al cerdo que lo dejó vivir en el palacio. Y allí se quedó por el resto de sus días, resolviendo problemas con alegría.



El pequeño Juan Tuñón

El pequeño Juan Tuñón se sentó en un rincón
a comer su rica torta.

Metió el dedo una vez, sacó una nuez
y dijo: «¡Soy bueno y eso es lo que importa!».

Pequeño Tommy Morena

El pequeño Tommy Morena canta por su cena.

¿Qué le serviremos? Leche con avena.

¿Cómo la tomará sin una cuchara?

¿Cómo se casará sin enamorada?



Fermín, Fermín

Fermín, Fermín, come calabacín.

Tuvo esposa y la perdió así:
dentro de la cáscara de calabacín la guardó
y allí la mantuvo hasta que se cansó.

Tarta de guisantes caliente

Tarta de guisantes caliente, tarta de guisantes fría.

Tarta de guisantes en la olla, por nueve días.

Algunos la prefieren caliente, otros la prefieren fría.

Tarta de guisantes en la olla, por nueve días.

Desaparece la comadreja

Alrededor de la morera

el mono persigue a la comadreja.

El mono piensa que es divertido.

¡Pop! Desaparece la comadreja.

Un centavo por un carrete de hilo,

un centavo por una aguja,

así es como el dinero se va.

¡Pop! Desaparece la comadreja.



Avena, frijoles y cebada crecen

Avena, frijoles y cebada crecen.

Avena, frijoles y cebada crecen.

¿Pueden decirme, si les parece,
cómo la avena, los frijoles y la cebada crecen?

Primero el granjero las semillas planta,
después se para y mientras espera, canta.

Aplaude y el suelo comienza a patear,
para luego otra vez sus tierras observar.

Cenicienta

Había una vez, una bonita jovencita que vivía con su padre, su madrastra y sus dos hermanastras. Su madrastra era poco amable, y sus hermanastras eran malas.

Todos los días, la joven se levantaba al amanecer para cocinar, limpiar, lavar y coser para su madrastra y sus hermanastras. Todas las noches, la madrastra le decía que durmiera junto a la chimenea. No pasó mucho tiempo hasta que las ropas y el cabello de la joven se pusieron tan grises de ceniza que todos la llamaron **Cenicienta**.

Una mañana, llegó una invitación especial. Todas las jóvenes del reino estaban invitadas a un baile en el palacio real para que el joven príncipe escogiese una esposa.

Las dos hermanastras estaban muy emocionadas y le daban órdenes a Cenicienta mientras ella las ayudaba para ir al baile. Cenicienta **suspiró**. Deseaba poder ir con ellas.



Cenicienta

Mientras un elegante carruaje se llevó a las hermanastras al baile, Cenicienta se sentó al lado de la chimenea y lloró.

«Desearía poder ir al baile», sollozó.

De pronto, una extraña luz llenó la habitación. Cenicienta miró hacia arriba. Un brillo plateado rodeaba a una adorable mujer con una varita brillante.

«¿Quién eres?», le preguntó Cenicienta, parpadeando asombrada.

«Soy tu **hada madrina** –le dijo–. He venido a ayudarte a ir al baile».

«¿Pero cómo?», le preguntó Cenicienta.

«Búscame una calabaza grande, un ratón blanco y una rata», respondió el hada madrina.

Cenicienta encontró todo lo más rápido que pudo. El hada madrina movió su varita. La calabaza se convirtió en un **magnífico** carruaje dorado, el ratón blanco se transformó en un corcel blanco y la rata, en chofer.

Con un último y gentil toque de su varita, el polvoriento vestido de Cenicienta se transformó en un deslumbrante vestido de noche. En sus pies había dos brillantes **zapatillas** de cristal.

«Ahora –dijo el hada madrina–, estás lista para el baile. Pero cuando sea medianoche, la magia se terminará y todo volverá a ser lo que era».



Cenicienta prometió regresar a casa antes de la medianoche.

Cuando Cenicienta llegó al palacio, todos voltearon a verla.

Nadie sabía que era Cenicienta, ni siquiera sus propias hermanastras.

El príncipe pensó que era la chica más encantadora que hubiera visto jamás. Y bailó solo con ella.

Mientras Cenicienta giraba por el salón de baile en sus brazos, se sentía tan feliz que se olvidó de la advertencia de su hada madrina.

De pronto, oyó las campanadas del reloj... una, dos... ¡doce veces!

«¡Debo irme!», exclamó Cenicienta. Y antes de que el príncipe pudiese detenerla, salió corriendo del salón de baile hacia la puerta del palacio.

«¡Espera!», gritó el príncipe, corriendo tras ella. Pero para el momento en que llegó a la entrada del palacio, ella se había ido.

Entonces vio algo brillando en las escaleras, una zapatilla de cristal. El príncipe la recogió.

«Me casaré con la mujer cuyo pie quepa en esta zapatilla de cristal –declaró–. Buscaré por todo el reino hasta encontrarla».

Al día siguiente, el príncipe comenzó a ir de casa en casa, buscando a su verdadero amor. Cada joven del reino se probó la zapatilla de cristal, pero no le calzaba a ninguna.



Por fin, el príncipe llegó a la casa de Cenicienta.

Sus hermanastras intentaron probarse la zapatilla.

La primera hermanastra empujó y apretó, pero apenas podía meter los gordos dedos de su pie en la pequeña zapatilla.

La segunda hermanastra trató de embutir su pie en la zapatilla. Pero fue inútil.

El príncipe estaba a punto de irse cuando una suave voz le preguntó: «¿Podría probarme la zapatilla, por favor?».

Cuando Cenicienta comenzó a acercarse para probar la zapatilla, sus hermanastras comenzaron a reír.

«Todas deben tener una oportunidad», dijo el príncipe, sosteniendo la brillante zapatilla. Y de pronto...

«¡Oh!», se lamentaron las hermanastras.

El delicado pie de Cenicienta cabía en la zapatilla de cristal a la perfección. Mientras sus hermanastras la miraban con asombro, el príncipe tomó con alegría a Cenicienta entre sus brazos.

Sus hermanastras y su madrastra todavía temblaban conmovidas al ver a Cenicienta marcharse en el carruaje del mismo príncipe.

Poco después, Cenicienta y el príncipe se casaron, y vivieron felices por siempre.



¡Que nieve!

Olivia deseaba que nevara. Una mañana cuando despertó y miró por la ventana vio cómo ¡una hermosa capa de nieve cubría su jardín! Corrió escaleras abajo y tomó su desayuno rápidamente. Olivia tenía planes que no podían esperar: ¡construir el mejor muñeco de nieve de todos! El año pasado, su vecino Jacob había hecho uno tan fantástico que levantó la admiración de todos. Ahora, Olivia quería que su muñeco de nieve fuese el más reconocido.

Olivia se puso a trabajar. Hizo una gran bola de nieve y la hizo rodar para que se hiciera cada vez más grande, tal como le había visto hacer a Jacob, la persona más experta sobre muñecos de nieve que ella conocía. Olivia estaba haciendo rodar otra bola de nieve para la cabeza cuando se preguntó dónde estaría Jacob en estos momentos. Miró hacia la casa de su vecino y se sorprendió al verlo allí, detrás de la ventana, en vez estar armando su propio muñeco.

Fue a visitarlo y descubrió cuál era la razón: ¡Jacob se había roto un brazo!



¡Que nieve!

«Anoche patiné en el hielo –explicó Jacob con tristeza–. El doctor dijo que necesito dejar en reposo mi brazo y mantenerlo seco. Ahora no podré armar mi muñeco de nieve».

Olivia lo pensó por un momento y luego sonrió. «Abrigate mucho y ven afuera», le dijo a Jacob con voz misteriosa.

Jacob se sentó majestuosamente en la silla de jardín que Olivia había sacado para él, con su brazo roto descansando sobre un cabestrillo. Él le dio instrucciones a Olivia y ella construyó al muñeco de nieve justo como le dijo. Los dos amigos hacían un gran equipo, sabían que aparecerían en el reportaje «Invierno de las maravillas» de este año.

A la mañana siguiente, Olivia se apresuró a bajar las escaleras para ver el periódico local. Como era de esperar, el fantástico muñeco

de nieve de Jacob y ella estaba allí. Mientras salía apurada a mostrárselo a Jacob, se dio cuenta de que la nieve se estaba derritiendo y que su muñeco de nieve casi había desaparecido.

«No importa –le dijo Jacob–. Juntos podemos construir otro la próxima vez que nieve».

«¡Y siempre tendremos esta maravillosa fotografía para recordar este muñeco de nieve!», agregó Olivia señalando el periódico.



La reina mala

Había una vez una malvada reina, cuyo esposo —el rey— tenía tanto de bondad como ella de maldad. Todos sabían que el rey era demasiado bueno. De hecho, solo podía ver lo bueno de la gente, y parecía estar ciego ante las malas acciones de su esposa.

Un día, cuando la reina estaba **particularmente** de mal humor, encerró a uno de sus sirvientes en un armario. Cuando el sirviente se quejó de este mal trato ante el rey, él tan solo le dijo que debió de haber sido un error.

«Mi adorable esposa jamás haría algo tan terrible», le dijo al sirviente.

Al día siguiente, una joven sirvienta estaba limpiando la habitación de la reina. Le estaba tomando mucho tiempo terminar y sabía que la reina la castigaría si la encontraba allí. Entonces, cuando la pobre joven sirvienta oyó a la reina acercarse, se ocultó bajo su cama.

La sirvienta se asomó y vio a la reina entrar a la habitación. Se asombró al ver que la soberana abría una caja dorada y sacaba una **botella de cristal**. La reina abrió la botella y vertió tres gotas de su líquido en una copa plateada.

«¡Ja, ja! —rió la reina—. Cuando el rey bebe mi poción mágica, solo ve las cosas buenas y nunca nota las cosas **miserables** que hago».



La sirvienta no podía creer lo que veía y sabía que solo quedaba una cosa por hacer. Se acercó con sigilo a la caja dorada, abrió la botella de cristal y vertió su contenido en una maceta. Luego llenó la botella con agua y la volvió a colocar en la caja dorada. Al día siguiente, la reina puso las tres gotas de poción de siempre en la copa plateada del rey pero, por supuesto, no era más que agua inofensiva y su poder sobre el buen rey había desaparecido.

Ese día, la malvada reina había encerrado a tres niños del pueblo en el calabozo del castillo sin ninguna buena razón.

Cuando los padres de los niños fueron a quejarse al rey, él no podía creer lo que escuchaba.

«Mi esposa jamás haría algo así», les dijo.

No obstante, fue a revisar por sí mismo y se **escandalizó** al ver a los niños allí.

Cuando la valiente sirvienta oyó lo que había pasado, corrió a hablar con el rey. Le contó todo lo que había visto en la recámara de la malvada reina y sobre su poción mágica. El rey se puso furioso al enterarse de cómo las personas de su reino habían sido tratadas. Descubrió que la malvada reina en realidad era una **bruja** disfrazada y la desterró de su reino.

Él y sus súbditos vivieron felices por siempre.





Este anciano

Este anciano tocó uno con la mano;
tum tum tocó el tambor con desgano.

*Con un tac tac y un tum tum
dale al perro un hueso, este anciano no tiene un peso.*

Este anciano tocó dos,
e hizo tum tum con la voz.

*Con un tac tac y un tum tum
dale al perro un hueso, este anciano no tiene un peso.*

Este anciano tocó tres,
e hizo tum tum en mis pies.

*Con un tac tac y un tum tum
dale al perro un hueso, este anciano no tiene un peso.*

Este anciano tocó cuatro,
e hizo tum tum en mis zapatos.

*Con un tac tac y un tum tum
dale al perro un hueso, este anciano no tiene un peso.*

Este anciano tocó cinco
e hizo tum tum con ahínco.

*Con un tac tac y un tum tum
dale al perro un hueso, este anciano no tiene un peso.*



Mi silla favorita

Mi silla favorita está en un rincón,
me siento en ella para ver la televisión.
Y a veces cuando un libro quiero leer
sentarme en mi silla es un placer.
Mientras paso las páginas me quedo sentada,
y allí permanezco por un rato largo.

Yo sé que cuando el tiempo pase,
seré la más alta de mi clase.
Pero mi silla pequeña seguirá siendo
tal como es ahora (las sillas no siguen creciendo).
Por ahora mi silla me va justita,
¡así que seguiré sentada, bien derechita!



Un cumpleaños mágico

Emily había estado tachando los días en su calendario por semanas, y ahora su día especial por fin había llegado, ¡por fin era su cumpleaños!

«¡Despierta!», exclamó Emily, entrando a las corridas a la habitación de sus padres. Pero al llegar allí, vio algo muy triste. ¡Su madre estaba acostada en la cama con la nariz tan roja como un rábano!

«A... a... ¡Achís! Feliz cumpleaños, querida –moqueó su madre–. Me he enfermado. Me temo que tendremos que cancelar tu fiesta. No podrás prepararla tú sola».

Pero Emily insistió en que quería al menos intentarlo.

«De acuerdo –dijo su madre, indecisa–. Puedes intentarlo».

Emily se puso su mejor vestido de fiesta y empezó a trabajar. Colocó una tela bonita sobre la mesa y vació bolsas de papas fritas, galletitas y perros calientes en platos.

¡Ahora, la torta! Esta era la parte más difícil. Emily mezcló los ingredientes y vertió la mezcla en un recipiente para tortas.

Sabiendo que era muy joven para usar el horno, Emily fue hasta la casa de su vecina, la Sra. Amable, para que la ayudara.

«¡Dios mío, has estado ocupada!», exclamó la Sra. Amable al ver el estado en el que estaba la cocina. Había **manchas** de mezcla para torta por todas partes y el adorable



Un cumpleaños mágico

vestido de fiesta estaba cubierto de salpicaduras de comida.

«¡Oh, no! –sollozó Emily–.

¡Mi cumpleaños está arruinado!».

La triste cumpleañera cubrió su rostro con sus manos y comenzó a llorar. De repente, hubo un **resplandor** de luz. Emily no podía creer lo que veía pero... ¡Sí, era verdad! ¡A su adorable y anciana vecina le habían salido alas y estaba sosteniendo una varita mágica!

«¡Soy tu hada madrina!

–le exclamó la transformada Sra.

Amable–. Todos tienen una, aunque no

siempre lo saben. Se supone que nos mantenemos en secreto, ¡pero esto es una **emergencia!**».

Con tan solo agitar su varita mágica varias veces, el hada madrina de Emily lo arregló todo. Una hermosa y glaseada torta estaba en el centro de una **resplandeciente** mesa de comida para fiesta, ¡y el vestido de Emily estaba impecable!

La fiesta fue un éxito y, después de que los invitados se hubiesen ido, Emily se apresuró a la habitación de su madre para contarle todo lo que había sucedido. «La Sra. Amable es realmente una mujer muy solidaria –rió Mamá–. ¡Pero decir que es un hada madrina es demasiado!».

Le **creyeran** o no, ¡Emily sabía que ese había sido su mejor cumpleaños!



A de «amasar» un pastel



A de amasar un pastel,
B búscalo,
C córtalo,
D distribúyelo
E elígelo
F fraccionalo
G gíralo,
H huélelo,
I inspeccionalo,
J júzgalo,
K y L llévalo,
M míralo,



A de «amasar» un pastel



N nóvalo,
O olfatéalo,
P pruébalo,
Q quiérelo,
R rebánalo,
S saboréalo,
T tómalo,
U únelo
V voltéalo,
W, X, Y, Z,

¡zámpatelo de un bocado!



El ganso dorado

Había una vez tres hermanos. Los hermanos mayores pensaban que el menor, llamado Peter, era tonto, y no le hacían caso. Los dos hermanos mayores trabajaban talando árboles, pero creían que Peter era muy tonto como para trabajar con ellos.

Un día, Peter decidió probar suerte talando árboles. Sus hermanos se burlaron de él cuando partió. «No te cortes la pierna por accidente», le dijeron.

Cuando Peter estaba a punto de darle el primer hachazo a un árbol, un hombrecito se le apareció. «Tengo hambre y sed —le dijo el hombre—. ¿Compartirías tu comida conmigo?».

Peter solo había llevado algo de pan y agua, pero lo compartió con gusto con el hombrecito. A cambio, el hombre le dio a Peter un consejo. «Tala ese viejo árbol de allí —dijo, señalando un árbol muerto—. En sus raíces encontrarás algo interesante que cambiará tu vida».

Entonces Peter le dio un hachazo al árbol y lo **taló**. Se asombró al encontrar un ganso dorado sentado sobre la base.

Tomó al ganso y salió con él bajo su brazo. Después de un tiempo, Peter estaba cansado y se recostó para tomar una siesta. Mientras **dormitaba**, tres niñas pasaron y al ver al ganso dorado, trataron de quitarle algunas de sus plumas



doradas. Pero al tocarlo, se quedaron pegadas a él.

Cuando Peter se levantó, siguió caminando, ignorando a las niñas que estaban pegadas.

Después pasó un sacerdote que quería tocar al ganso, pero se quedó pegado con las niñas. Luego el asistente del sacerdote y otros granjeros también se pegaron. Pero Peter no les prestó atención y siguió caminando.

Después de un tiempo, Peter pasó por un castillo real. Una princesa estaba sentada en el castillo, y cuando vio a Peter se echó a reír y reír. Se **rió** tan fuerte que, después de un tiempo, su padre, el rey, fue a ver qué es lo que le resultaba tan gracioso. El rey nunca había visto a su hija tan feliz, usualmente estaba siempre triste, así que le permitió casarse con Peter.

«Espero no tener que casarme con todas estas personas que están pegadas a ti también», se rió la princesa. **De pronto**, Peter notó la procesión que había detrás de él. Se sorprendió tanto que la princesa comenzó a reír otra vez.

Apenas Peter bajó al ganso, todas las personas que habían estado pegadas fueron liberadas.

Peter y su princesa vivieron felices por siempre, y sus hermanos no volvieron a pensar que era un tonto nunca más.

La pastorcita

La pastorcita perdió a sus ovejitas
y no puede encontrarlas sola.
Deja que sigan perdidas
y volverán a casa enseguida
moviendo sin parar la cola.



María tiene un corderito

María tiene un corderito
blanco como la nieve.
Y dondequiera que María va
el corderito viene.
La siguió a la escuela un día
y eso no estaba permitido.
Los niños jugaban y reían
al ver que el cordero había asistido.

Bee, bee, oveja negra

Bee, bee, oveja negra, ¿tienes lana para darme?
Sí, Señor. Sí, Señor, tres bolsas grandes.
Una para el amo,
otra para la dama
y una para el niño
que ahora está en cama.



¡Quiquiriquí!

¡Quiquiriquí!
¡Mi dama su zapato acaba de perder!
Mi amo perdió su preciado bastón
Y no saben qué hacer.

El niño triste

Pequeño niño triste, sopla tu cuerno.
La oveja está en el campo,
la vaca, junto al maíz tierno.
¿Dónde está el niño que el rebaño debe cuidar?
Se quedó dormido, justo bajo el almiar.
¿Lo despertarás?
No lo voy a despertar, porque seguro va a llorar.



Ganso que hace gansadas

Ganso que hace gansadas,
¿por dónde andas?
Abajo y arriba
y en mi recámara.
Allí conocí a un hombre
que no decía sus oraciones,
así que lo tomé de la pierna izquierda
y lo arrojé por los escalones.



El patito feo

Mamá Pata estaba esperando que sus nuevos polluelos rompieran el cascarón. De pronto, uno de los huevos hizo un sonido de golpeteo. ¡Tap! ¡Tap!

La Mamá Pata llamó a los demás patos.

«Mis huevos están eclosionando. ¡Vengan a ver!».

Uno por uno, salieron cinco alegres patitos.

«¡Qué dulces y pequeños patitos!», suspiraron todos.

La Mamá Pata graznó de orgullo. ¡Cuac! ¡Cuac!

Pero el huevo más grande aún no se había abierto. Y Mamá estaba segura de haber puesto solo cinco huevos.

¡Craack! Justo en ese momento, el último huevo se abrió y salió el último patito. Todos lo miraron de cerca.

«¡Oh!», gritó Mamá Pata preocupada.

«¡Ooh!», farfullaron los otros patos.

«¡Qué patito más feo!», graznó un pato viejo.

«¡No es feo! –dijo Mamá Pata–. Es especial».

El patito feo ocultó su cabeza bajo su ala.

Al día siguiente, Mamá Pata llevó



El patito feo



a sus pequeños patitos al corral. «Hola a todos –les dijo a los animales–. Conozcan a mis patitos».

Los cinco patitos amarillos se hincharon de orgullo y mostraron sus bonitas alas.

«Ah –suspiraron los animales–, qué adorables patitos».

El patito feo avanzó balanceándose. «Hola», dijo.

Hubo un momento de silencio.

Entonces...

«¡Es tan gris!», dijeron todos los animales que lo vieron.

«¡Es tan torpe!», mugió una vaca.

«¡Es tan grande!», chilló una gallina.

El patito feo se hundió en el piso mientras enormes lágrimas rodaban por su pico y caían al suelo. El patito feo se sentía totalmente solo. «Nadie me quiere –suspiró–. Será mejor que me vaya». Con el corazón roto, el pobre patito se balanceó andando a través del prado, dejando la granja y a su familia detrás.

Poco después el patito feo llegó a un río. Dos gansos estaban zambulléndose y buceando por comida.

«Disculpen –exclamó el patito feo con valor–. ¿Han visto a otros patitos como yo?». Los gansos sacudieron sus cabezas.

«Eres el pato más **extraño** que hayamos visto jamás», graznaron. El patito feo se alejó de allí tan rápido como pudo. Continuó andando hasta encontrarse con un gran lago.

«Si nadie me quiere, entonces me ocultaré aquí para siempre», sollozó el patito feo, haciéndose un nido entre las cañas.

A lo largo de todo el largo invierno, el patito feo se ocultó en su solitario cañaveral, avergonzado de mostrar su aspecto. Pero pronto llegó la primavera y no pudo evitar asomarse de su escondite para observar el bonito paisaje.

Un elegante cisne pasó nadando frente a él y el patito feo retrocedió, con miedo a ser **burlado**. En lugar de eso, el cisne nadó hacia él y lo empujó gentilmente con su pico.



«¿Por qué te ocultas aquí? –le preguntó el cisne, amablemente–. Ven y únete al resto de nosotros».

El patito feo estaba tan sorprendido que casi cayó al agua. Seguramente el cisne le estaba hablando a alguien más.

Pero al levantarse, el patito feo vio su propio reflejo en el lago. Se paró, miró y gritó asombrado. ¡Sus plumas grises eran ahora blancas **como la nieve!**

Justo en ese momento, una familia de cinco patos pasó nadando por el lecho del río con su madre.

«¡Miren a ese **hermoso** cisne!», graznaron, señalando al patito feo.

Mamá Pata reconoció a su patito feo a primera vista. «Siempre supe que era especial», graznó.

El patito feo mantuvo su cabeza en alto con su elegante cuello, agitó sus hermosas y blancas plumas, y se fue nadando con **orgullo** tras sus nuevos amigos.



Blanca Nieves



Un día de nieve, una reina estaba cosiendo junto a la ventana. Entonces pinchó su dedo con la aguja por accidente y tres gotas de sangre cayeron en la nieve. La reina miró la brillante sangre en la nieve blanca, contra el marco de madera negra de la ventana, y pensó: «¡Quisiera una hija con labios **rojos** como la sangre, piel **blanca** como la nieve y cabello **negro** como el ébano!».

Un tiempo después, la reina dio a luz a una pequeña niña con labios de un rojo profundo, piel blanca como la nieve y brillante cabello negro como el ébano. La llamó Blanca Nieves.

Tristemente, la reina murió y el rey se volvió a casar. Su nueva esposa era hermosa, pero cruel y egoísta. Tenía un espejo mágico, y cada día se miraba en él y preguntaba:

«Espejo, espejo, para ti mis loas; ¿quién es la más bella de todas?».

Y cada día el espejo le respondía,
«Tú, oh Reina, eres la más bella de todas».

Pero al crecer, Blanca Nieves se volvió cada vez más hermosa. Y entonces, una mañana, el espejo le dijo a la Reina: *«Tú, oh Reina, eres bella, es verdad. Pero Blanca Nieves te ha de superar».*



Blanca Nieves



En un ataque de celos, la reina mandó a llamar a su cazador. «Llévate a Blanca Nieves al bosque y máatala», le dijo.

El cazador llevó a Blanca Nieves a los límites del bosque, pero no pudo matarla. «Corre, niña», le dijo.

¡Pobre Blanca Nieves, tan **aterrada**! Estaba completamente sola, perdida en el bosque, corriendo por su vida.

Al caer la noche, Blanca Nieves llegó a una pequeña casita en lo profundo del bosque. Tocó la puerta, pero no hubo respuesta. Entonces entró. Allí, Blanca Nieves encontró una mesa y siete pequeñas sillas. Arriba había siete camitas.

«Estoy tan cansada», dijo poco antes de quedarse dormida.

Un tiempo después, se despertó sobresaltada. Siete pequeños hombrecitos estaban parados alrededor de la cama.

«¿Quiénes son ustedes?», les preguntó ella.

«Somos los siete enanitos y vivimos aquí —dijo uno de los hombrecitos—. Trabajamos en las minas. ¿Quién eres **tú**?».

«Yo soy Blanca Nieves», respondió, y les contó su historia. Los hombrecitos lamentaban lo que le había sucedido a Blanca Nieves. «Si cocinas y limpias para nosotros —dijo el más anciano—, podrás quedarte y te mantendremos a salvo». Blanca Nieves aceptó agradecida.

A la mañana siguiente, cuando partieron a trabajar, los enanitos le hicieron prometer a Blanca Nieves que no abriría la puerta ni hablaría con nadie.

Mientras tanto, la reina volvía a consultar a su espejo mágico. Pero quedó conmocionada al escucharlo.

«Eres la más bella aquí, es verdad. Pero hay alguien más bella que tú, sin dudar. En lo profundo del bosque, en una acogedora guarida, Blanca Nieves, junto a siete bombrecitos, está con vida».

«¿Qué? —chilló la reina—. ¿Blanca Nieves está viva?». La reina, quien era en realidad una malvada bruja, preparó una **poción mortífera** y envenenó una manzana roja. Luego, disfrazándose como una anciana, partió en busca de la cabaña de los siete enanitos.

Blanca Nieves estaba ocupada en la cocina cuando vio a la anciana en la ventana.



«¡Prueba mis adorables manzanas rojas!», cacareó la mujer. Y le entregó la manzana envenenada a Blanca Nieves.

La joven le dio un mordisco... y cayó **muerta** al piso. La reina corrió a su hogar a verse en el espejo. Por fin este le dio la respuesta que quería: «¡Tú, oh, Reina, eres la más bella de todas!».

Los enanitos lloraron con amargura al encontrar a Blanca Nieves muerta. No la quisieron enterrar, así que la colocaron en un ataúd de cristal. La velaban día y noche.

Un día un príncipe llegó cabalgando al bosque. Cuando vio a Blanca Nieves, se enamoró de ella instantáneamente.

«Por favor, déjenme llevarme al ataúd conmigo al palacio», les rogó a los enanitos, y ellos estuvieron de acuerdo.

Cuando los sirvientes del príncipe levantaron el ataúd, uno de ellos tropezó, y el trozo de manzana que estaba atorado en la garganta de Blanca Nieves se salió. Blanca Nieves abrió los ojos.

La joven miró al príncipe y supo que ella también lo amaba. Y así se casaron, con los enanitos a su lado. Todos vivieron felices en el castillo del príncipe por el resto de sus largas vidas.

Sueños de sirena

Desearía ser sirena,
nadar por el mar.
Mi mascota sería un delfín
que me podría acompañar.

Jugaríamos entre corales,
y dentro y fuera de cuevas.
Y si fuéramos valientes,
espíaríamos sobre olas nuevas.

Tal vez mi deseo no se haga realidad.
Ahora solo me resta esperar.
Pero si alguna vez ves una sirena
podría ser yo, ¡no olvides saludar!

El pastel mágico

Había una vez una amable señora que horneó un pastel y lo compartió con sus amigos. Pero cuando fue a lavar el plato vacío, ¡no podía creer lo que veía! El pastel aún estaba allí como si recién hubiese salido del horno. Al día siguiente, ella compartió el pastel con unos hambrientos viajeros y, cuando fue a lavar el plato, vio que el pastel seguía ahí una vez más.

La noticia se extendió como la pólvora y muchos hambrientos acudieron a alimentarse del pastel mágico de



la caritativa mujer. Un rey glotón oyó hablar del pastel y lo quiso todo para él. Envió a sus soldados a buscar el pastel y se lo llevaron a la cocina real. Un mayordomo colocó el pastel bajo una tapa plateada y fue directo a servírselo al rey. El rey se relamió y levantó la tapa... ¡pero el pastel ya no estaba! Todo lo que quedaba era una montaña de moho y polvo.

El rey se prometió que nunca volvería a comer pastel. ¿Y qué fue de la mujer? Bueno, ¡simplemente horneó otro pastel!

Galli gollí



Galli gollí, mi negra gallina,
pone huevos para las vecinas;
a veces nueve, a veces diez.
Mi negra gallina, ¡qué buena es!

Marcando el tiempo

¡Tic! ¡Toc! dice el motor
de mi reloj despertador,
marcando el tiempo.
Cada tic
y cada toc,
dejan escapar un momento.

Hickory, dickory, doj

Hickory, dickory, doj.
El ratón subió al reloj.
El reloj se paró,
El ratón se bajó,
Hickory, dickory, doj.



Tengo una gallinita

Tengo una gallinita, una hermosa bataraza,
ella lava los platos y limpia la casa.
Ella fue al molino a traer harina,
y en minutos regresó a casa, mi gallina.
Ella me hornea pan y pastel de zanahoria,
¡se sienta junto al fuego y me cuenta una historia!



Tres ratones ciegos

Tres ratones ciegos, tres ratones ciegos,
¡mira cómo corren, mira cómo corren!
Corren tras la esposa del granjero,
quien corta sus colas con cuchillos de carnicero.
Debo decirte que esto no es un juego.
Son tres ratones ciegos.

Gatito, gatito

Gatito, gatito, ¿dónde has estado?
En Londres he estado y a la Reina he visitado.
Gatito, gatito, ¿qué has hecho en ese lugar?
Asusté a un ratón bajo el trono real.



Los duendes y el zapatero

Había una vez un zapatero y su esposa, quienes eran muy pobres. Llegó el día en que al zapatero solo le quedaba un trozo de cuero, entonces cortó cuero para un par de zapatos y se fue a dormir con un peso en el corazón.

Esa noche, dos **serviciales** duendes salieron a jugar. Cuando vieron el cuero, cosieron con mucha prolijidad un último par de zapatos. A la mañana siguiente, el zapatero bajó las escaleras y se **asombró** al ver los zapatos terminados. «¡Qué trabajo tan delicado!», dijo.

En ese momento, una mujer entró a la zapatería. Cuando vio esos zapatos tan bellamente cosidos, se los probó y le quedaron perfectos. «Estos zapatos son de mi medida», dijo, y le dio al zapatero el doble del dinero que obtenía usualmente. El zapatero ahora podía comprar un nuevo trozo grande de cuero.

Esa noche, el zapatero recortó cuero para unas botas.

Durante la noche, los dos duendes salieron a trabajar otra vez. Vieron el cuero y cosieron un hermoso par de botas. A la mañana siguiente, el zapatero se puso feliz al encontrar las botas. «¡Qué maravilloso trabajo!», dijo.

En ese momento, un hombre entró a la zapatería. Se quitó sus zapatos y se probó las botas. «Estas botas son de mi medida», dijo. Le pagó muy bien por ellas, entonces el zapatero compró



un trozo de cuero aún **más grande**, del cual cortó un par de zapatos y un par de botas.

«¿Quién está haciendo todos esos zapatos y botas?» preguntó la esposa del zapatero. «¡Vayamos a ver si podemos averiguarlo!».

A la hora de dormir, el zapatero y su esposa se escondieron. Poco después, los duendes salieron y cosieron las botas y los zapatos.

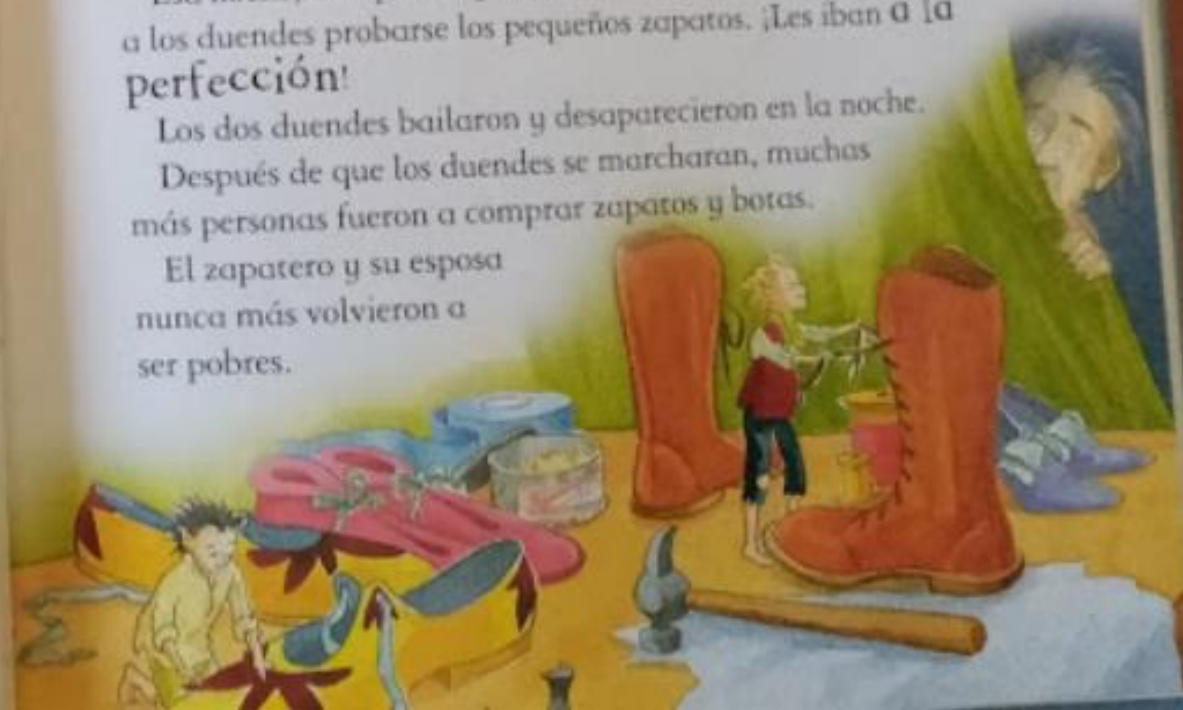
«Qué duendes tan **amables**», le dijo el zapatero a su esposa. «¿Cómo podremos agradecerles lo que han hecho?».

«¡Hagámosles un par de zapatos!», dijo la esposa del zapatero. Entonces el zapatero tomó **su mejor** trozo de cuero e hizo dos pares de pequeños zapatos.

Esa noche, el zapatero y su esposa se escondieron, y observaron a los duendes probarse los pequeños zapatos. ¡Les iban a **la perfección!**

Los dos duendes bailaron y desaparecieron en la noche. Después de que los duendes se marcharan, muchas más personas fueron a comprar zapatos y botas.

El zapatero y su esposa nunca más volvieron a ser pobres.



El hada Margarita

Margarita era el hada más juguetona del Reino de las Hadas. Era tan refrescante como una mañana de primavera y siempre estaba riendo. Las hadas más pequeñas amaban jugar con Margarita. ¡Era tan divertida!

Un día, tres pequeñas hadas le dijeron a Margarita: «Ven a jugar con nosotras». A Margarita le acababan de dar su primera varita **mágica** y estaba practicando con ella.

«Mírenme –se rió Margarita–. Estoy haciendo crecer flores mágicas».

Las tres pequeñas hadas fueron corriendo hacia su hada favorita para observar más de cerca. «¿Podemos intentarlo también nosotras?», preguntaron.



El hado Margarita

«Son muy pequeñas para usar una varita **mágica** –les dijo Margarita–. ¡Pero puedo pensar en un juego que será muy divertido!».

Margarita agitó su vara sobre una de las pequeñas haditas y surgió una mágica nube de niebla verde. Cuando esta se desvaneció, ¡las otras dos haditas se rieron al ver que Margarita había pintado a su amiga de **verde claro**!

«¡Ahora yo!», exclamaron las otras dos hadas. Margarita usó su varita para hacer que las pequeñas haditas se volvieran de todos los colores del **arco iris**. Era muy divertido y todas se rieron hasta quedar sin aliento.


Habían estado tan ocupadas jugando, que ninguna se dio cuenta de lo tarde que era. Debían regresar a sus casas para el almuerzo. «Ya puedes volvernos a la normalidad», dijeron.

Pero cuando Margarita trató de regresarlas a su color original, no pudo hacer funcionar el hechizo. Primero las hizo **a lunares** y, cuando lo volvió a intentar, ¡las hizo **a rayas**!

«¡Oh, no! –exclamó el hada–. ¿Qué dirán sus madres?».

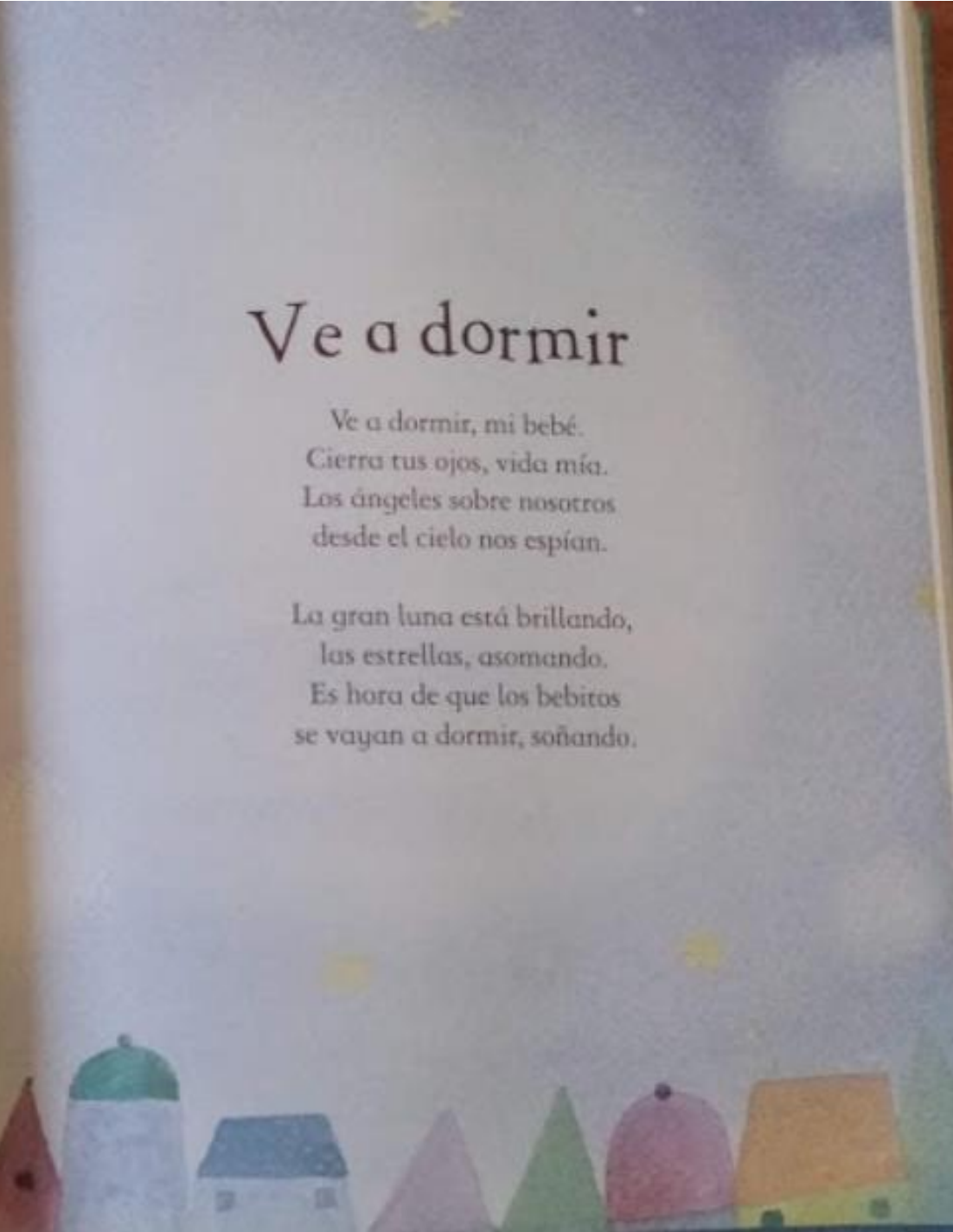
Margarita llevó a sus amigas a sus hogares y explicó lo que había pasado. Por suerte sus madres eran mejores usando sus varitas mágicas, y las regresaron a la normalidad. Margarita no se metió en muchos **problemas**, pero desde ese día en adelante, ¡la llamaron «Ups, Margarita»!



A whimsical illustration of a child in a pink shirt and white pants, wearing a tall, pointed hat, holding a glowing orb. A blue hedgehog is curled up next to the child. In the background, a green hill features a small house and a castle on top. A large yellow crescent moon with two small black dots is in the sky.

Veó la luna

Veó la luna y la luna me ve a mí,
que Dios bendiga a la luna
y que Dios me bendiga a mí.

A night sky with a light blue background, a yellow crescent moon, and several small yellow stars. At the bottom, a row of colorful houses with various roof shapes and colors (red, white, blue, purple, green, pink, orange) is visible.

Ve a dormir

Ve a dormir, mi bebé.
Cierra tus ojos, vida mía.
Los ángeles sobre nosotros
desde el cielo nos espían.

La gran luna está brillando,
las estrellas, asomando.
Es hora de que los bebitos
se vayan a dormir, soñando.

La anciana en bata

La anciana en bata
se acercó a la lata,
para buscarle a su perrito un hueso.
Pero mientras la abría
vio que estaba vacía.
Y su perrito no comió nada de eso.



Una vez vi un pajarito

Una vez vi un pajarito
que venía salto a salto.
Y exclamé:
«¿Pararás si digo ALTO, ALTO?».
Yo fui hacia la ventana
a decir: «¿Hoy cómo estás?».
Pero él sacudió su colita,
y voló hasta el cielo y más.

Tonto desafío

Tonto, tonto desafío.
Un cerdo voló sobre el río.
El hombre de marrón
lo bajó de un tirón.
Tonto, tonto desafío.

Yo tenía un caballito

Yo tenía un caballito
y era tordillo.
Su cabeza estaba hecha de paja,
su cola era de heno amarillo.

Se lo vendí a una anciana
por una moneda.
Y no cantaré otra vez mi canción
por más que pueda.

¡Higglety, pigglety, poba!

¡Higglety, pigglety, poba!
El perro mordió la escoba,
el cerdo está apurado,
el gato, desesperado.
¡Higglety, pigglety, POBA!



Caballito, caballito

Caballito, caballito, no te detienes,
dejas que tus cascos suenen y suenen.
Tu cola se agita
y giran las ruedas.
¡Arre, caballito, tu casa te espera!

Un marino fue al mar

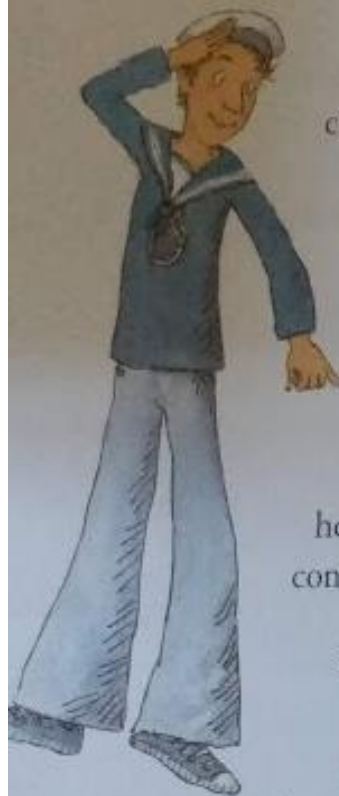
Un marino fue al mar, mar, mar
para ver qué podía mirar, mirar, mirar.
Pero todo lo que pudo mirar, mirar, mirar
era el fondo del profundo mar, mar, mar.

¿Alguna vez, vez, vez
en tu larga vida,
has conocido a un largo marino
con una larga esposa que lo cuide?

No, yo ninguna vez, vez, vez,
en mi larga vida
conocí a un largo marino,
¡con una larga esposa que lo cuide!

¿Alguna vez, vez, vez
en tu chueca vida,
has conocido a un chueco marino
con una chueca esposa que lo cuide?

No, yo ninguna vez, vez, vez,
en mi larga vida
conocí a un chueco marino,
¡con una chueca esposa que lo cuide!



De esta forma

De esta forma nos lavamos las manos,
nos lavamos las manos, nos lavamos las manos.
De esta forma nos lavamos las manos
en una mañana fría y helada.



De esta forma nos lavamos la cara,
nos lavamos la cara, nos lavamos la cara.
De esta forma nos lavamos la cara
en una mañana fría y helada.

De esta forma nos cepillamos los dientes,
nos cepillamos los dientes,
nos cepillamos los dientes.
De esta forma nos cepillamos los dientes
en una mañana fría y helada.



De esta forma nos peinamos
el cabello, nos peinamos el cabello,
nos peinamos el cabello.

De esta forma nos peinamos el cabello
en una mañana fría y helada.



De esta forma nos despedimos.
nos despedimos, nos despedimos.
De esta forma nos despedimos
en una mañana fría y helada.

El pueblerino

El pueblerino que no tenía dedos en los pies
una vez tuvo tantos como tú y yo.

Cuando le decían: «Un día los perderás»,
él respondía: «¡Toco roco to!».

Y su tía Jobiska le hizo beber
agua de lavanda con algo de miel.

Ella le decía: «Todos lo saben, hasta el vecino,
que no hay nada mejor para los pies de un pueblerino».

El pueblerino que no tenía dedos en los pies
cruzó nadando la laguna helada.

Pero antes de salir envolvió su tez
con una tela colorada.

Y su tía Jobiska dijo: «A sus pies no les pasará nada
si su nariz permanece abrigada.

¡Y se sabe que con sus pies un pueblerino está feliz
siempre y cuando se ocupe de su nariz!».



El pueblerino

Pero antes de llegar a la orilla,
a la orilla de la laguna helada,
una marsopa se llevó
su tela colorada.

Y cuando él se miró los pies
tan llenos de dedos alguna vez,
de pronto se lo vio muy abatido
¡al ver que sus dedos se habían ido!



El pueblerino que no tenía dedos en los pies
fue colocado en un bote de madera,
lo llevaron remando y luego lo cargaron
donde su tía Jobiska lo esperaba en la escalera.

Ella organizó un festín acorde a sus deseos
de flores y pescados cocidos con huevos.

Y la tía dijo: «Aunque todos lo saben, lo digo otra vez:
¡No hay nada más feliz que un pueblerino sin dedos en los pies!».

Princesa en peligro

Había una vez una alegre princesa cuyo nombre era Wanda.

Un caluroso día de verano, la princesa Wanda salió a dar un paseo con Nevada, su caballo favorito. El sol brillaba con mucha intensidad y, mientras iba cabalgando, la princesa Wanda cantaba felizmente al ritmo de los cascos de Nevada, que sonaban **clip-clop** por el camino.

Poco después, el palacio en el que vivía no era más que un puntito en la distancia y el sol se estaba poniendo, pero la despreocupada princesa siguió cabalgando.

Sintiéndose aventurera, ella y Nevada cabalgaron por el bosque. El aire estaba más fresco bajo las copas de los árboles, y la princesa Wanda se bajó de su caballo y se sentó bajo la sombra de las ramas mientras Nevada pastaba perezosamente en el pasto.

De pronto, se oyeron unas fuertes **TRISAS** y una bruja saltó desde atrás de un árbol cercano, como si hubiera salido de la nada. Nevada estaba tan asustado que salió disparado por el camino dirigiéndose al palacio.



«¡Ja, ja! –se rió la bruja, mientras apuntaba con su varita a la asustada princesa–. ¡Ahora eres mi prisionera!». Y cuando la varita bañó con su luz mágica a la princesa Wanda, ella notó que no podía oponer resistencia. La malvada bruja la llevó al castillo y la encerró en una habitación, en la cima de una torre.

Luego, la bruja tomó el medallón dorado del cuello de la princesa Wanda. «Se lo enviaré a tu padre y deberá darme muchísimo oro si quiere tenerte a su lado de nuevo!».

En el palacio de la princesa Wanda, Nevada había regresado sin ella y todos estaban preocupados.



«¿Dónde estará mi princesita?», sollozaba su pobre madre.

Cuando el rey y la reina recibieron el medallón dorado de la princesa Wanda con un mensaje de la bruja malvada, el rey quiso mandar a su ejército a rescatarla. Pero su mago real, Enigmo, le advirtió al rey que la magia de la bruja era muy **poderosa**, y le dijo que ni un ejército entero sería suficiente contra su poderosa magia.

«No te preocupes. Yo encontraré a la princesa Wanda y la traeré de regreso», prometió Enigmo.

Salió de inmediato, sobre el lomo de su dragón encantado. Enigmo y el dragón salieron volando del palacio hacia el bosque sombrío, decididos a encontrar a la princesa perdida y derrotar a la bruja. Volaron durante muchas horas, mirando con atención el terreno lleno de árboles bajo sus pies, pero no veían ningún rastro de la princesa ni de la bruja.

«Estaba seguro de que el castillo de la bruja estaba en este bosque», suspiró Enigmo. Cuando el joven mago y su dragón estaban a punto de volar de regreso, el mago oyó un **hermoso** sonido. Una encantadora melodía flotaba en el aire, y Enigmo la reconoció en un instante.

«¡Es la princesa Wanda! –le explicó Enigmo a su dragón–. La bruja debe haber puesto un hechizo de invisibilidad en el castillo para evitar que la encontremos, pero su magia no es suficiente para evitar que la hermosa voz de la princesa Wanda se escape».



Siguiendo el encantador sonido, Enigmo y su dragón volaron a través de la barrera de invisibilidad hasta ver el castillo, con la princesa Wanda saludándolos desde la torre.

«Volveré por ti muy pronto –le dijo Enigmo a la princesa Wanda, mientras ella lo saludaba desde la ventana–. ¡Pero primero debo derrotar a la malvada bruja para que no pueda usar su maligna magia nunca más!».



El dragón planeó hasta el suelo. Enigmo se bajó de su escamado lomo y salió en busca de la bruja.

Enigmo se acercó al castillo con sigilo, buscando a la bruja. Se asomó tras una puerta y vio a la reina riéndose y bailando.

«Cuando el rey me envíe su oro, seré **rica**. También haré que ese bobo rey sea mi prisionero, y entonces yo estaré al mando de todo», decía.

Enigmo murmuró un hechizo y, antes de que la bruja tuviese tiempo de percatarse de su presencia, fue transformada en un **sapo** y su varita mágica cayó al suelo.

«Esa malvada bruja no podrá volver a hacer daño ahora», le dijo Enigmo a la princesa, mientras la ayudaba a subirse al lomo del dragón.

Cuando la princesa Wanda regresó a su hogar, el rey y la reina estaban encantados. Hicieron una **fiesta** fantástica para celebrarlo, y Enigmo y su dragón fueron los invitados de honor.

Glub, glub

Glub, glub, traga que te traga,
pan y leche de la taza de porcelana.
Pan y leche de una cuchara de plata,
de un trozo de plateada luna sacada.
Glub, glub, traga que te traga,
Glub, glub, traga que te traga.



Uvas, granos

Uvas, granos, maíz y clavelinas.
Semilla de manzana y manzana con espinas;
alambre, hambre, una flor azulada.
Tres gansos en bandada.
Uno voló al Este, otro voló al Oeste.
Y otro voló hasta el nido de un pájaro celeste.

Está lloviendo

Está lloviendo, está diluviando.
El viejo está roncando.
Se fue a la cama, golpeó su cabeza.
Y ahora nada puede levantarlo.



Había un hombre encorvado

Había un hombre encorvado que caminó una torcida milla.
Encontró una moneda doblada arriba de una chueca silla.
Se compró un gato encorvado,
que atrapó a un ratón encorvado,
y todos juntos vivieron en la torcida casita del prado.



Miguel Zapote

Había un viejo llamado Miguel Zapote.
Sobre su cara, se puso bigotes.
Luego vino el viento y los hizo volar,
y el pobre Miguel Zapote
debió volver a empezar.



Dido, dido, da

Dido, dido, da, mi hijo Popó,
al irse a dormir sus medias no se quitó;
un zapato puesto, el otro no.
Dido, dido, da, mi hijo Popó.

Rosita y Campanilla

Rosita y Campanilla salieron un día
a recoger las flores que en el camino veían.
Pétalos amarillos, morados y rosas,
se amontonaban rápidos como mariposas.

«Los míos son para Mamá –le dijo Campanilla a Rosita–,
Ella estará encantada con este ramo de florecitas».
«Las mías son para la Abuela –le dijo Rosita
a Campanilla al andar–,
su dulce perfume le va a encantar».

Campanilla y Rosita regresaron a su hogar
sosteniendo los ramos que acababan de juntar.
«¡Hola!», llamaron ellas al cruzar la puerta,
todas sus manos de pétalos cubiertas.

«¡Muchas gracias!», dijo la Abuela a Rosita,
mientras admiraba sus hermosas florecitas.
«¡Hermosas! –dijo Mamá
abrazando a Campanilla–,
¡el perfume de estas flores es una maravilla!».



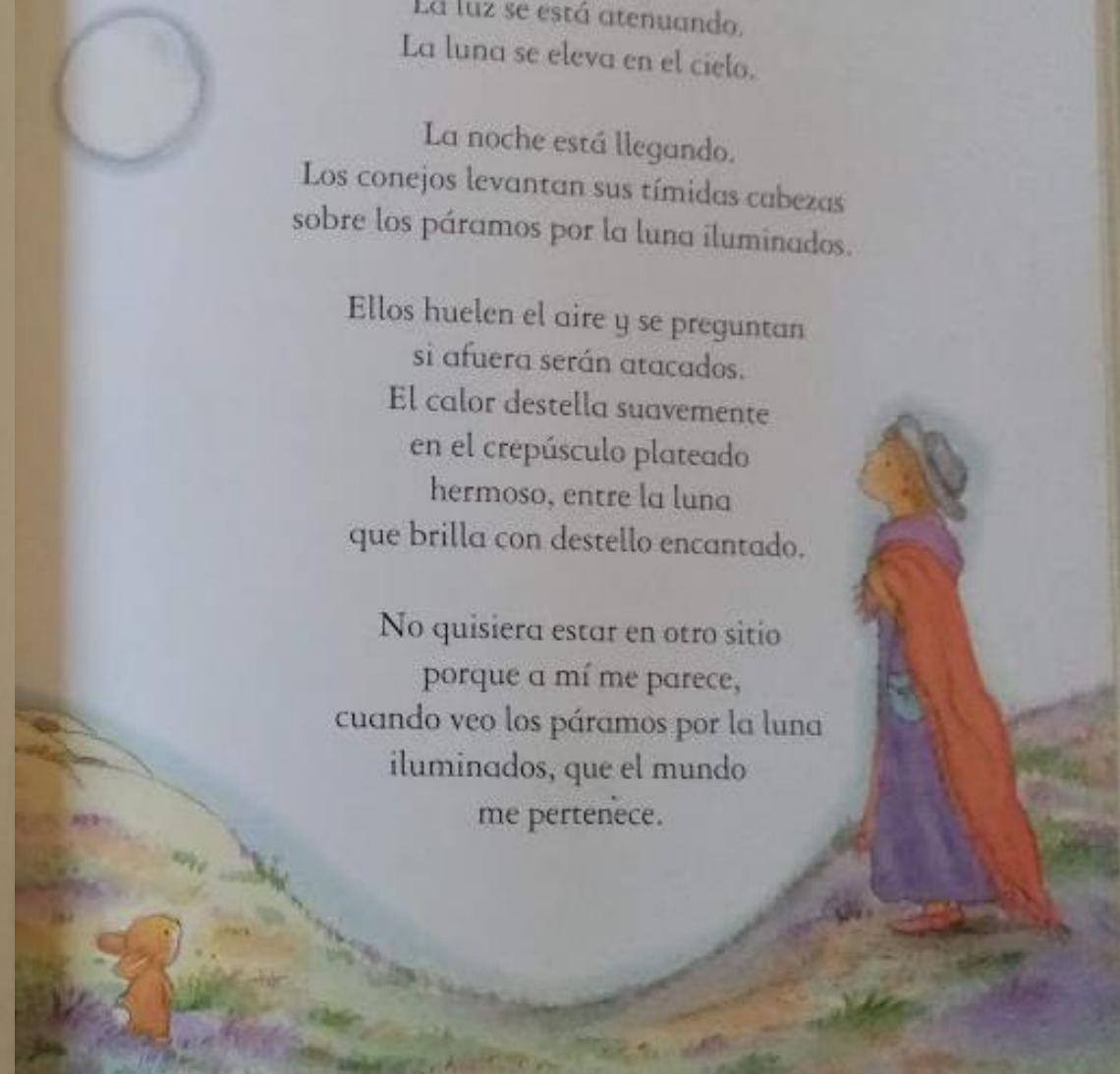
Los páramos iluminados por la luna


El calor abandonó la tierra,
La luz se está atenuando.
La luna se eleva en el cielo.

La noche está llegando.
Los conejos levantan sus tímidas cabezas
sobre los páramos por la luna iluminados.

Ellos huelen el aire y se preguntan
si afuera serán atacados.
El calor destella suavemente
en el crepúsculo plateado
hermoso, entre la luna
que brilla con destello encantado.

No quisiera estar en otro sitio
porque a mí me parece,
cuando veo los páramos por la luna
iluminados, que el mundo
me pertenece.





La princesa cantante

Había una vez una princesa llamada Melodía que no podía dejar de cantar. Cantaba todo el día y la mitad de la noche. A pesar de que tenía una hermosa voz, el palacio entero estaba cansado de ella, y le rogaban que parase. Pero la princesa seguía cantando.

El rey decidió construirle una pequeña casita en las cercanías del palacio a la princesa Melodía para que pudiese cantar a todo pulmón sin molestar a nadie.

Un día, la princesa estaba cantando a viva voz y su canción salió volando hacia el cielo. Un caballero viajero la oyó y comenzó a cantar con ella.

«¡Qué hermosa música!», pensó el caballero.


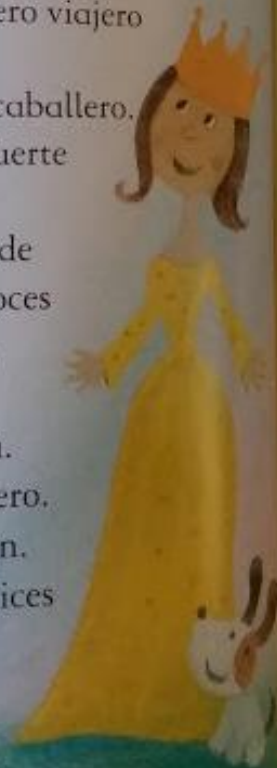
Siguió cabalgando y la canción se oía más fuerte mientras más se acercaba a la princesa.

Mientras la princesa cantaba, se dio cuenta de que había otra voz cantando. Juntas, las dos voces se hicieron una y se oía hermoso. Poco después, los dos cantantes se encontraron cara a cara.

«Soy la princesa Melodía», cantó la princesa.

«Soy el Señor Armonía», respondió el caballero.

Los dos cantantes se enamoraron y se casaron. Juntos hicieron hermosas músicas y vivieron felices por siempre.



Libre como un pájaro

Pájaros afortunados, que libres vuelan,
ojalá como ellos volar pudiera.
Alto en el cielo, surcando el aire,
volaría por todas partes sin preocuparme.

Si solo pudiera echar el vuelo
flotaría en la brisa, lo más ligero.
Y aunque alas con plumas yo no tengo
puedo volar con mi balanceo.

Oscilo alto, oscilo bajo,
de un lado al otro, arriba y abajo,
El viento sopla a través de mi cabello, suave.
Soy ligero como el aire, libre como un ave.

Balanceo mis piernas y empujo con anhelo.
¡Quizás hasta pueda tocar el cielo!
Pronto tan alto podré volar,
¡que tal vez logre la luna alcanzar!



Aiken Drum

Había un hombre que vivía en la luna,
vivía en la luna, vivía en la luna.

Había un hombre que vivía en la luna,
Y su nombre era Aiken Drum.

Y él jugaba sobre un cucharón,
un cucharón, un cucharón.
Él jugaba sobre un cucharón
y su nombre era Aiken Drum.

Y su sombrero estaba hecho de queso crema,
de queso crema, de queso crema.
Y su sombrero estaba hecho de queso crema
y su nombre era Aiken Drum.

Y su abrigo estaba hecho de carne rica,
de carne rica, de carne rica.

Y su abrigo estaba hecho de carne rica
y su nombre era Aiken Drum.

Y sus botones estaban hechos de panecitos,
de panecitos, de panecitos.

Y sus botones estaban hechos de panecitos
y su nombre era Aiken Drum.



Cinco salchichas gordas



Cinco salchichas gordas crepitaban
en la sartén, ¡y de repente una estalló!



Cuatro salchichas gordas crepitaban
en la sartén, ¡y de repente una estalló!



Tres salchichas gordas crepitaban
en la sartén, ¡y de repente una estalló!



Dos salchichas gordas crepitaban
en la sartén, ¡y de repente una estalló!



Una salchicha gorda crepitaba en la sartén,
¡y de repente estalló!



¡Y ninguna salchicha quedó!



Los músicos de Bremen

Había una vez un granjero que tenía un burro que era viejo e incapaz de trabajar y quería deshacerse de él. El burro, que era una bestia inteligente, decidió huir y volverse músico. Entonces partió hacia la ciudad de Bremen.

El burro no había ido muy lejos, cuando encontró a un perro yaciendo en el camino, **jadeando ahogadamente** para poder respirar.

«¿Por qué jadeas tanto?», le preguntó el burro.

«Ah —dijo el perro de caza sin aliento—. Como soy tan viejo, mi amo quería deshacerse de mí, así que hui».

«Oye, ¿por qué no me acompañas? —dijo el burro—. Estoy yendo a Bremen para volverme músico».

El perro estuvo de acuerdo en un santiamén, y siguieron viajando juntos. Después de caminar una corta distancia, oyeron un gato **maullando** con pena.

«Oh, cielos —dijo el burro—. ¿Qué te ha pasado?».

«Como soy muy viejo para atrapar ratones, mi ama quería deshacerse de mí, así que huí», dijo.

«Ven con nosotros a Bremen. Cantas hermosamente y serás un



gran músico», dijo el burro. El gato pensó que eso era una espléndida idea y decidió acompañarlos.

Partieron de nuevo y poco después se encontraron con un gallo. «¡Co-coro-co!», cacareó.

«Mi ama quiere darme como alimento para sus invitados», continuó, con tristeza.

«No dejaremos que eso pase —dijo el burro—. Mejor ven con nosotros. Vamos a la ciudad para ser músicos. Podrías cantar con nosotros». El gallo estuvo de acuerdo y los cuatro siguieron su camino.

Esa noche, el burro y el perro se recostaron bajo un árbol. El gato se acomodó en una rama baja y el gallo voló hasta la copa del árbol. Pero antes de instalarse allí, el gallo miró a los alrededores y vio una luz en la distancia.

«Hay una casa no muy lejos de aquí —les dijo a sus nuevos amigos—. Puedo ver luces».

Entonces, se hicieron camino hasta la casa de luces brillantes.

El burro, que era el más grande, se asomó por la ventana.

«¿Qué ves?», le preguntó el gallo.

«Una mesa cubierta de cosas buenas para comer y beber, y ladrones sentados disfrutándolas».

«Este lugar sería perfecto para nosotros», dijo el gato.

Y entonces tramaron un plan para deshacerse de los ladrones. Se subieron uno sobre otro e interpretaron su música:



«¡Iiiiijoo!», rebuznó el burro.
 «¡Guau! ¡Guau!», ladró el perro.
 «¡Miau! ¡Miau!», maulló el gato.
 «¡Cocorocó!», cacareó el gallo.

Luego entraron todos por la ventana, haciendo que los ladrones corrieran en todas las direcciones. Los maleantes, pensando que un monstruo horrible había venido a buscarlos, se escaparon tan rápido como pudieron.

Los cuatro animales se sentaron en la mesa de los ladrones y comieron, y comieron.

Luego apagaron las luces y buscaron una cama.

El burro se recostó sobre algo de paja en el jardín. El perro se acomodó sobre la alfombrita junto a la puerta. El gato se enroscó al lado del fuego del hogar. Y el gallo se posó sobre la parte alta de la chimenea. Todos se durmieron rápidamente.

Pero los ladrones no habían corrido muy lejos, y cuando vieron que la casa estaba a oscuras, uno de ellos regresó a investigar.

El ladrón notó que la casa estaba en silencio, así que entró a la cocina para prender una vela. Cuando vio los **feroces**



ojos del gato **brillando** en la chimenea, pensó que eran carbón ardiente y les acercó papel para conseguir algo de luz. El gato estaba **furioso** y saltó directo a su rostro. El ladrón corrió hacia la puerta, pero el perro, quien yacía allí, brincó y mordió su pierna. El herido ladrón corrió por el jardín, donde el burro lo pateó directamente en el trasero. Luego el gallo, que se había despertado con tanto ruido, cacareó con todas sus fuerzas. El aterrorizado hombre volvió corriendo a donde estaban los otros ladrones.

«Hay una **terrible** bruja en la casa –les dijo–. Se lanzó sobre mí y arañó mi cara con sus largas garras. Luego un hombre cerca de la puerta me apuñaló en la pierna con un cuchillo. Y un monstruo en el jardín me golpeó con un mazo de madera. Y en el techo un demonio juez exclamó “CO-COCÍNENLO”. Entonces corrí mientras todavía era posible».

Después de esa noche, los ladrones nunca se atrevieron a regresar a la casa. Y el lugar era tan apropiado para los cuatro músicos que decidieron quedarse. Supongo que todavía siguen viviendo allí.





¿De qué están hechos los niños?

¿De qué están hechos los niños?
 ¿De qué están hechos los niños?
 Tijeretazos y caracoles,
 y las colas de cachorros juguetones.
 De eso están hechos los niños.

Twidlidim y Twidlidum

Twidlidim y Twidlidum
 quisieron pelear,
 porque Twidlidum le dijo a Twidlidim
 que su sonajero acababa de arruinar.
 Entonces un enorme cuervo voló,
 tan negro como la brea,
 y asustó tanto a los dos héroes
 que olvidaron la pelea.



Robin y Richard

Robin y Richard eran dos apuestos hombres,
 descansaban en la cama hasta que el reloj daba las once.
 Primero se levantaba Robin y miraba el cielo de día.
 «¡Oh! ¡Oh! Hermano Richard, el sol está muy arriba.
 Ve tú primero, con la botella y el bolsito,
 y yo te seguiré sobre nuestro caballito».

¿De qué están hechas las niñas?

¿De qué están hechas las niñas?
 ¿De qué están hechas las niñas?
 Azúcar y florecitas,
 y todas las cosas bonitas.
 De eso están hechas las niñas.



Señorita María Piegro

Señorita María Piegro, toda vestida de negro.
 Los botones plateados la recorren por entero.
 Le pidió a su madre cincuenta centavos
 para ver al elefante saltar asustado.
 Él saltó tan alto que llegó hasta el cielo
 y no regresó hasta el cuatro de enero.

Una dama muy delgada

Una dama muy delgada
 y de palidez mortal,
 que se alegra y se reanima
 cuando la van a quemar.

¿Qué es? ¡La vela!



El ángel Lily

Sofía quería poder hacer volteretas como sus amigas Abby y Katie. Pero por mucho que lo intentase, a ella **no le salían** bien. Sofía se cansó de intentarlo y se sentó bajo un sauce.

«Desearía poder ser como mis amigas», dijo en voz alta. Al hablar, hubo un resplandor de luz y una **hermosa** dama se le apareció. Sofía estaba muy sorprendida. La dama tenía suaves y blandas alas y un anillo de luz **brillaba** sobre su cabeza, pero Sofía no tuvo miedo en absoluto.

«¿Quién eres?», le preguntó Sofía con timidez.

«Mi nombre es Lily, soy tu ángel guardián —le respondió la dama—. Ven conmigo, te quiero mostrar algunas cosas».

El ángel Lily llevó a Sofía adonde jugaban sus amigas.

«¡Miren, tengo un ángel guardián!», dijo Sofía. Pero Abby y Katie no respondieron.

«¿Por qué me ignoran mis amigas?», dijo Sofía.

«Soy tu ángel guardián, así que solo tú puedes verme. Y cuando estás conmigo, tampoco a ti te pueden ver u oír», le explicó el ángel Lily.



Sofía estaba pensando en lo extraño que era ser invisible, cuando oyó un **aullido**. Se dio la vuelta y vio a Abby sentada en el pasto, con su cuerda de saltar atada alrededor de sus tobillos. Abby se levantó, riéndose.

«Abby hace lo mejor que puede, pero no es muy buena saltando la cuerda», dijo el ángel Lily, quien hizo que Sofía volteara.

Katie intentaba tirar su bola por el aro de básquetbol, pero no tenía demasiada suerte.

«Katie es muy buena haciendo medialunas, pero no es buena en básquetbol —dijo el ángel Lily mientras la bola de Katie **rebotaba** fuera de la red—. Todo lo que cada uno puede hacer es dar lo mejor de sí», sonrió el ángel Lily.



Sofía estaba pensando en esto cuando se dio cuenta de que estaba sola. El ángel Lily se había **desvanecido** por completo. «Tal vez nunca estuvo aquí», pensó Sofía.

Sintiéndose feliz otra vez, Sofía corrió hacia sus amigas e intentó hacer una medialuna. No tambaleó ni se cayó, pero se quedó allí sobre sus manos.

«¡Guau! —exclamó Abby—. ¡qué **fantástico** eres parándote de manos!».

Sofía rió. Al parecer sí era buena en algo, después de todo.

El príncipe y el dragón

Había una reina que hubiera vivido felizmente con su marido, el rey, si no hubiese sido por el feroz **dragón** que aterrorizaba su pueblo.

Cuando la reina dio a luz a un hermoso bebé, tenía miedo de que el dragón encontrase al niño y se lo comiese.

El rey le dijo a su esposa que se llevase al niño al bosque y lo ocultase, así que partió con el bebé en sus brazos.

Después de un tiempo, la reina llegó a una pequeña cabaña. Llamó a la puerta y una ancianita abrió.

Aunque la mujer era muy anciana, aceptó criar al niño con alegría ya que ella se sentía muy sola. Entonces la triste reina dejó a su precioso bebé y regresó con su marido.

«Cuando el dragón haya muerto, nuestro niño podrá regresar», dijo el rey, intentando consolar a su esposa. Pero el dragón siguió vivo y su reinado de **terror** continuó.

Los años pasaron, y el joven príncipe creció grande y valiente. Aunque la reina no lo sabía, la



anciana era una bruja buena. Ella se encantó con el príncipe y, para su cumpleaños número trece, le dio un manto, una espada y un amuleto. Luego envió al príncipe de regreso a su reino.

El valiente y joven príncipe salió cabalgando por el bosque y, tan pronto como llegó al reino de sus padres, se encontró con algo **terrorífico**. Un enorme dragón surgió frente a él, echando fuego.


El príncipe estaba asustado, pero se mantuvo firme. Estaba asombrado al ver que las llamas del dragón no lo quemaban porque el manto lo **protegía**.

El dragón se acercó al príncipe, quien levantó el amuleto que la bruja le había entregado. El sol brilló justo en su centro y un **deslumbrante** rayo de luz cegó al dragón. El príncipe, viendo su oportunidad, embistió al dragón con su espada y mató a la bestia de un solo golpe.

Poco después, el rey y la reina se enteraron de que un joven había matado al dragón, así que fueron a verlo por ellas mismos. Reconocieron al instante al **Valiente** como su hijo perdido. El príncipe por fin había regresado adonde pertenecía y hubo mucho regocijo en el reino.

Pero cuando la reina fue a agradecerle a la anciana del bosque todo lo que había hecho por su hijo, no había señal de la cabaña ni de la mujer. Los guardias de la reina fueron a buscarla. Y aunque no la encontraron, tampoco la olvidaron.






Mi deseo de cumpleaños

Tengo un deseo secreto muy especial
que no puedo compartir.
Lo encerraré en mi corazón,
así no puede salir.

Nadie lo debe descubrir,
ya bajo llave está.
Así que por favor no espíes,
no hay nada para mirar.

Lo guardaré hasta mi cumpleaños,
luego abriré y tomaré en cuanto pueda
mi deseo secreto de su escondite,
¡y lo pediré al soplar la vela!



A navegar

A navegar por un año y un día
hacia una tierra donde los sueños se hacen realidad.
Iluminados por la luna y un manto de estrellas
a través del azul mar.

Iremos a la deriva por aguas plateadas
hasta tierras que nunca hemos visitado.
En las horas del día, donde las flores de chocolate
tendrán un sabor soñado.

Donde las nubes son de algodón de azúcar
y el cielo es siempre azul.
Qué viaje nocturno tan ocupado,
¿nos acompañarás tú?

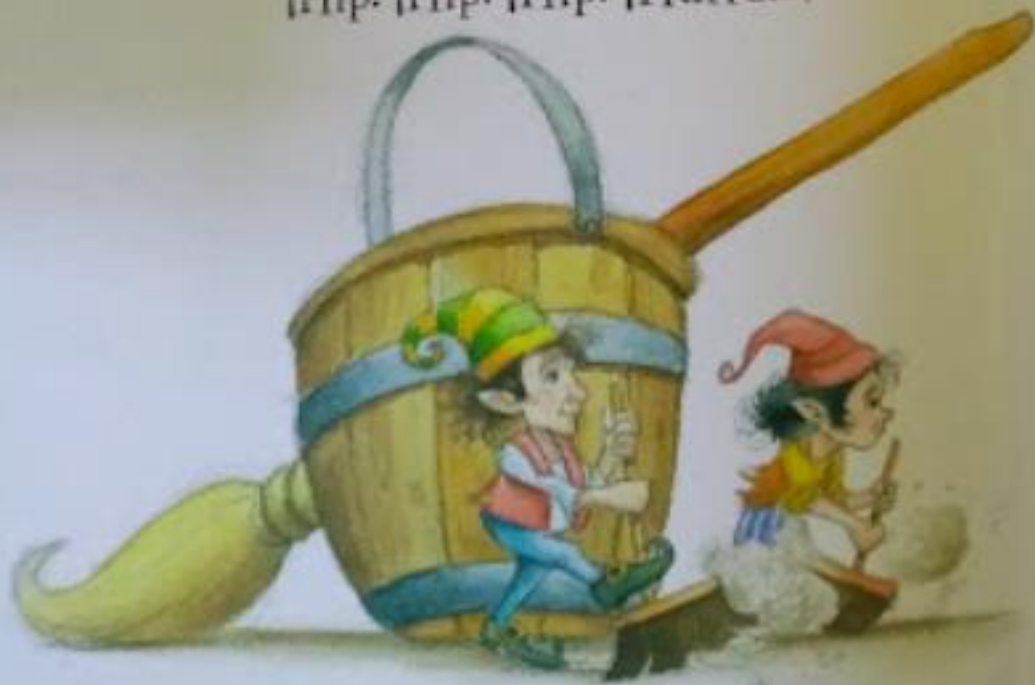


Elfos ocupados

Cuando te duermes pronto en la noche, arropado en tu cama, y todos los humanos están callados, los elfos hacen lo que les da la gana.

Sin criaturitas que ayudan, sus ojos son brillantes botones. Ellos hacen trabajos en la casa para darte alegría a montones. Los ocupados elfos ordenan juguetes y limpian estanterías. No bromeo cuando te digo que ellos te observan cada día. Y cuando saben que estás en la cama, no es raro que a alguno se le ocurra:

«A nadie veo venir, es hora de salir,
¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!»



La princesa tímida

Una princesa llamada Emilia Inés era tímida de la cabeza a los pies.

«Sal a jugar».

Otros niños la solían invitar, pero la princesa los rechazaba.

Un día en mitad de la primavera la princesa escuchó que el rey la llamaba.

«Haremos una fiesta.

Más vale que aparezcas,
te ordeno que así sea».

La princesa estaba colorada, mientras –obediente– se quedaba sentada con su padre a su lado, que miraba embelesado porque su hija no tenía vergüenza.

Pero la princesa un gran plan pensó.

Y cuando el baile real comenzó, se paró contra el muro, y engañó a más de uno ¡cuando tras un abanico se **ocultó!**



La princesa encantada

Había una vez un rey y una reina que tuvieron una hija tan hermosa que la Reina de las Hadas se enteró.
«Debe ser una niña muy **especial** para ser tan hermosa», pensó la Reina de las Hadas.

Y entonces envió a tres de sus mejores hadas para que le otorgasen tres dones mágicos. La primera hada le dio el don de la **sabiduría**, la segunda le dio el don de la **honestidad** y el tercer obsequio fue la **caridad**.

El rey y la reina no tenían idea por qué tan especial era su bebé. Cuando la princesa creció y se convirtió en una hermosa joven, su fama se extendió por todo el mundo. Todos los príncipes del planeta querían casarse con ella y, aunque todos los que habían venido eran tanto ricos como apuestos, la princesa no se había enamorado de ninguno de ellos. El rey y la reina estaban preocupados.

«Debes elegir a un príncipe en el mundo, seguro que alguno te gustará», suspiró la reina, perpleja.



La princesa encantada

«Pero, madre –respondió la princesa–, debo ser honesta conmigo misma. Debo casarme con un hombre digno».

Como era una sabia jovencita, la princesa se dio cuenta de que los príncipes solo la querían por su hermoso rostro. Entonces, cuando ellos regresaron a visitarla, afió su cara al colocar una enorme **Verruga** de piel de cerdo en la punta de su nariz.

Uno por uno, los príncipes fueron a verla, pero esta vez ninguno le propuso casamiento porque desistieron al ver la enorme verruga. No fue hasta que el último príncipe de todos visitó a la princesa que ella conoció al hombre **digno** de su amor. Este príncipe venía desde muy lejos y le había tomado muchas semanas llegar al palacio de la princesa. Tan pronto como lo conoció, la princesa supo que era el elegido, ya que ni siquiera miró su rostro, sino que parecía **mirar** directamente a su corazón.



«Este es el hombre con quien me casaré», declaró la princesa.

«Pero, querida hija –respondió la reina–. No puedes casarte con este príncipe, porque es **Ciego**».

Pero como la princesa tenía los dones de la sabiduría, la honestidad y la caridad, ella escuchó a su corazón y se casó con el príncipe ciego. Se dio cuenta de que la belleza verdadera viene del interior y de que la visión real no siempre proviene de los ojos. Y así, su príncipe y ella vivieron felices por siempre.

El hada rosa

Si conociera un hada y tres deseos me fueran otorgados
pediría muchos dulces sobre platos plateados.
Luego pediría que mis amigos me visitaran
para hacer una fiesta donde todos bailaran.



Los deseos uno y dos son muy divertidos.
Pero para el tres, ¿cuál crees que sería mi pedido?
Yo sé lo que pediría, solo me falta una cosa...
Me gustaría un vestido de hada,
¡que por supuesto fuera ROSA!

El espantapájaros

En el medio del campo, donde el granjero tiene sus
sembrados, encontrarás a mi amigo espantapájaros,
apoyado en unos palos.

Con sus ojos de botón, muy lejos parece mirar.
Y si escuchas atentamente hasta le oirás suspirar:

*« Me gustaría conocer el ancho mundo, no estar quieto en este lugar,
donde todos los pajaritos de mí se suelen asustar.
Yo nunca intentaría lastimarlos. Desearía que entendieran
que aunque me digan espantapájaros,
¡no asustaría ni a una mosca cualquiera! ».*



Dulces sueños

La princesa Isabela no podía dormir. Cada vez que recostaba su cabeza sobre la almohada y comenzaba a dormirse, tenía una pesadilla y se **despertaba**. La pequeña princesa no había dormido bien durante semanas, tampoco sus padres, quienes siempre iban a consolarla cuando se despertaba.

«¡Mami! –exclamaba Isabela–. Tuve otra pesadilla. ¡Era un monstruo que venía a comerme y yo no podía escapar de sus garras!».

Y así sucedía todas las noches hasta que todos tuvieron círculos oscuros alrededor de los ojos por la falta de sueño.

«Si tan solo pudiésemos acabar con las pesadillas de nuestra pequeñita», suspiró la reina una noche, parada al lado de una ventana abierta. No sabía que las hadas de la noche estaban paseando por allí repartiendo hechizos de bondad y felicidad. Una joven hadita estaba justo afuera de la ventana de la reina y escuchó lo que dijo.



Dulces sueños

La pequeña hadita de la noche sabía que era una tarea demasiado grande para ella sola, y salió a buscar a sus amigas hadas.

Sin ser vistas, las haditas volaron al palacio y agitaron sus **Varitas mágicas** sobre **todos**. Poco después, no se podía oír ningún sonido en el palacio. Todos **dormían tranquilamente**, incluyendo a la pequeña princesa Isabela.



«Qué hermosos sueños tuve anoche –bostezó la pequeña princesita al despertar–. Soñé que estaba en una maravillosa fiesta en el Reino de las Hadas y que podía volar».

Esa noche, la princesa se fue a dormir feliz, esperando volver a soñar esos **dulces** sueños, ¡y no se decepcionó!

Esa misma noche soñó que se deslizaba por un arco iris y llegaba a una **laguna de sirenas**. La noche siguiente, soñó con un huerto de frutas hechas de chocolate. Las hadas de la noche habían usado su magia y la princesa Isabela no volvió a tener pesadillas nunca más.

¡Ella, sus padres y sin duda todos en el palacio durmieron bien siempre!



La Reina de corazones

La Reina de corazones hizo tartas de limones
en un día de verano.

La Sota de corazones robó las tartas de limones
y se las llevó a un lugar lejano.

El Rey de corazones pidió las tartas de limones
y golpeó a la Sota hasta hacerla llorar.

La Sota de corazones regresó las tartas de limones
y prometió no volver a robar.

Canta una canción de seis peniques

Canta una canción de seis peniques, un bolsillo con trigo
a granel; veinticuatro mirlos horneados en un pastel.

Cuando el pastel fue abierto
los pájaros brindaron un concierto.

¿No era un plato muy delicado, digno
de un rey, el que se ha presentado?

El rey estaba en la tesorería
contando su dinero.

La reina estaba en la sala
comiendo miel y centeno.

La doncella estaba en el jardín
colgando en la soga un tapiz,
cuando un mirlo bajó volando
¡y la picó en la nariz!



Naranjas y limones

Naranjas y limones para la ciudad,
dicen las campanas
de Santa Trinidad.

Me debes un chelín,
dicen las campanas de San Martín.
¿Cuándo me pagarás?

dicen las campanas de San Nicolás.
Cuando sea rico,
dicen las campanas de San Erico.

El que poco coco come

El que poco coco come,
poco coco compra;
el que con poca capa se tapa,
poca capa se compra.

Como yo, poco coco como,
poco coco compro,
y como con poca capa me tapo,
poca capa me compro.



El naufragio hechizado

Todos estaban muy entusiasmados bajo el mar. Había habido una tormenta esa noche con olas muy grandes y, cuando el mar se calmó otra vez, Zippy el delfín halló un naufragio.

«¡Explorémoslo!», les sugirió Zippy a sus amigos, y nadaron juntos a través de la portilla.

«Debe de haberse hundido hace años –dijo Zippy–. Creo que la tormenta lo trajo hasta aquí».

De pronto, hubo un alarido de emoción.

«¡Vengan a ver lo que he encontrado!», exclamó Dolores, la medusa. Todos nadaron hasta allí para echar un vistazo.

«¡Un tesoro! –gritó Zippy–. Tal vez era un barco pirata».

«Espero que no haya fantasmas –dijo Dolores, temblando de solo pensarlo–. Este lugar me da miedo, no me gusta».

«No existen los fantasmas», dijo Zippy, haciendo su mejor esfuerzo por consolarla. Pero en ese momento, Zippy y Dolores oyeron un extraño chasquido. ¡Click! ¡Click! El sonido se les acercaba más y más.

«¿Q-q-qué podría ser? –tartamudeó Dolores–. ¡Suena como si un pirata con pata de palo estuviese viniendo hacia aquí!».

Zippy y Dolores se ocultaron tras el cofre del tesoro, temblando de miedo. ¡Click! ¡Click! ¡Click! Lo que sea



El naufragio hechizado

que estuviere haciendo ese aterrador sonido ya casi estaba allí. Con valor, Zippy se asomó desde atrás del tesoro.

«¡Ja! ¡Solo es nuestra amiga Wanda la langosta, que vino a ver el tesoro!», se rió Zippy.

Wanda admiró el tesoro brillando a través del agua: «¡Es tan bonito! Me pregunto qué deberíamos hacer con él».

Las criaturas del mar decidieron preguntarle al Rey Neptuno qué debían hacer, y nadaron hacia su palacio.

«Un tesoro, ¿eh? –exclamó Neptuno de un estruendo–. Ya tengo demasiados tesoros, no necesito más. ¡Tienen mi permiso para hacer lo que quieran con él!».

Las criaturas del mar no sabían qué hacer con su emocionante hallazgo, y entonces Wanda tuvo una gran idea. «Nos divertimos mucho jugando en el naufragio esta mañana, así que abramos un parque de diversiones de Piratas Espeluznantes ¡y hagamos que todos se unan a la diversión!», dijo la pequeña langosta emocionada.

Los amigos se disfrazaron de piratas e invitaron a todas las criaturas del mar a ir con ellos y ver el barco hundido y su tesoro.

Y la atracción más popular era el Chasqueante Fantasma de Pata de Palo. ¡Wanda tuvo que chasquear sus patas tan seguido que ya le dolían!



Un viaje

Si pudiera viajar en el tiempo, me gustaría regresar a cuando no había ni autos ni aviones para viajar. Luego andaría en **carruaje** por una calle empedrada, **tirado** por unos caballos, con una carga pesada. Qué **frío** haría allí arriba, justo junto al conductor.

Me quedaría dentro del carruaje, donde mis pies sintieran calor.

Oíría a los caballos **galopando** por el sendero, para llegar a destino tardaríamos un día entero y al final llegaríamos y entonces me bajaría en una calle de **piedras**, en una ciudad perdida.

Y vería a las damas caminando tranquilamente y diciéndose: «*Espero que hayas estado bien, últimamente*».



Mi amiga por correspondencia

Le escribo a mi amiga por correspondencia que vive muy **lejos** de mi hogar.

Más allá de las montañas y del profundo y azul mar.

Le contaré sobre las cosas que hago en la escuela cada día y le preguntaré sobre ella;

¿qué elige en la juguetería?

¿Le gusta jugar con muñecas?

¿O quizá ella prefiere

salir corriendo al jardín

a **trepár** un árbol verde?

Me contará todo sobre ella:

su edad, su nombre y sus comidas preferidas.

¡Y seguro que descubro que somos muy **parecidas**!

Un hombre fue a sembrar

Un hombre fue a sembrar,
fue a sembrar una pradera.

Un hombre y su perro
fueron a sembrar una pradera.
Dos hombres fueron a sembrar,
fueron a sembrar una pradera.
Dos hombres, un hombre y su perro
fueron a sembrar una pradera.
Tres hombres fueron a sembrar,



Un hombre fue a sembrar

fueron a sembrar una pradera.
Tres hombres, dos hombres, un hombre y su perro
fueron a sembrar una pradera.
Cuatro hombres fueron a sembrar,
fueron a sembrar una pradera.
Cuatro hombres, tres hombres, dos hombres,
un hombre y su perro
fueron a sembrar una pradera.

Puedes seguir agregando versos hasta donde quieras contar.



Rapunzel

Una vez, un hombre y su esposa esperaban un bebé. Una bruja vivía en la casa contigua y tenía un jardín lleno de rapunceles. A la mujer se le antojaba comer esas sabrosas hojas.

«Debo comer esas hojas de rapunzel», dijo la esposa.

Entonces el hombre fue al jardín de la bruja y tomó algunas hojas para **satisfacer** el antojo de su esposa.

El hombre tomaba hojas todos los días, pero un día la bruja lo descubrió. «¿Por qué estás **robando** mis hojas?», le dijo.

«Mi esposa está esperando un bebé y tiene mucho antojo de hojas de rapunzel», le respondió el hombre.

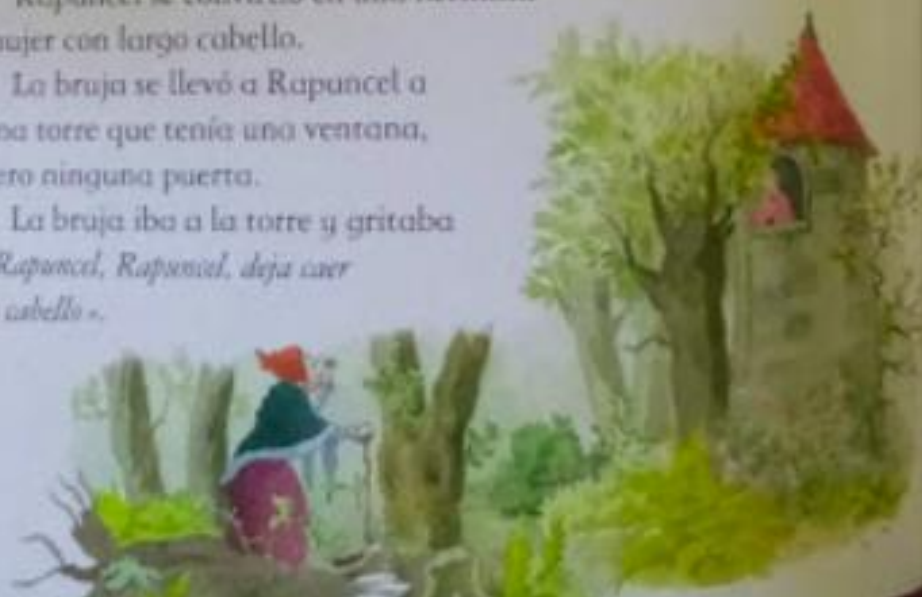
«Puedes llevarte mis hojas –le dijo la bruja–, pero debes darme a tu bebé».

Cuando nació la beba, el hombre se la dio a la bruja, quien la llamó Rapunzel.

Rapunzel se convirtió en una hermosa mujer con largo cabello.

La bruja se llevó a Rapunzel a una torre que tenía una ventana, pero ninguna puerta.

La bruja iba a la torre y gritaba «*Rapunzel, Rapunzel, deja caer tu cabello*».



Rapunzel

Rapunzel dejaba caer su largo cabello, y la bruja trepaba. Un día, un príncipe pasó por allí y oyó a Rapunzel **cantar**.

Él quería subir a la torre, pero al ver que no había ninguna puerta, se ocultó, esperó y observó.

Después de un tiempo, el príncipe vio a la bruja y la oyó llamar Rapunzel. Vio a la bruja subir y, cuando la bruja se fue, exclamó «*Rapunzel, Rapunzel, deja caer tu cabello*».

El príncipe **trepó** y, cuando vio a Rapunzel, se enamoró. El príncipe la visitaba todos los días.

Pero la bruja se enteró de eso poco después y se **enojó** mucho.

Le cortó el pelo a Rapunzel y la envió lejos.

Cuando el príncipe volvió a visitarla, la bruja dejó caer el pelo cortado de Rapunzel y el príncipe **trepó**. Cuando vio a la bruja, se **soltó** y cayó en un arbusto lleno de **espinos**.

Las filosas espinas entraron en sus ojos, y ya no pudo ver.

El ciego príncipe caminó y caminó, hasta que un día oyó a Rapunzel cantar, y ambos se encontraron otra vez.

Cuando Rapunzel oyó lo que le había pasado al príncipe, lloró, y sus lágrimas cayeron en los ojos del príncipe, **quitando** las espinas. ¡El príncipe pudo ver otra vez! Él y Rapunzel se casaron, y vivieron felices por siempre.



Jack, sé ágil

Jack, sé ágil,
Jack, ve y vuela,
Jack, salta sobre la vela.



La caracola mágica

Había una vez un pescador que tenía una hija llamada Marina. Los días en los que su padre salía al mar, Marina lo esperaba en la playa buscando caracolas para su colección.

Un día como ese, una **tormenta** comenzó. Al agitarse el mar, Marina comenzó a preocuparse por su padre. Ella esperó y observó, pero no había señales del pequeño barco pesquero de su papá. Al esperar vio que se acercaban otros botes. «¿Han visto el bote de mi padre?», preguntó Marina, pero ninguno lo había visto.

Marina comenzaba a **desesperarse** cuando vio una caracola rosada en la arena, destellando más **brillantemente** que ninguna que hubiera visto jamás. La tomó, la puso en su oreja y oyó una vocecita:

«Más allá de la bahía, entre las olas ves a un hombre, aferrado a una roca, está pidiendo ayuda.»

Marina corrió a buscar ayuda y una valiente tripulación de hombres partió en busca de su padre. Navegaron por el tormentoso mar y, justo como la caracola les había dicho, hallaron al padre de Marina **aferrándose** a una roca por su vida.

Marina no volvió a oír la voz de la caracola otra vez, pero la conservó y le dio un lugar especial en su colección.



Ratón de biblioteca

Ratón de biblioteca es como mamá me llama,
porque antes que ver la tele, prefiero un libro en la cama.
Me gusta leer una historia **acurrucada** en mi hogar,
suelo dejar mis juguetes y tomar un libro en su lugar.

Una buena historia de **aventuras** es lo que más me gusta,
con caballeros salvando a una doncella de una situación
injusta.

A veces leo un libro de geografía
y aprendo sobre el vasto mundo, con cosas que veré un día.
Un libro es como el mejor amigo que te acompaña
hagas lo que hagas y vayas donde vayas.
Siempre abriré las páginas de mi último libro
y si nadie me **molesta**, ¡lo leeré por siglos!



¡Ups!

Duende torpe, no es tu culpa
que tus dedos no puedan reaccionar.

Los otros duendes se ríen de ti
cuando empiezas a trastabillar.

Tú solo tratas de ayudar,
desearía que pudieran ver,
que siempre haces lo mejor
¡de lo que puedes hacer!



¡Ups! ¡Duende torpe!

¡Resbalas en la nieve lisa!

No es tu culpa si no eres bueno
para mirar por dónde pisas.

Tratas de mantenerte en pie,
pero la nieve forma montones imprecisos.

Tratas en vano de aferrarte,
pero ¡**CRASH!** Te caes al piso.

El león y el unicornio

El león y el unicornio peleaban por la corona;
el león venció al unicornio en toda la zona.

Algunos les dieron pan blanco,
y otros les dieron pan negro;
algunos les dieron torta,
y los expulsaron del pueblo.

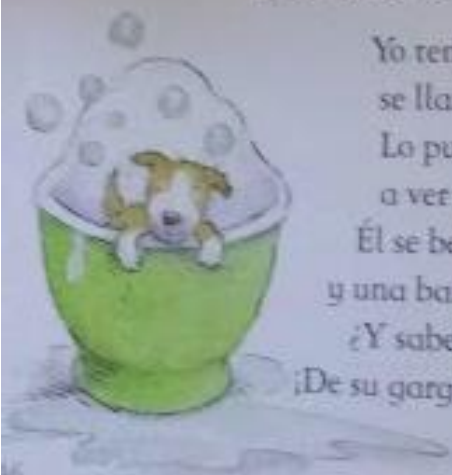


Juan Rayito

Juan, Juan Rayito
tenía un gallito.
El gallo murió,
y Juan lloró.
Pobre Juan Rayito.

Yo tenía un cachorrito

Yo tenía un cachorrito
se llamaba Baltasar.
Lo puse en la bañera
a ver si podía nadar.
Él se bebió toda el agua
y una barra de jabón tragó.
¿Y sabes qué hizo luego?
¡De su garganta una burbuja sacó!



Cuando iba a Santa Rosa

Cuando iba a Santa Rosa,
conocí a un hombre con siete esposas.
Cada esposa tenía siete sacos;
en cada saco había siete gatos;
cada gato tenía siete cachorros.
Cachorros, gatos, sacos y esposas.
¿Cuántos iban para Santa Rosa?



Aves con las mismas plumas

Las aves con las mismas plumas se congregan
y también el puerco y los cerdos lo harán;
la rata y los ratones tendrán su oportunidad,
y yo la mía voy a aprovechar.



Ey, piolín, piolín

Ey, piolín, piolín, el gato y el violín.
La vaca saltó sobre la luna llena,
el perro rió al ver esa escena
¡y el plato y la cuchara escaparon de la cena!



La sorpresa de Neptuno

Era el cumpleaños del Rey Neptuno y las criaturas marinas estaban locas de emoción. Los tritones habían decidido hacer una fiesta sorpresa para su rey, y todos estaban ocupados envolviendo regalos y pensando en **sorpresas** para él.

Mimi la ostra le había hecho a Neptuno una adorable y brillante perla, y algunas sirenas le habían horneado un pastel. Pero había una sirenita que se sentía muy triste. Mya quería encontrar un regalo muy **especial**, pero no se le ocurría nada para darle a su rey. Estaba sola pensando qué hacer, cuando Snapper el cangrejo se deslizó hasta ella para preguntarle por qué no estaba ocupada preparándose para la fiesta.

«Oh, cielos –suspiró la pobre Mya–. No puedo pensar en nada para darle al Rey Neptuno. Todas las mejores ideas ya fueron usadas».

«No te preocupes –dijo Snapper–. Debe de haber algo especial que puedas darle».

El amigable cangrejo chasqueó sus pinzas tratando de pensar. ¡Clickety, click! Pero a ninguno de los dos se le ocurrió una idea.



«¿Qué le darás a Neptuno?», le preguntó Mya a Snapper.

«Voy a tocar una canción en mi órgano –le respondió–. El Pulpo Basher, Jazzy el Pez Globo y el Caballito de Mar Rocker también tocarán».

«Oh, qué maravilloso», exclamó Mya.

«El único problema es que ninguno de nosotros sabe cantar –suspiró Snapper–, ¡y realmente queríamos cantarle "Feliz cumpleaños"!».

Mya se sobresaltó al oír eso y Snapper no pudo entender por qué.

«¡Tú espera y verás!», le respondió Mya misteriosamente, cuando él le preguntó.

La **fiesta** comenzó y Neptuno se sentó felizmente en su trono disfrutando de la maravillosa sorpresa. Snapper y su banda tocaron unas buenas canciones y todos bailaron alegremente. Después de un tiempo, Mya se subió al escenario y se unió a la banda. Le susurró algo al oído a Snapper y luego se paró al frente del escenario.

La voz de Mya sonó muy fuerte al cantarle «Feliz cumpleaños» a Neptuno. Tenía una voz **hermosa** y todos aplaudieron y la animaron. Nadie la alentó con más fuerza que Neptuno mismo, ¡quien declaró que la canción de Mya era el mejor regalo de todos!



Gelatina en el plato

Gelatina en el plato,
gelatina en el plato,
güible, guoble,
güible, guoble.
Gelatina en el plato.

Caramelos en el frasco,
caramelos en el frasco,
sacúdelos,
sacúdelos.
Caramelos en el frasco.

Velitas en la torta,
velitas en la torta,
soplalas,
soplalas.
¡Puf, puf, puf!

Jack y Luis

Jack y Luis salieron por París
y encontraron un niño con un golpe en la nariz.
Ven, dijo Jack, ¡en la cabeza le vamos a pegar!
No, dijo Luis, algo de pan le vamos a comprar.
Vamos a la tienda, compramos pan caliente,
y lo animamos como hace la gente.



El hoda

Una tarde con el hoda es buena,
¡pero una tarde con helado es mucho mejor!

Un maní

Un maní se sentó en las vías del
ferrocarril, su corazón latía con frenesí.
Y vino el tren de las 9.15.
¡Chuu! ¡Chuu! ¡Montequilla de maní!

Dibity, dibity, dibity, de

Dibity, dibity, dibity, de.
Dame un pastel e iré.
Dibity, dibity, dibity, dela.
Por favor, dame un rico buñuelo.



Diez botellas verdes

Diez botellas verdes, paradas sobre una saliente.
Diez botellas verdes, paradas sobre una saliente.
Y si una botella cayera por accidente
habría nueve botellas verdes, paradas sobre una saliente.



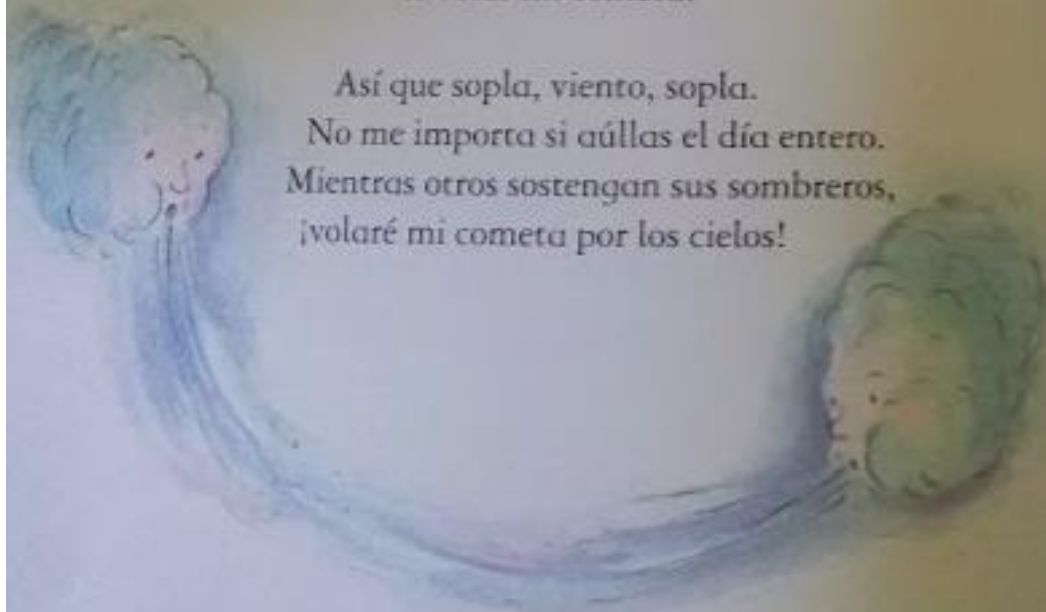
Un día de viento

Los días de sol jugamos afuera,
los días de lluvia nos refugiarnos,
los días nevados usamos abrigo.
Y cuando hace calor, nos refrescamos.

De todos los climas que existen
elegiría, aunque me cueste,
sin duda los días de viento:
sur, norte, este u oeste.

No importa de dónde sople,
saldré como una saeta
porque mi juego favorito
es volar mi cometa.

Así que sopla, viento, sopla.
No me importa si aúllas el día entero.
Mientras otros sostengan sus sombreros,
¡volaré mi cometa por los cielos!



El gran tren rojo



¡Pip! ¡Pip! El silbato está sonando,
la luz verde está brillando,
¡el gran tren rojo está andando!
¡Tu! ¡Tu! ¡Vamos en camino!

¡Chu! ¡Chu! Las ruedas están girando,
el rojo carbón se está quemando,
y ahora mi corazón se está agitando,
¡sigamos andando todo el día!

Pero pronto a la estación llegamos,
es hora de frenar,
nuestro destino alcanzamos.
¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Las nuevas ropas del emperador

Había una vez un torpe emperador que amaba la ropa. Un día dos sastres llegaron a la ciudad. Ellos sabían que el emperador era tonto y quisieron engañarlo.

«Tenemos una tela **especial**», dijeron—. Es tan especial que solo la gente inteligente puede verla. ¡La gente tonta no puede! ¿Ve lo **hermosa** que es?».

En realidad, los sastres no tenían ninguna tela, así que el emperador no podía ver nada. Pero no quería parecer tonto. «Es muy hermosa», dijo.

«Con esta tela se hará maravillosas ropas», dijeron los sastres.

Entonces el rey ordenó a los sastres que le hicieran un nuevo traje.

«Por supuesto, su majestad», dijeron los sastres—. «Eso le costará cien monedas de **ORO**». Entonces el emperador les dio el oro.

«Venga a ver la ropa la próxima semana», dijeron los sastres.

A la semana siguiente, el emperador fue a ver el traje.

«¡Vea!», dijeron los sastres—. «¿No es fabuloso?». Por supuesto,



el emperador no podía ver nada de nada. Pero, para no revelar que era tonto, dijo, «¡Precioso!».

«Su traje estará listo la próxima semana», le dijeron los sastres a su soberano, acompañándolo afuera.

A la semana siguiente, los sastres fueron a ver al emperador. «Lucirá **sensacional** con sus nuevas ropas», dijeron. El emperador aún no veía nada, pero para no quedar como un estúpido, dejó que los sastres lo vistieran con su nuevo traje.

El emperador salió a recorrer la ciudad. «Miren mis nuevas ropas», les dijo a sus súbditos—. «Son las mejores del mundo, pero la gente tonta no puede verlas». Nadie podía ver la ropa, pero no querían parecer tontos. «Miren la **maravillosa** ropa nueva del emperador», decían.

Un niño y una niña vieron al emperador.

«¡Miren! El emperador está desnudo», dijeron, y comenzaron a reír. Poco después todos se estaban riendo del emperador.

Para ese entonces, los dos sastres habían partido, ¡cien monedas de oro más ricos que como habían llegado!



El chico de al lado

Abigail conocía al chico de al lado desde que tenía memoria. Su nombre era Andrew y ellos habían jugado juntos desde que eran pequeños. Pero ahora les gustaban cosas diferentes. Andrew solía molestar a Abigail cuando jugaba con sus muñecas o salía a jugar con sus amigas.

Un día, Abigail salió del colegio y cuando estaba caminando hacia su casa oyó a Andrew venir tras ella en su nueva bicicleta.

«¡Oye, cabeza de zanahoria! —le gritó—. ¿Entrarás a la competencia de poesía de mañana?».

Abigail odiaba que la molestaran por su cabello rojizo, y se puso **colorada**. Se dio vuelta hacia la puerta de su jardín y se apresuró a la puerta sin responderle.

Abigail iba a entrar en la competencia de poesía. Había escrito un **maravilloso** poema acerca de su gato.

Esa noche, la madre de Abigail le dio un largo vestido amarillo para que luciera en la competencia.

«Usé este vestido cuando tenía tu edad —le explicó su madre a Abigail—. Me trajo suerte cuando entré a una competencia y pensé que podría pasarte lo mismo a ti».



El chico de al lado

Abigail suspiró. Era un vestido hermoso, pero tenía miedo de que Andrew se **burlara** de ella.

Al día siguiente, Abigail estuvo nerviosa por la competencia todo el día. Cuando llegó la hora de que la competencia comenzara, Abigail se puso su vestido amarillo y fue tras bastidores a esperar su turno.

Entonces Abigail vio a Andrew. Ella trató de **ocultarse** tras una cortina pero Andrew la vio y se acercó.

Esta vez él estaba sonrojado. «H-h-hola, Abigail —tartamudeó—. ¡C-cielos! Te ves muy bonita en tu vestido». Andrew se dio cuenta de que Abigail estaba convirtiéndose en una jovencita muy bonita y no quería molestarla más.

Los dos vecinos se dieron un apretón de manos, deseándose buena suerte, y esperaron **nerviosamente** sus turnos. Cuando llegó la hora, cada uno leyó sus poemas y recibió un fuerte aplauso. Cuando se anunciaron los ganadores, Abigail y Andrew se pararon uno junto al otro esperando el resultado.

«¡Es un empate! —anunció el director—. Abigail y Andrew comparten el primer lugar. ¡Estuvieron los dos tan bien que los jueces no podían decidirse!».

Abigail y Andrew estaban muy felices, no solo por haber ganado, sino porque descubrieron que todavía tenían algo en común. ¡Ahora podían ser amigos otra vez!



Las mejores amigas

Cleo la yegua y Daphne la pata eran las mejores amigas. Nunca se peleaban... Bueno, ¡casi nunca!

Un día lluvioso, cuando las amigas estaban encerradas adentro, Daphne y Cleo se aburrían.

«Tengo una idea, juguemos a armar bloques», graznó Daphne.

«¡Nooo! Tengo una mejor idea, ¿por qué no hacemos un espectáculo? –gimió Cleo–. ¡Podría hacer mi baile de tap especial y tú podrías contar algunos de tus chistes!».

«Esa es una buena idea, pero preferiría armar bloques ahora», respondió Daphne.

«¡Espectáculo!», gritó Cleo.

«¡Bloques!», gritó Daphne.

Las dos amigas no podían estar de acuerdo en qué hacer.

«Bueno, voy a jugar con los bloques –dijo Daphne–. ¡Puedo jugar yo sola!». Y se puso a trabajar armando una torre con los bloques.

«¡Uf! Haz lo que quieras –dijo Cleo, mientras comenzaba a galopar por el salón practicando su baile de tap–. ¡Haré mi propio espectáculo, ahí lo tienes!».

Daphne estaba a punto de terminar su hermosa torre hecha de bloques cuando, de repente, Cleo vino bailando por la habitación y ¡crash!



Cleo cayó sobre la torre de Daphne y aterrizó en una pila de bloques. Daphne estaba furiosa.

«Lo siento –dijo Cleo, frotando su nariz contra el bloque sobre el que había caído–. Te ayudaré a reconstruirla».

Daphne todavía estaba enojada, pero aceptó la ayuda de Cleo. Las dos amigas se pusieron a trabajar.

«¿Por qué no armamos algo diferente esta vez?», sugirió Daphne.

«¿Qué te gustaría construir?», preguntó Cleo.

«Bueno... Em... ¿Qué tal un bonito escenario? –dijo Daphne–. Luego podríamos hacer el espectáculo del que hablabas».

Las dos amigas sonrieron y se pusieron a trabajar. Después de un tiempo, habían construido un maravilloso escenario.

No importaba que no hubiese público. Cleo y Daphne hicieron un fabuloso espectáculo.

El asombroso baile de tap de Cleo fue seguido del acto de comedia de Daphne.

«¿Cómo salta un pato? –bromeó Daphne–. ¡Con sus patas!».

Cleo se rió tanto que el escenario se cayó. ¡Pero eso no importaba, las dos amigas pensarían en otro juego para jugar juntas!



La campana de Jingle

Jingle era el juguete preferido de Lottie. No era precisamente un oso, pero tampoco era un conejo. Tenía una **campana** en una oreja, por eso lo llamaban así. Un día, Lottie despertó y vio que había nevado la noche anterior.

Estaba muy emocionada y tomó a Jingle de su pata y lo llevó con ella para ver la nieve de cerca.

Todos los amigos de Lottie estaban afuera, listos para divertirse. Los juegos duraron toda la mañana, hasta que su madre llamó a Lottie para almorzar.

«Nos vemos después», exclamó. Y miró a los alrededores buscando a Jingle. Suaves montículos de nieve lo habían cubierto todo, y aunque miró hacia todas partes, no pudo encontrarlo.

«No te preocupes –dijo la madre de Lottie–. Sabemos que está allí en alguna parte, seguro que lo encontraremos después». Pero aunque buscaron toda la tarde, había demasiada nieve y Jingle seguía perdido.

Era casi la **hora de dormir** y Lottie estaba preocupándose mucho. «¿Cómo podré dormir sin Jingle?»,

suspiró, mirando hacia afuera de su ventana con esperanzas de hallar a su suave amigo. Mientras estaba sentada allí vio un pajarito que picoteaba en la nieve.



La campana de Jingle

«Pobrecito –dijo la madre de Lottie–. Creo que está buscando algo para comer».

Mientras el pajarito continuaba picoteando el suelo, Lottie oyó un extraño sonido. Era una especie de **lincineo** apagado. ¿Había sido su imaginación? No, ¡allí estaba otra vez!

«¿Puedes oírlo?», preguntó Lottie, pero su madre no podía oír nada.

De pronto, Lottie **saltó** de su silla. Se acababa de dar cuenta de lo que ese sonido podía ser. Se apresuró al jardín, sin ponerse su abrigo.

«¡Oye! ¿Hacia dónde vas tan apurada?», exclamó la madre de Lottie.

Lottie corrió hacia donde el pajarito se encontraba y cavó con sus propias manos, esperando que su corazonada fuera real.

¡Sí, allí estaba! Podía ver su orejita **asomándose** por la nieve y continuó cavando hasta sacar a su frío y mojado amigo.

Lottie casi se había enfriado y mojado tanto como Jingle, así que los dos se sentaron junto a la chimenea para entrar en calor. Lottie tomó a sorbos su chocolate caliente.

«Te dije que aparecería», sonrió la madre de Lottie.

«¡Lo **salvó** su campana!», se rió Lottie.

¡Y esa noche, le dio a su amigo un abrazo tan grande que casi le sacó el relleno!



Pide un deseo a la estrella

Si había algo que James deseaba más que nada era un nuevo amigo. Se acababa de mudar a un nuevo barrio y, aunque le gustaba su flamante casa, **extrañaba** a sus viejos amigos.

«Harás nuevos amigos pronto», le dijo su madre. Pero por ahora James solo tenía a su gato Calabaza de compañía.

James estaba construyendo un fuerte en su jardín. Había encontrado el lugar perfecto para él y había levantado unas paredes con ramas de árboles. Era divertido, pero James pensó que sería aún mejor si tuviera un **amigo** que lo ayudase. Una noche de cielo despejado, James vio a la estrella más hermosa de todas **brillando** en el cielo. James pensó que tal vez era una estrella de la suerte y le pidió un deseo.

«Oh, hermosa estrella, desearía poder hacer un nuevo amigo», clamó al cielo nocturno.



Pide un deseo a la estrella

Al día siguiente, James fue a jugar en su jardín. Estaba ocupado trabajando en su nuevo fuerte cuando oyó un sonido, ¡**tuack!** James miró a sus alrededores, pero no vio qué era lo que provocaba ese extraño sonido. ¡**Tuack!** Allí estaba otra vez. Entonces, James sintió a Calabaza frotar su peludo cuerpo contra su pierna y se agachó a acariciarlo. Calabaza maulló fuerte y salió corriendo.

«¡Oye, Calabaza! —le llamó James—. ¿Adónde vas?». Él siguió a su gato, que **saltó** la reja y comenzó a maullar aún más fuerte. James se estiró para tomar a Calabaza y bajarlo, y entonces vio de dónde venía el extraño sonido. ¡**Tuack!**

Al asomarse al jardín del vecino, James vio a un niño bateando una bola contra la pared.

«Hola —dijo James—. ¿A qué estás jugando?».

«Estoy jugando a tenis, pero no es muy divertido hacerlo solo», respondió el chico.

El niño, cuyo nombre era Ben, le preguntó a James si quería jugar con él. James estaba tan feliz... ¡Su **deseo** se había hecho realidad! Jugaron toda la mañana y después del almuerzo trabajaron hasta terminar el fuerte de James.

Esa noche, James miró hacia el cielo nocturno.

«Gracias, estrella —suspiró James en la noche—. ¡Dondequiera que estés!».



Volando alto

Volando alto, lanzándose abajo
dan una vuelta y siguen su camino.
Tomando corrientes, rápido planean
amigos emplumados que bien vuelan.



Plumas

Ja, ja, ja, Madre Gansa,
¿te sobran plumas en tu panza?
Claro que sí, camarada,
las suficientes para llenar una almohada.
Aquí tienes plumas; toma dos o una.
Y baja para prepararte la cuna.

Corta cardos

Corta cardos en mayo,
crecerán rápido como
un rayo.
Córtalos en enero,
es pronto, te soy sincero.
Córtalos en junio,
morirán en el plenilunio.



Gorrión

Gorrioncito marrón, sobre un árbol sentado,
arriba en las ramas, se siente cobijado.
Brincando entre hojas verdes él estará,
muy lejos del suelo permanecerá.



Gatito colorado

Gatito colorado,
sentado al sol,
observas a los pájaros
volar, por diversión.
Los escuchas pisar
mientras vuelan tan alto,
como si dijeran:
«¡No puedes atraparme, gato!».



Corran, ratoncitos

Corran, ratoncitos, ¡escápense ya!
No dejen que el gato los pueda atrapar.
Ocúltense bajo el piso hasta que se vaya, y luego,
queridos ratoncitos, sigan con su juego.



A dormir con la abuela

Cuando a la noche me meto
calentito en mi cama,
me gusta que me lea un cuento
la persona que más me ama.
Es mi abuela, que me pide
que yo elija un buen libro.
Y yo elijo el más largo
pues quiero que esté conmigo.
Me encanta que ella me lleve
a esos mundos fabulosos
de reyes, reinas y duendes
y caballeros valerosos.
Así cuando mi abuela me da un beso
tengo un sueño esplendoroso.



Un día de nieve



En este día helado de invierno
mi aliento se sostiene en el aire,
cangalada en esta escena nevada,
lo observo quedarse sin que me vea nadie.

Una carpeta brillante todo lo cubre,
del verde césped al blanco logró cambiar
y cruje con cada pisada,
¡qué delicia invernal!

Primero, hago ángeles de nieve
y luego un muñeco también.
Finalmente, lo habrás adivinado:
una guerra de bolas, ¡ya sabes **con quién!**

Horrible Troll

Bajo el puente y por el río
¡vive una **gran** criatura que te daría escalofríos!
Su cara aterradora y su aullido **espantoso**
son repulsivos, ¡en verdad **asquerosos**!

¡Horrible Troll, si te veo me sobresalto!
¡Horrible Troll, eres **tremendamente** alto!
¡Horrible Troll, eres tan feo que mudo me quedo!
Pero, horrible Troll, **¡a mí no me das miedo!**

¿Acaso su madre no le enseñó a darse un baño?
¡Cuando me paro cerca de él, su **olor** me hace daño!
Puede rugir, aullar y gritar amenazador
pero lo que **más miedo** da de él ¡es su olor!



La semilla mágica



Encontré una semillita
y la planté en el jardín.
Enseguida comenzó
a **CreCer** alta y feliz.

Brotaron hojas por todos lados,
enseguida se puso gigante.
Todavía no sé de qué es:
¿manzanas, peras o guisantes?

No importa en qué se convierta,
yo ya sé que será prontito
mi propio y muy especial
«algo-parecido-a-un-arbolito».



La rosa especial

La princesa Jazmín nunca se sentía más feliz que cuando estaba en su prado de flores. Caminaba a través del aroma del campo, admiraba los vibrantes colores y los bonitos pétalos de las amapolas, los acianos y orquídeas salvajes que crecían allí. «El mundo es un lugar tan hermoso», pensaba.

Un día, la princesa Jazmín notó una rosa roja perfecta creciendo entre flores salvajes. Como no pertenecía al lugar donde estaba creciendo, la tomó y la colocó en su cama para poder admirar sus aterciopelados pétalos hasta dormirse.

La princesa Jazmín solía dormir profundamente, pero esa noche soñó que caminaba más allá de su bonito prado de

flores, por un camino que nunca había visto antes. Al final había una pequeña casita, donde una anciana lloraba angustiada.

La mañana siguiente, la princesa Jazmín partió a su pradera de flores y, cuando llegó allí, buscó el camino. Al principio, no encontraba rastro alguno del camino, pero luego vio



otra rosa roja, igual que la que había recogido el día anterior. Tomó esa rosa también, y al **arrancarla** del suelo, un camino se abrió ante sus propios ojos.

La princesa Jazmín caminó con cuidado por el sendero y descubrió que, justo como lo había soñado, ese camino llevaba a una pequeña cabaña. La puerta estaba abierta y oyó a alguien **llorando** en su interior. La princesa Jazmín entró de puntas de pie y encontró a la anciana, acongojada.

«¿Por qué lloras?», le preguntó la princesa.

«Estoy triste porque estoy muy sola», le respondió la mujer. Le explicó que amaba hacer crecer rosas rojas, pero estaba muy vieja para cuidarlas y todas habían muerto.

«¿Qué es el mundo sin belleza?», le preguntó la anciana a la princesa Jazmín.

«Tengo el prado de flores más hermoso al final del camino que me trajo aquí –le respondió la amable princesa a la anciana–. Puedes visitarme cada vez que quieras. Voy allí todos los días, así que no estarás sola nunca más».

Desde entonces, la anciana y la princesa Jazmín se encontraron todos los días y admiraron las flores salvajes del prado juntas.

Aunque la princesa Jazmín continuó buscándola, no volvió a encontrar una rosa especial allí.



Un agitado día de peces

Madison y Eze eran grandes amigos. Nadaban por todas partes juntos y amaban jugar con peces amigables.

«Demos un paseo en carro», dijo Eze un día. El agua estaba **calma** y cristalina, así que Madison accedió. Liam, el caballo de mar, los llevó sobre una caracola que hacía las veces de carruaje y los dos amigos pasearon por el lecho marino, seguidos por unos peces amistosos.

«¡Yupi!», chilló Eze.

«¡Más rápido!», exclamó Madison. Liam nadó tan rápido como pudo llevando a sus dos amigos tras él. Pero nadó tan rápido que los peces no pudieron seguirle el paso.

«¡Espéranos!», gritaron, pero Liam siguió corriendo.

Cuando Liam se detuvo, Eze y Madison se bajaron del carruaje para explorar. Pero después, el mar comenzó a ponerse turbio y el agua se agitó. Madison y Eze volvieron



Un agitado día de peces

a subir al carruaje y Liam partió hacia sus casas.

Pero, ¡oh, cielos! ¿Dónde estaban? Liam había estado nadando tan rápido que no recordaba de dónde habían venido, y ahora el agua estaba tan **turbia** que no sabía hacia dónde ir.

«¡Estamos perdidos! —exclamó Madison—. ¿Cómo volveremos a nuestras casas?».

«No se preocupen», dijo Eze, tratando de consolar a su amiga. Pero él también estaba preocupado.

Se encontraron con una **enorme** roca que Eze creyó reconocer, pero Madison no estaba tan segura.

«Es inútil —sollozó—. Estábamos yendo tan rápido que no recuerdo qué rocas pasamos por el camino».

En ese momento, unas pequeñas **burbujas** flotaron del agujero en la roca, y salieron sus pequeños amigos pececitos.

«¡Allí están! —dijo el pez rojo más pequeño—. No pudimos alcanzarlos así que nos quedamos a descansar en esta roca».

«¿Saben cómo regresar?» , preguntó Liam.

«¡Sí, síguenos!», exclamó, y nadaron hasta su hogar.

Cuando Eze y Madison llegaron a sus casas, agradecieron a los pececitos y le dieron a Liam un **gran** abrazo.

«La próxima vez que salgamos —dijo Liam—, prestaremos más atención a nuestro alrededor».

Eze y Madison estuvieron de acuerdo. ¡No les había gustado nada estar perdidos!



La cebolla gigante

Había una vez un anciano que amaba cultivar vegetales. El anciano plantó unas semillas de cebolla en su jardín.

Todos los días el anciano regaba sus semillas y las cebollas comenzaron a crecer. Pero una cebolla creció más que las otras. La cebolla se hizo más y más grande, ¡y aún más grande!

Todos los días la cebolla crecía más. En poco tiempo, era la cebolla más grande que hubiera visto jamás. El anciano estaba muy emocionado.

«Mira mi enorme cebolla –le dijo a su esposa–. ¡No puedo esperar a comerla!».

Un día el anciano dijo: «¡Hoy es el día! Es hora de sacar mi enorme cebolla». Entonces tiró lo más fuerte que pudo. Pero era imposible sacarla.

El anciano llamó a su esposa: «¿Puedes ayudarme a sacar mi enorme cebolla?». La anciana se puso detrás del anciano y tiró de él.



La cebolla gigante



Jalaron lo más fuerte que pudieron, pero la cebolla no se movía.

Entonces el anciano le dijo a un niño: «¿Puedes ayudarme a sacar mi enorme cebolla?».

El niño se puso detrás de la anciana y tiró de ella, mientras esta tiraba del anciano. Todos jalaron y jalaron, pero no pudieron sacar la enorme cebolla.

Decidido a seguir intentándolo, el anciano le dijo a una niña: «¿Puedes ayudarme a sacar mi enorme cebolla?». Y la niña tiró del niño, este de la anciana y esta del anciano.

Pero tampoco así hubo manera. Entonces el anciano les dijo a su burro y a su cabra: «¿Pueden ayudarme a sacar mi enorme cebolla?». Los dos animales tiraron de la niña, que tiró del niño, que tiró de la anciana, que tiró del anciano. Todos jalaron y jalaron y jalaron, y por fin la enorme cebolla salió haciendo ¡pop!

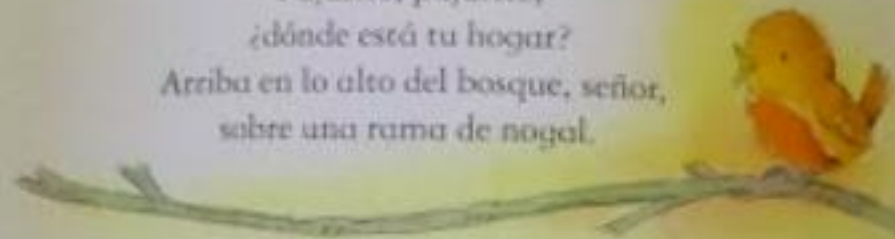
El anciano estaba muy feliz. «Miren mi enorme cebolla –decía–. Podremos comer Cebolla para cenar». Y así fue como la cabra, el burro, la niña, el niño, la anciana y el anciano cenaron cebolla aquella noche, ¡la cebolla más deliciosa del mundo!

Puedo ver más allá de las colinas

¿Puedo ver más allá de las colinas
y más allá, hacia el mar?
¿Puedo ver sobre el mar,
hacia donde más tierra pueda encontrar?

Pajarito

Pajarito, pajarito,
¿dónde está tu hogar?
Arriba en lo alto del bosque, señor,
sobre una rama de nogal.



El viejo granjero Mansilla

El viejo granjero Mansilla
caminó siete millas
con su fiel perro pastor.
Y su fiel perro pastor
cuando llegó a la escalerilla
corrió y la saltó sin temor.



Medias rojas

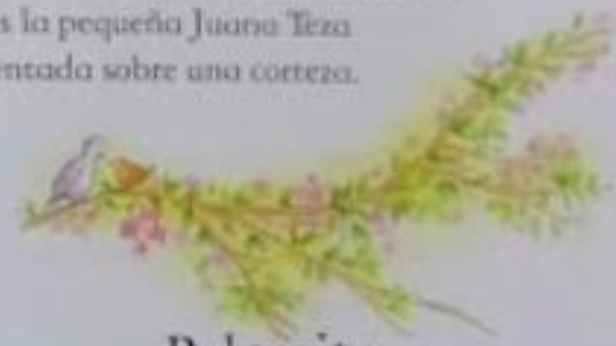
Medias rojas, medias azules,
zapatos lustrados con esmero,
una rosa roja en mi pecho
y un anillo de oro en mi dedo.



Quédate quieto

Mientras la pequeña Juana Teza
estaba sentada sobre una corteza,
movía su cola, asentía con la cabeza.
Ella movía su cola,
ella asentía con la cabeza.

Mientras la pequeña Juana Teza
estaba sentada sobre una corteza.



Palomita

Palomita, palomita, sentada sobre un árbol de higos,
se pregunta dónde estarán sus amigos.
«¿Los has visto, pequeño jilguero?»
«Los he visto volando por el mundo entero».

Cosas favoritas



He escrito una lista
de mis cosas favoritas;
arco iris, dulces, tortas
y unas alas muy bonitas.

Un largo viaje en tren,
si un amigo me visita,
chocolate y un helado,
¡la lista parece infinita!

Cada vez que pienso en una
la agrego a las demás,
es divertido seguir nombrando
las cosas que me gustan más.

Luego enrolló esa lista
y la guardo en un estante.
Mi lista de cosas favoritas
es más larga que la trompa de un elefante.

El cofre de mi abuelo

Un cofre de madera yace en el suelo
dentro de la recámara de mi abuelo.
¿Qué secretos ocultos guarda en su interior?
¡Quizá un tesoro pirata obtenido con valor!

Abuelo, ¿puedo ver qué hay dentro?
Él me miró con desconcierto.
Entonces al cofre se acercó
y la vieja cerradura SONÓ.

Abrí la tapa, muy ansioso,
para ver el tesoro precioso.
El tesoro de mi abuelo
me ha dejado sin consuelo.

No había diamantes ni joyas,
¡solo libros y viejas ropas!



El hallazgo de Serena

Un día, Serena la sirena estaba sentada en un roca, peinando su largo y oscuro cabello, cuando su amigo Sheldon, la tortuga, asomó su cabeza del agua.

«¿Vendrías a nadar conmigo Serena? –preguntó Sheldon–.

El agua está tan calma y cristalina hoy, habrá muchas cosas bonitas para ver». Entonces Serena resbaló desde la piedra y cayó al agua haciendo ¡splash!

Mientras nadaban, vieron hermosos corales y bellas algas marinas balanceándose con la corriente.

«Tienes razón, Sheldon –le dijo Serena alegremente–, hay muchas cosas bonitas para ver hoy».

Nadaron un poco más y se encontraron con la señora Pez Payaso. Se veía muy preocupada.

«He perdido a mis cuatro pequeños bebés –sollozó–. Por favor encuéntralos».

Serena y Sheldon nadaron en busca de los pececitos bebés. «No se preocupe –dijeron–. Los encontraremos muy pronto en esta hermosa agua cristalina». Al cabo de un rato, Serena y Sheldon vieron algo que brillaba mucho frente a ellos.

«¿Me pregunto qué podrá ser? –dijo Serena, nadando hacia allí–. ¡Es un tesoro!», le dijo a Sheldon, quien estaba



El hallazgo de Serena

nadando lo más rápido que podía para alcanzarla.

Sheldon y Serena gritaron asombrados al ver un montón de joyas que sobresalían de un antiguo cofre de madera. Había rubíes, perlas y muchas otras joyas coloridas. Los dos amigos tomaron parte del tesoro para admirarlo y se probaron las bonitas joyas.

Luego Serena escuchó un sonido muy extraño que provenía del cofre del tesoro. ¡Tap! ¡Tap! ¡Tap! Parecía salir del interior de un enorme medallón dotado. Algo nerviosa, Serena abrió el medallón... ¡Y cuatro pececitos bebés salieron nadando de él!

«¡Allí están! –exclamó Serena–. ¡Su madre ha estado muy preocupada por ustedes!». Los pececitos nadaron detrás de Sheldon y Serena.

La señora Pez Payaso se puso muy contenta de ver de nuevo a sus bebés.

«¡Tuvimos un hallazgo afortunado!», se rió Serena.

«Vengan aquí, mis pequeños tesoros», dijo la señora Pez Payaso abrazándolos con fuerza.



Duerme, bebé, duerme

Duerme, bebé, duerme y descuida,
que tu papá a la oveja cuida.
Tu mamá agita el árbol de ensueño
y de él caen para ti dulces sueños.
Duerme, bebé, duerme.
Duerme, bebé, duerme.
Nuestra casa en el valle es vasta
la ovejita en el verde, pasta
hasta que su suave pancita dice basta.
Duerme, bebé, duerme.



Arrorró, mi niño

Arrorró, mi niño, arrorró, mi sol,
arrorró, pedazo de mi corazón.
Este niño lindo que nació de día
quiere que lo lleven a andar en tranvía.



Luna creciente

Luna creciente, danos tu luz bella
en esta noche clara, cuajada de estrellas.
Aunque solo vea una parte de ti
sé que estarás la noche entera junto a mí.

Dama luna

Dama luna, si tus cuernos al Este están apuntando
brilla, tu tamaño está aumentando.
Dama luna, si tus cuernos al Oeste están apuntando,
decrece, quédate descansando.

Ding dong, hace la campana

Ding dong, hace la campana,
el gato está en el pozo desde la mañana.
¿Quién lo puso en ese lugar?
El pequeño Baltasar.
¿Y quién lo va a sacar de allí?
El pequeño Juan Fermín.
Qué travieso fue el niño
que arrojó al pobre gatito,
cuya única mala acción
había sido matar un ratón.



El hombre pastelito

¿Has visto al hombre pastelito,
al hombre pastelito, al hombre pastelito?
¿Has visto al hombre pastelito,
que vive en la calle Sausalito?
Sí, ¡he visto al hombre pastelito
que vive en la calle Sausalito!



Moliendo maíz

Temprano, en la mañana gris,
el molinero se levanta a moler maíz.
Las ruedas giran, el trabajo es genuino,
mientras él muele maíz en su molino.



El molinero del Colorado

Había un alegre molinero
que vivía en el río Colorado.
Trabajaba y cantaba de la mañana a la noche,
era risueño y muy despreocupado.
Y esta era siempre su canción:
«¡La lala larala lí!
No me preocupo por nadie, no señor.
Porque nadie se preocupa por mí».



La noche más larga

Había una vez una malvada bruja que hacía que el sol desapareciera. La gente de esas tierras se hizo pobre, ya que no había luz de sol para hacer crecer los cultivos. Nadie sabía si era de día o de noche, pero continuaban viviendo sus vidas lo mejor que podían.

Un día, un viajero pasaba por allí y decidió pernoctar en una posada.

«Solo me quedará una noche y seguiré mi camino por la mañana», le dijo al posadero.

Pero cuando el viajero despertó, vio que todavía era de noche. «Qué extraño –pensó para sí–. Me siento completamente despierto, pero afuera todavía está oscuro».

El viajero bajó las escaleras y se sorprendió al ver que todos estaban despiertos y levantados. El posadero le explicó al viajero todo acerca del hechizo de la malvada bruja.

«¡Pero eso es terrible!», exclamó el viajero.



La noche más larga

«¿Cómo pueden vivir sin la luz de sol?». El viajero decidió engañar a la bruja y pensó en un plan. Fue a la casa de la bruja y comenzó a cavar un hoyo. Cuando terminó el hoyo, cavó otro y luego otro. Poco después la bruja salió a ver qué estaba haciendo.

«¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó la bruja enfadada.

«Estoy cavando en busca de mi tesoro perdido –le respondió el astuto viajero–. Hace muchos años lo enterré aquí, y ahora no puedo encontrarlo porque está demasiado oscuro».

A la bruja le encantaban los tesoros. «¡Ja, ja!» –se rió para sí–. Le robaré el tesoro a este tonto cuando lo encuentre». Y revirtió el hechizo.

Al salir el sol por primera vez en muchos años, pequeños tallos verdes comenzaron a emerger a la superficie desde el suelo. Poco después, salió una perfecta flor dorada.

«¡Aquí está mi tesoro!», exclamó el viajero, señalándola. La bruja estaba furiosa, ¡había sido engañada! Esa tierra se volvió soleada otra vez y todos (excepto la bruja mala) fueron felices por siempre.



Gracias por ser mi amiga

Era una noche oscura y en la habitación nada se movía. Nada excepto un montón de brillante papel para envolver al borde de la cama. El papel **crujió, chasqueó y se agitó.**

Y entonces se asomó un caballo de juguete.

«¡Hola! –dijo el caballo–. Soy Cleo».

Pero no hubo respuesta, entonces Cleo trotó por la cama para ver con quién se podría encontrar.

«No puedo ser el único juguete en esta habitación –pensó–. Espero encontrar a alguien pronto. No me gusta la oscuridad».

Cleo miró a sus alrededores y vio algunas formas extrañas en la oscura habitación. Se sentía solo y asustado. «Tengo miedo» –tembló–. ¡Esas sombras parecen monstruos!». Cleo creyó ver un monstruo flaco... Un monstruo gordo... Un monstruo alto... ¡Y un monstruo sin cabeza!



Entonces Cleo descubrió un débil resplandor de luz y se acercó con sigilo hacia la puerta para ver de dónde venía. «Oh, solo es la luna», dijo Cleo. De pronto, una nube se deslizó frente a la luna y todo se volvió oscuro. Y luego algo en el piso de abajo hizo ¡Bong! ¡Bong! ¡Bong! Cleo casi se desmayó del susto. «Es un monstruo, ¡viene a atraparme!» –chilló–. ¡Ayuda!».

Cleo giró sobre sus pezuñas y galopó de regreso por el camino por el que había venido. Al apresurarse de regreso a la habitación, tropezó y cayó sobre algo que estaba en el suelo.

«¡Agh! –gruñó la Cosa adormilada–. ¿Quién... ¿Quién eres tú?».

«Soy C-Cleo –tartamudeó–. P-p-por favor, ¡no me comas!».

Entonces la luna salió otra vez y Cleo vio que la Cosa en realidad era una patita amarilla con mucha pelusa.





«Soy Daphne –sonrió la pata–. ¿Y por qué querría comerte?».

Cleo le contó a Daphne todo sobre los monstruos.

«No dejaré que ningún monstruo te atrape», dijo Daphne.

«¿Lo prometes?», preguntó Cleo con un gran bostezo.

«Lo prometo –dijo Daphne amablemente–. ¿Por qué no te acurrucas conmigo?».

«No me abandonarás, ¿o sí?», dijo Cleo.

«No. Estás a salvo ahora. Buenas noches», dijo Daphne.

Cleo no por ser mi amigo

«Buenas noches», dijo Cleo.

A la mañana siguiente, Cleo se despertó bajo el ala de Daphne. La fuerte luz del sol lo hizo pestañear.

«Buenos días, dormilón –gruñó Daphne–. ¿Ver a conocer a todos los monstruos que creste ver anoche?».

Cleo se volvió a ocultar bajo el ala de Daphne.

«No te preocupes –rió Daphne–. ¡No eran monstruos de verdad, solo era tu imaginación!».

Cleo vio que el monstruo flaco era... ¡una lámpara! El monstruo gordo era... ¡una pila de almohadones! El monstruo alto era... ¡un armario! El monstruo sin cabeza era... ¡una bata de baño! Y el monstruo más terrible, el que Cleo creyó que lo perseguía, resultó ser... ¡el reloj del abuelo! ¡Tic, toc, tic, toc!

«He sido muy tonto», sonrió Cleo.

«No, no es verdad –dijo Daphne–.

Las cosas se ven aterradoras en la oscuridad, cuando no puedes ver lo que realmente son».

«Ahora que te tengo como amiga, no creo que vuelva a tener miedo», dijo Cleo.

Y tenía razón. Después de ese día, nunca más tuvo miedo a la oscuridad.



El baile de la mariposa

Felicia era una modista cuyos trabajos eran tan hermosos que la misma Reina de las Hadas le encargó el vestido para el baile de la mariposa. Todos los años en el Reino de las Hadas, la reina hacía una fiesta en honor a sus amigas las mariposas.

«Quisiera un vestido muy especial este año –le dijo la Reina a Felicia–. Tiene que ser totalmente diferente a todo lo conocido».



Felicia hizo su mayor esfuerzo para diseñar algo especial, pero aunque sus ideas eran bonitas, no se le ocurrió nada realmente nuevo. Ya era el día del baile, y Felicia estaba muy preocupada.

Mientras Felicia se preocupaba pensando qué hacer, oyó una vocecita llorar y vio una pequeña mariposa atorada en una telaraña. Felicia la liberó con mucho cuidado.

«Oh, gracias –dijo la mariposa–. Creí que estaría atorada para siempre y no quería perderme el baile de la mariposa esta noche». Cuando la pequeña mariposa mencionó el baile, notó que Felicia comenzó a ponerse triste.

«¿Cuál es el problema?», le preguntó la mariposa.

«Se supone que debo hacerle un vestido muy bonito a la Reina de las Hadas –explicó Felicia–, pero aún no se me ha ocurrido ninguna idea, y se me está acabando el tiempo».

El baile de la mariposa

«Las mariposas pensamos que las flores son las cosas más bonitas –dijo la mariposa–. Si quisiera verme súper especial, me vestiría como una flor».

Eso le dio a Felicia una idea maravillosa.

«Sé qué hacer para la Reina –le dijo a la mariposa–, pero necesito que me ayudes a juntar tantos pétalos de flores como puedas encontrar».

La mariposa aceptó alegremente. «Mis amigos también ayudarán», dijo, mientras salía revoloteando.



Poco después, la pequeña mariposa regresó con todos sus amigos, y continuaron trayéndole pétalos a Felicia hasta que terminó el vestido.

Esa noche, la Reina de las Hadas se veía muy especial. Lucía un hermoso vestido hecho de los más suaves y aromáticos pétalos de flores. Sin duda, la Reina se veía más hermosa que nunca.

«¡Gracias, Felicia! –exclamó la Reina de las Hadas–. Este es ciertamente un vestido muy especial».



Ricitos de Oro, Ricitos de Oro



Ricitos de Oro, Ricitos de Oro,
¿te casarás conmigo?

No lavarás platos,
ni alimentarás al cochino.
Te sentarás sobre almohadones,
coserás y leerás poemas,
comerás ricas fresas rojas,
con azúcar y suave crema.

Juana Boba Zúñiga

Juana Boba Zúñiga
perdió una liga
un día que llovía sin parar.
El molinero la encontró,
y buscó a Boba
hasta que se la pudo regresar.

Ana María

Ana María se sentó sobre el fuego.
Como el fuego estaba caliente, se sentó sobre el puente.
Como el puente se movía, se sentó sobre una vía.
Como la vía era peligrosa, se sentó sobre una mariposa.
Y la mariposa voló con María sobre sus alas vaporosas.

Señor Punchinello

¡Oh, madre, me casaré con el señor Punchinello!

Con el señor Punch,
con el señor Joe,
con el señor Nell,
con el señor Lo.
Señor Punch, señor Joe,
señor Nell, señor Lo,
con el señor Punchinello.

Soy una bonita holandésita

Soy una bonita holandésita,
tan linda como un jazmín.
Y todos los chicos del barrio
¡sé que están locos por mí!

La niña bonita con sombrero

Una niña bonita con sombrero
encontré en la calle el otro día.
Me golpeó con tal impacto
que mi corazón dio un salto,
¡y pensé que me desmayaría!





Campos de oro

Cuando el verano termina
y el sol pierde su calor,
el trigo maduro se muestra
en los campos a mi alrededor.

Es una alfombra dorada
que oscila mientras se queda,
esperando que el granjero
la coseche en su tierra.

Cuando los granos se juntan
y las pajas en el suelo se han dejado,
armamos fardos y los apilamos
en grandes montones dorados.

Dormilones

¿Adónde van, dormilones,
cuando se duermen en un segundo?
*Vagamos en una conchilla de plata
dentro de nuestro sueño profundo.*

¿Y qué sueñan, dormilones,
en su hermosa conchilla de plata?
*Soñamos con verdes praderas
y un pozo que desea acata.*

¿Y qué esperan, dormilones,
cuando piden sus deseos?
*Deseamos ver una sirena
y peces que vuelen por el cielo.*





Humpty Dumpty

Humpty Dumpty
sobre el muro se sentó,
Humpty Dumpty
desde allí cayó.
Ni todos los caballos del reino,
ni los soldados de ese rey cortés,
¡pudieron unir a Humpty Dumpty otra vez!



Estrellita

Estrellita, ¿cómo estás?
Me pregunto qué serás
en el cielo al brillar.
Un diamante sin igual.

Estrellita, si te vas
di que no me olvidarás.
Estrellita, con tu luz
me pregunto ¿qué eres tú?

Cuando el sol se va a apagar
tu destello va a brillar.
Estrellita, ¿cómo estás?
Me pregunto qué serás.

En el cielo resplandeces
y con la noche el brillo crece.
Cuando el sol vuelve a salir
tú recién vas a dormir.



La princesa y el guisante

Había una vez un príncipe solitario.

«Deberías encontrar a una princesa para casarte», le decía su madre, la reina. Pero el príncipe no quería casarse con cualquiera.

«Solo me casaré con una verdadera princesa», dijo.

El príncipe había conocido muchas chicas hermosas. Usaban coronas de oro y joyas bonitas, pero no eran princesas de verdad.

Esa noche, en medio de una tormenta, alguien llamó a la puerta. El príncipe abrió la puerta y se encontró con una joven.

«Soy una princesa», le dijo.

Al príncipe le gustaba la joven, pero quería asegurarse de que fuese una verdadera princesa.

«Descubriré si es una verdadera princesa o no», dijo la reina. La reina buscó un guisante duro y seco, y luego hizo una cama para la princesa que tenía veinte colchones y veinte edredones de alto.

«Esto es tu cama», le dijo la reina a la princesa. La princesa nunca había visto una cama tan alta, pero se subió a ella.

«Buenas noches», dijo la princesa. Trató de acomodarse



La princesa y el guisante

y dormir, pero se sentía muy incómoda y se quedó despierta toda la noche.

«¿Dormiste bien?», le preguntó la reina a la mañana siguiente.

«No, estuve despierta toda la noche —dijo la princesa—. Había algo duro en la cama».

«Solo una princesa de verdad podría sentir un guisante bajo todos esos colchones», dijo la reina.

El príncipe y la verdadera princesa se casaron y vivieron felices por siempre.



Los nuevos amigos de Benji

Benji el oso estaba sentado en la punta de la cama, sintiéndose algo solo. Era nuevo allí y no había visto a nadie más en el dormitorio.

Observó la luz de la luna entrar por el angosto espacio entre las cortinas y caer sobre la cama.

«Desearía tener a alguien con quien jugar», susurró.

«¿Acaso he oído a alguien que dijo que quería jugar?», preguntó una voz. La tapa de la caja de juguetes se abrió, y salió un caballo con manchas y largas patas colgantes.

«Hola, soy Cleo... ¡Y me encanta jugar!».

¡Boing! ¡Boing!

Cleo saltó a la cama y comenzó a rebotar hacia arriba y abajo.

«¿De dónde vienes?», le preguntó.

«De una fiesta de cumpleaños –respondió Benji–. Fui un regalo».

«¿Alguien mencionó una fiesta?». Un mono amistoso asomó su cabeza desde la cortina. «¿Por qué no nos invitaron a Rosie y a mí?».

Un conejo con las orejas caídas apareció junto a él.

«¡Max y yo amamos las fiestas! –le dijo Rosie el conejo a Benji–. Y también Humph».

«¿Quién es Humph?», preguntó Benji.



Los nuevos amigos de Benji

Se oyó un fuerte bostezo desde el interior de una caja. Luego un hipopótamo de un azul vibrante levantó su cabeza.

«¡Soy yo! Una fiesta... –dijo pensativo–. Eso significa comida. ¡Tengo hambre! ¿Queda algo para comer?», continuó pensativo.

«Creo que todavía hay torta en la cocina –respondió Benji–, ¿pero crees que deberíamos...?».

¡Pero Humph ya había salido por la puerta!

«¡Oh! –dijo Benji, mirando a los otros juguetes–. ¿Deberíamos ir a buscarlo?».

Benji estaba rebotando escaleras abajo tras Humph cuando Cleo pasó rápidamente a su lado.



«¡Esto es divertido!», relinchó.

«¡Espérame!», exclamó Benji.

En la cocina, Humph estaba a punto de darle un **mordisco** a las sobras de un pastelito que tenía una vela. La mitad de la vela ya estaba en la boca de Humph.

Benji apareció justo a tiempo.

«Disculpa —explicó—, pero ese trozo no se come».

«Gracias, Benji. Eres listo. Desearía saber cosas como esta», gruñó Humph.

Antes de que Benji pudiera explicar más acerca de la vela, oyó a Rosie gritar muy fuerte. Benji volvió corriendo al dormitorio, donde encontró a Rosie ocultándose bajo la cama. Había visto a un gran **búho** volar por la ventana y le había dado un gran susto.

«No te preocupes», dijo Benji, y luego explicó a todos que los búhos nunca entraban a las casas de las personas y que estaban todos a salvo.

«Benji, ¿estarás siempre con nosotros para cuidarnos?», le preguntó Cleo. Benji mostró una sonrisita. Era lindo sentirse querido.

«Por supuesto», respondió.

Humph estaba cansado por su **aventura**. «¿Cómo voy a dormir con tanta hambre?», suspiró, acomodándose otra vez en la cama.



Cleo y Rosie rieron. Bailaron sobre la cama. Max se les unió. «¿Por qué no jugamos todos juntos en el patio mañana?», sugirió Rosie.

«¿Cómo es un patio?», preguntó Benji.

«Te lo mostraré», dijo Cleo, y ayudó a **Benji** a mirar por la ventana.

«¡Wow! —dijo—. Se ve muy emocionante. ¿Vas a jugar en el jardín, Humph?».

«¡Humph! —dijo Humph dormitando—. El camino hasta el jardín es muy largo. Tal vez solo tome una siesta».

Benji le sonrió a su nuevo y **dormilón amigo**.

Cleo saltó a la cama y comenzó a rebotar. Benji miró hacia la luna. Sentía que no volvería a estar solo.

«Desearía que mañana fuese tan divertido como hoy», suspiró.

Entonces Benji volteó hacia sus nuevos amigos, dio un gran salto y comenzó a rebotar en la cama.

«¡Por los amigos!», rió alegremente.



Pájaros sobre la roca

Había dos pájaros sentados sobre una roca.

Fa, la, la, la, lal, de.

Uno voló y el otro quedó.

Fa, la, la, la, lal, de.

El otro partió, y sobre la roca ninguno permaneció.

Fa, la, la, la, lal, de.

Y la pobre roca muy sola quedó.

Fa, la, la, la, lal, de.



Había una vez un cuervo

Había una vez un cuervo
sentado sobre un terrón.

Había un final en mi canción,
¡qué confusión!

Bajo juramento

Cuando iba camino a Melandor
vi un cerdo sin peluca.
Te lo juro por mi honor.



Cielo rojo

*Cielo rojo muy tarde, el pastor hace alarde.
Cielo rojo temprano, el pastor vigila en vano.*

Roberto Glotón

Juan Casambre
tenía hambre.

Pedro Collo
fue a comprar pollo.

Martín Casal
le puso sal.

José Hermida
cocinó la comida.

María Teresa
puso la mesa.

¡Y Roberto Glotón
se comió un montón!



El avestruz

Aquí está el avestruz, alto y elegante,
moviendo su cabeza, siempre adelante.

Aquí está la araña, correteando,
siempre tan ligera por hilos trepando.

Aquí están los pájaros de alto vuelo,
abriendo sus alas, surcando el cielo.

Aquí están los niños que pronto se duermen
y en la noche oscura los búhos se sienten:

«tuit tu-uuu, tuit tu-uuu»



Chicken Licken

Un día, Chicken Licken estaba en el bosque cuando se oyó un ¡BOING! Una bellota cayó sobre su cabeza.

«¡Por mis plumas! –dijo Chicken Licken–. El cielo se está cayendo. Debo decírselo al rey». Y salió corriendo.

En su camino, Chicken Licken se encontró con Cocky Locky, que iba camino al bosque.

«¡Oh, no vayas! –cacareó Chicken Licken–. ¡Estuve ahí hace un momento y el cielo cayó sobre mi cabeza! Iré a contarle al rey de inmediato, puedes venir conmigo». Y ambos se apresuraron.

Poco después se encontraron con Ducky Lucky, que se dirigía a nadar en la laguna.

«¡Oh, detente, Ducky Lucky! –graznó Chicken Licken–. ¡El cielo está cayendo en el bosque! Estamos yendo a contarle al rey, puedes venir con nosotros».

Acababan de partir otra vez, cuando Ducky Lucky vio a Goosey Loosey.

«Oh, Goosey Loosey –graznó–, el cielo en el bosque se está cayendo. ¡Debemos contarle al rey de inmediato! Puedes venir con nosotros».

Entonces los cuatro pájaros siguieron caminando, hasta encontrarse con Foxy Loxy.



«¡Buen día para todos! –dijo el astuto zorro–. ¿Adónde van en este bello día?».

«Vamos a ver al rey –anunció Chicken Licken–. El cielo cayó sobre mi cabeza en el bosque. Debemos contarle de inmediato».

Foxy Loxy sonrió con malicia. «Puedo mostrarles un atajo», les dijo mientras los guiaba.

Entonces las cuatro aves siguieron a Foxy Loxy hasta llegar a un angosto y oscuro agujero en la ladera.

«¡Por aquí!», dijo el malicioso Foxy Loxy. Y guió a Cocky Locky, Ducky Lucky y a Goosey Loosey a su guarida. Chicken Licken estaba a punto de seguirlos cuando... De pronto, Goosey Loosey emitió un fuerte «¡Honk!».

Luego Ducky Lucky gritó un estridente «¡Cuac!» y Cocky Locky chilló «¡Cocorocó!».

«Foxy Loxy se ha comido a Goosey Loosey, Ducky Lucky y Cocky Locky –exclamó Chicken Licken–. ¡Debo escapar!».

Chicken Licken hizo el camino de regreso a su casa corriendo sin parar. Y nunca le dijo al rey que el cielo se estaba cayendo.

El gran barco navega

El gran barco navega por el Gran Canal,
el Gran Canal, el Gran Canal.
Oh, el gran barco navega por el Gran Canal,
el último día de septiembre.

El Capitán dijo que nunca lo haríamos,
que nunca lo haríamos, que nunca lo haríamos.
El Capitán dijo que nunca lo haríamos,
el último día de septiembre.

El gran barco se hundió en el fondo del mar,
el fondo del mar, el fondo del mar.
El gran barco se hundió en el fondo del mar,
el último día de septiembre.

Todos sumergimos nuestras cabezas en el azul mar,
el azul mar, el azul mar,
el último día de septiembre.



Vamos a rodear



Vamos a rodear el árbol de moras,
el árbol de moras, el árbol de moras.
Vamos a rodear el árbol de moras
en una mañana fría.

De este modo lavamos la ropa,
lavamos la ropa, lavamos la ropa.
De este modo lavamos la ropa
en una mañana fría.

De este modo planchamos la ropa,
planchamos la ropa, planchamos la ropa.
De este modo planchamos la ropa
en una mañana fría.



La cabeza en las nubes

¿Cuán alto puedo ir? ¿Alguien lo sabe?
Quizá hasta la copa de los árboles llegue.
Y si lo hago, yo me pregunto,
¿qué veré cuando tan libre vuele?

Una jirafa tiene un largo cuello,
puede estirarlo casi hasta el cielo.
Desde arriba todo se ha de ver muy bello,
y me pregunto, ¿por qué yo no puedo?

Aquí, desde mi hamaca, veo alrededor
el vecindario entero.
Pero, de repente, justo en lo mejor,
¡empiezo a bajar de nuevo!



La pequeña Bonnie

La pequeña Bonnie está en la pradera,
disfrutando del aroma de las flores.
Ella recoge algunas, las que más le gustan,
y arma un hermoso ramo de colores.

Sus ojos brillan, bajo la luz suave
mientras el sol comienza a salir.
Bonnie observará bajo el rayo de luz
cómo las corolas comienzan a abrir.

Pequeña Bonnie, por donde camines,
tendrás una alfombra suave a tus pies.
Hecha de flores de las praderas
que se van abriendo cuando las ves.



Uno, dos

Uno, dos, me pongo los zapatos
y digo adiós.

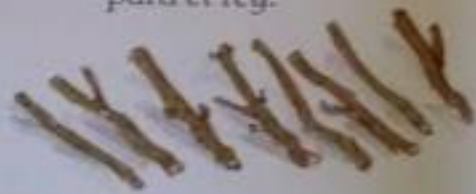


Tres, cuatro, en la puerta está Paco.



Cinco, seis, junto varas
para el rey.

Siete, ocho, en hilera las pongo.



Nueve, diez, la gallina del juez.

Uno, dos



Once, doce; mientras cava, tose.

Trece, catorce; que el día usted goce.



Quince, dieciséis, haz la cena
para el rey.

Diecisiete, dieciocho; preparamos
un bizcocho.



Diecinueve, veinte; ¡tráiganlo
y que esté caliente!

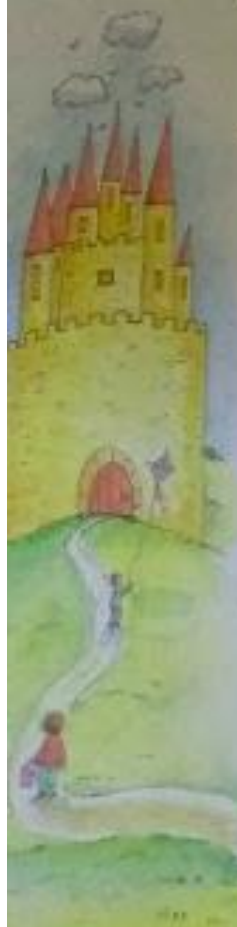
Nuestro hogar es un castillo

Algunas personas viven en casas,
sin tener que subir escaleras.
Y otras viven en las nubes blancas,
¡ojalá yo también pudiera!

Un hombre que conozco vive en un bote,
por donde quiso ha viajado.
Puedes construir una casa con hielo
si a tu alrededor todo está congelado.

Pero nadie más tiene una casa
como la nuestra, ¡es maravillosa!
¡Vivimos en un castillo
con altas torres hermosas!

Podemos comer deliciosos platos
en nuestra sala de festines.
Y cuando queremos dar una fiesta
nuestros músicos tocan sus violines.



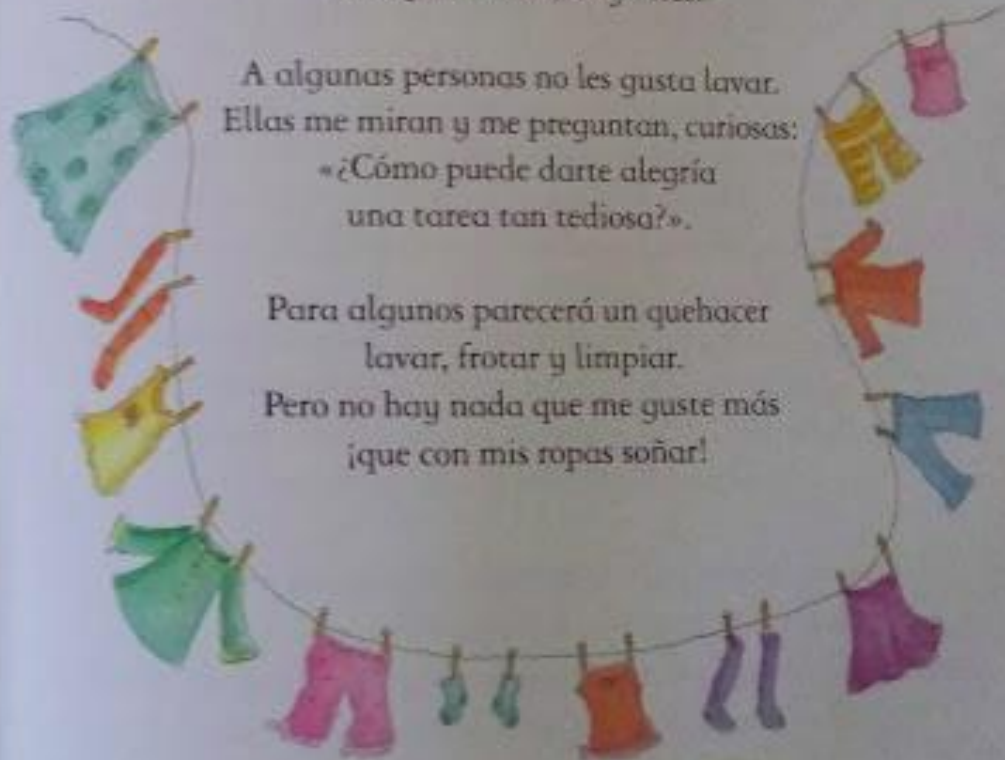
La soga de la ropa

Mis ropas cuelgan de la soga,
tan libres y coloridas,
que parecen banderines de fiesta
¡tan bellas y llamativas!

Rojos, azules, verdes y amarillos,
los colores son tan brillantes
que podrían ser aves del paraíso,
listas para volar, elegantes.

A algunas personas no les gusta lavar.
Ellas me miran y me preguntan, curiosas:
«¿Cómo puede darte alegría
una tarea tan tediosa?».

Para algunos parecerá un quehacer
lavar, frotar y limpiar.
Pero no hay nada que me guste más
¡que con mis ropas soñar!





Visitar a una amiga

Me voy a visitar a mi mejor amiga, Blanca.
Ella vive por la pradera, en un sitio que me encanta.
No tiene techo, puertas ni muros,
de hecho ni siquiera tiene un piso duro.

En el camino junto flores bonitas que encuentro
para darle a Blanca cuando sea el momento.
En la hora del té, ella no come tortas ni huevos,
porque prefiere las flores que yo le llevo.

Vive al aire libre, bajo el cielo azul.
Tiene cuatro patas y cola, no es como tú.
Blanca no es humana, en la escuela no la verás.
Y está bien que así sea: ¡los ponis *no* van jamás!



¡A bostezar!

La más rara y divertida sensación me está invadiendo.
Me dan ganas de estirarme, ¿qué me estará sucediendo?
Se esparce por todo el cuerpo, no lo puedo contener.
Mis brazos se alargan hacia arriba y mi boca se abre sin querer.

Yawn... ¡oh, mi Dios! **Yawn...** Oh, ¡qué cosa extraña!
Mi boca se abre como una cueva en la montaña.
Yawn... ¡no puedo detenerlo! **Yawn...** ¡hace así!
Y si trato de cerrar la boca, ¡sale por la nariz!

Yawn... ¡no termina! **Yawn...** ¡oh, no puedo parar!
Hago un ruido tan extraño como un barco en altamar.
Yawn... ¡creo que es contagioso! **Yawn...** ahora te toca a ti.
¿Se puede parar un bostezo? ¡Espero que tú me lo puedas decir!

La gata marrón

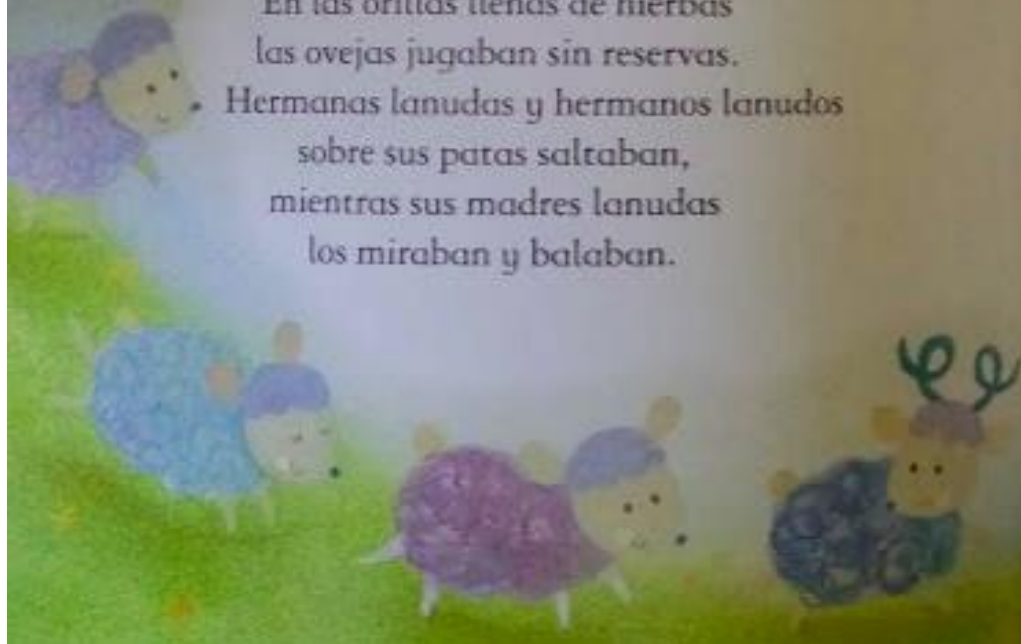
La gata marrón saltó sobre el carbón
y su mejor enagua la pobre quemó.
La gata lloraba, pues leche no tendría
hasta que su mejor enagua con seda fuera zurcida.

Cordero juguetón

Un cordero juguetón y un niño juguetón,
jugaban divertidos en una pradera:
el cielo estaba azul, no había un nubarrón
y el sol brillaba sobre la tierra entera.

En las orillas

En las orillas llenas de hierbas
las ovejas jugaban sin reservas.
Hermanas lanudas y hermanos lanudos
sobre sus patas saltaban,
mientras sus madres lanudas
los miraban y balaban.



La gata junto al fuego

La gata estaba sentada junto al fuego.
¿Cómo llegó ahí?
Entró el perrito y le dijo:
«Gata, ¿estás ahí?»
¿Cómo estás, señorita gata?
Señorita gata, ¿cómo estás tú?»
«Gracias, amable perrito,
¡estoy tan bien como tú!».



Tiggy Tocomadera

Tiggy Tocomadera, mi linda gallina,
pone un huevo por día.
Tiggy Tocomadera, mi gallina negra,
¡nunca dejaría que ella se fuera!

Señora Gallina

¡Co-co-cocoro-co!
Buenos días, señora Gallina,
¿cuántos pollitos tiene usted?
Señora, tengo diez.
Cuatro son amarillos,
cuatro son marrones,
y dos de ellos son rojos jaspeados,
los más bonitos de estas regiones.



Que Dios te bendiga

Que Dios te bendiga, abeja voladora.
Dime cuándo será mi boda.
Si será el día de mañana
mueve tus alas y vuela con ganas.
Vuela hacia el Este, vuela hacia el Oeste,
vuela hacia el que me ame
cueste lo que cueste.



Una rata

Había una rata
sobre los escalones.
Bajaba por una sogá
para decir sus oraciones.

Ordeñando

Vaca bonita, tu leche te pido,
yo te daré un fardo de trigo,
un traje de seda y un colchón de alelí,
si dejas que tu leche salga para mí.

Puntualidad

Llega siempre a tiempo
y evitarás un lamento.

Los soldados del parlamento

Talán, talán, ¿has oído las campanas sonar?
Los soldados del parlamento al rey fueron a visitar.
Algunos reían, otros lloraban,
al ver a los soldados del parlamento que por allí pasaban.



Cabalgando

Cabalgando, cabalgando, Juan partirá.
Un gatito a su lado él llevará.
También tendrá un cachorro en un morral de suela
y Juan cabalgará para ver a su abuela.

Los zapatos de la suerte

Hoy era un día especial. Sofía y Gemma estaban a punto de dar su primer espectáculo de ballet. Todos sus amigos y familiares estarían entre el público mirándolas bailar.

«Espero que no cometamos ningún error», dijo Sofía, que estaba muy nerviosa.

«Me pondré mis zapatos de ballet de la suerte —dijo Gemma—, ¡aún no me han decepcionado!».

Las dos amigas fueron caminando al concierto juntas.

Saltaron alegremente por el parque, girando y brincando por el camino. Era un día caluroso, y como tenían bastante tiempo, se detuvieron por un momento a recuperar el aliento y tomar algo de agua.

«Fiú, tengo mucho calor —dijo Gemma—. Me quitaré mis zapatos un momento».

Como estaban sentadas descansando y platicando, las dos niñas no notaron al pequeño cachorrito que se les acercó sigilosamente y se fue corriendo con los zapatos de la **suerte** de Gemma. Cuando Sofía y Gemma se levantaron para irse, esta última no podía encontrar sus zapatos por ningún lado.



Los zapatos de la suerte

«¡Mis zapatos de la suerte! —gritó—. ¿Dónde están?».

Sofía y Gema buscaron bajo los arbustos y bajo los árboles, pero no había rastro de los zapatos de la suerte de Gemma.

Mientras tanto, otra pequeña bailarina estaba caminando por el parque hacia el concurso de ballet. Vio los zapatos de la suerte de Gemma en el camino, donde el perrito los había dejado, y los tomó.

«¡Oh! Qué adorables zapatos. Se le habrán caído a alguien», pensó. Y preguntándose si le podrían entrar, se quitó sus zapatos para probárselos.

Pero la cabeza de la pequeña bailarina estaba tan llena de sueños acerca de bailar con zapatos adorables, que no notó al cachorrito saliendo de entre los arbustos y escapando no solo con sus zapatos, ¡sino también con las zapatillas de la suerte de Gemma! La pequeña bailarina estaba sentada en el camino, perpleja, cuando Sofía corrió hasta ella.

«Oh, hola —le dijo—. ¿Has visto un hermoso par de zapatillas de ballet en alguna parte? Le pertenecen a mi amiga Gemma y son sus zapatos de la suerte. ¡Acaban de desaparecer!».



«Sí –respondió la pequeña bailarina–. Estaban justo aquí, pero ahora se han ido. ¡Mis propios zapatos también han desaparecido!».

«¡Qué extraño!», dijo Sofía, rascándose la cabeza.

Mientras Sofía y Gemma seguían buscando los zapatos de la suerte, el pícaro cachorrillo brincaba por el parque. Al cabo de un rato, halló una fuente y fue a beber, dejando los zapatos especiales de Gemma en el suelo. Poco después, una niña pasó por allí y encontró los delicados zapatos de ballet.

«¡Qué bonitos!» exclamó la niñita al ponérselos y bailar alrededor de la fuente. Se sentía tan afortunada de haber encontrado unos zapatos tan lindos, que decidió ir corriendo a mostrárselos a su madre. Pero en ese momento, Sofía y la amiga de Gemma, Jéssica, pasaron por allí, también de camino a la competencia. Vieron a la niñita bailando y reconocieron los zapatos de Gemma en un instante.

«Discúlpame –le dijo a la niñita–, pero, ¿son esos tus zapatos? Son iguales a los de mi amiga Gemma».

«No –respondió la niña–, no son míos. Los he encontrado en el suelo». La niñita se quitó los zapatos y se los dio a Jéssica.

«Son encantadores –dijo–. Espero que a tu amiga no le moleste que me los haya probado».



«Estoy segura de que estará tan contenta de haberlos recuperado que no le importará en absoluto –dijo Jéssica–. Estaba a punto de ir a verla bailar en el concurso. Tal vez tú también quieras acompañarnos a verla bailar».

«Oh, sí», respondió la niña, y fue corriendo a preguntarle a su madre. Las dos niñas salieron hacia el concurso juntas, y en el camino se encontraron con Sofía y Gemma. Habían encontrado los zapatos de la otra bailarina, pero todavía estaban buscando los zapatos de la suerte de Gemma.

«¡Mis zapatos de la suerte!» –gritó Gemma al ver lo que Jéssica tenía en sus manos–. ¡Los has encontrado!».

Todas apresuraron el paso hacia el salón del concurso y llegaron justo a tiempo para que Sofía y Gemma se prepararan para su acto. Gema y Sofía bailaron hermosamente, sin cometer ni un solo error.

Cuando Gemma y Sofía hicieron la reverencia final, el sonido de aplausos entusiastas sonaba en sus oídos.

«Tus zapatos sí son de la suerte –sonrió Sofía–. Bailaron por todo el parque esta mañana, ¡pero encontraron la forma de volver a ti!».

«Sí –respondió Gemma–. Siempre supe que estos zapatos eran muy especiales. ¡Nunca los perderé de vista otra vez!».



Los tres cabritos

Había una vez tres cabritos: un pequeño cabrito con pequeños cuernos, un cabrito mediano con cuernos medianos y un cabrito grande con enormes cuernos. Los tres cabritos vivían en un campo y comían pasto todo el día. Un río corría por el campo y sobre él se erguía un puente. Bajo el puente vivía un grande, malo y feo troll.



Un día, el pequeño cabrito miró el campo que había al otro lado del puente. El pasto se veía alto y jugoso. Quería comer ese pasto. Entonces el cabrito pequeño fue hacia el puente haciendo **trip trap, trip trap**. Pero el troll malo saltó frente a él.

«¡Voy a comerte!», le dijo.

«¡No, no puedes comerme! –dijo el pequeño cabrito–. Solo soy un pequeño cabrito. Espera al cabrito mediano y cómetelo. Él será mucho más sabroso».

Entonces, el troll malo le hizo caso. Luego, el cabrito mediano vio el campo que había al otro lado del puente. El pasto se veía alto y jugoso. Quería comer ese pasto.

Así que el cabrito mediano fue hacia el puente haciendo **clip clop, clip clop**. Pero el troll malo saltó frente a él.

«¡Voy a comerte!», le dijo.

«¡No, no puedes comerme! –dijo el cabrito mediano–. Solo soy una cabra mediana. Espera al cabrito grande y cómetelo». Entonces el troll malo le hizo caso.

Luego, el cabrito grande vio el campo que había al otro lado del puente. El pasto se veía alto y jugoso. Quería comer ese pasto.

Entonces el cabrito grande fue hacia el puente haciendo **tump, tump, tump, tump**. Pero el troll malo saltó frente a él.

«¡Voy a comerte!», le dijo.

«No, no puedes comerme –le dijo la cabra grande–. Soy una cabra grande y tengo cuernos grandes. Te lanzaré por los aires con mis grandes cuernos».

Agachó la cabeza y corrió hacia el troll malo. Lo lanzó muy alto por los aires. Luego el troll cayó al río. ¡Y ese fue su fin!





Manos y pies

Estas son mis manos y estos son mis dedos.
Esta es mi cabeza, ¿ves cómo la muevo?
Estas son mis orejas, una a cada lado.
Estos son mis ojos abiertos o cerrados.

Esta es mi boca y estos son mis dientes.
Estas son mis rodillas y estos mis pies, calientes.
Puedo fruncir mi nariz y mis brazos agitar.
Puedo estirar mis brazos y mis dos pies tocar.

Puedo aplaudir con mis manos y después...
¡volver a hacer todo otra vez!



Mi perro Azul

Mi perro Azul es suave y lindo.
Me gusta mucho darle cariño.
Sus orejas caen y su mirada es sincera,
su cola se agita como si dijera:

¡Mímome!

Mi perro Azul es mi mejor amigo.
Así que no preguntes, te lo pido,
si te daré a mi perro, pues no lo haré.
A donde vaya, yo lo llevaré...

¡... y le haré mimos!

Cuando es hora de ir a la cama
y mi cabeza descansa en la almohada,
me encanta estar con Azul ese rato.
Seguro que ya sabes qué es
lo que hago...

¡... lo mimo!

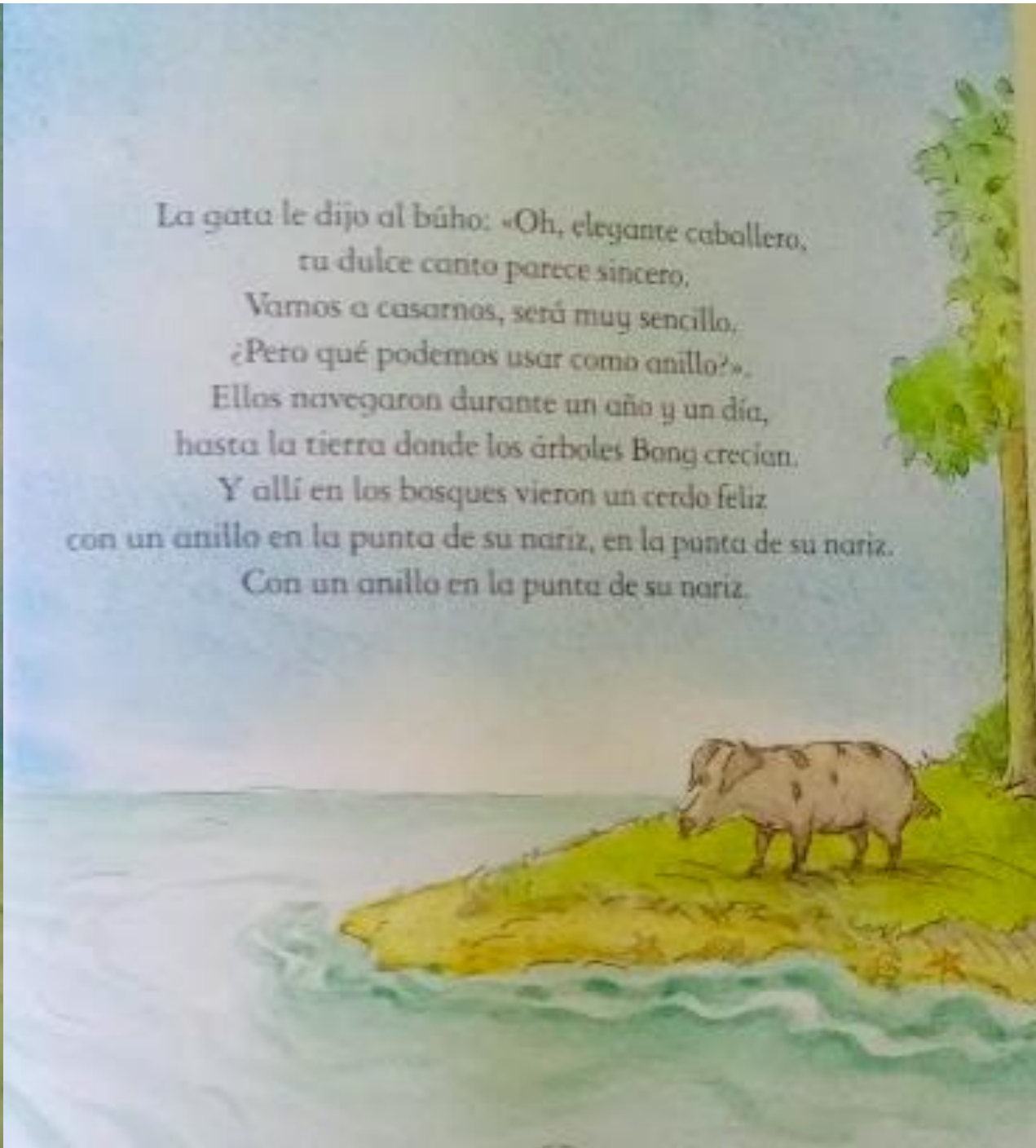


El búho y la gata

El búho y la gata fueron al mar
en un bote verde hermoso.
Tomaron miel y mucho dinero
y remaron muy ansiosos.
El búho miró las estrellas arriba
y cantó, tocando su guitarra:
«Oh, adorada gata, oh, gato, ¡mi vida!
Qué hermosa eres, qué bellas garras,
¡Qué bellas garras tienes!».



La gata le dijo al búho: «Oh, elegante caballero,
tu dulce canto parece sincero,
Vamos a casarnos, será muy sencillo,
¿Pero qué podemos usar como anillo?».
Ellos navegaron durante un año y un día,
hasta la tierra donde los árboles Bong crecían.
Y allí en los bosques vieron un cerdo feliz
con un anillo en la punta de su nariz, en la punta de su nariz.
Con un anillo en la punta de su nariz.



Jack Escarcha

Las estrellas salen, la noche está clara,
hace un frío helado, ¡llegó Jack Escarcha!
Si con su dedo un árbol señala,
lo congela rápido como una bala.

Mañana, cuando despiertes, verás
las cosas que Jack Escarcha dejó detrás.
Un estanque helado, una calle nevada
y estampados en el alféizar de la ventana.

Él ha vuelto blancos los pastos verdes,
los cristales de hielo brillan y se pierden.
Este frío escenario de nieve y granizo,
tú nunca lo dudes:
¡Jack Escarcha lo hizo!

La joven de los gansos

Una princesa, que iba a casarse con un príncipe, partió hacia su boda acompañada por su sirvienta. Llevó consigo hermosos regalos para su esposo y vistió ropas bonitas para la boda.

La sirvienta, en cambio, era una joven malvada. Hizo que la princesa intercambiara su ropa por la de ella y le diera todos sus tesoros.

Cuando llegaron al palacio, el príncipe confundió a la sirvienta con su novia y a la princesa con la sirvienta.

«Pon a mi sirvienta a trabajar con los gansos», dijo la malvada impostora.

Pero el viejo rey no pudo evitar ver lo hermoso que la nueva joven de los gansos era, y le preguntó de dónde venía. La pobre joven no le contó nada al rey, porque había prometido guardar el secreto.

«Si no puedes contármelo, cuéntaselo a la estufa», dijo el sabio rey. Luego salió de la habitación y se ocultó tras la tubería de la estufa para poder oírlo. La verdadera princesa sollozó al contarle quién era realmente. El viejo rey lo oyó todo.

La malvada sirvienta fue desterrada y la verdadera princesa se casó con su príncipe, con quien vivieron felices por siempre.





A la cama en verano

En invierno por la noche me levanto
y la luz de la vela me cubre con su manto.

En verano, por el contrario,
debo ir a la cama en otro horario.

Hora de dormir

La noche llega, el sol va a descansar,
los cuervos vuelan hacia su hogar.

«¡Cau! —dice el cuervo, mientras vuela sobre una rama—
¡Es hora de que los niños se vayan a la cama!».

El búho

Cuando los gatos regresan a casa y la luz vuelve,
cuando el amanecer frío la tierra envuelve,
cuando el arroyo lejano se calla
y el zumbido del velero estalla,
solo y manteniendo a sus pichones abrigados,
el búho blanco en el campanario está sentado.

El viejo búho sabio

Había un viejo búho que en un roble habitaba;
cuanto más oía, menos él hablaba.
Cuanto menos hablaba, más escuchaba él.
¿Por qué no somos nosotros como el sabio pájaro aquel?



Canción de cuna de Brahms

Buenas noches, mi bien,
duerme bajo el rosal
con las manos de amor
sobre tu corazón.

Duérmete, chiquitín,
dulce niño del alma,
que tu madre aquí está
y junto a ti velará.

Pequeño Tomás

Cuando Tomás a la cama se va,
él siempre dice su oración.
Besa a mamá y luego besa a papá,
y sube a su habitación.



La tortuga y la liebre

Había una vez una liebre que siempre estaba presumiendo de lo rápida que era.

«Yo —decía, sacando pecho y músculos—, soy el animal **más rápido** del bosque. Nunca me han derrotado. Reto a cualquiera a que intente vencerme».

Y, por supuesto, nadie aceptó su desafío, ya que tenía razón: era el animal más rápido del bosque.

Los animales que vivían ahí estaban cansados de los alardes de la liebre, hasta que un día, para sorpresa de todos, después de que la liebre presumiese aún más de lo habitual...

«Está bien, liebre. Correré una carrera contigo», le respondió la tortuga.

«¿Quééééé? —se rió la liebre—. Debes estar bromeando. Tortuga, tú eres el animal más lento de todo el bosque. Correré en círculos alrededor de ti».

«Podrás ser rápido —respondió la tortuga—, pero la velocidad no lo es todo. ¿Por qué no corres una carrera conmigo? No puedes seguir presumiendo hasta que me hayas vencido».



La tortuga y la liebre

«La velocidad no lo será todo, pero seguro que ayuda», rió la liebre. Y rió tanto que cayó de rodillas y golpeó el suelo con su puño. Nunca había escuchado algo tan ridículo en su vida.

Esa noche, los animales del bosque prepararon la pista. La tortuga se fue a dormir temprano para tener mucha energía en la carrera. La liebre, mientras tanto, se quedó despierta hasta tarde boxeando con sus amigos. Sabía que podía derrotar a la lenta tortuga con los ojos cerrados.

El bosque vibraba de **emoción** a la mañana siguiente. ¡Nunca nadie había oído que la liebre hubiese perdido una carrera, así que ese evento sería muy interesante! Todos se amontonaron en la línea de partida para ver cómo comenzaba la carrera. Los animales del bosque querían que la tortuga ganase, pero en el fondo sabían que la liebre era más rápida.

La tortuga estaba lista y tranquila en la línea de partida. Miró a su alrededor buscando a la liebre, que acababa de llegar y se estaba abriendo paso hasta la línea. Se pavoneó ante la tortuga con su pecho inflado de orgullo. La multitud estaba en silencio...

«En sus marcas, listos... ¡Fuera!», gritó el zorro.

Y la liebre salió corriendo a toda velocidad, dejando una nube de humo tras de sí. La tortuga inició su marcha mucho, mucho, mucho más leeeeeeeentamente.



La liebre decidió echar un vistazo atrás, para ver por dónde andaba la lenta tortuga. Cuando vio que estaba muy, muy lejos, decidió detenerse para desayunar. Se alimentó de unas jugosas zanahorias. Luego se recostó sobre su espalda, jugó con sus orejas y bostezó.

«Esto es demasiado fácil –dijo en voz alta para que todos los animales del bosque pudiesen oírlo–.

Creo que me dormiré una siestecita y la alcanzaré después». Y pronto estaba roncando felizmente.

¡ZZZZZZZZZZZZ!

La tortuga llegó a donde estaba la liebre, profundamente dormida. «¿Tal vez debería despertarla? –pensó mientras caminaba a su alrededor–. No, seguramente a la liebre no le gustaría eso. Se despertará muy pronto y pasará volando frente a mí».

Y la tortuga siguió caminando lentamente, siguió y siguió, mientras la

liebre durmió y durmió y durmió. En su sueño, todos los animales del bosque la animaban y aplaudían cuando cruzaba la meta.

El sol comenzó a bajar, y la tortuga seguía caminando con lentitud y la liebre seguía dormida. El sol estaba a punto de ponerse cuando la liebre se despertó sobresaltada.



Apenas podía ver a la tortuga en la distancia, que se dirigía lentamente y con cuidado hacia la meta.

«¡Noooooooooooooooooo!», gritó la liebre. Se puso de pie de un salto y corrió hacia la línea de llegada.

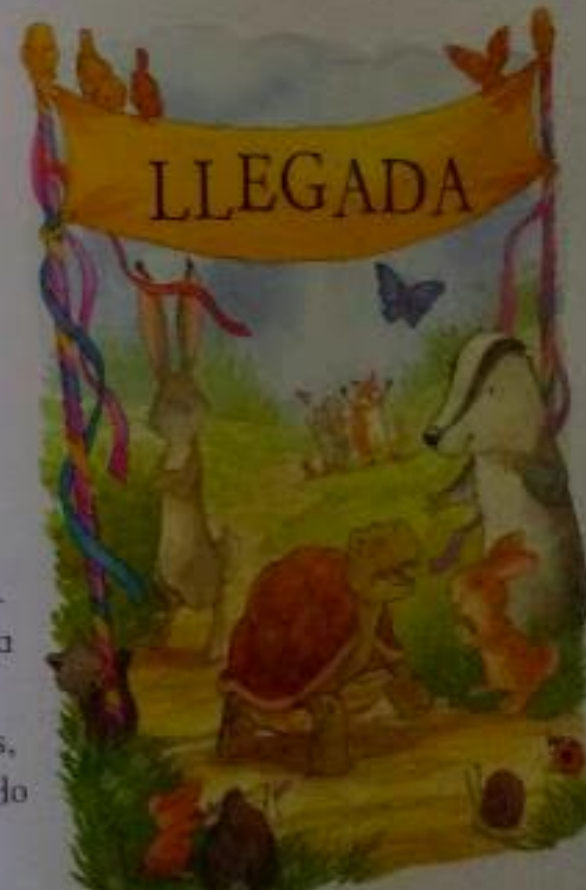
Corrió lo más rápido que pudo, pero no fue lo suficientemente veloz... ¡ya era muy tarde!

La tortuga pasó la línea de llegada antes que la liebre. Esta había sido derrotada con justicia. La tortuga era una heroína y todos los animales del bosque estaban ahí para celebrarla.

Después de ese día, cada vez que alguien oía a la liebre presumir de lo rápido que podía correr, le recordaba la carrera en la que la tortuga la había derrotado.

«Lentamente y con constancia te ganó la carrera», le decían.

Y todo lo que podía hacer la liebre era encogerse de hombros, ya que después de todo tenían razón.



Las cosas que uso

Cuando hace frío me envuelvo
en una bufanda y mitones.

Uso pijamas de noche
cuando me escondo entre los edredones.

A veces me gusta lucir
ropa linda y elegante.
Un vestido de terciopelo
y en mi cabello, brillantes.

Pero lo que más me gusta,
más que el glamur y la gloria,
¡es vestirme de heroína
de una romántica historia!



Solitaria



La música suena, los bailarines están girando,
dan vueltas con el vals, lo están disfrutando.
Lucen tan alegres, siguiendo el compás,
cuando el baile termina, ellos piden más.

Pero una linda dama sigue sola, entretanto,
su espalda contra la pared, ¿quedará para vestir santos?
Su vestido es hermoso, su cabello se luce,
¿nadie bailará con esta flor tan dulce?

Alguien se acerca, ¡es un hombre apuesto!,
cuando la saluda, se inclina, ¡qué gesto!
¿Me otorgas el honor de bailar conmigo?
¡Ahora ella baila feliz, la tristeza se ha ido!

Hora de festejar en la ciudad de Twinkle

Las hadas de la ciudad de Twinkle estaban muy emocionadas porque esperaban a un visitante especial. Solo el hada jefa de la ciudad sabía quién llegaba, y estaba manteniendo muy bien el secreto.

«Ustedes solo tendrán que esperar y verán», bromeaba cuando las haditas le rogaban que les dijese quién iba a venir.

Todos trabajan duro usando su magia para limpiar y ordenar. ¡Hasta las flores se estaban desempolvando y sacando brillo!

Poco después todo estaba listo para el visitante sorpresa, y las hadas de Twinkle no tuvieron que esperar mucho hasta escuchar un **mágico sonido tintineante** que cada vez se hacía más fuerte y ver una hermosa niebla rosa que



Hora de festejar en la ciudad de Twinkle

se acercaba más y más. Finalmente, hubo unas delicadas explosiones de luces y colores, y luego sus ojos se encontraron con una vista maravillosa... ¡Era la Reina de las Hadas!

Todos aplaudieron y animaron.

La Reina de las Hadas admitió Twinkle y la declaró la ciudad más limpia del Reino de las Hadas. La comida de la fiesta estaba deliciosa, las tortas eran mágicas y, al morderlas, unos pajaritos salían volando de ellas y comenzaban a cantar.

La Reina estaba muy impresionada. «¡Cielo Santo! —exclamó—. Todo esto debe de haber costado mucho trabajo y mucha magia».

«Bailemos un poco», sugirió el hada jefa. Elevó su varita mágica para conjurar un poco de músicaailable para hadas... pero nada pasó.

«¡Upps! —dijo, apenas ruborizándose—. Lo intentaré otra vez». ¡Pero nada sucedió!

«Oh, cielos —dijo la Reina de las Hadas—. ¡Debes de haber gastado todo tu polvo mágico preparando mi fiesta!».

La Reina de las Hadas agitó su varita mágica especial e hizo un hechizo de música. El baile duró toda la noche, y todos estuvieron de acuerdo en que fue la mejor fiesta que hubo en la ciudad de Twinkle.



Uno por pena

Uno por pena.
Dos por alegría.
Tres por un niño.
Cuatro por una niña.
Cinco por el gordo.
Seis por el delgado.
Siete por un secreto
que nunca
será contado.



Hojalatero, sastre, soldado, marinero



Hojalatero



Sastre



Soldado



Marinero



Hombre rico



Hombre pobre



Mendigo



Ladron

Rescate en el bosque

Bella amaba la naturaleza. Cuando salía a caminar, siempre admiraba la vida salvaje y los árboles.

Un día, Bella estaba caminando lentamente por el bosque. Mientras avanzaba, podía oír los sonidos de la naturaleza.

¡Chirp! ¡Chip! Había tantos pajaritos cantando que era difícil diferenciarlos. Los distintos sonidos se unían, creando una orquesta de aves.

En ese momento, Bella oyó algo inusual.

¡Scroooooop! Eran correteos y chirridos. Bella no conocía ningún animal que hiciese un sonido como ese. Permaneciendo muy quieta, Bella oyó de dónde venía el sonido. Lentamente y en silencio, para no asustar a la criatura, se asomó tras el árbol más cercano y allí vio una ardilla bebé. Luchaba por salir de un hueco en el tronco de un árbol, pero estaba atorada.

Bella no quería asustar a la pobre criatura, pero veía que necesitaba ayuda. La ardilla tenía su pata atorada en una botella de refresco de plástico, ¡así que de ahí venían los chirridos!

La ardilla bebé quedó congelada de terror cuando Bella se agachó a liberar su pata atorada. Cuando la pata se liberó, el animalito aún no se movía.



Rescate en el bosque

«No me tengas miedo, ardillita, estoy aquí para ayudarte», suspiró Bella. Pero como la ardilla aún no se movía, Bella se alejó, se puso detrás del árbol y esperó, quieta como una estatua. Cuando la ardilla pensó que se había ido, salió corriendo en busca de su madre.

Bella se sentía feliz de haber ayudado a la ardilla, pero también estaba enojada.

«Dejar basura en el bosque está mal», pensó. Y luego Bella tuvo una maravillosa idea. Esa noche, invitó a sus amigas a una fiesta de pijamas.

«Traigan algunos crayones y lápices de colores», les dijo.

Cuando sus amigas llegaron, les contó todo acerca del rescate en el bosque. Sus amigas aceptaron ayudarla.

Los padres de Bella se asombraron al notar lo silenciosas que estuvieron esa noche Bella y sus amigas. (¡Las fiestas de pijamas suelen ser muy ruidosas!).

«¿Qué estarán planeando esas niñas?», preguntó el padre de Bella. Poco después, vieron que las niñas habían estado trabajando en un gran póster para colocar en la entrada del bosque.

El póster decía «La basura daña el medio ambiente». Estaba decorado con hermosas imágenes de ardillas, zorros, búhos y todo tipo de criaturas del bosque.

Bella y sus amigas se aseguraron de que todas entendieron el mensaje.



Deseo...

Osito miró hacia las estrellas.

«Desearía ser un astronauta», suspiró.

Osito soñaba con explorar el mundo que había más allá de su ventana. Le gustaba vivir en la habitación de Emma, pero a veces se preguntaba cómo sería trepar una montaña o bucear por el mar. Más que nada, Osito quería conocer un alienígena.

«Hola, Osito, ¿dónde estás? –cantó para sí–. Me pregunto qué hay allá».

«¿Qué estás mirando?», le preguntó Mono, acercándose a él y a la ventana.

«Estoy buscando naves espaciales –le respondió Osito, presionando su peluda nariz contra la ventana–. Quiero conocer un alienígena».

«Me pregunto cómo se verán», dijo Mono.

Osito le dijo a Mono que Emma tenía un libro de alienígenas que leían juntos.

«Son de todas las formas y tamaños», le dijo.

«¿Dan miedo?», preguntó Mono.

«¡Espero que no!», respondió Osito.

De pronto, una gran sombra negra apareció en la ventana, frente a los dos amigos.

«¡Ahhh! ¡Un alienígena!», gritó Osito, saltando del marco de la ventana.



Desea...

«¿Los alienígenas maúllan?», preguntó Mono.

«No estoy seguro de lo que hacen» susurró Osito, asomándose entre sus patas.

«¿Los alienígenas ronronean?», preguntó Mono.

«No decía nada de ronroneos en el libro de Emma», dijo Osito, con más valor.

«¿Los alienígenas tienen una cola larga y peluda?», rió Mono.

«¡Por supuesto que no!», dijo Osito, comenzando a sentirse algo estúpido.

Osito y Mono treparon de vuelta al marco de la ventana. ¿Era un alienígena? No, era el gato de Emma, Sooty.

«¡Miau!», dijo Sooty.

Osito pensó que había sido demasiada emoción para una noche.

«Tal vez no desee conocer a un alienígena, después de todo», rió.



La princesa Mía y la gran sonrisa

La princesa Mía era una niña muy activa. Siempre estaba brincando por allí y raspándose. Su padre quería que actuase más como una princesa.

«¡Debes ser más seria!», le dijo el rey a su hija.

La princesa miró la seria cara de su padre y se detuvo en su boca. Su rictus hacia abajo lo hacía lucir tan serio que parecía estar muy triste. Colocó sus brazos a su alrededor y lo besó.

«No soy yo la que necesita ser más seria –le dijo a su papá–. Eres tú el que necesita sonreír más, papi».

La princesa Mía le mostró al rey cómo bailar en los palacios del jardín y hacer volteretas. ¡Wii! El rey no era muy bueno en eso, pero lo intentaba una y otra vez. De pronto, su cara ya no era tan seria. La princesa Mía le mostró cómo hacer que una cometa se eleve por los cielos como un pájaro. ¡Wuush!

El hilo del rey se enredó una o dos veces, pero lo hizo muy bien para ser un principiante.

Cada vez su rostro se veía menos serio.

«¡Muy bien, papi!», exclamó la princesa Mía. La boca del



La princesa Mía y la gran sonrisa
rey se contrajo y empezó a curvarse hacia arriba. Poco después, ofreció una gran y hermosa sonrisa.

«¡Me había olvidado de las volteretas y las cometas voladoras! –dijo con regocijo–. ¡Creía que eran una pérdida de tiempo!».

«¡Qué tontería, papi!», le dijo la princesa Mía.

El rey hizo una voltereta y brincó hasta su trono para aprobar unas leyes.

«De ahora en adelante –dijo el rey– ¡declaro que todo el mundo **haga** por lo menos diez volteretas al día! ¡Enseñaremos *tonterías* en las escuelas! ¡Y todos en el palacio tendrán una hora libre al día para hacer volar cometas!».

El rey obsequió a la princesa Mía con un hermoso collar.

«Esto te recordará que todos necesitamos algo de *tonterías* para continuar sonriendo», le dijo.

«¡Qué tontería, papi! –dijo la princesa Mía–. ¡Siempre he sabido eso!».

Y salió bailando al jardín del palacio para jugar.





La pequeña alondra

En lo alto del pino, bien arriba,
la pequeña alondra
creó una guardería.
Allí mima a su pequeñita,
«Coo», dice la alondrita,
«coo», responde ella con apuro,
entre las ramas sombrías y largas
del oscuro pino.

Guau, guau

Guau, guau, dice el perro.
Miau, miau, dice la gata.
Grunj, grunj, dice el cerdo,
y yiik dice la rata.
Uhh-auh, dice el búho.
Pío, pío, dicen las aves.
Cuac, cuac, dice el pato
y lo que dice el cucú, ¡ya lo sabes!

Si ves un alfiler

Si ves un alfiler y lo levantas del suelo,
la buena suerte te acompañará el día entero.
Si ves un alfiler y lo dejas inerte,
todo el día tendrás mala suerte.

Señor Nadie

El señor Nadie es un hombre bueno,
al llegar a la puerta se quita el sombrero.
Ella baja pronto, vestida de seda hermosa,
sobre su pecho lleva una blanca rosa.
Se quita los guantes, su anillo me muestra.
Mañana, mañana, la boda comienza.

Oliver Twist

Oliver Twist
no puedes hacerlo así,
¿qué sentido tiene intentarlo?
Toca tus pies,
toca tu rodilla,
aplaude con tus manos,
¡no es cosa sencilla, ya lo ves!



La anciana de los pasteles

Había una anciana
que postres y pasteles vendía.
Ella iba al molino
y, por el polvo, los ojos le ardían.
Postres fríos y calientes
y pasteles dorados vendía.
Dondequiera que fuera, si tenías buen olfato,
por su aroma podías seguirla.



Juguemos, bebé

Un bebito está despierto y juguetón.
¿Qué le gusta hacer?
¡Juguemos a esconder y aparecer!
Un bebé feliz, está en medio de su desayuno.
¿Qué le gusta hacer?
¡Juguemos a esconder y aparecer!
Un amigable bebé, listo para que lo vistan.
¿Qué le gusta hacer?
¡Juguemos a esconder y aparecer!
Un bebé mimoso, listo para un cuento.
¿Qué le gusta hacer?
¡Juguemos a esconder y aparecer!
Un bebé cansado, acurrucado calentito.
¿Qué le gusta hacer?
¡Juguemos a esconder y aparecer!
Un bebé adormilado, listo para irse a acostar.
¿Pero qué le gusta hacer en su lugar?
¡Juguemos a esconder y aparecer!



Buenas noches, bebé

Las flores tienen sueño,
el perrito manchado también se siente así.
Es hora de que digan buenas noches...
¿y qué hay de ti?

Acurrúcate calentito, tápate bien,
es hora de que duermas tú también.
El sol se ha ido a dormir por ahí...
¿y qué hay de ti?

La luna en el cielo brilla,
todo está calmo y silencioso.
La estrella destella y titila...
¡y tú te has dormido con tu oso!



Diez en la cama



Eran diez en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran nueve en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran ocho en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran siete en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran seis en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran cinco en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran cuatro en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran tres en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Eran dos en la cama y el pequeño gritó:
«A un lado que no quepo».
Así que todos rodaron y uno cayó.

Era uno en la cama y el pequeño gritó:
«¡Buenas noches, esto se acabó!».



Hansel y Gretel

Hansel y Gretel vivían en el bosque con su padre, un pobre leñador, y su madrastra. Una noche, la familia no tenía nada para comer excepto unos trozos de pan. Hansel y Gretel se fueron a la cama con hambre. Ya en la cama, oyeron a sus padres hablar.

«Hay demasiadas bocas que alimentar –dijo la madrastra–. Debemos llevar a tus hijos al **bosque** y dejarlos ahí».

«¡Eso nunca!», gritó su padre.

Pero la mañana siguiente, la madrastra de Hansel y Gretel los despertó temprano.

«¡Levántense! –ordenó–. Iremos al bosque a talar árboles».

Les dio a cada uno un trozo de pan como almuerzo. Hansel partió el pan en pedacitos en su bolsillo y mientras caminaba fue dejando un rastro de **migajas** en el suelo.

En lo profundo del bosque, el padre de Hansel y Gretel les hizo una fogata.

«Ahora nosotros iremos a talar árboles –dijo–. Quédense aquí, volveremos al atardecer y luego regresaremos a casa». Pero la madrastra obligó al padre a abandonar a sus hijos en el bosque.



Pasado un tiempo, los niños compartieron el pan de Gretel y luego se acurrucaron al pie de un roble, donde se quedaron dormidos. Al despertar, comenzaron a buscar las migajas para poder regresar a casa, ¡pero el rastro había desaparecido! Los pájaros del bosque se las **habían comido**.

«Esperaremos a la mañana –dijo Hansel–. Entonces encontraremos el camino a casa».

A la mañana siguiente, los niños caminaron, ¡hasta que se encontraron con una **casa de jengibre**! El techo goteaba glaseado de azúcar, la puerta estaba hecha de barras de caramelo y el jardín estaba lleno de dulces paletas.

Encantados, los hambrientos niños comenzaron a devorar los dulces. Mientras comían, una anciana salió de la casa cojeando.

«Deben de estar muriéndose de hambre, queridos –les dijo–. Pasen adentro y coman algo más apropiado».



La anciana los alimentó muy bien y los llevó a dormir. Pero Hansel y Gretel no sabían que la amable anciana era una malvada bruja.

Mientras miraba cómo dormían, dijo riéndose: «Pronto los engordaré ¡y entonces serán una comida más apropiada para mí!».

A la mañana siguiente, la bruja encerró a Hansel en una jaula. Luego hizo que Gretel le cocinara a su hermano un gran desayuno.

«Tu hermano está muy flaquito —le dijo la bruja a Gretel—. Lo mantendré encerrado hasta que esté gordo y rellenito, ¡y luego me lo comeré!».

Durante los días siguientes, Hansel se vio obligado a comer tanto como pudo. Y cada mañana, la bruja le hacía sacar un dedo de la jaula para comprobar si estaba lo suficientemente gordo como para comérselo.

Pero Hansel sabía que la vieja bruja apenas veía, así que en vez del dedo le mostraba un hueso de pollo.

«Todavía está muy escuálido», decía la bruja.

Un día, se cansó de esperar y decidió comerse a Hansel.

«¡Enciende el horno! —le ordenó la bruja a Gretel—. Ahora métete dentro para ver si está lo suficientemente caliente».



Gretel sabía que la bruja estaba planeando cocinarla a ella también. Entonces decidió engañarla. «El horno es demasiado pequeño para mí», le contestó la niña.

«¡Boba! —gritó la bruja—, hasta yo podría entrar en ese horno. ¡Mira!».

Y metió su cabeza en el horno. Entonces, de un empujón, Gretel metió a la bruja en el horno y cerró la puerta.

Gretel liberó a Hansel de su jaula y bailaron felices por la cocina.

«¡Estamos a salvo!», exclamaron. Cuando los niños revisaron la casa de la bruja, encontraron cofres de oro y joyas brillantes. Llenaron sus bolsillos y partieron a su casa.

Encontraron el camino de regreso fácilmente y estuvieron encantados cuando su padre los recibió con besos y abrazos. Les dijo que su cruel madrastra había muerto y que no tenían nada que temer. Los niños le mostraron el tesoro que habían encontrado.

«¡No volveremos a tener hambre jamás!», dijeron. Y todos vivieron felices por siempre.



Wee Willie Winkie

Wee Willie Winkie
corrió por la calzada,
subiendo y bajando
en su pijama.

Golpeteó la ventana,
lloró por la cerradura.
¿Están todos los niños en sus camas?
Ya son las ocho en punto, ¡qué locura!



Los niños y las niñas salen a jugar

Los niños y las niñas salen a jugar.
La luna brilla luminosa sin igual.
Deja tu cena y deja tu sueño,
juega en las calles con tus compañeros.
Ven con un chillido o ven con un llamado,
ven con buena voluntad o ven con enfado.



Ve a la cama primero



Ve a la cama primero,
un dorado monedero.
Ve a la cama segunda,
un dorado mundo.
Ve a la cama tercera,
un dorado velero.

Ve a la cama tarde

Ve a la cama tarde,
y pequeño te mantendrás.
Si vas a la cama temprano,
muy alta crecerás.

Ve a la cama, Tom

Ve a la cama, Tom,
ve a la cama, Tom.
Cansado o no, Tom,
ve a la cama, Tom.



Adiós, manta de bebé

Adiós, manta de bebé.
Papá a cazar se fue.
Fue a buscar una piel de conejito,
para envolver a mi bebé y darle calorcito.



Ahora el día terminó

Ahora el día terminó,
la noche se está acercando,
las sombras del atardecer
el cielo ya están surcando.

Ahora está todo oscuro.
Las estrellas titilan consentidas,
y las bestias y las flores
pronto estarán dormidas.

«Ven a la cama», dice Noni Nana

«Ven a la cama», dice Noni Nana.
«Espera un momento», dice Lenta.
«Pon ese plato delicioso», dice Codicioso,
«vamos a comer, estoy contento».

Dulces sueños, bebé

Dulces sueños tus ojos besan,
la sonrisa espera mientras bostezas.
Duerme, bebé dulce, no llores,
y te cantaré una canción que atesores.

Luz brillante

Luz brillante, luz de estrella,
de la noche la más bella.
Me pareces desde el suelo
un diamante en pleno vuelo.



Shh, mi pequeña

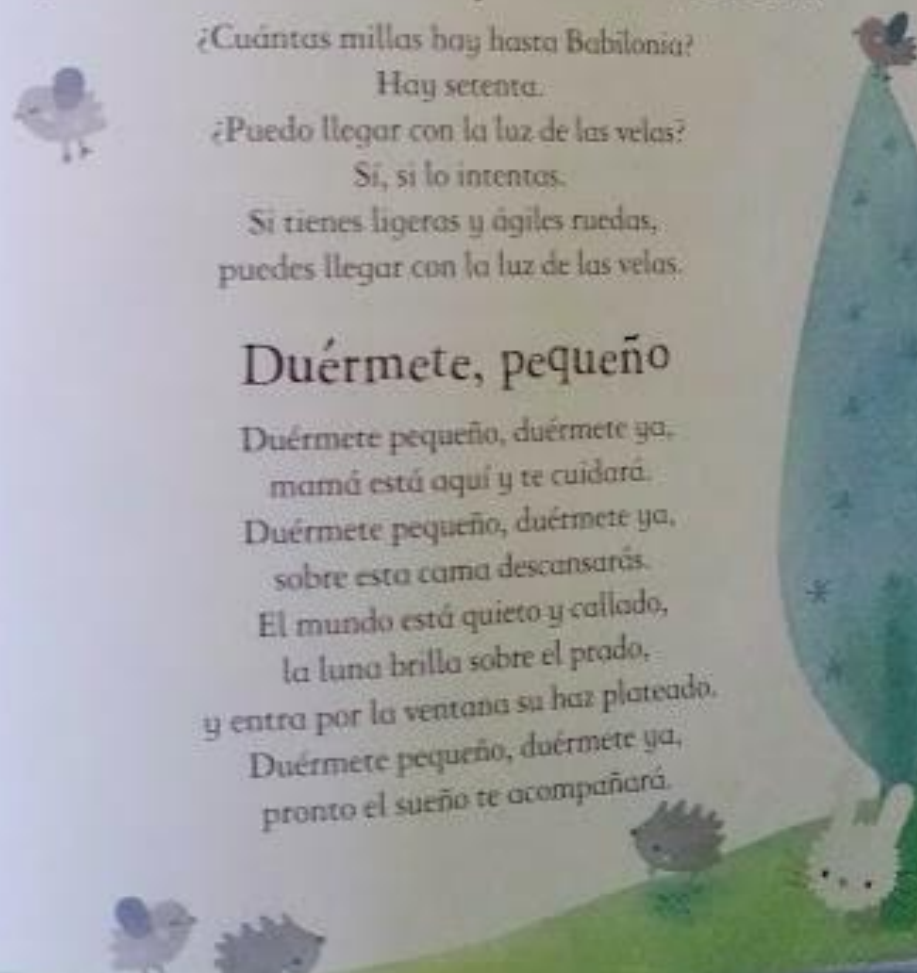
Shh, mi pequeña,
el descanso apremia.
Debes ir a la cama
y el Señor cuidará tu alma.

¿Cuántas millas hay hasta Babilonia?


¿Cuántas millas hay hasta Babilonia?
Hay setenta.
¿Puedo llegar con la luz de las velas?
Sí, si lo intentas.
Si tienes ligeras y ágiles ruedas,
puedes llegar con la luz de las velas.

Duérmete, pequeño

Duérmete pequeño, duérmete ya,
mamá está aquí y te cuidará.
Duérmete pequeño, duérmete ya,
sobre esta cama descansarás.
El mundo está quieto y callado,
la luna brilla sobre el prado,
y entra por la ventana su haz plateado.
Duérmete pequeño, duérmete ya,
pronto el sueño te acompañará.




Cinco patitos



Cinco patitos fueron a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
pero solo cuatro patos pudieron regresar.

Cuatro patitos fueron a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
pero solo tres patos pudieron regresar.

Tres patitos fueron a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
pero solo dos patos pudieron regresar.



Dos patitos fueron a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
pero solo un pato pudo regresar.

Un patito fue a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
pero ninguno de los cinco patos pudieron regresar.

Mamá Pata fue a nadar,
pasando las colinas y más allá.
Madre Pata dijo: «Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac»,
y los cinco patitos nadaron junto a su mamá.



El Gato con botas

Había una vez un viejo molinero que murió dejándole el molino a su hijo mayor, el burro a su hijo del medio y el gato a su hijo más joven, cuyo nombre era Jack. Jack era tan pobre que apenas podía alimentarse a sí mismo, y menos a la pobre criatura.

«¿Qué voy a hacer?», le preguntó Jack al gato.

Lógicamente no esperaba ninguna respuesta, sin embargo su sorpresa fue mayúscula cuando el gato dijo:

«No te preocupes por nada. Dame un par de botas, un sombrero y un saco, y pronto verás de qué soy capaz».

Jack se dio cuenta de que ese no era un gato cualquiera, así que gastó sus últimas monedas para darle al gato lo que quería.

El gato se veía tan gracioso vestido así, que Jack se rió hasta que le dolieron las entrañas. Decidió llamarlo el **Gato con botas**.

A la mañana siguiente, el Gato con botas salió a cazar y atrapó a un conejo grande. Lo metió en su saco y se dirigió al palacio. Allí, se presentó ante el rey y le dijo:

«Este es un regalo de mi amo, el Marqués de Carabás» (este era un nombre que acababa de inventar).

El rey estaba encantado con el regalo. «Tal vez debería llamar a su amo y agradecerle en persona», sugirió.



El Gato con botas le dio al rey las instrucciones para llegar a la casa de su amo. El rey prometió pasar al día siguiente y llevar a su hermosa hija, Melissa, con él.

A la mañana siguiente, el Gato llevó a Jack al lago que había cerca del camino que supuestamente llevaba al castillo de su amo. Le dijo que se metiera en el agua, ocultó sus ropas y corrió a encontrarse con el rey.

«¡Ayuda! ¡Ayuda!» —exclamó el Gato, apenas vio el carruaje real—. «Unos ladrones le robaron la ropa a mi amo».

El rey le dio ropas nuevas a Jack y lo invitó a acompañarlos en el carruaje real. Jack se veía tan apuesto que la princesa Melissa se enamoró de él en cuanto lo vio.

Una vez que estuvieron todos a salvo en el carruaje, el Gato con botas se les adelantó.

Llegó a un campo en donde había unos hombres trabajando.

«Cuando el rey pase por aquí, deben decirle que estos campos pertenecen al Marqués de Carabás. Si no lo hacen, ¡les cortarán las cabezas!», les dijo a los hombres.

Como era de esperar, cuando el rey pasó por



el campo de los trabajadores, paró a preguntar de quién eran esas tierras.

«Del Marqués de Carabás, su Majestad», le respondieron, pues ninguno quería perder su cabeza. El rey estaba impresionado, mientras el pobre Jack se veía algo confundido.

Lo cierto es que esos campos y tierras en realidad pertenecían a un feroz gigante que vivía en un castillo al final del camino. El Gato con botas se apuró a llegar al castillo y tocó a la puerta.

«¿QUIEN ESTÁ AHÍ?», rugió el gigante.

«Soy yo –respondió el Gato–. He viajado desde una tierra muy lejana porque he oído que eres un maravilloso mago. Escuché que puedes cambiar tu forma a la de cualquier animal que quieras».

«Es verdad», dijo el gigante, que era muy vanidoso y algo fanfarrón. Entonces se transformó en un enorme león.

«Eso es muy impresionante –dijo el Gato con botas–.

Pero apuesto a que alguien tan grande como tú no puede transformarse en algo pequeño, como por ejemplo... ¡un diminuto ratoncito!».



«Eso es fácil», alardeó el gigante, transformándose en un ratoncito marrón. En un santiamén, el astuto gato se lanzó sobre él y se lo tragó.

Justo en ese momento, el carruaje del rey llegó al castillo. El Gato con botas corrió a abrirle la puerta.

«Bienvenido al humilde hogar del Marqués de Carabás», dijo el Gato, haciendo una reverencia.

«¿Quieres decir que todo esto es tuyo?», dijo el rey, volteándose hacia Jack. Al principio el joven se mostró confundido, pero cuando el Gato con botas le **guiñó un ojo**, tomó la mano de la princesa Melissa y la hizo pasar al castillo.

El rey estaba tan impresionado que cuando Jack, o, como lo llamaban ahora, el Marqués de Carabás le pidió la mano de su hija en matrimonio, aceptó de inmediato.

De hecho, se felicitó a sí mismo de corazón por haber encontrado tan buen yerno. Y desde ese día, el Marqués de Carabás, la princesa y, por supuesto, el Gato con botas, vivieron felices por siempre.





Aquí está la iglesia

Aquí está la iglesia,
aquí está el campanario.
Y mira adentro...
¡está la gente del vecindario!

El cucú

¿Cucú, cucú, qué haces tú?
En febrero, canto el día entero.
En marzo, vuelo sin descanso.
En abril, regreso aquí.
En mayo, canto hasta el desmayo.
En junio, canto al plenilunio.

Pájaro

Pájaro, pájaro sentado sobre un risco,
te peinas la cola con el largo pico.
Hojas de mora y mangas de algodón,
agradar a un maestro cuesta un montón.

Oigo truenos

Oigo truenos, oigo truenos.
¿No los escuchas tú?
Gotitas que golpean,
gotitas que golpean.
Estoy empapado
y también tú.



Urracas

Blancas y negras, negras y blancas,
pico y plumas, ¡somos las urracas!
Nos gustan las cosas con mucho brillo,
¡no nos dejes cerca tu lindo anillo!

Las ruedas del autobús

Las ruedas del autobús
girando van,
girando van,
girando van.

Las ruedas del autobús
girando van
por toda la ciudad.



Las puertas del autobús
se abren y cierran,
se abren y cierran,
se abren y cierran.

Las puertas del autobús
se abren y cierran
por toda la ciudad.

La bocina del autobús
hace ¡bip, bip, bip!
¡bip, bip, bip!
¡bip, bip, bip!

La bocina del autobús
hace ¡bip, bip, bip!
por toda la ciudad.

Cinco monitos

Cinco monitos saltaban sobre un sillón,
uno se cayó y se hizo un chichón.
Mamá llamó al doctor y él les dio un sermón:
«¡No más monitos saltando sobre el sillón!».

Cuatro monitos saltaban sobre un sillón,
uno se cayó y se hizo un chichón.
Mamá llamó al doctor y él les dio un sermón:
«¡No más monitos saltando sobre el sillón!».

Tres monitos saltaban sobre un sillón,
uno se cayó y se hizo un chichón.
Mamá llamó al doctor y él les dio un sermón:
«¡No más monitos saltando sobre el sillón!».



Dos monitos saltaban sobre un sillón,
uno se cayó y se hizo un chichón.
Mamá llamó al doctor y él les dio un sermón:
«¡No más monitos saltando sobre el sillón!».

Un monito saltaba sobre un sillón,
pero se cayó y se hizo un chichón.
Mamá llamó al doctor y él les dio un sermón:
«¡Que esos monitos se sienten en el sillón!».

